

18

12

S. DEL R.

GASTEL

PQ65 12

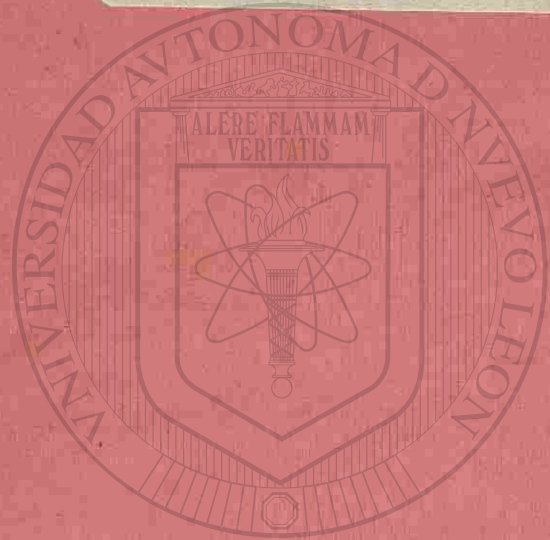
.C2

Z52

R. C.



1020027253

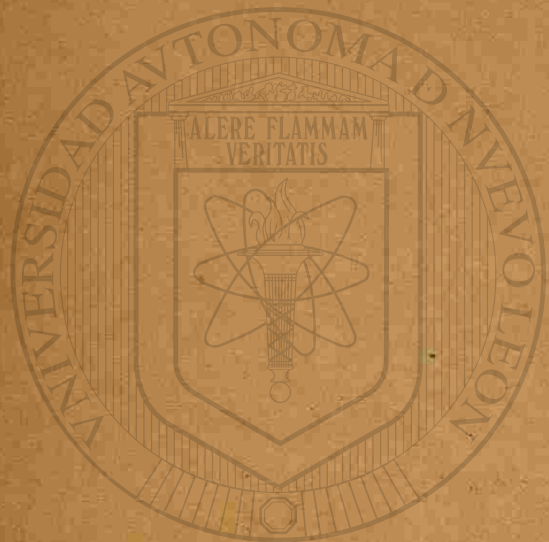


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





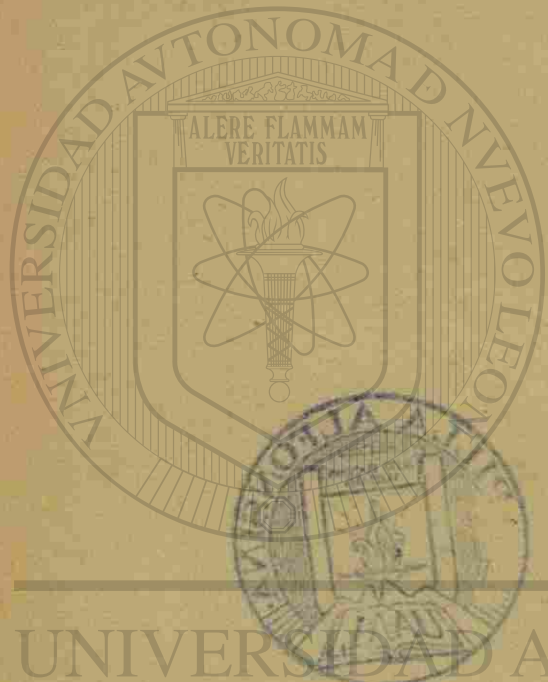
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

®



EMILIO CASTELAR.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO GONZÁLEZ
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BON EMILIO CASTELAR.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

SALVADOR MANERO, EDITOR.

EMILIO CASTELAR

SU VIDA, SU CARACTER,
SUS COSTUMBRES, SUS OBRAS, SUS DISCURSOS,
SU INTELIGENCIA
EN LA IDEA DEMOCRÁTICA, ETC. ETC.

POR

ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

PA 65/8. 02 252

CAPILLA ALFONSO XII
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
100356

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BARCELONA.

ADMINISTRACION.
Ronda del Norte, número 128.

LIBRERÍA.
Plaza del Teatro, número 7.

1873.

16630



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD DE SALVADOR MANERO.

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

10030

AL QUE LEYERE.

Escribir la historia de los que han vivido entre nosotros; escribir la historia de los que han compartido con nosotros los errores, las miserias, las debilidades de una generacion, aun no trasfigurada del todo por la mano del progreso, es tarea árdua y sujeta á perpetuas equivocaciones y á continuos juicios falsos. Y escribir la historia de Castelar, desdeñado por muchos hombres de accion, gigante titánico para unos, mujer bachillera para otros, es doblemente dificil, porque cuanto mayor es la altura, mayor es la oposicion, y cuanto mas rara la grandeza, mas encontrados los pareceres.

Cuanto he dicho en este libro, lo tenia ha mucho tiempo en mi corazon y en mi inteligencia. Nada debia al gran tribuno y nada le debo: podia decir y he dicho independientemente la verdad. Si le he censurado poco y le he alabado mucho, es porque he creido que merecia estas alabanzas y que no merecia mas que aquellas censuras. Hubiera pisoteado mis propios pensamientos, si mi pluma hubiera escrito otra cosa que lo que habia en mi conciencia. La luz que habia en ella, me ha servido de tinta. Y en ver-

dad la necesitaba toda para escribir la historia de un hombre que brillará en la historia, como han brillado pocos en este siglo.

Podrá haber en este libro apreciaciones equivocadas: hechos falsos no. La misma mano que ha escrito los *Recuerdos de Italia* ha rectificado los erróneos. Podrá no ser la forma digna del héroe: el Carro digno de la estatua: la inspiración digna del poema. No se. Lo que se, es que yo he querido que lo sea. He creído prestar al partido republicano un servicio, dándole á conocer uno de los mejores de sus hombres. Ahora digo al pueblo lo que Miguel Angel al Papa al descubrir la bóveda de la Capilla Sixtina que habia pintado: «Ahí la teneis.» los grandes genios se parecen á los hornos encendidos de las locomotoras: van siempre dejando chispas tras sí. Yo he recogido las de mi héroe y he encendido con ellas la llama de mi inspiración.

ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

Madrid 18 de Julio de 1873.

I.

Uno de los hombres que dejarán mas honda huella en el siglo gloriosísimo que atravesamos, es Castelar. Nació á la vida pública en los momentos en que hacia falta un hombre de sus facultades y esa ha sido la mejor estrella de su fortuna. Es hijo legítimo de una revolución y padre natural de otra; el 54 y el 68. Sobre estos dos polos rueda y rodará su vida. Es una imaginación calenturienta y un corazón sosegado; un poeta que dice versos en prosa y un prosista que habla el lenguaje del Olimpo: una memoria omnipotente y una ciencia salpicada de estrellas de oro: un carácter oriental y una idea fuerte y enérgica: un niño en lo ingenuo, un joven en lo ardiente, un viejo en lo sereno; algo asiático en sus pensamientos, en sus vanidades, en sus costumbres, en todo; hombre de idea mas que de acción; grande cuando habla, vacilante antes de empezar á obrar: semejándose á Lamartine las mas de las veces, á Victor Hugo pocas, á Danton ninguna; pequeño y grande como todos los grandes hombres, lo que no le priva de ser siempre admirable; con mucho de hombre y mas de mujer por cierta sensibilidad que heredó de su madre, en cuyo seno la bebió á torrentes; gigante cuando pisoteó á Manterola en aquella soberana discusión sobre la libertad de conciencia, pequeño cuando no fué

á pelear á Zaragoza; risueño como las mañanas de su patria, festivo como una muchacha de quince años, de talento claro, de regular intuición, estudioso, trabajador, honrado, elevado; tal es el hombre.

De todas suertes, con sus defectos, con sus cualidades, Castelar es una de las grandes almas y uno de los grandes genios de este siglo. Sus cualidades son un efecto de su organización y sus defectos son un resultado de sus cualidades. Se parece al sol en que da mucha luz y en que tiene algunas manchas. La idea democrática le debe mucho; pero la idea del progreso humano le debe más. El no ha dudado nunca del progreso, pero ha dudado algunas veces de los procedimientos para llevarlo á cabo. Es una especie de ángel con las puntas de las alas recortadas.

II.

Nació en la tierra del sol y de la dicha, en Cádiz. Las olas le enseñaron los acentos de las tempestades tribunicias. Pero en Elda, en la provincia de Alicante, fué donde pasó los primeros años de su vida. Cuando era adolescente vino á Madrid y entró en la Escuela Normal de Filosofía. Esta escuela la había fundado Gil y Zárate, y era una hermosa esperanza para el porvenir. A los alumnos se les daban cuatro mil reales de pensión con la condición de que sacaran la nota de sobresalientes. Allí fué donde el niño gaditano de ojos resplandecientes é imaginación volcánica aprendió el griego, la Filosofía y la Estética. Su educación literaria formóse allí. Esa magia de su estilo, ese colorido que distingue á sus pinturas,

debiólas después de Dios, á aquella escuela. Los grados tan caros en nuestras universidades, los alumnos de ella los recibían de balde. Pero la Providencia no se contentó con que el joven supiera el arte de lo bello, quiso también que tuviera algunas nociones del *jus* y del *non jus*. Modeló un suceso en ese laboratorio sombrío y resplandeciente de las causas invisibles que se escapan á todo criterio, abrió una puerta y dijo al joven: «entra por ahí» y él entró sin saber que pisaba al penetrar el borde de la nube de la apoteosis. El suceso fué este; una reforma en las leyes de enseñanza, de esas que son tan frecuentes en nuestro país, y que le permitió seguir otra carrera, la de Derecho.

III.

Su madre, por entonces, era toda su fortuna. Era una señora tan virtuosa como inteligente. Ella dirigió sus primeros estudios y descubrió sus verdaderas aptitudes. Con su escasa viudedad atendía á los estudios de su hijo; pero el joven no era propósito para los estudios de Derecho. La *Instituta* de Justiniano, le aburría. El Derecho, abstracto en sí mismo, y poco apto para dejarse caldear por el fuego de la imagen ó de la metáfora, no convenía á aquel carácter. Dejó las leyes al segundo año y tomó las letras. Entonces entró de nuevo en su campo y empezó á saborear aquellos estudios que tan en armonía estaban con sus facultades.

Tenia una memoria prodigiosa; esa memoria que tanto le ha servido, y le sirve hoy mismo, para sus oraciones y para sus discursos. Oía uno

ó le leía y le repetía íntegro. Las lecciones que escuchaba á sus maestros, se las devolvía, si era preciso, hasta con sus mismas palabras. El mismo muchas veces, burlándose de esa prodijiosa facultad suya, ha dicho: «Chateaubriand dice que la memoria es el talento de los tontos y es la verdad.»

IV.

¿Pero qué escritores fueron los que mas influyeron en la formacion de aquel espíritu? Tres: Chateaubriand, Lamartine y Donoso Cortés. Chateaubriand habia estado en moda, pero ya no lo iba estando. El *Genio del Cristianismo* habia recorrido todas las sacristías y todos los salones. Su *Atala* todo el mundo, pero ya no servia mas que para ser contada en planideras canciones que hacían llorar á criadas sentimentales ó para distraer á los muchachos bajo la forma de pliegos de aleluyas. Lamartine estaba mas en boga. El 48 que flotaba condensado sobre su cabeza como una corona de inmortalidad, le hacia angusto. *Geneveva*, *Rafael*, *El Picapedrero de San Point*, *Graziella* que eran estrellas de su genio y al mismo tiempo girones de su vida, encantaban á las almas que sentian delicadamente. Castelar, alma de poeta antes que todo, se bañó ávidamente en aquel mar de agua de rosa, cuyo fondo le formaban perlas. *Graziella*, aquel recuerdo de amor de la isla de Prócida, encanto de un corazon de veinte años; *Rafael*, dulce memoria de aquella Margarita encontrada por primera vez en Chambéry, en la Saboya, en el valle des Echelles; *Jocelyn*, pintura de los enternecimientos místicos, de los

éxtasis religiosos, de los desvanecimientos delante de Dios, de un alma cuyos pensamientos, cuyos amores, cuyos delirios vagos é indecisos todavía, forman una especie de cielo cástico donde las estrellas son largas estelas blancas sin dibujo y sin contornos; *El Picapedrero de San Point*, recuerdo de los lugares de la infancia; todas estas obras influyeron en la formacion del espíritu del jóven. En 1855 publicó su *Ernesto*, en el cual se nota la influencia del *Rafael*. En la *Hermana de la Caridad*, otra de sus novelas, sucede lo propio. En colaboracion con Canalejas escribió otra, *Alfonso el Sabio*, la mas mala de todas, en nuestro sentir. Habia en ella poesia, pero la poesia de un muchacho de veinte años; una poesia ciega, fétua y que iba sin objeto de un lado para otro, especie de mariposa con colores chillones y pintarrajeados. No sé quién ha dicho que si Castelar se hubiera empeñado en ser novelista, le hubiera sucedido lo que á Cervantes obstinándose en hacer versos; pero esto no es verdad sino en parte. A más dicen que el brillante orador futuro escribió algunos versos cuando vivia en provincia; pero como quiera que no los hemos visto, no lo afirmamos. Por otra parte, una vez que en las Constituyentes le llamaron Víctor Hugo y Lamartine aseguró no haber escrito un verso en su vida.

V.

Su amor al estudio era grande. Cuantos libros caian en sus manos los cojia y los deboraba. Su pasion por la historia sobre todo, era grandísima. Atenas, Esparta, Roma, Menfis, Tiro, Elefantina;

las civilizaciones sacerdotales, heroicas, guerreras, comerciales, resucitadas en su imaginacion, como enormes gigantes muertos galvanizados y puestos de pié sobre sus pedestales ciclopeos por una mano omnipotente; Mario, Sila y los Gracos, aquellos hijos de la libertad, aquellos emperadores semi-bárbaros, semi-dioses, semi-artistas, que pasaban rugiendo como fieras delante de su pensamiento absorto y atónico; aquellas democracias de la edad media tan turbulentas y tan tempestuosas; Rienzi, el último tribuno; los condotieri triunfantes; el Tiber lleno de cadáveres; los papas degenerados de dioses en monstruos; el espíritu municipal, encarnacion del espíritu de libertad triunfante en España; las milicias concejiles, representacion del pueblo y de la libertad, ayudando al rey, eterno tipo del principio autoritario, en la conquista de Granada, para sellar todos juntos, pueblo, rey y nobles, con la tierna efusion de un abrazo postrero, el pacto de la unidad nacional; la religion envuelta como en un sudario fúnebre, entre el paño verde de los pendones inquisitoriales; las grandes nacionalidades modernas forjadas á golpes de maza por gigantes como Carlos V; los quejidos de agonía de los privilegiados de la edad media llegando hasta el umbral de la puerta de los oprimidos y despertando en sus almas el consuelo de todas las esperanzas; Voltaire, aquel asesino, cuyo puñal era el epigrama que se reía siempre; Rousseau, quel utopista de una sociedad, y no parezca estraña la paradoja, extranatural, soñándola él en plena naturaleza; los abates que rimaban floridos madrigales á sus queridas, momentos antes de alborear aquel tremendo Dies iræ que se llamó Revolucion francesa: Vergniaud, la democracia medio ideal,

medio real; Marat, la sangre; Robespierre, el cinismo; Danton, la audacia; los muros de Cádiz empavesados y las olas que los azotaban llevando á América la noticia de un pueblo que renacía; la Santa Alianza, el Congreso de Verona, el terror blanco, las juntas de fé, las Cabezas de San Juan. Cristina; todo este pandemonium de hechos, todo este mundo de sucesos, exaltaba su mente, heria su imaginacion; ellos le enseñaban sus causas, le revelaban sus efectos, y en medio de todas las ruinas que le señalaban con el dedo, en medio de todas las catástrofes que le denunciaban, en medio de todos los martirios que le descubrian, de los grandes idilios históricos y de las grandes tragedias épicas que le patentizaban, de entre estas tragedias, idilios, ruinas, incendios, catástrofes, libertades muertas, ideales desvanecidos, genios pulverizados, civilizaciones pisoteadas; él veía surgir siempre una figura poética y fugitiva, blanca como la estrella de la mañana y ondulante como las estelas de los lagos, y aquella figura tranquila medio envuelta en una nube, coronada con una corona de ideales, melancólica y en éxtasis perpetuo como esas mujeres de los pintores alemanes que están en la penumbra del amor, sin haberle sentido todavía, esa figura que era el progreso humano, le decia: «No tiembles, no temas, adelante. La Historia es el calvario de la humanidad, las ruinas son el pedestal de las civilizaciones. Los pueblos mueren cuando la nieve de la decrepitud los hiela; pero yo soy inmortal como el espíritu humano y tengo entre las nubes del éter un alcázar formado con las almas de todas las generaciones que han cruzado la Historia.» Y él trabajaba, estudiaba, combinaba, deducia, indagaba y concluía por hacer de su alma el panteon

inmenso de todos los sucesos humanos.

VI.

Dos grandes sentimientos animaban su espíritu; el sentimiento católico y el sentimiento de la libertad democrática. Eran como dos inmensos pebeteros que lanzaban de continuo olas de perfumes en derredor de todo lo que pensaba y de todo lo que hacía. ¿Y dónde había hallado estos dos sentimientos? El sentimiento católico, parté en su alma propia, en cuyo fondo le había encontrado, como una perla durmiendo en el lecho de su propia concha, y parte en los escritores de que antes hemos hablado; el sentimiento de la libertad, en el estudio de la Historia. Y estos dos sentimientos se compenetraban, se fundían, se completaban; eran como dos notas de un himno, como dos visiones de un éxtasis, como dos momentos de un ideal. El uno corregía al otro. Eran el correctivo y al mismo tiempo la apoteosis el uno del otro. Nadie como Castelar ha descrito la catedral bañada en esa luz tibia é indecisa, que penetra por los cristales de colores y que remeda la mirada de un ángel perdiéndose como la ola del incienso, entre las alegorías de la cúpula. Aquella bóveda en que el cincel de un artista, muchas veces desconocido, ha trazado follajes espesísimos; la nave central resplandeciente, como la puerta de la gloria, y las naves laterales oscuras y tristes como el lamento del pecador que se esconde bajo su sombra, como para evitar la irritada mirada de Dios; las puertas bajas, las verjas de hierro, los calados de todas las paredes, las capillas oscuras que guardan los sepulcros de mármol sobre los

que hay ángeles dormidos, guerreros de pié, santos en oración, sepulcros que guardan, este, á Don Álvaro de Luna, aquel, á un señor de Montmorency, el otro, á los Reyes Católicos; aquel, el de Garcilaso; las ornacinas, donde descansan inmóviles como la muerte, abades de piedra, vírgenes de mármol, frailes de yeso con la capucha calada y un libro delante de los ojos como si estuvieran leyendo eternamente, la triste realidad de los espejismos de la vida en el silencio de su muerte; los arcos que serpentean, que juegan, que cruzan, y que se unen como dos amantes que ayer se abrazaron y hoy vuelven á arrojar el uno en brazos del otro con ese éxtasis del amor que no se sacia jamás; las vírgenes de las paredes que parece que quieren saltar de sus tablas é ir á decir algo á los cristianos arrodillados: el alma de tantos artistas derramada en las pinturas de las bóvedas, de la cúpula, de las paredes, en los frisos, en las estatuas; el reló del fronton que no deja escapar á la eternidad ni uno solo de sus minutos: los botareles de los lados que parecen como dos oraciones salidas del santuario y que se hubieran suspendido para siempre sobre la catedral; las grandes campanas que gimen á la caída de la tarde cuando el sol dá su último beso á las agujas caladas que se pierden entre las gasas coloreadas de las nubes: todos los siglos que hablan desde el seno de aquellas piedras que son una idea y un corazón; todas las voces que se levantan desde el fondo de la lúgubre cripta del altar mayor, donde duermen aquellas generaciones que vieron levantar la catedral y que escucharon el primer sonido de su órgano, y que parece que le escuchan todavía desde el fondo de sus enterramientos, como un ligero consuelo en la vida de sus tumbas; el

órgano mismo, estremeciendo con sus temblorosos sonidos la catedral entera, especie de Sibila del templo gótico que le hace temblar como la antigua hacia estremecerse con su voz el templo pagano; todo esto que en mí no tiene fuerza, ni sentimiento, ni color, ni inspiracion, al ser hablado, descrito ó pintado por él, cobraba una forma y una vida tan efectiva y tan real que parecia que la catedral de Toledo ó la de Strasburgo ó San Pedro ó cualquier otra basilica estaba delante de nuestros ojos y que los santos dormidos en sus altares iban á despertarse y á bajar de ellos para revelarnos los misterios de la otra vida y las glorias del dios esparcido como una lluvia de luz por todos los ámbitos del templo.

VII.

Su alma piadosamente religiosa, pero religiosa sin fanatismo y sin hipocresia, asociaba la idea del infinito á todas las grandes emociones de la vida y á todas las grandes crisis de la historia. En Chateaubriand habia hallado un cristianismo ilustrado: el amigo de Mad. Recamier habia hecho hablar á las ruinas y las ruinas habian contado lo que tenía de bello al cristianismo de la edad media. Castelar recojió tambien aquellos acentos y los guardó como un precioso depósito. Lamartine habia mirado mas fijamente á Dios: habia dicho que el Evangelio era la revelacion permanente del infinito en el hombre: habia ido al Oriente á contemplar de cerca los lugares donde el sublime Cristo habia vertido su amor, su idea y su sangre, y habia llorado los errores que habian surgido á la sombra de la doctrina de Je-

sus. La idea de libertad flotaba como una hoja de rosa arrastrada entre la espuma de una ola sobre este cristianismo, creyente al parecer unas veces verdaderamente racionalista en el fondo. Castelar que no debia llegar al racionalismo sino mucho mas tarde de todo aquello, no tomaba mas que las flores, los perfumes, las palomas blancas, los éxtasis, los amores, las coronas de rosas, la idea de libertad. Pero en realidad si Lamartine y Chateaubriand influyeron algo en su alma bajo el punto de vista religioso, no influyeron mas que de un modo pasajero y accidental. Otro hombre, y español por cierto, estaba llamado á abrasar aquel espíritu en un incendio de ideas religiosas. Era el marqués de Valdegamas, el elocuente Donoso Cortés que era una especie de sublime profeta de la escuela católica.

Al leer sus obras y sus discursos Castelar encontró aquello que buscaba y que buscaba sin saberlo. En el principio de su vida Donoso Cortés se parecia mas á Bonald que á De Maistre. Bonald discutia; De Maistre no hacia mas que anatematizar. Este último profetizaba con los cabellos blancos, y era mas un hombre de la Biblia que del Evangelio, dice un escritor francés; el otro era una especie de Jehová sin rayos y sin truenos, que tenia una conversacion encantadora, y que sabia ser hombre del Evangelio sin dejar de serlo de la Biblia. Si Donoso Cortés empezó por ser Bonald concluyó por ser de Maistre. Y esto fué lo que perdió al marqués de Valdegamas en el ánimo del jóven escritor. Cada día fué aquel acentuando mas su significacion: dudó del hombre, de su inteligencia, de su vida: lo absorbió todo en Dios como un braeman: todo lo que no se hacia al lado del altar le pareció condenable: hizo

del sacerdote una especie de druida en cuya ara debía sacrificarse todo, sentimientos, ideas, afecciones y concluyó por descender, verdadero ángel caído de la escuela católica, en el abismo que el mismo se había abierto al pronunciar aquella terrible sentencia tan conocida. «La razón y el error se aman con amor invencible.»

El gran escritor empezó por la apoteosis y acabó por la cloaca: del catolicismo cayó en el ultramontanismo. Dejó de ser un ángel vestido de luz y empezó á ser un demonio vestido de clérigo, demonio elocuente y sabio, pero demonio al fin. Y esta conclusion era lógica. Su alma profundamente católica, no podia ver sin doloroso pesar las ruinas en que iba cayendo el catolicismo. Hoy era un concordato hecho contra la Santa Sede: ayer eran los frailes perseguidos; el dia anterior era la venta de los bienes eclesiásticos. Todo aquello era la ruina total de la Iglesia. Y como el ataque es siempre semejante á la resistencia y la reaccion igual á la revolucion, el gran hombre estremaba sus conclusiones, redoblaba sus esfuerzos y levantaba hasta el cielo, lo que ya no tenia fuerzas para tenerse en pié. El, que quizá hubiera sido un herege á haber nacido en la edad media, fué un ultramontano por haber nacido en el siglo XIX.

Así es que cuando Castelar vió que aquel en quien cifraba sus esperanzas caía en tan espantosos derrumbaderos: cuando vió que en su insensatez religiosa llegaba hasta maldecir lo que hay de mas augusto en el hombre y pisoteaba las estrellas que arden eternamente en su frente; cuando oyó de los labios de aquel pontífice católico, que habia que renegar de la libertad y de la razón para abrazarse al catolicismo, se quedó como pe-

trificado y mudo. Los sueños de su alma se desvanecian. Aquella conciliacion soñada por todos los filósofos del siglo XVII, era un imposible. La razón y el catolicismo, la libertad y el catolicismo eran antitéticos, eran antagonicos. El hubiera querido que hubieran ido siempre juntos la Virgen que entre flores y entre perfumes parece que bendice al pueblo que se prosterna ante ella y el sentimiento de libertad que ha hecho siempre tan grande á nuestra nacion: la razón que lo escrudina todo; desde el fondo de los cielos donde duermen tantas revelaciones ocultas hasta el fondo de los sepuleros de los pueblos donde reposan tantos detalles ignorados aun de las civilizaciones que han desaparecido, y la fé que enciende el corazón, que abraza el alma que impulsa á los grandes hechos. Pero el profeta habia hablado y nada habia que decir. Y lo mas terrible del caso, y lo que el jóven no comprendia aun, era que lo que Donoso pensaba, era la verdad. El catolicismo y la razón eran incompatibles. La libertad y la iglesia eran dos enemigos irreconciliables. Su alma cayó en una noche tenebrosa. Entristecido con las palabras del Marqués de Valdegamas se sumergió en profunda tristeza.

VIII.

Como prueba de que el sentimiento católico llenó su alma, en estos tiempos al menos, ahí va una muestra de ello tomada de las lecciones que pronunció en el Ateneo sobre. «La civilizacion en los cinco siglos primeros del cristianismo.» Estas lecciones empezó á pronunciarlas hacia el año de 1863, es decir, cuatro ó cinco años despues de la

época de su vida que venimos narrando. Juzguen si sería entonces católico, cuando cuatro ó cinco años despues lo era tan entusiastamente. En esta época ya procuraba armonizar la libertad y el catolicismo. Es al mismo tiempo este párrafo una de las mas magníficas pinturas de este último, y una prueba de cuanto habla á los sentidos.

«Mirad sinó lo que sucede en nuestro mismo culto. La cruz levantada en el bosque; la tosca escultura que enseña al caminante las cercanías de una aldea; la campana de la oración, que al caer la tarde derrama una plegaria en los aires; el canto de los sacerdotes, oído desde la puerta de la iglesia; el altar donde se levanta la Virgen, la madre inmaculada de Dios, cubierto en la primavera de rosas, alumbrado por la noche con la mortecina luz de una lámpara; el toque de ánimas, que parece recordar la voz de la eternidad en el silencio de las tinieblas; el Ave Maria Stella, entonado por los marineros en el Mediterráneo, cuando el mar azul refleja el cielo, y el crepúsculo tiñe de un color sonrosado los bordes del horizonte, y las sombras van cayendo, y brillan las primeras estrellas en el desierto cielo; todas estas prácticas religiosas, que á los ojos de un protestante son como vanas palabras, como ceremonias sin sentido, como tosco paganismo, son á nuestros ojos como las representaciones mas verdaderas de Dios, su manifestacion mas pura; y en el altar vemos centellear al fuego del cielo, y en las bóvedas de la iglesia escuchamos el eco de la divina palabra, y sobre la cabeza de las vírgenes, se nos aparece la blanca paloma, el espíritu de Dios, cerniéndose puro; y nos sentimos extasiados y entrevemos el cielo, y la verdad

centellea en nuestro espíritu, mientras un amor puro, ideal como soplo divino, se derrama por nuestros arrobados corazones.»

IX.

Pero contra lo absoluto de este sentimiento luchaba otro en su alma: el amor á la libertad. Sentia entrañable cariño hacia el primero, pero no podia dejar de amar con entusiasmo al segundo. En la historia habia aprendido que los pueblos sin libertad se asfixian, y mueren como esas flores á quienes no besa nunca, ni el rayo tibio del sol, ni el soplo blando de la brisa de la tarde. El era artista, y un artista ante todo, ama la libertad porque sin la libertad el genio se ahoga, la inspiracion se apaga y la sagrada musa que canta al oído del poeta esas sublimes estrofas con las que podrian llenar, aun cuando no fuese mas que por una sola hora, el corazon de la humanidad, enmudece. El arte sin la libertad es como la idea sin la espresion, como la frente sin la corona, como Rafael sin la Fornarina. A mas, él era revolucionario sin saberlo. Sabia que especialmente desde la Reforma acá, los dolores de la humanidad no habian tenido término: sabia que abierta la brecha á las ideas nuevas, el torrente se habia precipitado sobre la vieja Europa y no habia medio de detenerle. Y sobre todo sabia que no habia porque detenerle, porque entre sus ondas espumosas traia yo no sé que bálsamo misterioso para ungir con él las heridas de los pueblos. En la Revolucion francesa habia visto, como Víctor Hugo, una segunda consagracion de la humanidad. Aquellos crímenes y aquellas virtudes:

época de su vida que venimos narrando. Juzguen si sería entonces católico, cuando cuatro ó cinco años despues lo era tan entusiastamente. En esta época ya procuraba armonizar la libertad y el catolicismo. Es al mismo tiempo este párrafo una de las mas magníficas pinturas de este último, y una prueba de cuanto habla á los sentidos.

«Mirad sinó lo que sucede en nuestro mismo culto. La cruz levantada en el bosque; la tosca escultura que enseña al caminante las cercanías de una aldea; la campana de la oración, que al caer la tarde derrama una plegaria en los aires; el canto de los sacerdotes, oído desde la puerta de la iglesia; el altar donde se levanta la Virgen, la madre inmaculada de Dios, cubierto en la primavera de rosas, alumbrado por la noche con la mortecina luz de una lámpara; el toque de ánimas, que parece recordar la voz de la eternidad en el silencio de las tinieblas; el Ave Maria Stella, entonado por los marineros en el Mediterráneo, cuando el mar azul refleja el cielo, y el crepúsculo tiñe de un color sonrosado los bordes del horizonte, y las sombras van cayendo, y brillan las primeras estrellas en el desierto cielo; todas estas prácticas religiosas, que á los ojos de un protestante son como vanas palabras, como ceremonias sin sentido, como tosco paganismo, son á nuestros ojos como las representaciones mas verdaderas de Dios, su manifestacion mas pura; y en el altar vemos centellear al fuego del cielo, y en las bóvedas de la iglesia escuchamos el eco de la divina palabra, y sobre la cabeza de las vírgenes, se nos aparece la blanca paloma, el espíritu de Dios, cerniéndose puro; y nos sentimos extasiados y entrevemos el cielo, y la verdad

centellea en nuestro espíritu, mientras un amor puro, ideal como soplo divino, se derrama por nuestros arrobados corazones.»

IX.

Pero contra lo absoluto de este sentimiento luchaba otro en su alma: el amor á la libertad. Sentia entrañable cariño hacia el primero, pero no podia dejar de amar con entusiasmo al segundo. En la historia habia aprendido que los pueblos sin libertad se asfixian, y mueren como esas flores á quienes no besa nunca, ni el rayo tibio del sol, ni el soplo blando de la brisa de la tarde. El era artista, y un artista ante todo, ama la libertad porque sin la libertad el genio se ahoga, la inspiracion se apaga y la sagrada musa que canta al oído del poeta esas sublimes estrofas con las que podrian llenar, aun cuando no fuese mas que por una sola hora, el corazon de la humanidad, enmudece. El arte sin la libertad es como la idea sin la espresion, como la frente sin la corona, como Rafael sin la Fornarina. A mas, él era revolucionario sin saberlo. Sabia que especialmente desde la Reforma acá, los dolores de la humanidad no habian tenido término: sabia que abierta la brecha á las ideas nuevas, el torrente se habia precipitado sobre la vieja Europa y no habia medio de detenerle. Y sobre todo sabia que no habia porque detenerle, porque entre sus ondas espumosas traia yo no sé que bálsamo misterioso para ungir con él las heridas de los pueblos. En la Revolucion francesa habia visto, como Víctor Hugo, una segunda consagracion de la humanidad. Aquellos crímenes y aquellas virtudes:

aquellas utopías y aquel terror: los derechos del hombre consagrados y aquella patria libertada de los tiranos extranjeros por el esfuerzo verdaderamente épico de los soldados de la república, le estasiaban, y amaba la libertad tanto más, cuanto más lejos estaba España de ella.

Conocía también los martirios porque había pasado España para lograr aquella sombra de libertad que la hija de Fernando VII, aquella niña mecida ayer entre esperanzas é ilusiones, le otorgaba. Los varones de Cádiz le parecían santos de la idea liberal: los héroes de la Independencia aprisionados, aherrrojados, descuartizados más tarde por aquel infame Borbon, cuyo trono le habían devuelto, le parecían mártires inolvidables. Todas las epopeyas de este siglo habidas en nuestra patria, bullían en su mente y su imaginación las agrandaba y las agigantaba.

Las ideas filosóficas todavía no habían llamado á la puerta de su inteligencia. El oía ya las protestas hechas en nombre de la razón contra dogmas sin trascendencia verdaderamente moral, ni social. Pero no le había llegado todavía el momento de pensar seriamente en las abstracciones filosóficas. Su alma sonriente no veía más que la poesía de los errores, religiosos sobre todo, bajo los que ha vivido la humanidad. La misa, á las primeras horas de la mañana, en que van los jóvenes, radiantes como la primavera, á decir á la Virgen de sus sueños lo que han hecho y lo que han pensado y á ofrecerla la flor más pura y más poética del ramo de sus amores; la comunión pascual á la que van los niños vestidos de blanco y vestidos de ángel, como si para serlo necesitasen de aquel atavío; los himnos que cantan, el perfume de las flores, las armonías del órgano

perdidas entre los sonidos inefables de la orquesta; todo esto le encantaba y no se paraba á considerar si la comunión, como dogma, era absurda ó verdadera, y si la misa dicha en latín era algo para el alma ó era una práctica tan pagana, como los misterios de Eleusis, ó los de Adonis ó Baco. El cetro del pensamiento había pasado á Alemania: Francia había dicho á Alemania: «Ahora tú» Kant, Hegel, Herder, Fichte, Schelling y otros habían escrito ó escribían magníficos libros que preocupaban al mundo. Herder había lanzado tremendos apóstrofes contra el viejo catolicismo. El mismo Pi y Margall en nuestro pobre país, que no había podido tener filosofía, porque los dominicos de la Inquisición se lo habían prohibido, publicaba un opúsculo en 1851 en que hacía un análisis de la Edad Media, y manifestaba sus creencias francamente opuestas á las de los pocos y tímidos pensadores que había entonces en España. Como era natural se atrajo las iras de los clérigos y del gobierno. «Dos fuerzas convergentes y una divergente, decía, han formado la Edad Media; las dos primeras han sido el cristianismo y la filosofía, y la otra la civilización pagana. ¿Ha sido el cristianismo una doctrina original ó una doctrina derivada? Para mí ha sido derivada. Sócrates, el fundador de la moral y Platon que decía que el Supremo bien es Dios y que el espíritu solo puede satisfacer á los espíritus, y los esenios que practicaban ya lo que Jesucristo predicó, han sido sus precursores. No hay una sola idea que nazca de repente. Todos los hombres no son más que continuadores de la obra de los que fueron antes que ellos.» Y añadía: «No, no es cierto que viniese Jesucristo á crear: no vino sino á desarrollar, y sobre todo á univer-

salizar lo creado. Las ideas existían antes que él: él no hizo más que depurarlas, sentimentalizarlas, darles vida y poesía, arrojarlas desde lo alto de una cruz al mundo. No solo existían entre los esenios, existían más ó menos confusas en la frente de todos los filósofos y en el corazón de todos los pueblos. Platon había ya indicado el amor como único medio para llegar al cielo. Ciceron acababa de hablar de un lazo de caridad que debía unir á todos los pueblos en la tierra; el pueblo de Roma estaba aplaudiendo con furor los versos de Terencio en que se dejaba entrever el principio de la solidaridad humana. Hasta el mismo sacerdocio pagano creía ya en la unidad de nuestra especie; hasta los que combatieron despues mas encarnizadamente el cristianismo aceptaban la creencia de una palingenesia moral y vivían preocupados por las tradiciones de Oriente. Todo estaba en ellos oscuro y era una simple aspiracion, pero existía y aguardaba una mano que le diese forma. Jesucristo fué esta mano misteriosa, esta fuente de vida: ¿Cabe acaso tarea mas grande?

«Se nos acusará de impíos; mas ¿no ha dicho el mismo Jesucristo: «¿no vengo á destruir la antigua ley, sino á cumplirla?» ¿No confiesa el mismo haber enviado sus apóstoles á segar lo que no sembraron? ¿No leemos en San Juan: la ley ha sido dada por Moisés; la gracia y la verdad por Jesucristo? Podríamos, si hubiésemos querido, prescindir de cuanto hemos dicho para confirmar la opinion sentada. La doctrina de los esenios, como la de Jesucristo, está toda en Moisés; brota del seno de la Biblia, del mismo modo que el agua brota de un manantial fecundo. El «amaos unos á otros» del Evangelio, resuena en los cantos de

todos los profetas; la solidaridad de la especie es una de las mas firmes creencias; la unidad de la raza humana y la de Dios son allí dogmas. La idea de la humanidad y del progreso están no solo sentidas, sino determinadas; asoma la de una regeneracion universal por todas partes. Lo porvenir se presenta sin cesar frente á frente de lo pasado; y hasta esa misma aparicion de Jesucristo es esperada, prometida, pintada con brillantísimos colores. La caridad, la igualdad, la fraternidad no se hallan aun en su estado de desarrollo; pero están ya en gérmen, y no esperan sino una palabra que las anime y las fecunde.»

En 1854 escribía otra obra «La Reaccion y la Revolucion.» Insistía en los mismos principios que profesaba en 1851, y los amplificaba mas y mas. Se declaraba partidario de Hegel y resueltamente panteísta. Acusaba á la Iglesia de ser enemiga del progreso, y decía que al serlo cumplía con la ley fatal de su destino. «Hace siglos, escribía, que todo progreso se hace en el mundo cristiano á despecho de la Iglesia; ¿cómo quereis que viva aun y el progreso no la mate? Lo repito, sin embargo, no hay por qué culparla. ¿Cómo culparla de que obedezca á la ley de su existencia? Atendida su razon de ser, toda intolerancia en ella es poca, toda debilidad inexcusable; combatida por todas partes, lejos de cruzarse de brazos y esconder su frente, debe levantarse con dignidad sobre su tripode y pronunciar el anatema. ¡Anatema sobre todo el que profane el arca santa de mis creencias! ¡Anatema contra todo el que ponga en duda una decision de mis concilios ó de mis pontífices! ¡Anatema contra todo el que en Filosofia, en Política y en Economia, se oponga al espíritu ó á la letra de los Evangelios! ¡Anatema contra todo el

que pretenda menoscabar mis derechos!» No entraremos nosotros ahora á examinar estas ideas; no es este nuestro objeto. Solo si diremos que ellas abrian en nuestro país un ancho campo á la crítica, al exámen y á la razon.

Para Castelar no habian llegado aun los días del raciocinio severo y de la fria meditacion. Le pasaba algo de lo que acontecia á los antiguos pueblos orientales; jóven como ellos, vivia, como ellos tambien, en la edad de la poesia y del sentimiento y no veia en todas partes mas que estrellas. Presentia y traslucia pero aun no pensaba y analizaba. Tenia la fé y el entusiasmo del niño, pero le faltaba el estudio y la madurez del que ha entrado en los treinta años. Aconteciale mucho de lo que pasa al amante de las flores; se contentaba con sus colores y sus aromas y le interesaba menos, lo contrario de lo que hubiera sucedido al botánico, el exámen de sus fibras, de sus tejidos, de sus estambres, de sus pistilos y de sus corolas.

X.

Ruda lucha hubo entonces en su alma. Por un lado, el sentimiento de libertad que le hacia rechazar el catolicismo muerto y feroz, y feroz aunque muerto, de la escuela ultramontana; por otro el racionalismo que mordía atrevidamente, no ya los piés de la Iglesia de los Papas, sino la base de toda religion positiva. ¿Qué iba á hacer? Donoso le habia hecho daño. Él no podia afiliarse á aquella escuela negra, que á toda innovacion gritaba: «anatema» él no podia pertenecer á aquel grupo de hombres para quienes la cruz no era mas que

un espantajo y cuyos verdaderos fines habian sido, y eran aun en lo que podian ser, la dominacion del mundo; él no podia ser un Veuillot mas ó ménos grande del ultramontanismo. Por el contrario estaba llamado á darle rudos y certeros golpes.

¿En qué duda debió de estar sumergido! ¿Qué crítica debió ser por algun tiempo la situacion de su espíritu! Se nos ocurre una cuestion. Si la revolucion del 54, que tuvo lugar á poco, no se hubiera realizado, nuestro jóven, dados sus sentimientos religiosos, ¿hubiera entrado de lleno en el catolicismo y hubiera sido una especie de Chateaubriand de él? ¿Las ideas revolucionarias le hubieran perdido para siempre y quizá, quizá hubiera sido uno de los mas brillantes impugnadores de ellas? ¿Quién podia contestar á esto? Yo creo que ni él mismo. Sin embargo, como creo que la razon iluminada por el exámen y el estudio, concluye por vencer al sentimiento y como él no tenia deseos de afiliarse á un partido ó á una idea cualquiera por hacerla subvenir á sus necesidades, sino que iba buscando sin darse quizá cuenta de ello, un sistema que calmara á la vez la sed de su pensamiento y de su corazon, creo que nunca, aunque la revolucion no hubiera acontecido, hubiera caído en los brazos del absolutismo. ¿Puede dar vida el absolutismo á las sociedades modernas? ¿No ha tenido tres siglos para desarrollarse, y al cabo de ellos no se ha visto que no ha dejado tras sí mas que ruinas, ignorancia, fanatismo, corrupcion, envilecimiento, despoblacion? Insistimos en no creer que hubiera caído en esta cloaca de ideas nauseabundas. La Iglesia nó: el catolicismo, sí, y en todo caso la Iglesia en lo que tuvo de liberal y de civilizada en otros tiempos: el absolutismo, nó: la libertad, sí, y en todo

caso el absolutismo, en cuanto hizo criados de los reyes á los nobles y en cuanto hizo del desparramamiento feudal nacionalidades vigorosas y fuertes y nada mas. El templo, sí, pero el sacerdote ignorante, intolerante y avasallador, nó, y en todo caso el sacerdote justo, benévolo, tranquilo, pacífico que tiene la paz en su alma y la distribuye á todos los hombres como una comunión de todas las horas. Dios, sí, pero las ideas religiosas que han alzado á una clase sobre todas, nó: únicamente las ideas religiosas que han tomado su luz del Evangelio, su inspiración de Jesús, su belleza de la eterna ley moral, que preside y presidirá siempre las acciones del hombre. Estas eran sus ideas: estoy seguro que estas eran. Tomaba de la muerte la vida que habia dejado: los principios fecundos que el absolutismo habia vertido, porque no hay idea humana que no vierta alguno. Pero, de todas suertes, la duda y la confusión llenaban su espíritu. Flotaba en ellas, porque aun no tenía bastante caudal de ideas para decidirse en un sentido determinado. Le sucedía lo que á ciertos ténues vapores que flotan en la atmósfera, faltaba una ráfaga de viento que se los llevara. La ráfaga para él fué la revolución del año 54.

Recuerdo aquellos tiempos: las ideas en todas las manifestaciones de la humana actividad, eran vacilantes y tímidas. Había algunos que pensaban algo radicalmente, pero eran pocos; los menos de los menos. Ser progresista era una gran cosa: ser republicano, era una cosa rara, rara avis, ser miliciano, era poco menos que una gloria paradisáica. Como en estos tiempos nadie quiere serlo, entonces lo queria ser todo el mundo. Aquellos pompones magníficos, aquellas flamas semidivinas, aquellos chacos para los cuales

para llevarlos, era preciso una cabeza de hierro: aquellas charreteras disformes, aquellas correas, aquellos fusiles de chispa, todo aquello escitaba una pueril y santa admiración. Las ideas se elaboraban á son de música, entre los acordes que entusiasmaban y habia razon para ello, del himno de Riego, que era el himno nacional de la libertad. La marsellesa se cantaba poco. Los derechos naturales en su absoluta integridad eran poquísimos los que los reclamaban. Se pensaba mas en celebrar la libertad que en afirmarla y en desarrollarla.

La revolución del 54 ¿que fué? Nada mas que un motin dicen algunos; una casualidad revolucionaria, decimos nosotros. El poder estaba lleno de esos mohatrerros de la política que abundaban tanto en el moderantismo y le habian poseido hoy Narvaez, mañana Bravo Murillo y mas tarde Sartorius, tres hombres que no eran en realidad mas que tres colores de un mismo arco-iris. Las rapiñas sin cuento, el negocio escandalosísimo de los ferro-carriles: el empréstito forzoso cobrado á tiros; María Cristina, San Luis: la putrefacción, como no se ha visto otra, del partido moderado que, constitucional en sus orígenes, habia llegado á ser absolutista hasta en sus procederés; todo esto despertó á la nación y los doce hombres de corazón, como se los llamó entonces, salieron al Campo de Guardias con mil doscientos caballos y el beneplácito de la nación entera. Y la verdad era que la vida en aquellos dias era ya insoportable y que una especie de gangrena parecia haberse declarado en aquel organismo social corrompido y nauseabundo.

O'Donnell pensó derribar el ministerio, sustituirle y nada mas. Creia que esto era bastante

para satisfacer sus personales ofensas. Pero cuando se vió perdido: cuando cargado con los laureles, segun unos, ó con las amarguras segun otros, de aquel Vicálvaro inútil, vió que no se le unian mas tropas; cuando consideró que iban á quedarse en el poder aquel San Luis tan execrado y aquel Lonjinos que no supo mas que recoger una lanza caída, su rabia le hizo recordar que, si no tenia soldados, aun habia ideas en el mundo y podia evocárselas por medio de un conjuro. El conjuro le hizo Canovas del Castillo y se llamó programa de Manzanares. El pueblo se levantó en todas partes y arrojó á latigazos á aquellos mercaderes sin vergüenza. Las ideas progresistas limitadas, exiguas, con su censo electoral, con su libertad de imprenta restringida, pero que contenian sin embargo toda la suma de libertad á que se aspiraba entonces, iban á ser el dogma del motin terminado en revolucion. Espartero vino: el viejo Espartero un poco conmovido y un poco trastornado se dejó abrazar por algunos milicianos, por algunas mujeres y despues por O'donnell. El leopardo fraternizaba con el cordero. Entonces comenzó la vida progresista.

En medio de aquel entusiasmo, de aquel himno de Riego, de aquellos motines casi diarios, de aquella milicia, Castelar estaba llamado á hacer sus primeros trabajos. El jóven estudiante necesitaba algo á que entregarse y la revolucion vino á emplear la actividad de su espíritu. Por estos tiempos, meses antes ó meses despues, escribió los libros de que mas arriba hemos hablado, el *Alfonso el Sabio*, el *Ernesto* y la *Hermana de la Caridad*. La revolucion ó el motin del 54 ó como quiera llamársele, si progresivo en el fondo, porque en todo cataclismo social hay siempre una levadura de progreso,

no puede menos de admitirse que fué algo immoral, por su debilidad y hasta pudiéramos decir, por su cobardía. No atreviéndose á barrer el palacio real, régia sentina llena de inmundicias, las hizo suyas en cierto modo. Hizo decir á la reina Isabel, que *una série de lamentables equivoaciones* habian traído aquella revolucion y dejó en pié aquellos errores. Por la no aceptacion de la famosa base segunda quedó en pié la intolerancia religiosa: los clérigos, un poco amenazados al principio, se rieron despues del fiasco que habia hecho la libertad de conciencia. La reina era suya y el país tambien. Poco mas poco ménos, los mismos errores que existian, quedaron. Se cepilló un poco la puerta: se hicieron algunas pequeñas virtutas y los gobernantes se las enseñaron al pueblo diciéndole: «¿No ves, pueblo? Ya se cierra la puerta. Sé feliz y está tranquilo. Si hace falta cepillar mas, aquí estamos nosotros.» O'Donnell se sonreia como Mefistófeles.

Si el 54 no dió grandes frutos revolucionarios, y hay que confesar que dió algunos, en cambio hizo salir á la superficie de la sociedad un núcleo de jóvenes que eran brillante esperanza de hermosos dias para la libertad. Entonces aparecieron Martos, el abogado hábil, elocuente y decidido: Alarcon, el periodista del látigo, el escritor de periodos resplandecientes y divinos. Palacio, ese magnífico calvo que hizo de sus versos un ariete para concluir con los Borbones: Pinedo, el hombre que mata con epigramas: Fernandez de los Rios, el periodista ilustrado y trabajador. Gomez Marin, el escritor de estilo llano y correcto. Moreno Nieto, el Jeremías de todos los eclecticismos: Carlos Rubio, el que peleó hasta morir, mas por la libertad que por el partido progresista, y el que

murió, en pago de este sublime amor á la idea, mas que á los hombres, abandonado por los suyos, cuando los suyos devoraban todos los manjares del presupuesto; y otros mil mas. Estos hombres estaban llamados á hacer mucho y á preparar mas.

Castelar fortalecía sus convicciones con el trato de algunos de estos hombres. Iba á entrar en plena luz. Era ya la hora histórica en que debía aparecer la estrella.

XII.

La Union liberal habíase reunido á mediados de Setiembre para esplanar sus ideas en un manifiesto que dió á luz el día 17. Había estado presidida la reunion, si no me engaño, por uno de los Conehas. Al principio se había pensado en que no se entrara mas que con papeleta; pero para dar un carácter mas popular á la reunion se decidió que entrara todo el mundo. Hubo mas de tres mil personas. Había avidéz entonces de reuniones públicas. Allí donde se decía que un hombre hablaba, allí acudían las gentes y se atropellaban por entrar. El manifiesto era como de union liberal: un pastel hecho con anillos de cadenas y todo él rociado con un poco de agua de colonia de la libertad.

Para combatir este manifiesto, reunióse el 26 de setiembre la juventud liberal en el Teatro de la Ópera, Teatro Real entonces. Presidió la sesion Nemesio Fernandez Cuesta. A su lado estaban sentados Pinedo, Martos, Goicouria, Ordax y otros. Se quería no solo combatir aquel manifiesto sino redactar otro, como protesta, y dar á conocer las aspiraciones y las tendencias del ya llamado entonces partido democrático.

La sesion fué bastante borrascosa en sus principios. En las reuniones populares casi siempre sucede esto. Una palabra cualquiera suscita una violenta tempestad. Pero de pronto todo el mundo cayó en profundo silencio. Hablaba un jóven que se llamaba Castelar. ¿Quién le conocía? Pocos. Aunque era de pequeña estatura, su figura era agradable y tenia una voz de dama cuando empezaba, y robusta y llena cuando comenzaba á animarse. Cataratas de poesía, rayos de estrellas iluminando sus mas pequeños conceptos, párrafos que iban cayendo como cascadas en el alma de sus oyentes: rios de elocuencia que corrían unas veces lentos y otras como desbordados, todo esto había en aquella palabra mágica. Al oírle por vez primera comprendieron muchos que era un genio oratorio que podía llegar á ser una gloria nacional. Muchos comprendieron que aquel jóven ignorado llegaría á ser, andando los tiempos, bajo un punto de vista menos que Mirabeau, y bajo otro mas.

Aquel día fué su bautismo solemne en la democracia. Desde que habló la elocuencia progresista quedó enterrada. El pequeño David estaba llamado á matar á aquel famoso gigante que se llamó Olózaga y cuyos frios despojos yacen en la embajada de Paris. Los que le oyeron, aseguraban aquella noche, que el jóven que había hablado en el Teatro Real, era una notabilidad oratoria: la elocuente facilidad de Martos unida á una profundidad de conocimientos y á una lectura abundantísima que Martos no había tenido. Al día siguiente casi todos los periódicos que se publicaban entonces, el *Tribuno*, el *Clamor Público*, el *Leon Español*, la *Europa*, las *Novedades*, la *Soberanía Nacional*, la *Discussion*, el *Siglo XIX*, el

murió, en pago de este sublime amor á la idea, mas que á los hombres, abandonado por los suyos, cuando los suyos devoraban todos los manjares del presupuesto; y otros mil mas. Estos hombres estaban llamados á hacer mucho y á preparar mas.

Castelar fortalecía sus convicciones con el trato de algunos de estos hombres. Iba á entrar en plena luz. Era ya la hora histórica en que debía aparecer la estrella.

XII.

La Union liberal habíase reunido á mediados de Setiembre para esplanar sus ideas en un manifiesto que dió á luz el día 17. Había estado presidida la reunion, si no me engaño, por uno de los Conejas. Al principio se había pensado en que no se entrara mas que con papeleta; pero para dar un carácter mas popular á la reunion se decidió que entrara todo el mundo. Hubo mas de tres mil personas. Había avidéz entonces de reuniones públicas. Allí donde se decía que un hombre hablaba, allí acudían las gentes y se atropellaban por entrar. El manifiesto era como de union liberal: un pastel hecho con anillos de cadenas y todo él rociado con un poco de agua de colonia de la libertad.

Para combatir este manifiesto, reunióse el 26 de setiembre la juventud liberal en el Teatro de la Ópera, Teatro Real entonces. Presidió la sesion Nemesio Fernandez Cuesta. A su lado estaban sentados Pinedo, Martos, Goicouria, Ordax y otros. Se quería no solo combatir aquel manifiesto sino redactar otro, como protesta, y dar á conocer las aspiraciones y las tendencias del ya llamado entonces partido democrático.

La sesion fué bastante borrascosa en sus principios. En las reuniones populares casi siempre sucede esto. Una palabra cualquiera suscita una violenta tempestad. Pero de pronto todo el mundo cayó en profundo silencio. Hablaba un jóven que se llamaba Castelar. ¿Quién le conocía? Pocos. Aunque era de pequeña estatura, su figura era agradable y tenia una voz de dama cuando empezaba, y robusta y llena cuando comenzaba á animarse. Cataratas de poesía, rayos de estrellas iluminando sus mas pequeños conceptos, párrafos que iban cayendo como cascadas en el alma de sus oyentes: rios de elocuencia que corrían unas veces lentos y otras como desbordados, todo esto había en aquella palabra mágica. Al oírle por vez primera comprendieron muchos que era un genio oratorio que podía llegar á ser una gloria nacional. Muchos comprendieron que aquel jóven ignorado llegaría á ser, andando los tiempos, bajo un punto de vista menos que Mirabeau, y bajo otro mas.

Aquel día fué su bautismo solemne en la democracia. Desde que habló la elocuencia progresista quedó enterrada. El pequeño David estaba llamado á matar á aquel famoso gigante que se llamó Olózaga y cuyos frios despojos yacen en la embajada de Paris. Los que le oyeron, aseguraban aquella noche, que el jóven que había hablado en el Teatro Real, era una notabilidad oratoria: la elocuente facilidad de Martos unida á una profundidad de conocimientos y á una lectura abundantísima que Martos no había tenido. Al día siguiente casi todos los periódicos que se publicaban entonces, el *Tribuno*, el *Clamor Público*, el *Leon Español*, la *Europa*, las *Novedades*, la *Soberanía Nacional*, la *Discussion*, el *Siglo XIX*, el

Miliciano, el *Eco de las Barricadas*, deshicieron-se en elogios al joven tribuno. Castelar les remitió una carta dándoles las gracias por las alabanzas que le tributaban y las *Novedades*, la *Europa*, la *Época* y otros contestaron publicando íntegro su discurso.

Era algo ampuloso, algo retocado y amanerado, habia en el sentimiento católico, amor á la libertad y culto ferviente á la razon humana y sus inmarcesibles conquistas. Pero se notaba en él esa falta de ideas que hay en todo joven. Si rendia culto al catolicismo ¿cómo podia rendirle á la razon, su eterna antagonista, segun la Filosofía moderna?

Copiaremos algunos de sus párrafos mas notables. Es un discurso muy poco conocido hoy y merece serlo en verdad.

Hélos aquí:

«Voy á defender las ideas democráticas, si es que descais oirlas. Estas ideas no pertenecen á los partidos ni á los hombres; pertenecen á la humanidad. Basadas en la razon son como la verdad absoluta, como las leyes de Dios, universales. Por eso la persecucion no puede ahogarlas, ni la espada del tirano vencerlas; pues antes que el tiempo desplegara sus alas, fueron escritas en libros mas inmensos que el espacio, por la mano misma del Eterno. Asi, los hombres que se pierden en el océano de la vida; los poetas que adoran lo eternamente bello; los filósofos que leen la verdad absoluta en el puro cielo de la conciencia, no hacen mas que arrojarlas en ondas de luz sobre la mente del pueblo. (Aplausos.)

»Yo, señores, lleno de sentimiento, y desnudo de inteligencia, me propongo reseñar los dogmas

del partido democrático, ya como principios eternos de su escuela; ya como principios de aplicación práctica en las actuales circunstancias. Convirtamos un instante nuestros ojos á lo pasado. ¡Qué espectáculo, señores, tan tremendo! La imprenta, ese soldado de Dios, que pelea como Ajax por la luz, encadenada á los piés de los tiranos, (aplausos); la tribuna, providencia del pueblo, sujeta al carro del vencedor, y las obras del ingenio humano proscritas porque dan generoso aliento al pecho de los pueblos; el pensamiento oculto en el fondo de la conciencia estallando en el cerebro, sin poder alzar su vuelo y perderse como el águila en lo infinito; la fé vendida por una cartera de ministro y la razon y la libertad llorando en ignominioso calvario. (Estrepitosos aplausos). Todos hemos presenciado el martirio de la libertad. Bravo Murillo intentó matarla con el puñal del materialismo, sin parar mientes en que las ideas son invulnerables; Estéban Collantes la insultó con sus sarcasmos; Domenech fué su Júdas, pues cuando la creyó vencida no dudó un punto en venderse á los seides del absolutismo; Sartorius escribió su epitafio, como antes Donoso habia escrito el evangelio de la reaccion, sosteniendo que la razon y el absurdo se aman con amor invencible; que fuera de las vías católicas nada hay tan despreciable como la humanidad; que el siglo xvi con su inquisicion y sus frailes es el ideal de la sociedad; que debíamos por nobleza amar á la dictadura del sable; que el hombre es la concentracion de todos los deberes y la teocracia el mas perfecto de todos los gobiernos. ¡Insensato! No sabia que negando la razon negaba á Dios cuya esencia no es sino la razon: que negando la libertad, negaba al hombre, cuya existencia no se compren-

de sin la libertad.... Pero hacian bien. Negando al hombre, negaban el eterno enemigo de sus conspiraciones: negando á Dios, negaban al atarador espectro de sus conciencias. (Aplausos prolongados, interrupcion del orador.)

En último caso el marqués de Valdegamas tenia razon. El catolicismo es la opresion y la muerte de la conciencia del pensamiento. Poco despues el jóven tribuno pedia en nombre del catolicismo, lo que este ha odiado y odiará mas siempre, la libertad de conciencia; y decia:

«Yo en nombre del catolicismo pido la libertad de cultos para nuestra patria. ¡Lastima decirlo! Mientras todas nuestras gerarquías sóciales son libres, la Iglesia, solo la Iglesia es esclava, y no puede menos de serlo: porque mientras exista en nuestra patria el esclusivismo religioso, el gobierno está en el deber de impedir que la tiranía penetre en las conciencias: El culto católico ganaria mucho con los otros cultos. Enseñadle á un herege nuestras catedrales, mostradle sus arcos sosteniendo bóvedas sembradas de lámparas, como el cielo de estrellas; la cúpula que se lanza al infinito y se pierde en los arreboles del aire: el santuario irradiando divina luz: las vírgenes trazadas por el pincel de nuestros artistas, subiendo al empireo en alas de los ángeles, cuyo pecho agita el soplo del amor divino: los doctores leyendo eternamente la verdad absoluta en sus libros de piedra, los héroes descansando en los sepulcros, sobre cuya loza se cierce la bienaventuranza: hacedle oír las notas del órgano, que como rocío de vida anima estátuas y columnas: el canto del sacerdote

que parece eco perdido de las armonías que forman las esferas, y bien pronto flaquearán sus rodillas, y se estremecerá su conciencia como cayendo de hinojos ante la realidad de un Dios que se revela bajo las tres eternas formas de la divinidad que son la virtud, la ciencia y el arte. (Extraordinarios aplausos.)»

Hablaba despues de las ideas vivas en el alma de los pueblos, y de las ideas muertas que deben sepultarse en el olvido por haber pasado ya su razon de ser.

«¿Por qué, me direis, exclamaba, el principio reaccionario es tan tenebroso, y el principio liberal es tan sublime? Porque, el primero es un principio muerto, que si respira respira el mefítico aire de las tumbas, y el segundo es un principio lleno de vida, puesto en el trono de la humanidad por la inflexible lógica de Dios, que se manifiesta centelleante en la historia.

«Esto mismo explica como en ciertas épocas, instituciones sagradas, veneradas, caen en manos de ciertas personas que afrentan á los siglos y manchan á los pueblos. Los hombres no son mas que puras formas de las ideas. Cuando una idea generosa y levantada agita la conciencia de la humanidad, y se presenta á recojer los trofeos de la victoria, tiene poder para sacar centellas de la divina luz del fondo del porvenir. Rousseau y Kant son sus profetas; Mirabeau, Vergniaud, sus sacerdotes; Andrés Chenier y Byron sus cantores; Madame de Stael y de Rolland sus heroínas; y Hoche y Napoleon son sus soldados: pero cuando una idea condenada por Dios se em-

peña en vivir entre los hombres, sus símbolos se llaman Carlos VI, Fernando VII, María Cristina, Fernando de Nápoles, y Napoleon el chico.»

Al llegar á este parte de su discurso, los aplausos ahogaban su voz de tal manera que tuvo que detenerse. De todos los lados del teatro salian voces pidiendo su nombre. Cuando la calma se restableció, el orador continuó. Despues de haber destruido, edificaba sobre las ruinas y los escombros que habian dejado todos los partidos; él levantaba la pura é inmaculada bandera de la democracia.

«Señores, solo el partido democrático, prosegua, puede llevar á su cima nuestra gloriosa revolucion. Todos los principios que le han servido de bandera, forman nuestros dogmas y nuestros principios. Yo le diria al partido progresista. ¿Que quieres? ¿Soberanía del pueblo? Pues cédenos el puesto, porque nosotros queremos esa soberanía con todas sus lógicas consecuencias, porque nosotros damos al pueblo por corona el derecho, y por cetro la ley. ¿Economías? Nadie sino el partido democrático puede salvaros de la bancarrota que amenaza, de la bancarrota que os devora, porque el partido democrático con su abnegacion realizará profundas economías, sin lastimar por eso el crédito del país, sin oponerse á todos los derechos que son sagrados. ¿Libertad? Nosotros la alzaremos en nuestros brazos sin límites que la niegen, sin barreras que la detengan, sin instituciones que la limiten. He aquí por qué la union que proclamais es viciosa; y esta es la ocasion de hablar cuatro palabras sobre la encomiada union

que aquí se ha tratado de una manera tan lastimosa. (Risas.)

«Hoy somos los soldados de la libertad y por consecuencia somos los soldados de Dios. Los individuos ensayan en sus conciencias ideas que aplican á los pueblos: los pueblos ensayan en su conciencia ideas que aplican á la humanidad. El sol, pues, el sol que fué en otro tiempo nuestro esclavo, ilumina hoy con sus rayos de oro la bandera de nuestra victoriosa revolucion que hace estremecer de gozo á los oprimidos. Somos la nacion salvadora; si nó tended conmigo los ojos por Europa. Inglaterra comerciaba con la libertad. (Aplausos.) La Francia levantando á los pueblos de su postracion, los ha vendido en el amargo dia que mas necesitaban de su espada. ¡Alemania; parece imposible! Alemania que ha pretendido la confederacion universal de todos los pueblos y ha elevado en alas de la libertad el pensamiento de todas las inteligencias á la última esfera de la filosofia; Alemania, patria de Schiller y de Hegel, es hoy la esclava de Julianó el apóstata. (Aplausos.)

«La democracia es antigua, muy antigua en nuestro suelo. Nuestros pueblos de la edad media entendian el derecho de peticion mejor que lo entienden los liberales de nuestros dias. (Bien, muy bien.)»

Concluyó de esta manera elevada y grandilocuente;

«Señores, pidamos que se realice la fraternidad entre todos los hombres y la fraternidad en-

tre todos los pueblos, porque todos nos encaminamos á una patria que es el cielo. Pidamos que se realice en todas sus aplicaciones la verdad cristiana; que la justicia sea el sol de nuestras esferas sociales; que las clases menesterosas reciban el pan de la inteligencia. El trabajo, señores, que es á la propiedad lo que el cincel de Fidias es al mármol, (Muchos aplausos) debe recibir de la justicia la debida recompensa. (Reiterados aplausos.) En fin, señores, pidamos á Dios que pelea por los buenos, pidamos á Dios que la Inglaterra sea verdadera aliada de la libertad, y Alemania, mente del mundo, nos revele nuevos misterios de la ciencia, nuevos secretos del arte; que Francia sacuda su letargo y vuelva á ser el tribuno de los pueblos; que Hungría y Polonia rasguen sus túnicas de esclavos, y que la Italia, esa prodigiosa artista, que sostenía con dulces armonías el sueño de sus señores, se levante herida de sus recuerdos y recoja del suelo la rota lanza de Bruto y Cincinato, porque con ideas tan grandes y con tan denodados guerreros, el triunfo de la libertad será eterno.»

Su voz fué cubierta entonces por la centésima vez con los aplausos de los concurrentes todos. De todas partes acudieron personas á felicitarle y á estrecharle su mano. Pocas ovaciones ha habido como aquella. Poco despues los progresistas coronaban á Quintana: aquel dia el jóven Castelar se coronó á sí mismo.

El juicio que formaron los hombres de aquella época del discurso del jóven demócrata, fué, poco mas, poco menos, el mismo que á nosotros nos ha sugerido su lectura en los periódicos de aquel tiempo.

La *Epoca* decía de él;

«En medio del innegable talento que respiraba la frase un tanto ampulosa y alambicada del Sr. Castelar, advertíase esa falta de fijeza de principios que solo infunde la madurez del pensamiento y del estudio, y que solo se adquiere con los años: profundamente religioso y creyente el orador, ora tributaba entusiasta culto á las grandes tradiciones históricas de su patria, y las glorias de la monarquía enlazadas á las libertades públicas le inspiraban las mas floridas imágenes; ora haciendo la apotéosis de la razon humana, venia á erigirse en apóstol de la mas avanzada democracia, fascinado alternativamente por Montalembert y Donoso, por Luis Blanc y Víctor Hugo.»

De todos modos, aquel dia se reveló al país y á sí mismo quizás. Por el efecto que su palabra produjo, pudo comprender que estaba llamado á producirle en mas basta escala, cuando se iniciara mas en los secretos de dirigirse á las multitudes. Por una especie de acaso providencial, aquel mismo dia resonó tambien en el mismo teatro la voz de aquel renegado ilustre, de aquel apóstata tan inteligente, de aquel Satanás de todas las perfidias y de todas las elocuencias, que olvidándose hasta de lo que no debe olvidarse nunca un hombre honrado, de la sangre hecha verter en balde, de los fusilamientos de Alicante, venia á deponer su corona á los pies de la democracia y á lanzar aquel grito célebre desde entonces. «Yo te saludo, oh jóven democracia.» Pero aquel hombre corrompido verdaderamente en el fondo de su alma, estaba ya destinado solo

por la providencia para realizar y cohonestar maldades como las de la noche de San Daniel y para precipitar la ruina de una dinastía arrojada de todos los pueblos y maldecida por todos los que amaban la libertad. María Lopez habia muerto: Alcalá Galiano decaia visiblemente. No habia oradores que hablaran poéticamente, que entusiasmáran á las multitudes y las arrastráran. Bien es verdad que la elocuencia habia estado hasta entonces á la altura de la política. Para una política de término medios, bastaban oradores medianos, ó de cierto género al menos. Venia la idea democrática que se presentaba resplandeciente y luminosa y era preciso un orador luminoso y resplandeciente. Bajo este punto de vista la aparicion de Castelar en la vida pública fué una conjuncion de Dios y del progreso.

XIII.

Desde aquel dia su situacion y su existencia fueron ya otras. Acogido favorablemente por el pueblo, por el periodismo, por todo el mundo, empezó á trabajar con esa incansable actividad que le ha distinguido siempre. En nuestra patria uno de los medios de escalar los mas altos puestos, asi las notabilidades como las inutilidades, es el periodismo. Se escribe primero una gaceti-lla: si se tiene fuerzas se escribe de vez en cuando una novela para el folletin, mala generalmente, ó una revista. Esto me recuerda que la novela *Alfonso el sabio* de Castelar y Canalejas apareció en el folletin de las *Novedades*, aunque recuerdo haber visto tambien otra edicion de ella. Se escriben despues algunos sueltos, quizá alguna

de esas correspondencias que se figuran venidas de Barcelona, de Paris ó de Londres y que han sido escritas sobre la mesa de la redaccion: al cabo un artículo de fondo y he aquí un periodista hecho y derecho. Castelar no necesitaba de estas cosas. Fué periodista y buen periodista desde el primer dia.

El periodista que comprende su mision, está llamado á ser uno de los ángeles tutelares de la sociedad en que vive. Si tiene condiciones para serlo hará mucho. El no censura siempre con la seriedad: á veces lo hace con la risa y entonces es mas terrible el aguijon que clava. El fondo de su tintero es una especie de obscura fragua donde forja los rayos que lanza: el fondo de su cérebro una especie de biblioteca de hechos menudos, pequeños, de fechas, de dichos, de sarcasmos que lanza sobre la apostasia de aquel, sobre la inconsecuencia del otro, sobre la codicia de un tercero. Con una cuartilla de papel asesina una institucion: con media un hombre. El cieno en que vive este personaje ó el otro se le arroja á la cara y le pone el rostro como tiene el alma. Husmea, olfatea, penetra en las bohardillas y en los salones: habla en prosa y en verso las mas de las veces: escribe como habla, á galope: conoce á mucha gente, si escribe en un diario razonador y grave, y á todo el mundo si lo hace en un periódico de noticias. Es un ser especial, ardilla en lo listo, y gamo en lo incansable.

Ahi teneis dos hombres: Castelar y Carrascon. Siempre he creido que si Castelar vale mucho como orador, Carrascon vale mucho como periodista. Carrascon tiene intencion profundísima. Castelar elevacion inmensa: el primero, hiere hasta

el alma, el segundo anonada con su grandeza: el uno derriba una dinastía con un artículo, el otro la aplasta con su palabra gigantesca; aquel dispara con bala cónica, este con bomba fulminante: el último hace un discurso en cada artículo, y el primero una revolucion con una historia que parece una novela. La gloria de Castelar es su lengua; la de Carrascon su pluma. Ciertos artículos de este solo pueden compararse con ciertos discursos de aquel. La loca del Vaticano y los discursos sobre la esclavitud, por ejemplo, son dignos los unos del otro. En cambio Carrascon no sabe pronunciar dos palabras juntas. Cuando tiene la mala ocurrencia de querer hacer el papel de orador, le sucede algo de lo que sucede á los mudos: los mudos agitan su campanilla para que se les atienda, y el empieza á dar vueltas á sus guantes y á sus lentes y es de un desastroso efecto oratorio ver como aquellos lentes y aquellos guantes hablan tanto y tan elocuentemente y como su propietario habla tan mal, y tan pausado, y tan poco.

A partir desde el dia en que Castelar se manifestó á la democracia española, todos los periódicos estuvieron abiertos para él. Galilea dirigía uno que se llamaba el *Tribuno*: Castelar escribió en él. Sixto Cámara, aquel mártir de la democracia, aquel furioso entusiasta muerto en los campos de Olivenza, por querer implantar antes de tiempo una idea, poco elaborada aun y poco difundida, dirigía la *Soberanía Nacional*, periódico que en sus artículos predicaba la mas pura doctrina y en sus folletines las novelas socialistas de aquella Mad. Dudevant que, por no querer tener nada de mujer en el mundo, se quitó hasta el nombre y se llamó Jorge Sand: Castelar escribió

en la *Soberanía Nacional*; la *Discussion* donde fué redactor en jefe, contóle tambien en su seno. Trabajó con Rivero y á su lado sostuvo rudas campañas. El suelto, esa parte del periódico tan fácil y tan difícil á un tiempo, si no le inventó él, le perfeccionó considerablemente al ménos. A un artículo, él contestaba con un suelto, y estaba bien contestado. Con esa facilidad de improvisacion que le distingue, como la noche siembra estrellas en el cielo, él siempre sembraba sueltos en el periódico en que escribía, verdaderas estrellas de él. Rebatía, azotaba, punzaba, aclaraba, iluminaba, todo en cuatro líneas. Como los grandes pintores, no necesitaba mas que dar una pincelada y el cuadro estaba hecho. Por estos tiempos parece ser que ya tenia en sustitucion en la Universidad Central la clase de Historia de España que habia de ganar mas tarde por oposicion. Iba creciendo: habia sido larva y era ya mariposa. Faltaba todavía que el sol dorara un poco mas sus alas y las esmaltara mas con el fuego de sus rayos.

XIV.

¡Qué tiempos aquellos los del bienio! ¡Qué indecision habia en las ideas, que indecision habia en los caracteres! Esto, no obstante, el partido democrático se destacaba ya limpia y claramente del antiguo partido progresista y era su aguijon. La idea de la democracia, como estrella velada por mucho tiempo, empezaba á clarrear en España. A pesar de la derrota de Novara: apesar de la ocupacion de Roma: apesar de aquel infausto 2 de Diciembre que ahogó en su propia sangre á aquella república que hubiera sido du-

radera, sino hubiera llevado en su alma los antiguos errores de la monarquía; apesar de esto—y quizá por esto mismo—las ideas democráticas se acentuaban y se dibujaban mas claramente en Europa. La Italia deseaba ante todo realizar su sueño mas virginal y mas poético: reunir sus ciudades dispersas: rescatar á las esclavas: escuchar otra vez el canto de los gondoleros que atravesaban los canales de Venecia, la sultana aprisionada del austriaco, y coronarse de nuevo en Roma como reina del arte y de la belleza. España soñaba otra cosa. Libertarse para siempre de aquellos parlamentos simoníacos, de aquel despotismo de buen tono, de aquella libertad tan disimulada, que se decia que existia, y que no se sabia donde encontrarla, y de aquella férula de moderantismo que, bajo la forma de una monarquía constitucional, sabia robar al absolutismo sus intolerancias, sus deportaciones y sus fusilamientos.

El partido progresista no habia aprendido nada. Era tan inerte y tan bonachon como en 1836 y 1840. La Union liberal se disponia á jugarle una mala pasada. Él, en tanto, se entretenia en celebrar solemnes exequias en San Isidro por las almas de los muertos en Madrid y Vicálvaro el dia de la batalla y los dias de la revolucion, exequias en que pronunciaba la oracion fúnebre el presbítero don Juan de Dios Cruz: otro dia, por ejemplo, el de la apertura de las Constituyentes, pasaba la tarde solazándose en pasar una revista á los valientes milicianos de aquel entonces: dos meses despues volvia á reunirlos y les entregaba las viejas banderas de otros tiempos, y Espartero les hablaba, y habia conmocion, apreturas, sustos. El Prado y Recoletos estaban literalmente atestados de hombres armados. Formaron cerca

de diez y seis mil milicianos, los ocho batallones de línea, los dos de artillería de á pié, los cuatro de lijeros, la caballería y la artillería. Los que se entusiasmaron con estas menudencias, decian que aquello habia sido una cosa digna de verse. A mas habian formado tambien mas de cuatro mil soldados, con lo que puede calcularse si el espectáculo seria esplendoroso y bello sobre toda ponderacion.

Pero, en medio de todo, á pesar del cariño que se tenia á la idea liberal, la idea democrática asustaba un poco á aquellos buenos monárquicos de aquel entonces. Los progresistas de la calle de Toledo no entendian de república: Pucheta no entendia una palabra de gorros frigos ni de derechos individuales. Un dia un hombre se detuvo en la plazuela de la Cebada, allí donde habia muerto Riego, y empezó á gritar: ¡Viva la República! Los milicianos le mataron á tiros. Los periódicos progresistas censuraron el hecho, pero tíbicamente. Recuerdo que hubo uno que consagró un suelto muy corto á este asesinato, y que en cambio consagró aquel mismo dia casi un artículo á persuadir á los milicianos que no debian cambiar á su capricho los adornos del uniforme, porque «esto destruye, decia muy seriamente, la uniformidad que es la base de la belleza.» Esto pinta aquellos tiempos.

La idea, sin embargo, no se detiene jamás. En aquella misma milicia tan cándida y tan inofensiva, estaban los elementos del porvenir. En los batallones de lijeros estaban los demócratas, y por esto se miraba á estos batallones con cierto recelo. Eran los descamisados de entonces. Eran las gentes que iban á los clubs: eran obreros los mas que empezaban á escuchar ya que todo hombre

tiene derechos y que despojarle de uno de ellos es un atentado contra la ley natural. De todas maneras, por duramente que se juzgue al bienio, no puede negarse que fué un grande, útil y solemne aprendizaje para la nacion.

¿Qué hacía Castelar entoncés? Lo que podia. En el comunicado que dirigió á los periódicos dándoles gracias por los elogios que le habian dirigido, con motivo de su discurso del Teatro Real, comunicado de que hemos hablado ya, él mismo decia que su nombre ensalzado un dia, volveria al siguiente á caer en el olvido, y esto seria todo. Así sucedió al menos durante algunos meses. Pero él tenia una prodigiosa facultad, rara entonces, la de la elocuencia, y esto debía volverle á sacar del ostracismo de la obscuridad. Recuérdese que eran aquellos tiempos, en que existian todavía los llamados delitos de imprenta, y en que el jurado, como forma mas liberal de enjuiciamiento, absolvía ó condenaba entre los aplausos ó las rechiflas de la multitud, los chistes y los sarcasmos del *P. Cobos* ó del *Látigo* ó los artículos de la *Soberanía Nacional*, del *Leon español* ó del *Tribuno*.

Castelar fué al jurado. Defendió á periódicos de distintos matices: hoy á la *Soberanía Nacional*; al otro dia al *Leon Español* otro á la *Democracia*. La defensa de este último valióle que su nombre empezara á pronunciarse con admiracion en esa tierra del arte que él ha amado y ama tanto que se llama Italia. En la *Democracia* apareció el bellissimo artículo de Heliodoro del Busto, un poco impío, como decian los buenos liberales de aquel tiempo, que comenzaba «Despierta Italia, rosa del pensamiento» La defensa fué brillante y digna del artículo. El nom-

bre del jóven orador empezó á resonar en la lengua dulcísima del Petrarca y del Dante.

Habia entonces un excelente promotor fiscal, cuyo nombre entregamos á la historia, don Joaquín Ruiz de Cañavete, que no dejaba tregua ni reposo, á los periódicos demócratas sobre todo. El fiscal denunciaba: el jurado decia que habia lugar á la acusacion y héte aqui un periódico llevado á la barra. Figueras, Castelar y otros no se daban mano para acudir á defender tanto pobre periódico denunciado. Un dia defendia Figueras al editor del *Eco de las barricadas* ante el tribunal correccional de la audiencia: el 10 de Febrero del 55 defendia él mismo un artículo del *Látigo*, que era absuelto por ocho votos contra cuatro: otro dia Garrido, que era el que redactaba *El Eco de las barricadas*, sobre el que habian caido ya tres absoluciones del jurado y que estaba preso aun, era puesto en libertad: Castelar se presentaba otra tarde ante el jurado y por siete votos contra cinco obtenia la absolucion de un folleto del mismo Garrido *El pueblo y el Trono*, y otra noche, en fin, para celebrar otra defensa, ó para otro acto patriótico, no estoy seguro, reunianse en un banquete en Capellanes, hasta doscientos demócratas, de los mas notables de Madrid: Orense, García Ruiz, Garrido, Sixto Cámara, Castelar, algunos oficiales de los batallones de ligeros, y allí se hacian discursos muy liberales, muy enérgicos, y muy *avanzados* añadian con cierto encono los periódicos progresistas. Al *P. Cobos* solia defenderle Nocedal.

Era aquella la época del encono y de la pasion. De periódico á periódico se dirigia diariamente una lluvia de insultos. Los desafíos eran muy frecuentes y los diarios daban cuenta de ellos muy

claramente y sin figuras retóricas. Alarcón se batía con Quevedo: cada uno de ellos disparaba cuatro tiros y el honor de entrambos quedaba satisfecho. Al otro día Alarcón suprimía el *Látigo* por «razones no políticas» decía. Hasta tal punto llegó el frenesí de los periodistas que el *Diario Español* congregó en su redacción á los de todos los periódicos para ver la manera de terminar tanto duelo y de sujetar las cuestiones á soluciones que se harían menos en la casualidad ó en la destreza y más en la razón. A Castelar se le nombró secretario de este Tribunal de honor de la prensa. En épocas de trastornos y de transición ocurre siempre esto. Los ánimos se exaltan fácilmente, y lo que se empieza por una niñería se acaba por una provocación. La revolución llega en cierta manera al alma: y un período de revolución es siempre un período de locura y de vértigo.

XV.

La idea democrática estaba en los aires, es cierto; pero necesitaba un hombre en quien encarnarse y que tuviera facultades para poder llevarla á todas las conciencias. Había uno que era muy digno, muy probo, muy consecuente y muy republicano; había propagado la buena idea por ciudades, villas y aldeas, pero se llamaba Oreñe y en realidad no había nacido más que para hablar en lenguaje familiar y contar cuentos, más ó menos chispeantes. Estaba Rivero, pero Rivero no era más que un periodista seco y un orador de parlamento: estaba Sixto Cámara, pero Sixto Cámara tenía más fuego que instrucción, y el fuego

solo no basta: estaba Guisasola, pero Guisasola no sabía más que convertir su bisturí en bayoneta y escribir frases incendiarias: estaba Garrido, pero Garrido no era más que un obrero como otro cualquiera del pensamiento, á quien faltaba arte, galanura, poesía, flores en el pensamiento y en el alma: estaban Martos y Pinedo, pero Pinedo y Martos habían aceptado puestos ministeriales, eran oficiales de secretaría, sinome engaño, en el Ministerio de la Gobernación, dando así muestras de lo que podían hacer más tarde: estaban Figueras, Ordax AVECILLA, Sorni y algunos otros, pero á todos les faltaba algo para impulsar, aunque no fuera más que por unos pocos años, el movimiento democrático, y ser el alma de aquella alma que había de infundir nueva vida á la España de los fusilamientos de Alicante, de los despilfarros de Sartorius, y de las chocheas de los esparteristas que, soñando siempre con golpes de estado no sabían prevenirse contra el que claramente se veía que los amenazaba.

Hasta entonces Castelar no había sido más que un muchacho que hablaba bien, aunque algo gongorino, algo difuso y algo alambicado. Los periódicos le habían llamado «apreciable jóven» y nada más. Era una esperanza, corriente. Pero nada más que una esperanza. Faltábanle estudios prácticos, por decirlo así. Un estadista necesita algo más que la historia: necesita nociones de derecho público, nociones de economía política, nociones de derecho administrativo. Donde mejor se patentizaba su especial talento y su viva imaginación, era en la tribuna. Allí conmovía y entusiasmaba. A veces hablaba con verdadero lirismo, y el lirismo, por más que se declame contra él, agrada. Aquella fantasía maravillosa, aquellos

claramente y sin figuras retóricas. Alarcón se batía con Quevedo: cada uno de ellos disparaba cuatro tiros y el honor de entrambos quedaba satisfecho. Al otro día Alarcón suprimía el *Látigo* por «razones no políticas» decía. Hasta tal punto llegó el frenesí de los periodistas que el *Diario Español* congregó en su redacción á los de todos los periódicos para ver la manera de terminar tanto duelo y de sujetar las cuestiones á soluciones que se harían menos en la casualidad ó en la destreza y mas en la razón. A Castelar se le nombró secretario de este Tribunal de honor de la prensa. En épocas de trastornos y de transición ocurre siempre esto. Los ánimos se exaltan fácilmente, y lo que se empieza por una niñería se acaba por una provocación. La revolución llega en cierta manera al alma: y un periodo de revolución es siempre un periodo de locura y de vértigo.

XV.

La idea democrática estaba en los aires, es cierto; pero necesitaba un hombre en quien encarnarse y que tuviera facultades para poder llevarla á todas las conciencias. Había uno que era muy digno, muy probo, muy consecuente y muy republicano; habia propagado la buena idea por ciudades, villas y aldeas, pero se llamaba Oreñse y en realidad no habia nacido mas que para hablar en lenguaje familiar y contar cuentos, mas ó menos chispeantes. Estaba Rivero, pero Rivero no era mas que un periodista seco y un orador de parlamento: estaba Sixto Cámara, pero Sixto Cámara tenia mas fuego que instruccion, y el fuego

solo no basta: estaba Guisasola, pero Guisasola no sabia mas que convertir su bisturi en bayoneta y escribir frases incendiarias: estaba Garrido, pero Garrido no era mas que un obrero como otro cualquiera del pensamiento, á quien faltaba arte, galanura, poesia, flores en el pensamiento y en el alma: estaban Martos y Pinedo, pero Pinedo y Martos habian aceptado puestos ministeriales, eran oficiales de secretaria, sinome engaño, en el Ministerio de la Gobernacion, dando así muestras de lo que podrian hacer mas tarde: estaban Figueras, Ordax AVECILLA, Sorni y algunos otros, pero á todos les faltaba algo para impulsar, aunque no fuera mas que por unos pocos años, el movimiento democrático, y ser el alma de aquella alma que habia de infundir nueva vida á la España de los fusilamientos de Alicante, de los despilfarros de Sartorius, y de las chocheas de los esparteristas que, soñando siempre con golpes de estado no sabian prevenirse contra el que claramente se veia que los amenazaba.

Hasta entonces Castelar no habia sido mas que un muchacho que hablaba bien, aunque algo gongorino, algo difuso y algo alambicado. Los periódicos le habian llamado «apreciable jóven» y nada mas. Era una esperanza, corriente. Pero nada mas que una esperanza. Faltábanle estudios prácticos, por decirlo así. Un estadista necesita algo mas que la historia: necesita nociones de derecho público, nociones de economía política, nociones de derecho administrativo. Donde mejor se patentizaba su especial talento y su viva imaginacion, era en la tribuna. Allí conmovia y entusiasmaba. A veces hablaba con verdadero lirismo, y el lirismo, por mas que se declame contra él, agrada. Aquella fantasía maravillosa, aquellos

arranques tan enérgicos y tan valientes, aquella frase abundante é inagotable, no podian menos de producir grande y extraordinario efecto. Su edad por otra parte, era un obstáculo tambien para aspirar aun á mas altas empresas. Se le creyó digno de figurar en la candidatura acordada por la prensa liberal de Madrid al lado del venerable San Miguel, del digno Calvo Asencio, y del general Dulce. Figuro tambien en otras esencialmente democráticas al lado del Marqués de Albaida, de Guerra, Olavarria, de Cervera y otros; pero la edad del joven aun no era á propósito para confiarle la alta investidura de diputado, y esto hizo que fracasara su candidatura.

En la *Discusion* siguió trabajando. Allí puede decirse que se educó y se formó en la política. Estuvo en ella hasta el año 63 en que se decidió á fundar aquella brillante *Democracia* que tan rudos combates sostuvo en favor del individualismo contra la socialista *Discusion* que dirigia ya el grave Pí y Margall.

XVI.

Los dos años del bienio fueron realmente como el fin de la vida del partido progresista. Mucho habia hecho; el año 12, el año 20, el año 37 eran sus tres glorias, que eran tres fechas solemnes de la libertad. Sus martirios eran sin número, pero habia tenido dos defectos que le habian perdido en otras ocasiones y le iban á perder entonces, su candidez eterna y su constante ingratitud con el pueblo. El pueblo le habia dado el poder el año 36 y en el 40, y él se olvidó del pueblo; la primera vez negándole el sufragio por

la Constitucion del 37, y la segunda vendiéndole por aliarse en el 43 con los reaccionarios. La misma insuficiencia del partido progresista en estos dias hacia avanzar la idea democrática. Los varios pequeños movimientos acentuadamente liberales que por entonces estallaron, demostraban que la idea se elaboraba lente y silenciosamente. Pero cuando se concluyó la discusion de las famosas bases constitucionales, sobre todo de aquella famosa base segunda, de la que hubiera podido salir ya entonces la libertad de conciencia; cuando se confirmó la monarquía y la monarquía con Isabel II y hubo aquellos famosos varones que votaron contra ella, lo que entonces era un verdadero heroismo; cuando se vió que no habia libertad para los esclavos de las Antillas á pesar de la proposicion presentada para ello por algunos diputados demócratas, y que no habia tampoco libertad completa para el pensamiento, llevado al jurado de continuo, empezó á reinar profundo silencio. A poco vino el 56, aquel mónstruo habido en el deforme contubernio de dos hombres, O'Donnell y Rios Rosas. Entonces, cuando el partido progresista pagó con su sangre y con su ruina la necesidad de aliarse con sus eternos asesinos, entonces fué, cuando comenzó la verdadera y pacífica propaganda de la idea democrática, y esta mision tocábale en gran parte á Castelar.

Era lógico. Si, en mi entender, ha sido enviado á alguna cosa al mundo, ha sido á propagar el credo democrático. Toda idea progresiva en la historia, no es, ni mas ni menos, que una nueva puerta que se abre al bien: toda idea progresiva no es, ni mas ni menos, que una nueva cantidad de felicidad que se derrama sobre

una clase, á veces sobre la sociedad entera. Y para que toda idea nueva cunda, necesita propagandistas en armonía con ella. Quizás el cristianismo no hubiera progresado tanto, por mas que parezca contradictorio, á haber caido en manos de filósofos y de sabios, y no de ignorantes y de pescadores. Aquella doctrina nueva que queria acabar con todo lo antiguo, no encontró originalidad, vida ni sábia entre los filósofos del Pórtico y fue á buscar instrumentos donde habia sencillez, esperanza en el porvenir, fé y entusiasmo. Algo de esto ha sucedido á Castelar. Para mí su gran obra no han sido sus magníficos discursos en las Constituyentes, ni sus oraciones en las reuniones, ni en las sociedades de distintos géneros. Ha hecho mas que esto. En el periodo que media desde el 56 al 65 ha sido la lengua y el corazon de la democracia. Sin él se hubiera hecho este trabajo, claro está, pero se hubiera hecho mas lenta y difícilmente. El instrumento para difundir una idea tan pura, era tan bello y tan á propósito, que se la amaba con solo oír hablar de ella á aquel hombre. Jamás ha existido una armonía mas íntima y mas completa entre una idea y un hombre. Aquella idea necesitaba aquel intérprete. O'Donnell habia creído calmar las ansias del pueblo dejándole, despues de su ametrallamiento de las Constituyentes, una libertad relativa y se gozaba creyendo que habia salvado á España de los furores de la demagogía. Como Voltaire creia que los tronos eran eternos cuando tan próxima estaba su ruina, así creia O'Donnell que no se volveria á oír hablar en cien años de democracia. Y se engañó, porque las ideas no se detienen porque así plazca á un hombre.

Y para mayor desgracia de las ideas ecléticas de aquella agrupacion de apóstatas y de tránsfugas que se llamó Union liberal, y para desdicha tambien del partido moderado que veia aproximarse el fin de sus dias, Castelar empezó á predicar la democracia desde la cátedra de Historia de España de la Universidad Central. Hizo oposicion á esta clase—era el año 57—y despues de unos brillantísimos ejercicios los jueces no pudieron menos de dársela. Y lo mas asombroso fué que obtuvo esta cátedra durante el ministerio Narvaez. El tirano de calañés no habia podido resistir el impulso de la providencia secreta de las cosas y habia dotado á la juventud con un maestro de la democracia. Tales son los contrastes de la historia: el partido moderado hizo mucho en favor de la facultad de filosofía y letras y de esa facultad habian de salir hombres como Sanz del Rio, Salmeron y el mismo Castelar, que no solo habian de pelear con él rudas batallas, sino que habian de ser la masa que deshiciera en definitiva todos los partidos medios.

¡Y qué sitio mas á propósito que la cátedra para infiltrar en el alma de las generaciones jóvenes la idea del porvenir! El evocaba constantemente la sombra de la libertad. En aquel rincon se respiraba tan solo un poco de democracia. Algunos alumnos copiaban: pero los mas dejaban que aquella palabra, que hacia, mientras resonaba, estar en éxtasis permanente, les bañara el alma. Los grandes hombres y los grandes martirios parecían mas grandes aun descritos por aquellos labios. La juventud es la edad de las rosas y del entusiasmo y es muy difícil hacer que ella no ame las grandes causas. Los viejos, con el corazon seco ya, cuando escuchan á un após-

tol cualquiera de una idea que aparece en la historia se encogen de hombros y dicen: «Habla bien:» pero los jóvenes gritan: «Ese hombre me ha dicho lo que yo tenía en el corazón y no sabía decirme.» Allí se aprendían las leyes generales de la historia: en un curso se conocía nuestro modo de ser, el carácter especialísimo de nuestra nacionalidad, las hondas raíces de nuestras libertades municipales, todo lo que es peculiar de nuestro país. Aquella cátedra no puede negarse que fué una tribuna de historia democrática. Los reaccionarios de todos los matices gruñían por lo bajo y decían: «Eso no es enseñar.» El progreso decía: «Enseña el ideal:» Los conservadores callaban, porque no se atrevían á volcar una cátedra de donde salían tantos resplandores.

Insistiremos sobre este punto. Esta cátedra tuvo días aun mas magníficos allá por el 10 de abril. Los relataremos. Siempre es bueno repetir, por mas sabido que sea, que la libertad y la ciencia se parecen á esos álcalis que se volatilizan, sin saber como, del frasco en que se encuentran. Ponedlas cadenas y ellas las romperán. Es una bárbara tiranía la de las ideas muertas al querer sujetar á las vivas. Poned una pantalla y la estrella no se verá; pero la estrella estará allí detrás; inquieta, ardiente, deseando besar con sus rayos melancólicos las frentes juveniles y entusiastas. Así es la idea.

XVII.

Habían cambiado los tiempos. Se quería reposo, quietud, bienestar. La nación estaba un tanto

fatigada de dos años de progresismo, poco menos que estéril, y quería mas prosperidad y menos charangas. Si se lloró la muerte del 54, fué, no por lo que hizo, sino por lo que hubiera podido hacer. Era una sombra de libertad desvanecida, y á la libertad se la ama siempre sobre todo cuando se ha perdido. La juventud que se habia afiliado á la idea democrática, derramó su lágrima mas pura sobre aquella tumba donde se enterraba el porvenir de la patria. Los alquimistas de la Edad media creían que enterrando un rayo de sol se tornaba en oro al cabo de cierto número de años. Si los alquimistas se engañaban, los liberales no. Cada rayo de libertad que se sepulta, produce despues cascadas de rayos de luz y de redencion. Los filósofos griegos no creían que pudiera concluir nunca la esclavitud; los feroces frailes del siglo XVI no creían que pudiera apagarse jamás la hoguera inquisitorial; Mirabeau moría creyendo haber eternizado con su traicion la monarquía francesa; los progresistas que habian sufrido las perfidias de Fernando VII, los desdenes de Cristina y las ingratitudes de Isabel, no creían que pudiera venir la democracia. Se desbandaron á la primera bomba que cayó sobre las constituyentes, como al primer tiro se desbandan las palomas que beben en el arroyo cristalino. Los unos progresistas se echaron en brazos de O'Donnell, los otros siguieron defendiendo con heroica tenacidad sus antiguos ecléticos principios que, mas que para dar libertades á la nación, habian servido para dar mártires á la historia. Pero, en verdad, aquella libertad muerta en los negros dias del 56, habia que llorarla y que esperarla á la vez; se necesitaba un poeta para cantarla, y un orador para

recordarla. Y por un acaso verdaderamente providencial aquel orador y aquel poeta que la idea del porvenir andaba buscando para encarnarse en él, los halló reunidos en un solo hombre, en el orador, ya notable del Teatro Real.

Siempre que el hombre quiere, halla manera y forma de propagar la idea que lleva impresa en el alma con eternos caracteres de luz. Desde la conversacion hasta el discurso, desde el folleto siempre ligero, hasta el libro meditado y grave, todo es bueno para la propaganda. Si habia amado Castelar con entusiasmo y fe la idea democrática, la amó mas cuando vió que los unos la abandonaban por cansancio ó por cobardía y los otros por un pedazo de pan, apóstatas mezquinos en la hora solemne de la desgracia, que debe ser siempre la hora de la virilidad y del heroismo. Pierrad aun no era republicano, como que era uno de los que habian bombardeado las Constituyentes, y Escosura se iba preparando á dejar de ser progresista. La traicion de este llenó de angustia á las almas mas alentadas y creyentes. Era como si á una vírgen de Murillo se la hubiese encontrado en un cuadro de otro pintor célebre, entre una turba de rameras y prostitutas. Le borraron de la lista de socios de la tertulia progresista; le maldigieron, le escomulgaron; dijeron de él en sus periódicos todos los vituperios posibles. Pero les sucedia lo que á la madre cuya hija única de ojos de cielo y de mirada de ángel en otro tiempo, ha abandonado el techo paterno por un hombre que la ha degradado y envilecido; la maldice, pero la ama. Los progresistas hicieron lo propio, le anatematizaron, pero no le pudieron olvidar en mucho tiempo.

Eran los cinco años famosos, aquellos cinco

años que Gasset y Artime llamó en un libro que Dios no quiso que llegara á ser célebre, los cinco años de buen gobierno. Es preciso que pintemos la fisonomía de este quinquenio para poder relatar mejor lo que Castelar hizo en él. La época es el cuadro, el hombre es la figura que se mueve en él. En las Cortes estaba aquella minoría progresista tan valiente y tan decidida. Sagasta aun no habia descubierto toda su bilis, ni Ruiz Zorrilla toda su candidez, ni Olózaga todo su reaccionarismo: Calvo Asencio solo era el que habia descubierto su alma entera donde se celebraba un culto diario, permanente, eterno á la libertad que era la vírgen de sus sueños y la esposa siempre immaculada de sus amores. Se habia distraído un poco la atencion de las gentes con la guerra de Africa. Habia habido vítores, músicas, iluminaciones, alegría popular. Si la libertad faltaba, en cambio se permitia tocar el himno de Riego. Era un desquite que se daba al viejo partido progresista. Sus hombres mas caracterizados decian, que si otra vez subian al poder, no serian tan cándidos y tan inocentes como hasta allí; pero los unionistas se reian, estando seguros de que el partido progresista estaba condenado ó á eterna chochez ó á eterna infancia, lo que es lo propio. Se compraban conciencias, se compraban hombres, se compraban periodistas, se compraban periódicos. Alarcon y Nuñez de Arce iban á la guerra de Africa progresistas y volvian unionistas. Milagros del viento del desierto que barre las ideas del alma, decian algunos. Aquel doctor del escepticismo y de la mentira, aquel pontifice del sarcasmo y de la corrupcion, que se llamó Posada Herrera, se frotaba alegremente las manos y exclamaba: «Esto va bien,» y luego dirigiendo

una mirada á aquella minoría progresista que gritaba, que pateaba, que gemía, que ahullaba, se decía: «No lo hace mal del todo: me gusta esa comparsa.» Posada Herrera codeaba á O'Donnell y este se sonreía, no se sabe si porque se sonreía siempre ó porque en aquel momento tuviera alguna idea en la cabeza, cosa muy difícil no solo en él, sino en todos los principales generales de aquel tiempo.

Cuando una madre, de esas que hay pocas por fortuna, que venden la honra de sus hijas, la entrega al hombre que la codicia y la pobre muchacha viene despues á ella con el cabello suelto, las mejillas encendidas por la vergüenza y la frente ceñida con la corona de aquel sacrificio de infamia y de ignominia, la madre mónstruo la abraza cariñosamente, la besa en los labios rojos y la dice: «¡Tonta! no tengas cuidado. ¡Verás que bien estamos! ¡Hay tantas como tú!» Cuando Fausto se duele amargamente y se queja á Mefistófeles de haber seducido á Margarita, Mefistófeles le contesta con aquel tremendo sarcasmo: «¡Bah, no es la primera!» Cuando la minoría progresista pedía libertad, un día, cansado ya de oír repetir siempre lo mismo, se levantó Posada Herrera y dijo aquella frase célebre: «¿Qué pedazo de pan se dá á un pueblo cuando se le concede un derecho?» y él que se reía de todo viendo á España aherrrojada, debió añadir por lo bajo: «¿Estás esclava España? ¡Bah! ¡hay tantos pueblos como tú!» O'Donnell que en medio de todo tenía algo de niño, y que se acordaba con disgusto profundo del bullicio y de los motines del bienio, se decía para sus adentros: «Decididamente este Posada Herrera tiene razon.» Delirios todos inocentes y cándidos que debían ser

barridos de allí á poco tiempo por el progreso.

Se concedía un crédito extraordinario de dos mil millones y se gastaban: se hacían cuarteles á toda prisa: se proyectaba hacer una catedral y no había dinero para ella: en palacio dominaba un grupo de pretorianos con entorchado y faja: la propiedad estaba en alza porque se consumía, no solo la riqueza de cualquier época normal, sino la riqueza también de infinitas futuras generaciones: no se hablaba de bancarrota y se pagaban bien los intereses de la deuda, pero los que pensaban algo, solían decir: «La abundancia de hoy es la bancarrota del porvenir:» se gastaba adelantado el importe de los bienes nacionales que quedaban por vender: se anexionaba á Santo Domingo y se enviaban expediciones al Pacífico: se hablaba de colocar á España entre las naciones de primer orden, y los tenderos ricos, los comerciantes, los bolsistas, los hombres de negocios, y algunos caciques de las aldeas, es decir, todos los burgueses de aquel tiempo, como hoy se dice, exclamaban llenos de alborozo: «Decididamente este O'Donnell ha venido á labrar la felicidad de España.»

Una parte de la juventud de aquellos días, bien poca en verdad, se había dejado seducir por los halagos de los que gobernaban y estaba con ellos; pero la mayor parte seguía contemplando en silencio el ideal, amándole y esperando su realización. Como el neo-catolicismo es la escoria del absolutismo, así la union liberal en realidad no era mas que la escoria del viejo doctrinarismo moderado. Era aun mas escéptica que aquel, pero menos sábia y menos profunda. El doctrinarismo había representado cierto papel en el mundo. Había sido una transición para mejores ideas: la

union liberal no era mas que una degeneracion de las malas. El doctrinarismo habia tenido en su seno á oradores como Alcalá Galiano, á tribunos como Gonzalez Bravo, á juriconsultos como Pacheco, á poetas como Campoamor. ¿Y la union liberal? La union liberal habia contado en ella á sofistas, porque no se los puede llamar políticos, como Posada Herrera, hacendistas como Salaverria y á marinos de agua dulce como Ulloa. En verdad, la union liberal no ha sido mas que un pretexto histórico para dar lugar á que las ideas democráticas se formasen y se vigorizasen en la lucha. Tales eran estos dias, dias de preparacion, de combate, de propaganda.

Una de las virtudes mas notables y mas características de Castelar ha sido su amor constante al trabajo. Asi es que puede decirse que no ha tenido nunca tiempo mas que para luchar, discutir y propagar. Si hubiera sido preciso que la idea democrática se hubiera encarnado en algun Jesucristo y este hubiese necesitado otros doce apóstoles para difundirla, se hubieran podido ahorrar muy bien los once, porque Castelar hubiera hecho el trabajo de todos. San Pablo estuvo en todas partes, y casi puede decirse que predicó al mundo todo: Castelar, sino ha estado en persona en todos los pueblos, porque las condiciones en que hoy vive la humanidad son distintas de las de aquella época, lo ha estado con su lengua, con sus artículos, con sus libros. Y si no, ved todo lo que hizo en aquella época, lo que habló y escribió. Un discurso sobre el poeta latino cordobés Lucano, cuando recibió el grado de doctor en filosofia y letras: la *Fórmula del progreso*, ardiente y bello folleto en él que condensaba todo el ideal del partido democrático: la polémica á que

dió lugar este folleto y que él sostuvo en largos y brillantes artículos; sus trabajos en la *Discusion*, sus cartas á Carlos Rubio en defensa de su *Fórmula del progreso* que aquel atacaba en el folleto que publicó con este objeto la *Teoría del progreso*: Sus seis cartas al obispo de Tarazona sobre la libertad de la Iglesia; sus epístolas á los trabajadores de Cataluña sobre la democracia y el socialismo; sus grandes discursos en el Ateneo en el 59 y en el 61, resumiendo los debates sobre el socialismo y la idea del progreso; su magnífico prospecto á la *Democracia*; que era un verdadero folleto lleno de vida y de amor entusiasta hácia el ideal de toda su vida; sus artículos diarios en este mismo periódico; sus notables trabajos publicados en la América sobre Guillermo IV de Prusia y Don Pedro de Aragon; su *Redencion del Esclavo*; su *Catecismo democrático* que es una especie de sencillo evangelio, para el pueblo, de las ideas democráticas, escrito para la mas llana inteligencia de él, en preguntas y respuestas; el manifiesto que en marzo de 1865 le encargaron sus amigos, dirigido á sus correligionarios, en presencia de unas elecciones generales; una nueva defensa de la democracia española que venia á ser como el remate de la *Fórmula del progreso*; sus discursos en la catedral, en las sociedades de distintos géneros y en las reuniones electorales; y por fin, aquellos otros discursos mas estudiados y mas grandilocuentes que ningunos otros, que pronunció en el Ateneo desde el 58 al 61 sobre *La civilizacion en los cinco primeros siglos del cristianismo*.

XVIII.

Examinaremos con la latitud que los estrechos límites de este libro nos permitan, cada una de estas obras y cada uno de estos discursos. Habrá habido propagandistas infatigables, pero mas que Castelar no.

El primer libro que se ofrece á nuestra consideracion es la *Fórmula del Progreso*. Fué escrito en 1858. Ya hemos pintado esta época en que se hacia una política de perfidia y de corrupcion. Es ante todo este folleto una obra destinada á la propaganda de las ideas democráticas. «Este libro se escribió,—dice el mismo en un prólogo á una nueva edicion de él hecha en 1870,—para defender los derechos individuales y el sufragio universal, cuando todos creian que los derechos individuales eran una logomaquia y el sufragio universal un sueño.» En realidad era una esposicion clara y concluyente de todos los principios democráticos: un tratado completo de democracia en doscientas y tantas páginas. Y en el momento de su aparicion, este libro tenia dos fases bajo las que se le podia considerar: era un resumen para el pueblo y para todo el mundo de las ideas del partido democrático y al propio tiempo un grito de esperanza, un cántico de esa felicidad íntima que da el ideal en quien se tienen puestos el alma y el corazon, una esclamacion de triunfo seguro para el porvenir, una protesta calurosa y bella contra aquella política de entonces, sin ideas y sin ideal, sin conciencia y sin rumbo fijo.

Mas que nada la política de Posada Herrera,—no quiero decir de O'Donnell,—era una política

de asfixia. El fin de ella era gastar, aparentar, y sobre todo descomponer. La union liberal fué como el mortero donde los partidos medios quedaron triturados. Los progresistas, que el gran Saturno-O'Donnell no se tragó, tuvieron mas tarde que democratizarse y hacerse resueltamente antidinásticos. En medio de esta asfixia de las almas la *Fórmula del Progreso* vino á traer aire y luz. Los mismos que la creian un sueño, gozaban con ella. Decian para sí: «Es una utopia:» pero al instante no podian menos de añadir: «¡Que hermosas son las utopias.» El hombre por mas que se diga, tiene necesidad de lo bueno, de lo bello y de lo grande para vivir. Los intereses materiales podrán cegarle por mayor ó menor tiempo: pero al cabo el quid divinum salta un dia ú otro en su alma y le grita: «sal de ese cieno. Has arrojado al fango tu manojito de estrellas. ¡Suicida!» La juventud que amaba la idea liberal vió en la *Fórmula del Progreso* la espresion de sus sentimientos; el pueblo, un dogma, un poco oscuro é indefinido antes para él, claro ya y definido desde entonces; el partido moderado un desvario, la union liberal una aspiracion sin consecuencias, el partido progresista una utopia que iba demasiado lejos y que se atrevia á atravesar, ¡horrible delito! aquella especie de columnas de Hércules que se llamaba la soberania nacional, base presente y futura de todo derecho político, base sobre la que tenian que descansar necesariamente todas las constituciones habidas y por haber de todo pueblo que quisiera regirse liberalmente.

Castelar amaba sobre todo al pueblo. Sus dolores eran sus dolores. Sus amigos le pidieron que escribiera un libro para el pueblo y él le escribió. «Yo lo he escrito, decia, principalmente

para el pueblo. Por eso hablo de las nociones mas comunes, de la política que necesita conocer el pueblo. Vosotros los poderosos, los felices, no queráis en buen hora la libertad; pero tú, hijo del pueblo, que padeces encorvado bajo el peso de tus miserias; tú, que no has sentido bajar aun á tu conciencia el aura de la libertad; tú, desposeído de todo derecho; tú, desgraciado, pon tu confianza en Dios y sentirás resonar en los aires un suave concierto; semejante al que oían los pastores de Nazareth, cuando los ángeles del Señor les anunciaban la buena nueva; una voz divina que te anuncia que la injusticia no es eterna; que la libertad se extenderá tambien sobre tu frente; que tus hijos verán al menos esa tierra de promision que ahora ves tú con los ojos del alma, retratarse tranquila en el espejo de tu esperanza!!»

En medio de todo, este libro tenia que producir otro efecto y le produjo. Presentaba un programa completo de ideas: á las conclusiones indecisas y escasas de los partidos medios, oponia un sistema bien definido en lo económico, en lo social y en lo político. «Lanzada la Fórmula del Progreso, dice su mismo autor, produjo lo que producen todas las afirmaciones atrevidas: un gran estallido de coleras en torno suyo.» y así tenia que ser en efecto. El partido moderado, el de los hombres de la suprema inteligencia, media el derecho por el dinero y concedía tantos mas grados de influencia y de ciudadanía cuanto mas contribuyente y mas capitalista se era: la Union liberal se reía de los derechos del hombre y la libertad que concedía habia que agradecerse no á ella, sino al espíritu de los tiempos que no consentian otra cosa; el partido progresista queria seguir siendo el partido de la esperanza, el partido eterno

de la salvacion del pueblo en la hora de la tormenta, el nido postrero donde la nacion, pobre paloma herida en las alas por el plomo del cazador, viniese á curarse sus heridas, el Ave maris stella, en fin, de los partidos. A todas las escuelas políticas, pues, sobrecogió un poco la *Fórmula del Progreso*.

El pensamiento capital de ella no era otro que este. Todas las ideas tienen en todos los tiempos una fórmula especial. La de los tiempos medios es el privilegio feudal; la del renacimiento el absolutismo. Y así como cada edad tiene sus grandes fórmulas, cada época de esa edad misma tiene sus matices diversos mas ó menos progresivos dentro de esa misma fórmula. Hoy todos los partidos creen poseerla; creen ser los únicos depositarios de esa panacea, de ese misterioso secreto encerrado en su caja de Pandora. La fórmula de los absolutistas es el régimen antiguo: la de la Union liberal una mezcla de libertad y de reaccion: la de los progresistas el dogma de la soberanía nacional, arca santa á la que ningun mortal puede tocar. Pues bien, ninguna de estas fórmulas es la que conviene á nuestros días. Todas ellas han pasado, anas hace mucho tiempo, otras menos. La Fórmula del Progreso de hoy es la democracia. Esta era la esencia del libro que analizamos.

Examinaba uno á uno los partidos y los hacía pasar ante sus ojos como las figuras de un cosmorama. El partido absolutista, arrastrando sus cadenas, furia condenada por el progreso á las catacumbas de la historia, solo le merecía esta frase, bien exacta por cierto. «El absolutismo fué una fórmula del progreso desde el siglo XIII hasta el siglo XVI, porque combatía con mano fuerte otra

forma de ser de las sociedades mas opresora y mas bárbara, la forma feudal.» Veia al partido moderado fluctuando siempre entre la reaccion y la revolucion, palmoteando unas veces al feroz Narvaez y al impotente Pidal, y otras alabando la tolerancia y la blandura de aquel excelente Marqués de Miraflores, autor de aquella política sin sabor y sustancia que le ha hecho célebre, como á otros les hace célebre su genio ó su heroismo, y decia de esta escuela: «El partido moderado, si hubiera sido sinceramente revolucionario, hubiera conservado la obra de la revolucion: si hubiera sido sinceramente monárquico, hubiera levantado el derruido edificio de la monarquía absoluta. En estos últimos tiempos parece como que ha conocido su error y ha cambiado de conducta: y siendo sinceramente monárquico ha retrocedido hasta encontrarse frente á frente con la Sociedad antigua. No pudiendo matar la prensa, la ha puesto una mordaza; no osando destruir la tribuna, ha suspendido sobre ella una reforma: sin fuerza para realizar una restauracion completa, ha desenterrado la nobleza: sin poder para atajar la corriente de las ideas del siglo, ha intentado detenerlas arrojando en ellas cuerpos muertos; desorganizados, que las nuevas ideas arrastraban al olvido. Mas el partido moderado ha retrocedido, porque el partido liberal ha avanzado. Ya no es partido de conservacion, es un partido de lucha. Eso prueba que la sociedad se escapaba de sus manos.» En un siglo de libertad ¿podian ser estas ideas la fórmula del progreso? No: la sociedad, en efecto, se escapaba de sus manos y moria con las entrañas devoradas por el doble Prometeo de su indecision á lanzarse en la revolucion de lleno y de su indeci-

sion á precipitarse de lleno en el absolutismo.

¿Qué era la Union liberal para él? «La Union liberal ó no es nada, ó es la destruccion de los dos antiguos partidos y la formacion de uno nuevo compuesto con huestes de los antiguos. Pues bien, yo digo que la Union liberal se realiza, que la Union liberal se realizará á despecho de los progresistas y de los moderados que quieren permanecer fieles á sus antiguas banderas. Mas, la Union liberal, ¿sabeis lo que es? ¿sabeis lo que significa? Pues significa, es, la destruccion completa, el aniquilamiento del régimen parlamentario. Si, el régimen constitucional es un pacto y nada mas que un pacto: ó si os parece mejor, un contrato, y nada mas que un contrato. Es un pacto entre la idea absolutista, la idea monárquica, y la idea liberal, la idea democrática. Este pacto ha nacido del estado de los ánimos que no tienen fé bastante para creer en lo pasado, ni arrojarse bastante para fiarse á lo porvenir.» La Union liberal vivió siempre en perpetuo periodo crítico, jamás llegó al dogmático; vivió de la negacion y de la vida que arrebatava á los demás partidos. ¿Podian ser estas ideas, mejor dicho, esta falta de ideas, fórmula del progreso?

Venia despues el viejo partido progresista, el de Cádiz, el del Trocadero, el de los martirios, el llevado á todos los calvarios, el fusilado en todos los tiempos, el engañado todos los dias. Era inocente y cándido, es verdad, como suelen serlo los partidos y los hombres nobles y buenos. Habia sabido legislar, pelear, y lo que saben pocos, sufrir. Su sangre que coloreó todos los patíbulos, redimió todas las conciencias. Fué en cierto modo el Jesucristo de nuestra redencion política. Las cadenas, posadas mucho tiempo sobre sus carnes

se ablandaron y no sirvieron despues para atar mas esclavos. Pero, al fin, el partido progresista cedió á la fuerza de su propio destino y de los vicios monárquicos que llevaba en su seno. Quebró su ideal: transigió y se perdió; porque la descomposicion para las ideas comienza el dia de la transaccion. «¡Pero que fatalidad tan grande!, decia el jóven publicista. Cuando mas tarde el partido progresista fué llamado á reformar esa constitucion—la constitucion del año 12—se olvidó de ella y la rasgó página por página, sustituyéndola con la constitucion de 1837. ¡Qué amarga decepcion! La Soberanía del pueblo fué relegada al preámbulo de la constitucion, y arrancada de sus artículos, como perjudicial y dañosa; la libertad de la prensa fué entregada al oro corruptor; el sufragio universal fué reemplazado por el censo; el jurado existió escrito, pero no realizado; la libertad fué mutilada, sí, y mutilada por los que se llamaban hijos herederos de los gloriosos legisladores de Cádiz. ¡Situacion extraordinaria la del partido progresista! A una avenencia difícil, imposible, con el partido moderado, sacrificó todas sus ideas, todas sus glorias, y entregó el alma vilmente al pontífice doctrinario que á la sazón reinaba en París. Podia haber consultado el espíritu nacional que está impregnado de democracia, y no haberse ido á postrar de hinojos ante una escuela que será eternamente extranjera en nuestra patria.»

Hecha la alquimia de los partidos existentes entonces, y no viendo ninguno que llevara escrita en su frente la fórmula del progreso de nuestros dias, el jóven propagandista tenia que convertir sus ojos á la moderna democracia. Resumia en cinco aforismos toda la nocion del pro-

greso: 1.º El progreso es una verdad filosófica y una verdad histórica. 2.º El progreso es el camino constante del hombre á la libertad. 3.º El progreso tiene en cada edad una fórmula que tiende á la libertad. 4.º La fórmula que sea mas liberal, esa es la mas progresiva. 5.º La fórmula mas liberal en el siglo XIX es la democracia. Sentados estos aforismos pasaba á desarrollar esta fórmula, no sin refutar á aquellos que sostenian que la democracia es contraria al cristianismo y enemiga del orden, de la familia y de la propiedad.

Demostraba despues que el derecho es la realizacion de la personalidad humana: que el alma del derecho es la libertad, y que no hay libertad ni derecho, si no hay orden: que la condicion imprescindible de la libertad es la igualdad; que la igualdad existe en las condiciones y no en las aptitudes, ni por consiguiente en la aplicacion de estas aptitudes: que el derecho es anterior y superior á la soberanía nacional y que el voto de todos no puede nada contra el derecho de cada uno; que el pensamiento es libre y se remonta al cielo, como las águilas, aunque esté aprisionado en oscura mazmorra: que si el pensamiento es libre, su espejo y su molde, que es la imprenta, debe serlo tambien: que la libertad de accion debe estar consagrada por la libertad de asociacion y no deben ser prohibidas ni las reuniones públicas, ni las asociaciones de los partidos, ni ningunas sociedades científicas, industriales, agrícolas, porque el hombre necesita asociarse con otros para los distintos fines de la vida humana, que el sufragio universal es la base de todos los derechos, porque es la opinion de todos, y que el censo no es mas que el dictámen de los

que tienen el dinero y los privilegios: que el jurado es el progreso en la ley; una garantía de la justicia y un cetro en manos del pueblo, juez de sí mismo y árbitro soberano de sus propias cuestiones; que el Estado debe limitarse á su esfera que no es otra que garantizar la justicia y la seguridad y dejar lo restante á la iniciativa particular; que no hay gobierno mas barato que el de la libertad, y en fin, que la democracia tiene sus principios filosóficos, económicos y administrativos que no son en rigor mas que una consecuencia de todo su ideal.

Este es el resumen de toda la doctrina contenida en la *Fórmula del Progreso*. Era el programa de la *Discusion* comentado y hermozeado: mejor dicho, era el programa de la democracia universal escrito con cierto rigor científico, y en el lenguaje de las hadas y de los poetas. O en términos mas poéticos, aquel libro era una hostia blanquísima dentro de un cáliz de oro: la hostia era la idea, el cáliz, las galas.

Pero en medio de todo, en la *Fórmula del Progreso*, se notaba una cosa; la falta de apreciación en lo relativo á ciertas cuestiones. Nada se decía en ella de la organizacion de los poderes públicos: nada de la libertad de conciencia. ¿Y quién podía hablar de estas cosas entonces? ¿Cómo podía consentir la monarquía que se la pusiera en tela de juicio? ¿Y cómo podían consentir los clérigos que rodeaban á aquella monarquía frailesca mas que teocrática, y neocatólica mas que frailesca, que explotasen otros que ellos que las explotan á la sombra de la unidad católica, las ideas cristianas? No era posible. Los clérigos hubieran querido que hubieran venido cien repúblicas, antes que la libertad

de conciencia. Por estas razones el escritor de aquella época no tenia otro medio que atacar ó defender indirectamente ciertos principios; y aun así ¡cuántas veces el maldito lápiz rojo del fiscal de imprenta tachó pensamientos magníficos por lo velados é intencionados, por lo sutil de su veneno y lo inocente de su apariencia! Yo no necesito recordar esto: todo el mundo se acuerda de ello. El mismo Castelar lo ha dicho tambien: «Las leyes de imprenta eran severísimas. Su severidad se empleaba principalmente en ahogar toda aspiracion á un cambio en la forma de gobierno. Creían los monárquicos que la institucion monárquica no caería si se ahogaba con arte la aspiracion republicana. Así nada pude decir ni nada dije sobre la forma de gobierno. Pero si con atencion se lee el folleto, echarase de ver en muchos pasages mi opinion republicana y federal, siempre que paso junto á los problemas relativos á la organizacion del poder público. Hay un pasage en que hablando yo de los pueblos donde la fórmula del progreso está ya realizada, solo menciono los Estados-Unidos. En este pasage me detengo á contemplar la república y la ofrezco cual una enseñanza práctica de política y de administracion á mis lectores. Era el único medio que teníamos entonces de espresar nuestras ideas.»

Así era en efecto. Pero como esas olas que baten un dia y otro el pié de la muralla y acaban por arrancarla algunas de sus piedras, así la idea democrática, espuesta como era posible, iba socavando los cimientos de aquella pérvida monarquía borbónica, perdida ya en la conciencia del pueblo y que pronto iba á perderse definitivamente en el olvido de la historia.

XIX.

La *Fórmula del Progreso* escitó viva, vivísima oposición. Cada partido aprestó un campeón para que saliera á la defensa de sus principios. ¡Y fenómeno singular! se trabó una lucha reñidísima entre tres poetas: Campoamor, representante del partido moderado; Carlos Rubio, representante del partido progresista y Castelar representante de la democracia.

Campoamor es un hombre original. Tiene sus propios defectos y los defectos todos de la escuela doctrinaria. Profundamente escéptico, siempre está hablando de la religion de nuestros mayores; juzga egoísmo en los demás lo que es el suyo propio y el de su escuela: duda de los sentimientos de todo el mundo, porque él no los tiene: no cree en la abnegación ni en el sacrificio, porque su secta no le ha producido jamás y es incapáz de producirle: ve el universo por el prisma de su partido y le parece tan pequeño como su partido lo es. ¿No es él, el que ha dicho hablando del sentimiento en el hombre?

¿Lo has oído bien mio?
Solo le afectan el *calor* y el *frio*.

¿Y hablando de la conciencia no ha dicho estas palabras?

Añade á tu esperiencia
Que el hombre es quien *regula* la conciencia.

¿Y hablando de la virtud no ha escrito esta blasfemia?

¿Lo has entendido? ¡oh mengua!
No hay honor ni virtud más que en la lengua.

Este hombre era el paladin que presentaba el doctrinarismo para combatir la idea democrática. Era como á un ciego si le hubiesen dicho: «esplícanos lo que es la luz.» ¿Y que decia, en resumen, el poeta de las *Doloras*? Que hablando al pueblo el lenguaje de la *Fórmula del Progreso* se iba *tra la perdutta gente*: que el título mismo del folleto era inmodesto: que no daba en toda la historia un mismo sentido al progreso; que el partido moderado no era inmoral, ni habia viciado la libertad, ni llevaba ni tenia porque llevar impreso en la frente el sello del remordimiento; que él tenia una síntesis, síntesis que podía traducirse y Castelar tradujo de esta manera. «Los que paguen 400 reales gobernarán en los comicios: los que paguen 1000 en la nacion.» y que el doctrinarismo podía llamarse, y lo era en efecto, la doctrina del progreso de hoy. Todo esto lo mezclaba con insultos, con epigramas. A Gabriel Rodriguez, inteligencia tan clara y polemista tan hábil, le llamó *hortera de la inteligencia*. De Castelar dijo que era un apóstol con tontillo, que su tienda era una tienda de quincalla y que sus síntesis se reducian al cayado de Sixto V y á las chinelas de Juana de Arco.

Castelar contestó con dignidad. ¿Qué falta le hacian los insultos cuando estaba seguro de derribarle con las ideas? Envió á la *Discussion* tres artículos serenos, dignos y templados, no por el calor de la pasion que ofusca, sino por el de las ideas que ilumina. Tres eran las cuestiones que habian tratado de ventilarse en esta polémica; la

cuestión filosófica, la cuestión económica y una cuestión de partido. De la primera, ó sea si el derecho estaba en la personalidad humana ó fuera de ella, el poeta moderado dijo que no entendía una palabra de las ideas de Kant y que le daban dolor de cabeza: de la segunda que no sabía una jota, ni quería saberla, de economía política; y de la tercera, que era la moralidad ó inmoralidad del partido doctrinario, aparentó indignarse y dijo que era un escándalo hablar de esto. Campoamor se había separado de las ideas y había tratado de herir tan sólo la personalidad de Castelar. Había creído que con llamar á este pobre é ignorante demócrata y mandarin de la China, frases insulsas verdaderamente tratándose de Castelar, estaban resueltos los grandes problemas sociales, políticos y filosóficos de nuestro siglo. Castelar volvió la cuestión á su verdadero terreno. Probó que todo sistema político va precedido de otro filosófico: que el partido moderado, cuyo ideal fué siempre realizar en España la monarquía doctrinaria, y como doctrinaria, corruptora de Luis Felipe, no amaba mas que el becerro de oro, y genio, elocuencia, virtud, todo lo supeditaba al oro, y que la inmoralidad mas refinada y egoísta era la consecuencia de esto. Toda la venganza que tomó Castelar por las diatribas que Campoamor le había dirigido fué llamarle «refinado sofista, ingenioso Gorgias, dañoso á las doctrinas que defiende mucho mas que sus mayores enemigos.»

La polémica se hizo despues general. Los que ardian en generoso amor hacia las ideas democráticas, se levantaron indignados contra aquel poeta de la muerte y del escepticismo que, mas que combatir los principios del progreso, se ha-

bia levantado á reirse de ellos. Calisto Bernal tomó parte en la contienda tratando de demostrar que la democracia no queria soliviantar las masas hablándolas de sus derechos y nunca de sus deberes y que el método democrático no era anti-cristiano. Canalejas terció en la pelea sosteniendo los principios fundamentales de la escuela democrática y combatiendo la idea que había emitido Campoamor de que la democracia busca lo *perfecto absoluto*. Vino despues Gabriel Rodriguez, y con esa gracia que le es característica, defendió los principios económicos de la democracia. Todo lo que Campoamor había dicho de la libertad de comercio, se reducía á esto. «Supongamos que el Sr. Castelar es un mandarin Chino y que siguiendo el credo democrático, establece en el territorio de su mando la absoluta libertad de comercio. En este estado se presenta un buque inglés cargado de opio, y en virtud de esa absoluta libertad, se dispone á envenenar la mayoría de sus súbditos. ¿Qué hará en este caso el señor mandarin? ¿Dejar que sus súbditos fuesen envenenados? No, porque eso seria horrible. ¿Prohibir al buque inglés que descargase el opio? Tampoco, porque eso seria tiránico. El señor mandarin, procurando establecer la doctrina moderada, que es la armonía de los contrarios, entre la libertad y el monopolio, estableceria la prima; permitiria el uso poniendo una limitacion al abuso. En una palabra, el señor Castelar, mi supuesto mandarin con toda su larga cola, obraria mal ú obraria como un estricto doctrinario, como un guizotista comedor de arroz.» No copiamos la refutación de Gabriel Rodriguez, por que es muy estensa y no lo permiten los límites de nuestra obra. Basta decir que probó que los dos términos

contradictorios de Campoamor, no lo eran en sí: que no se sabría á quien dar la prima, si al capitán del buque para que no desembarcara el opio, ó á los chinos para que no se envenáran con él: que no sabía siquiera lo que significaba la palabra *monopolio* y que ignoraba, en fin, hasta lo mas rudimentario del tecnicismo de las ciencias económicas.

Quedó, pues, plenamente derrotado el doctrinarismo en esta polémica tan levantada por parte de los demócratas, que evitaron las personalidades y hablaron solo de las ideas, mezquina por parte de los moderados, que, mas procuraron herir á sus contrarios, que probar la excelencia de sus doctrinas. Esta polémica depuró las ideas, concretó las afirmaciones y puso de relieve los dogmas de unas y otras escuelas. La democracia venció en la polémica y en la escuela: faltábala implantarse en los hechos y en el gobierno.

XX.

Ante la *Fórmula del Progreso* el partido progresista no calló, ni podía callar tampoco. Doctrinario tambien como el moderado, y viejo ya en años, no queria morir. No podia soportar la idea de que otro partido que no fuera el suyo viniese á apoderarse de las riendas del porvenir. El era el solo amigo del pueblo: el que habia peleado siempre por su libertad y ¡ay! debiera haber añadido, el que la habia perdido siempre: él era el que habia dado tantos dias de gloria á la patria y el que habia sellado su amor á ella, vertiendo lo mas puro y lo mas generoso de su sangre. Veia que una parte del pueblo le abandona-

ba: que la gente perdida y los descamisados, segun el lenguaje doctrinario, ya no estaban con él é iban á cobijarse bajo otras tiendas amparadas por otras banderas. Se desesperaba y no comprendia el abandono en que le dejaba el pueblo. Se quedaba con su clase media: con los tenderos ricos y egoistas que amaban la libertad, siempre que no hubiera demasiados trastornos y se paralizasen demasiado los negocios. Las clases trabajadoras se apresuraban á engrosar las filas de la democracia.

Cárlos Rubio salió á la defensa del viejo partido. Habia sostenido en la *Iberia* reñidísimas peleas con los moderados y con los unionistas y siempre habia vencido. Para oponer ideas á ideas escribió el folleto que ya hemos mencionado; *la Teoría del progreso*. ¡Y qué progreso tan singular era aquel! La libertad no derivaba del hombre sino de la sociedad: la Soberanía Nacional, añeja reminiscencia del Contrato social de Rousseau, era el coronamiento de su edificio y su base: la igualdad no era mas que una media igualdad, siempre prometida á los pobres y siempre asegurada á los ricos: el censo era una *sabia* limitacion del sufragio; el fiscal, un *sabio* inspector de policía del pensamiento, las libertades económicas una cosa inaplicable aun en nuestro pais, la Iglesia una dulce enemiga con la que se podia reñir los primeros dias de toda revolucion y quitarla algunos conventos, pero con la que era preciso ir haciendo las paces poco despues, porque, ya se ve, nuestras mujeres eran católicas, y nuestras hijas católicas, y nosotros católicos y todo el mundo católico: la libertad absoluta de enseñanza no estábamos aun en estado de obtenerla y la libertad de conciencia menos, porque se rompería

la unidad de creencias, que era nuestra gloria, y quien sabe si seria el primer paso para romper la unidad nacional, y, en una palabra, estábamos en aptitud de ansiar toda la libertad que nos diera la gana, pero no estábamos en estado de obtener mas que la cuarta parte de ella. quizá la mitad, sino éramos buenos y no tan bullangueros como en el año 1854.

¡Cárlos Rubio! ¡Alma de poeta, musa de tu partido, corazon generoso como ha habido pocos! Quiero detenerme un momento en esta página y consagrar á tu memoria un recuerdo, á tu heroismo una alabanza, á tus virtudes una lágrima! Todo el mundo recuerda cuando pasabas por la Carrera de San Gerónimo con tus cabellos crespos, con tu vestido en mal uso. Al verte se sonreían los políticos almivarados y de grantono y solían decir: «Por ahí vá Cárlos Rubio.» Lo tuyo era de todos: tu casa era de los vecinos, tu alma, poeta de la libertad, era del universo. Combatiste terriblemente con la pluma; fuiste la mitad de la noble alma de Calvo Asencio que se quedaba sobre la tierra, emigrado con Prim viniste el 22 de Junio á ponerte al pie de una barricada, y si no moriste por la libertad fué porque el destino te reservaba otra muerte aun mas gloriosa, la de morir abandonado y solo al pie del eterno banquete que celebraban en el poder tus amigos, Calvo Asencios convertidos en Sagastas, revolucionarios convertidos en palaciegos conservadores y apóstatas. Cuando viste encenagada la libertad, te retiraste á la fonda dondè acabaron tus dias entre el humo del tabaco y el anonadamiento en que estabas, y escribiste la historia de aquella revolucion que habias contribuido á hacer y que no quisiste contribuir á deshorrar. ¡Vive en el corazon de los

buenos, carácter extraordinario! ¡Vive como una prueba de que puede haber hombres que no se dobleguen, de que puede haber virtudes que no se manchen y políticos que no apostaten! Fuiste digno de haber peleado por la democracia y por la república; tu error fué mas de inteligencia que de corazon: tus amores fueron siempre para el pueblo, para los desheredados, para los oprimidos. ¡Alma bendita, reposa! La historia te ha elevado á la apotéosis. ¡Reina entre los inmortales!

A las afirmaciones indecisas y vagas contenidas en la *Teoría del progreso*, contestó Castelar con dos cartas bastante estensas, escritas en un pueblo á la orilla del mar. Insistia en sus ideas sobre la apreciacion del derecho y que él solo consagra por entero la personalidad humana. Cárlos Rubio habia dicho que la idea del derecho era una idea exótica y Castelar le demostró que era una idea humana, haciéndole ver que así como la ley de atraccion y de gravedad en las esferas, es el principio de toda la fisica moderna, así la idea del derecho de Kant es hoy el fundamento de la politica de nuestros dias: Cárlos Rubio habia dicho ¡Santo Dios! que la idea del derecho falseaba la soberanía del pueblo, Castelar le demostró que mal podia estar la soberanía en todos no estando antes en cada uno: el primero sostuvo que el derecho no habia sido comprendido de igual manera en todas las épocas, á lo que el segundo contestó que esto no era razon para negarle porque habria que negar entonces el bien y la belleza tan diversamente comprendidas por los pueblos, en las diversas épocas de la historia.

En esta polémica no hubo palabras huecas ni agrias. Se conocia que no se luchaba con un mo-

derado. Eran dos amigos, uno de los cuales se había detenido en el camino y otro que seguía, pero que no era menos noble y generoso el que se había parado que el que proseguía la ruta.

XXI.

Cuando andaba Castelar en estas polémicas, ora con los doctrinarios que miraban al neo-catolicismo, ora con los doctrinarios que miraban á la demoracia, aconteció una gran desgracia. Su madre, la madre que había adivinado su vocación; la que le había alentado y amado; la que había aminorado los disgustos que producen las luchas de los partidos y, en ocasiones, la misma mala voluntad de los propios correligionarios, murió. Le sucedió algo de lo que sucede al pobre pájaro á quien el físico pone en la máquina neumática: se sintió desfallecer y que el aire le faltaba. Con aquella vida se había escapado algo de la suya. Lloró en silencio sobre la página que escribía y mezcló su llanto con el de los oprimidos en favor de los cuales derramaba, como la noche sus estrellas, sus pensamientos. Su ideal le empapó en sus lágrimas.

Hé aquí lo que él mismo decía de este acontecimiento;

«El dolor, antes de mi desconocido, posee todo mi ser y no deja espacio al pensamiento. La vida de mi madre de que yo vivía, se ha secado, y nada me sonríe en el mundo, desnudo á mis ojos de felicidad y esperanza. Mis labios solo aciertan á murmurar oraciones, mi corazón á exhalar ge-

midos, y mi inteligencia á pensar en la eternidad y en la muerte. El mar de lágrimas que ha inundado mi espíritu, lavándolo de las manchas terrenales, esclareciendo mis ojos demasiado fijos antes en lo que pasa y cambia, me ha hecho comprender que el mal es como una sombra vana, y el bien y la virtud como la eterna luz que de nosotros queda aquí en la tierra. Esta convicción cada día mas profunda, me hace reanudar la cadena interrumpida de mi vida, para sembrar en el día de trabajo, que me ha tocado en suerte, alguna semilla de bien, y aguardar tranquilo, sentado en las duras piedras de este triste camino, el día en que se acaba la muerte y empieza verdaderamente la vida.»

El año en que esto sucedió, el 59, era el segundo que en el Ateneo pronunciaba sus admirables lecciones sobre «La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo» de que luego hablaremos. Había pronunciado la segunda de aquel curso, cuando murió su madre. Las interrumpió, y no volvió á presentarse aquel año en el Ateneo.

«Empecé este año mis lecciones, dice en una nota puesta al fin de la lección segunda del tomo segundo de estas lecciones, pero las interrumpió la muerte de mi madre, la muerte que me ha herido en lo que mas amaba en el mundo. Aunque hubiera querido continuarlas ante el público del Ateneo, no me hubiera sido posible. No es dado en estos amargos dolores ver con ojos enjutos los lugares donde hemos sido felices. No he querido, sin embargo, perder un año de vida, porque amo demasiado para desperdiciarlo, el so-

plo de tiempo, de que vivo. He decidido escribir mis lecciones y cumplo mi promesa. Las escribo en estilo oratorio, para que no desdigan del primer tomo.»

Esto pintaba el carácter del joven. Se le había muerto «lo que mas amaba en el mundo:» no quería presentarse en el sitio donde tanto le aplaudían y donde había sido feliz, según su propia expresión; pero no quería perder el tiempo y escribía entre lágrimas los misterios de aquella edad en que caían los altares del viejo Júpiter, y en que las poéticas ideas de un reino de Dios siempre esperado y nunca venido, caían como una lluvia de rosas sobre la marchita frente de la humanidad. Miraban se distinguía por aquellos excesos de placer ó de trabajo á que se entregaba: á veces se pasaba tres días ó cuatro sin salir de entre sus libros y de entre sus papeles. Castelar ha trabajado siempre con constancia, con continuidad, con obstinación, entre lágrimas lo mismo que entre sonrisas, entre suspiros lo mismo que entre alegrías. Es un Leónidas del trabajo y un San Pablo lego de la Democracia.

XXII.

Vengamos á las lecciones sobre «La Civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo.» Estas lecciones son un esfuerzo de imaginación y de poesía, como pocos grandes poetas le han hecho. El mismo, al repasarlas, y al ver que lujo de luz, de colores y de rayos de sol hay en ellas, ha dicho con gracia verdaderamente andaluza: «Hay que leerlas con anteojos verdes.»

Forman cuatro tomos; al que las lee enteras le sucede algo de lo que le pasa al que permanece por mucho tiempo cerca de la presa de algun gran río: el ruido le marea. Lo mismo ocurre con ellas. Aquellos grandes párrafos que parecen cascadas eternas: aquellos trozos que suenan como las cataratas del Niágara, aturden, ofuscan, marean. A veces el párrafo es lánguido, poético, una especie de fiesta de hadas, una música de esas de que nos habla el Corán tocada por las campanillas de plata, que están suspendidas de los árboles del Edem y que agitan los suspiros del divino Aláh. El que las oyó, ó las lee hoy, cree, á veces, que es la cítara de un artista lo que escucha, y á veces el suspiro de amor de una criolla. De todas suertes, lecciones tan especialísimas por sus condiciones de estilo, no las ha escuchado el Ateneo, ni de boca de Pacheco, ni de Alcalá Galiano, ni de Donoso Cortés, ni de Moret y Prendergast, ni de nadie.

Ya hemos historiado, aunque á la ligera, aquellos tiempos. Ya sabemos que eran aquellos días en que el pontífice Posada Herrera se reía de todo, del pueblo lo mismo que de Dios, y en que O'Donnell llevaba un cirio en San Pascual. Eran aquellos tiempos en que la famosa minoría progresista de los quince daba tan rudos ataques á los sofistas del poder. Eran los tiempos en que el neo-catolicismo dominaba en palacio y en que el P. Claret era un santo de los mas apreciables de la tierra, y en que la bendita Sor Patrocinio, especie de beata Clara ó de madre Águeda, hacía todos los milagros que eran precisos y los que no eran precisos tambien. Era necesario llevar la idea á todas las esferas, entusiasmar á los que desfallecían, aventar á los cuatro puntos del ho-

rizonte las cenizas que iban cayendo desde las alturas del poder y que amenazaban soterrar todas las almas, y dar la comunión de las creencias á una juventud que agonizaba en medio de ateos con careta neo-católica, de mercaderes de la política y de apóstatas de todos los partidos. Aquellos discursos no fueron mas que una nueva forma de propagar las ideas democráticas. Con motivo de todos los tiempos y de los hombres de toda la historia, se puede hablar de la libertad. Y esta palabra es doblemente mágica cuando se dirige á un pueblo que no la tiene.

Me acuerdo muy bien de todo aquello. Las lecciones eran quincenales y solia dar en el año académico, nueve ó diez lo más. Los bancos reservados á los socios del Ateneo se llenaban; los pasillos y las galerías inmediatas, lo mismo. El salon del público estaba de bote en bote. Dos horas antes el patio y el portal se poblaban tambien. Cuando el conserje abría la puerta, una turba verdaderamente frenética se precipitaba en el salon y tomaba los asientos por asalto. Los que se quedaban en la escalera empujaban y desde abajo venian oleadas que hacian bambolear á los que estaban de pié en la puerta: los que no habian podido pasar del patio, empujaban á los de la escalera y ahullaban y gritaban, pidiendo que se abrieran las ventanas, á ver si hasta ellos llegaba algo del eco de aquella palabra poderosísima. El orador salia y era cubierto con una salva de aplausos. Se sacaba los puños, se retorcía el bigote y empezaba la leccion. Cuando acababa un párrafo, aplaudian todos, amigos y enemigos, los unos por la mágica de la idea, todos por la mágica de la palabra.

En la parte reservada á los socios habia perio-

distas, escritores, ex-ministros, diputados, hombres de ciencia, juriconsultos, poetas, lo mas selecto de Madrid. En el salon del público habia una juventud brillantísima. Casi todos los estudiantes de letras estaban allí y muchos de derecho y de medicina. Tambien habia algunos obreros. Si se hubiera dejado entrar mujeres, hubieran ido muchas. Como que aquello era no solo una fiesta de las ideas, sino una fiesta hermosísima del arte.

Si hubiera dudado alguien de los profundos conocimientos históricos de Castelar, estas lecciones le hubieran arrancado aquella duda. Estos estudios no los habia hecho á saltos, por capricho ó por distraccion, sino metódicamente y con una continuidad que asombra. La influencia hegeliana se observa en ellos. Para hacer estos discursos todos le ayudaron. Sanz del Rio le prestó sus consejos: Camus su erudicion: Goicoerrotea su biblioteca: Canalejas sus ideas: Rivero su profundo sentido histórico y filosófico. «Yo hesido muy feliz, escribia en 26 de Mayo de 1858, no he encontrado ni un tropiezo en mi camino. En todas partes, mas que la justicia, he encontrado la benevolencia pública: mas que benevolencia, cariño. La prensa de todos colores me ha tratado como se trata á un hermano: su juicio ha sido siempre apasionado en mi favor. Yo le estoy reconocido y obligado de tal suerte, que no puedo encarecer bastante los sentimientos de mi corazon. La junta del Ateneo compuesta de ilustres literatos, de repúblicos eminentes, de ilustrisimos jóvenes, ha sido conmigo tan tolerante, que casi me remuerde la conciencia por si he abusado de su tolerancia...»

En estas lecciones mas que en ninguna otra de sus obras, se vé aquel deseo ardentísimo que

tuvo siempre, en este tiempo, el orador futuro de las Constituyentes, de armonizar, «la religion de su madre» como él decia, con las ideas democráticas. Esto tenia su razon de ser: primero, le inclinaba á ello su naturaleza religiosa, y despues las exageraciones tremendas del neo-catolicismo, imperante entonces, que aseguraba que entre la libertad y entre el catolicismo habia un abismo infranqueable. El queria demostrar lo contrario é iba á buscar en los orígenes del cristianismo hechos para su tésis, y en la resplandeciente figura de Jesucristo, luz para sus ideas.

Estos discursos no forman una obra verdaderamente doctrinal, una obra de consulta histórica y filosófica. No. Las impresiones del dia, las noticias del momento, el estado de los ánimos, la naturaleza del mismo orador que las daba, hacian difícil que tuviesen aquel carácter. Era muy comun oírle dirigir hábiles é intencionadas indirectas á los sofistas del poder, con motivo del mordáz Aristófanes ó de los sofistas griegos; era muy comun oírle hablar de la igualdad con motivo del cristianismo, y de la libertad siempre y con todos los motivos. Á los neo-católicos no les concedía tregua ni cuartel. Unas veces se burlaba de ellos con sal verdaderamente ática; otras anatematizaba sus hipocresías y sus miserias, los llamaba raza de víboras y sepulcros blanqueados, como Jesús á los fariseos, y les arrancaba la máscara de religion con que se encubrian.

Sin embargo, á pesar de que estas lecciones no están escritas con el rigor científico y con la sobriedad que requieren las obras de consulta, no vaya á creerse por esto que con su lectura no puede formarse una idea bastante completa de los tiempos que historian. Nada mas léjos que eso.

Descartad las imágenes: separad las metáforas: dejad á un lado ciertas pinturas bellísimas, que son como digresiones en que el gran artista cae, arrastrado por su amor á la belleza: no hagais caso de las aplicaciones que el orador hace de las ideas y de los hechos que examina á nuestros tiempos, y siempre resultará que hay una erudicion inmensa, una copia de datos abundantísima, un conocimiento exacto de las épocas, pinturas gráficas de los tiempos que analiza, y en medio de todo esto, pinturas, alegorias, cuadros, reflexiones políticas y filosóficas, escitaciones á la libertad; encontrareis siempre una idea pertinazmente seguida, un pensamiento permanente, corriendo como un arroyo que serpentea por entre un matorral de flores, y animando mas los siglos que pinta y los acontecimientos que narra.

La idea del progreso realizado siempre, á pesar de todos los obstáculos, es el pensamiento capital de esta obra. Cada siglo es superior al que le precede, porque realiza su propio progreso y se aprovecha del de los anteriores. Así la república romana es mas progresiva que la monarquía y el imperio mas progresivo que la república, porque la idea que realiza cada uno de ellos es mas humana y mas universal con respecto á las anteriores. El antropofismo helénico, es un progreso sobre las antiguas religiones orientales, porque hace al hombre arrancarse de entre los brazos amorosos de la naturaleza y pensar mas y meditar mas y recrear mas en sí mismo; la filosofía es un progreso sobre el paganismo porque es la razon pura, mirándose en el espejo de sí propia y descomponiendo con su análisis los errores de aquel; el cristianismo es un postrer progreso que la filosofía ha entrevisto vagamente

sin tener fuerza, ni savia, ni inspiracion divina ni humana para realizarle. El mundo mareba, como ha dicho Pelletan. Podrá haber una detencion, un retroceso: orilladas las dificultades, la historia seguirá adelante. El progreso es un Wellington que gana siempre la última batalla. Para él no se han hecho ni la roca de Prometeo, ni la roca de Santa Elena.

De todas suertes, hasta que Castelar habló, desde la cátedra del Ateneo, no se oyó cosa semejante. Cuando hablaba de los emperadores romanos, parecía que se los iba viendo pasar uno por uno, desde Augusto hasta Augústulo, con sus deformidades, con sus liviandades, con sus monstruosidades: se los veía realizar la idea humana sobre las ruinas de una república estrecha, y el oyente se admiraba al ver como aquellos mónstruos podían ser también redentores. Cuando hablaba de la filosofía, mostraba que ardía en él el fuego puro del pensamiento sin fanatismos y sin supersticiones. Thales que creía que el principio de la vida era el agua: Anaximenes que creía que lo era el aire: Heráclito que creía que lo era el fuego: Pitágoras que había bebido el néctar divino en la copa misma de Júpiter y que había recibido de los dioses inmortales en la frente coronada de mirto y de lentisco, sacado de las grutas del Cefiso, el ósculo santo de la inspiración: los sofistas, hombres sin conciencia, camaleones del poder, juglares de lo que hay mas digno y respetable: Sócrates, el Cristo pagano, Platon, el sacerdote que celebra el desposorio de la naturaleza con el espíritu en la Atica, escuchando el rumor de la fuente del *Iliso*: Aristóteles, el filósofo del hecho poético; todos ellos iban siendo analizados, discutidos, examinados; pero exami-

nados y discutidos entre perfumes de rosas, entre brisas de primavera, á la luz de las estrellas, en grutas llenas de jóvenes *colias*, que circulan entre las columnas de estaláctitas y que cantan, al son de las arpas de su país, los versos de Píndaro, es decir, con una poesía que hacia dudar si aquella era la historia de las abstracciones del pensamiento griego ó una legion de sirenas que allá, en alta mar, entre las azules ondas del Mediterráneo, á la hora en que los antiguos colocaban el desposorio de la luna con Endimion, tomasen por pretexto de sus cantos el polvo de oro de los átomos ó la sustancia diluida del alma universal.

¿Y cuándo hablaba del arte clásico?—Se pasaba la hora de lección en éxtasis permanente. Se veía surgir materialmente del suelo la columna dórica, pesada, ruda, árbol de piedra de las primeras edades de la arquitectura, como el helecho es el árbol de las primeras edades de la naturaleza: despues la columna jónica mas llena ya de vida, con robustez en el capitel, sonriente como la Grecia, crecer como el alma de las vírgenes griegas: mas tarde la corintia con sus hojas de acanto, con sus ornamentos bellísimos, beso del arte que se dan el Oriente y la Grecia, armonía bellísima cantada en estrofas de piedra por el espíritu oriental y el espíritu griego que se funden en un tierno y amantísimo abrazo, y despues de todo esto la bóveda puramente romana, y el arco triunfal desconocido ó poco menos de los griegos, nacido en aquella hora del arte para que pasasen bajo ellos, primero los conquistadores de la fuerza, los Césares del imperio, y despues los conquistadores de la idea, los apóstoles de la buena nueva. La estatua griega le arrancaba bellísimas imágenes. Aquellos pedazos de már-

mol poco menos que sensibilizados, aquellas apoteosis del hombre sacadas con un cincel de un trozo de piedra, aquella idealizacion de la forma plástica humana á que llegó el arte griego por medio de la estátua, le hacian producir magníficos párrafos, á él, que en definitiva era tambien un Fidiás de la palabra. Y cuando llegaba á la poesía, última gradacion del arte, última estancia del templo de los dioses, el arrobamiento y el entusiasmo del público subian á su último punto. Ya no eran piedras aglomeradas como en la arquitectura, ni piedras cinceladas como en la escultura, ni líneas y colores mas ó menos frescos, mas ó menos indecisos, como en la pintura; era la idea elevándose al cielo en alas de mariposas juguetonas, el pensamiento de un artista coronado de mirto ofrecido al mundo en canastillos de rosas. Orfeo, aquel mito primitivo del hombre que atrae á los monstruos con su lira: Píndaro, el poeta que canta desordenadamente el amor como la libertad, las victorias de los juegos olímpicos y la memoria de los guerreros muertos en las guerras con los persas: Ovidio, el poeta que canta las trasformaciones de los dioses cuando habia llegado ya la hora de cantar su muerte. Horacio, siempre melancólico y siempre para divertir las tristezas, con la copa de Falerno en una mano y la otra abrazando la cintura desnuda de la jóven de Atenas ó de Corinto, coronada de sésamo que le muestra á lo léjos la estrella plateada de la tarde, que parece un beso que se hubieran enviado dos ángeles, caído sobre el pavimento del cielo antes de llegar á su destino. Homero, el poeta místico, que hace una revolucion en el Olimpo y que canta en su Iliada la barbarie que se toma por heroismo de Aquiles que arrastra el cadáver

de Héctor al derredor de los muros de Troya, y en su Odisea la de Ulises que se sienta tranquilamente á proseguir la interrumpida conversacion con su mujer Penélope, despues de haber rociado flor de azufre sobre el suelo manchado aun con la sangre de los pretendientes de aquella y de las mujeres de la casa, cómplices de sus rivales que acaba de extrangular: Virgilio, el poeta semi-divino, semi-humano, el hijo de una civilizacion madura, el cantor de Eneas y de Dido, que hace en la poesía lo que otros habían hecho en la arquitectura y en la escultura, fundir en un beso de amor los labios y las almas del Oriente y del Occidente; Teócrito, el poeta bucólico que pinta la caída de la tarde, el canto de las aves, el susurro de las hojas de los árboles agitadas por la brisa, el suelo que parece una alfombra, las nubes que parecen gasas, la luna que parece una lámpara, los arroyos que parecen fajas de plata tendidas por las nereidas sobre la tierra para entretenerse en sus juegos; Esquilo, con sus horrores trágicos, con sus héroes, á quienes el destino castiga por lo que han hecho, no siendo ellos culpables de sus acciones, sino el destino mismo que los ha empujado á realizarlas; Propercio, Tibulo, Eurípides, Sófocles, Terencio, Plauto, todos los grandes trágicos, los poetas líricos, los épicos, los cómicos, los que pintan las tristezas del ocaso cuando el sol cae y las alegrías de la mañana cuando se levanta, iban pasando ante los ojos del auditorio, sonrientes, placenteros, horribles, deformes, con el fardo de las ideas de su tiempo á cuestas, con la centella de la inspiracion en la frente, con la máscara en el rostro y el coturno en el pié; y el oyente se admiraba, y el oyente se asombraba al ver como aquellos muer-

tos de dos mil años habían podido resucitar al simple conjuro de un orador, venir á la cátedra del Ateneo y decir á un puñado de hombrés: «Los muertos os saludan; ved que hallais para vosotros de útil en las ideas de estos muertos.»

Si estas lecciones merecian escucharse siempre y mas aun cuando el orador hablaba del arte en cualquiera de sus manifestaciones, no lo merecian menos cuando hablaba de la aparicion del cristianismo. El dia que en su clase de historia tocaba examinar este punto, no faltaba ni uno de sus discipulos, ni uno de sus habituales oyentes. La necesidad moral, social y política de la aparicion del cristianismo; la rara constancia del pueblo hebreo que mas que las tablas de la ley, parecia guardar en su arca santa el secreto que no poseian los pueblos antiguos, el secreto de la unidad de Dios; los esenios, aquellos cristianos anticipados; la providencia sustituyendo al destino, y un Dios personal sustituyendo al Dios panteista de las religiones orientales; Julia, Agripina, y Mesalina, aquellas tres fieras de la prostitucion; San Pedro, el apóstol conservador, San Pablo, el apóstol revolucionario, San Juan, el apóstol profeta; las romanas medio desnudas, con la cigarra simbólica y la corona de azafran sobre las sienas, tendidas sobre los asientos del Circo, palmoteando cuando sale el leon del Atlas y se precipita sobre el cristiano, coronado á su vez con una corona de luz y de gloria; aquella ciudad de Dios que centellea para S. Agustín con tan vivisima esperanza preparándose cinco siglos antes de él, en el silencioso recinto de unas catacumbas inmortales; Jerusalem destruida, Roma moribunda; unos pocos hombres oscuros y semi-salvajes, saliendo de la

Ciudad eterna en un dia inolvidable para la civilizacion y para el cristianismo, con el cayado en la mano y la alforja vacía al hombro, yendo á verter una nueva vida en el regazo canceroso de la humanidad que veia apagarse su existencia, como la Raquel bíblica que veia morir sus hijos, sin poder hacer mas que llorarlos; todo esto y mucho mas era narrado por el jóven profesor con inmensa erudicion, con acento ora tonante, ora patético y en medio de torrentes de poesia. Tenia en los labios la miel de Hible y se la iba haciendo gustar á cada uno de sus oyentes. Ganimedes de sí mismo, escanciaba en su copa de perlas, yo no sé si el néctar de los Dioses ó el hatchis de los orientales, y la iba pasando de mano en mano, para que todos los que la gustaran, se enloquecieran y soñaran toda su vida con el arte y la libertad, dos imágenes de mujeres ideales flotantes siempre en el espacio, besadas furtivamente alguna vez que otra y nunca poseidas por completo.

Nos hemos detenido quizás demasiado hablando de estas lecciones. Perdónesenos. ¡Quien no se baña teniendo las ondas de esmeralda del mar á los piés, las algas verdes debajo de las ondas, y el cielo azul encima de las algas y de las ondas!

XXIII.

Tenemos no obstante un deber. Quizá haya quien no ha escuchado en su tiempo estas lecciones ó no las haya leído despues y quiera tener una idea de los pensamientos vertidos en ellas, de las metáforas que en ellas abundan, de las imágenes que en ellas resplandecen. Tenemos á

la vista los cuatro tomos y no sabemos que párrafos elegir de ellos: todos son igualmente poéticos, igualmente artísticos, igualmente eruditos.

Hablando de la música en la antigüedad, decia;

«La música es ya mas espiritual que las otras artes. La música ejerció en toda la antigüedad una influencia benéfica. La antigüedad es eminentemente música, sus palabras están sujetas á ritmos, sus períodos á armonías; la lira es uno de sus grandes trofeos, el mytho de Apolo uno de sus mas verdaderos símbolos; la música es la educación principal de las almas, como la gimnasia es la educación de los cuerpos; sus leyes se cantan en la plaza pública, sus grandes batallas se cantan en los juegos olímpicos; los soldados de Grecia antes necesitan la lira que la espada, del poeta que del general; los versos de Tirteo cantados en el fuego del combate pudieron mas que la estrategia de los grandes soldados: la canción de un amante es el primer presente que aguarda la doncella para sentirse inspirada por el amor, y ceñir á sus sienes la corona de sésamo; las tragedias griegas no pueden existir sin coros, ni sus ceremonias religiosas sin danzas, en que las vírgenes se mueven al compás de las notas de las cítaras; y en todos tiempos, en primavera como en otoño, en todas las grandes trasformaciones de la naturaleza, los griegos rocían como los latinos, las flores, los frutos, la salida de la luna entre los montes, el crepúsculo, el otoño, la primavera, la vendimia, la siega con hermosísimos cantos.»

El siguiente cuadro es bellísimo.

¡«Qué situación tan éxtraordinaria la de Jerusalem al aparecer el apostolado! Tiro incendiada por las teas de Alejandro; esparcidas en el viento las cenizas de la antigua Cartago; convertidas Nínive y Babilonia en inmensos desiertos, donde solo se oía el rugir de los leones y el maullar de los tigres ó chacales; eclipsadas ó decaídas todas las ciudades que podian rivalizar con Jerusalem; la Ciudad santa, término medio entre Egipto y Persia, centro de tres grandes continentes, descanso de las caravanas que desde las orillas del Mediterráneo van al interior del Asia, y del interior del Asia vuelven cargadas de mirra, de áloe, de marfil, de oro, á las orillas del Mediterráneo; levantada en altos desfiladeros que son á un tiempo su trono y su fortaleza; guardan sus recintos gentes de todas las naciones; persas que han visto sus dioses presa de ambiciosos conquistadores, sus dioses invencibles y desean un nuevo dios; griegos y romanos que han oido en las orillas del Mediterráneo las azules plácidas ondas quejarse en son doliente de las hermosas divinidades olímpicas; judíos, que de todas las partes del horizonte van al templo santo, porque han contado las setenta semanas de Daniel, y esperan ver el prometido á su pueblo; y mientras estos sentimientos religiosos agitan todos los corazones y esta exaltación religiosa se apodera de todas las conciencias, del seno del desierto, de las orillas del Jordan, de Galilea, de Samaria, de las áridas riberas del mar de Tiberiades, de las cavernas de las montañas, salen pobres apóstoles, diciendo que un criminal, muerto en la pascua anterior, cuyo recuerdo se habia borrado hasta de las conciencias de sus jefes, era el Hijo de Dios, desconocido por los hombres; el verbo divino sacrifi-

cado impiamente por la humanidad, palabras que les atraian muchas persecuciones, pero tambien muchos sectarios, los cuales en las calles, en las plazas, en aquellos templos que habian escuchado por espacio de tantos siglos las salmodias de los sacerdotes de Jehová, predicaban las ideas de una nueva religion, que ansiosos recogian todas las gentes, que devoraba, como la lluvia del desierto, la árida conciencia de todo el universo.»

El paralelo que hace entre San Pedro y San Pablo es de las mas notables:

«En esta grande obra de la propagacion universal del cristianismo, precisa ver el papel que representan San Pedro y San Pablo. San Pedro es el sacerdote semita, San Pablo el soldado romano; San Pedro es la reflexion, San Pablo el amor; San Pedro el instinto de conservacion, San Pablo el instinto del progreso; San Pedro quiere la obra lenta, pero segura; San Pablo la quiere universal y rápida; San Pedro trabaja con mas detenimiento, San Pablo con mas entusiasmo; los dos aunque en la forma se diferencian, se completan en la esencia, porque sin San Pedro hubiera sido indecisa la propagacion del cristianismo, y sin San Pablo hubiera sido lenta; el apóstol de las gentes ganaba innumerables almas, el príncipe de la Iglesia las recogia en su seno y sellaba su alianza con Dios por medio de su inefable autoridad.»

Al fin del primer año se despedia de sus oyentes de esta manera.

«Yo, señores, he hablado aquí muchas veces; he hablado sin recordar nunca mis ideas políticas;

pero hoy no quiero que se olviden, hoy que tanto nos calumnian, es necesario decir á los que nos tratan de enemigos de la religion, que la verdadera religion tiene por objeto imitar á Jesucristo, y que la imitacion de Jesús se conoce en una vida inmaculada y pura; y á los que nos tratan de enemigos de la familia, que nosotros miramos en el hogar doméstico un santuario inviolable que guarda el fuego mas puro de nuestra vida; y á los que nos tratan de enemigos de la propiedad, les diremos que acostumbrados á no mendigar nada al favor, á no querer nada de poderosas privanzas, á alcanzarlo todo por nuestra propias fuerzas, sabemos lo que valen los frutos del trabajo; y á los que dicen que nosotros somos enemigos del orden y de la paz, les diremos, que nosotros pedimos todos los dias á Dios que mande el ángel de la providencia á sellar el libro de las revoluciones, y á establecer una paz inalterable como ha de ser toda paz que gire, como sobre ejes de diamante, sobre la libertad y sobre la justicia.»

Copiaremos por último esta hermosa pintura del amor que sentia Roma por el arte griego.

«A pesar de esta gran decadencia de Grecia, todas las almas que en el mundo amaban la hermosura, convenian que Grecia era la eterna patria del genio, la eterna musa del arte. Reclinada sobre sus ruinas, aun conservaba con amor los últimos destellos del paganismo. Esclava aun, sentia errar por sus olvidados valles y sus ruinosas ciudades el grito santo de Grecia, el grito santo de libertad, tan propio de Grecia, como los símbolos de sus dioses homéricos. Unida á Roma, amarrada á su carro de triunfo, su pensamiento

era uno, el pensamiento de los filósofos romanos; su habla la delicia de los señores del mundo; su parnaso la inspiración de los poetas; sus artes el eterno ideal del genio, el modelo donde se miraban todas las inteligencias. Las almas religiosas que aun quedaban en el seno del paganismo iban á visitar los templos de Delfos como la cuna de su religion, como el altar mas grato á sus dioses. Y sobre todo, los artistas sentian que en Grecia estaba la miel de la inspiración, guardada en aquella flor que no habia completamente deshojado los huracanes de la guerra. Ciceron ensayaba al compás de las ondas del Piréo sus rotundos y armoniosos períodos, porque aquellas ondas habian sido la eterna música de los oradores; Virgilio se asentaba en los profundos valles de Colomna ó en las altas cimas de Himeto, porque allí estaba escondida su musa, la musa de la naturaleza; Horacio en el polvo de las escuelas buscaba vida para su genio, porque aun se escondian allí las centellas perdidas del pensamiento humano. Así en las bibliotecas de Roma, en sus calles, en sus paseos, en la puerta Capemna, en la Vía-*Apia* se oia en los tiempos del imperio hablar el griego, como si Roma estuviese habitada por atenienses. El delirio por Grecia agotada habia llegado á su colmo. Sentíase hácia la Pitonisa del mundo antiguo esa mezcla de amor y pena que sentimos delante de un bajo relieve roto, de una estatua bárbaramente mutilada. La pena de la destruccion de Grecia, aumentaba el amor á Grecia; Mecenas parecia un griego; Augusto se habia educado en sus escuelas; Tiberio amaba á Grecia y se gozaba en contemplar sus ruinas; Claudio llamaba al griego y al latin nuestras dos lenguas, y no habia en Grecia, entre la aristocracia del genio y de la cu-

na, quien no fuese mas de una vez en su vida, como peregrinando á la hermosa Atenas. Pero sobre todos, el que amó mas á Grecia, fué Neron. El amor de Neron á Grecia era como el amor de Neron al arte, desenfrenado, infinito. Vestido con la túnica griega, envuelto en el palio de púrpura, calzado el coturno de los dioses, y de los héroes, ceñido el cabello como las antiguas estatuas de Praxiteles y de Fidias, luciendo su rostro hermoso como el rostro de Apolo, embellecido por la inspiración y por la corona de laurel, de pié sobre su carro tirado por blancos y briosos caballos de Thesalia con las riendas sueltas arrojadas al viento; seguido de un ejército que en vez de armas llevaba cítaras, flautas y líras; saludado por los coros de las vírgenes, que repetian los antiguos versos heroicos de Sófoeles y Esquilo; pisando flores del Pindo, coronas de laurel y oro; hablando el antiguo lenguaje de los poetas y de los dioses, Neron revivía en Grecia; y en los templos era un sacerdote; y en la plaza pública un tribuno que arrancaba á la tiranía de Roma las ciudades aqueas y les daba independencia y libertad; y en el teatro un farsante, un cantor; y en los juegos olímpicos y Pithios el mas hábil en manejar el carro; y en los campos un antiguo poeta de Arcadia; y en las orillas del mar un navegante griego; y delante de toda la península griega un Alejandro; pues hasta hirió con azadon de oro el itsmo de Corintio para romperlo y mezclar las aguas del mar Egeo con el mar de la Jonia; que en su amor al arte creia que en abrazándose á Grecia, suspendiéndose con un beso de amor infinito á sus labios, perdiéndose en su seno, Grecia le habia de infundir

su génio, le habia de regalar la inspiracion de sus antiguos poetas.»

XXIV.

Estas lecciones no concluyeron como comenzaron. Habian sido comenzadas en dias de entusiasmo y concluyeron en dias de reflexion. La primera parte de ellas habia tenido por objeto cantar el ideal religioso del movimiento democrático: la última se referia á la libertad de la Iglesia, que era una manera indirecta de reclamar la libertad de conciencia. No habia contradiccion entre las lecciones de los primeros años y las de los últimos, pero habia diferencia. El criterio político y social del orador era el mismo en todas ellas; el religioso variaba un poco en las últimas. Por este tiempo comenzó en él, á nuestro entender, la revolucion racionalista, que solo tomó desarrollo y cuerpo en la emigracion. Ya no creia tan por completo en el año 58—las últimas lecciones fueron en el año 62—que el cristianismo habia sido la única causa civilizadora, á partir de su oposicion de la historia moderna, y si no dudaba de él como elemento civilizador, su influjo le parecia ya mas lento en la vida social, una entre las varias causas del progreso y nada mas. Habia variado un tanto su manera de juzgar, lo que prueba que el progreso alcanza á todo, desde la vida social hasta la razon de cada uno de los hombres.

Como Castelar dice que podria formarse una biblioteca con los libros que han escrito tan diver-

sos autores sobre la vida de Byron, nosotros podemos decir tambien que serian muchísimos los libros que podian llenarse con las criticas que de estas lecciones se hicieron. Muchos, muchísimos las juzgaron con entusiasmo: todos, hasta los enemigos con benevolencia. Porque Castelar tiene el privilegio que tienen ciertas mujeres hermosas; se podrá aborrecer sus veleidades, sus caprichos; pero en el fondo del alma se las adora. «Es tan bonita» se dice cuando nos refieren su último deslíz. Entre estas criticas solo dedicaremos alguna palabra á un artículo que publicó D. Juan Valera, ese crítico tan eminente, en el *Estado*. Carlos Rubio tambien habló de ellas. Dijo Valera «que Castelar hablaba como cantaba Píndaro: que habia en aquellos discursos demasiadas *alas nacaradas* y demasiadas *perlas*; que su prosa era una *prosa en delirio*, como dijo Kant, pero en todo el mal sentido que podia darse á esta frase; que podia ser un *Zorrilla* de la elocuencia y hacer de sus lecciones una especie de poema *Granada*, al que un crítico extranjero habria llamado, viendo tanta gala y tan poca idea, el poema de la *música celestial*; que el cristianismo no trató nunca de verificar el progreso social y político; que el cristianismo era tan solo una religion del cielo y para las necesidades del alma, y que no cabia progreso en ella, porque progreso vale tanto como decir ir de la imperfeccion á la perfeccion, y mal podria ser progresiva una doctrina que desde luego era perfecta.» Castelar contestó en un magnífico artículo volviendo por sus ideas y probando que «el cristianismo era causa de progreso y que si el dogma, como divino, es eterno é inmutable y por consecuencia no progresivo, al sujetarse á las

condiciones históricas de las ideas, al ser mejor comprendido en un siglo que en otro, se puede asegurar, que en cierto sentido, progresa.» «Los que creen, decia al terminar su refutacion, que el cristianismo ha abandonado en esta edad la civilizacion, entierran, como los fariseos, de nuevo en el polvo de las edades pasadas á Jesucristo, que desde su resurreccion vela por nosotros en el cielo.»

Las esperanzas que estas lecciones resucitaron: los ideales que hicieron revivir: los sentimientos religiosos que despertaron, apagados por el asqueroso neo-catolicismo: los demócratas que hicieron: la juventud que impidieron que cayera en el doble sepulcro del escepticismo religioso y del escepticismo político, podrán decir cuán útiles fueron, no ya en el orden científico, sino en el orden moral. Hay épocas en la historia en que no parece sino que el cuerpo social empieza á tomar ese color que toman las carnes muertas, cuando va á empezar la putrefaccion. Viene uno cualquiera, echa sal sobre aquellas carnes y la putrefaccion se detiene. Castelar fué este emisario de la providencia. Echó la sal de los sentimientos y de las ideas sobre el alma de una parte de aquella generacion, y dijo á las olas de cieno que lo invadian todo: «No pasareis de ahí:» y las olas no pasaron, porque la voz del que las habia hablado no era la voz de un hombre, sino la voz del progreso que hablaba por los labios de una de sus mas poéticas y risueñas encarnaciones.

XXV.

No debemos dejar de mencionar otras obras que por este tiempo, este infatigable obrero del pensamiento y de la palabra, llevó á cabo; el discurso sobre Lucano y los discursos pronunciados en el Ateneo en el año 59 y 61, resumiendo los debates habidos en aquella corporacion literaria sobre el socialismo y el industrialismo y sobre la idea del Progreso. No diremos de ellos mas que una palabra, porque nos falta espacio para examinar otras obras y otros hechos mas importantes de su vida.

El discurso sobre Lucano fué leído en el salon de grados de la Universidad de Madrid con motivo de la toma del suyo de Doctor en la Facultad de Filosofía y Letras. Con decir que este trabajo es parecido á todos los suyos, está dicho todo. Un exámen profundo de la vida y de las obras del gran poeta cordobés constituye el fondo de él. La poesía fué divina en los poemas indios; heroica en los poemas griegos; social y humana en los romanos. Este es el carácter esencial de la poesía de Lucano, y así lo juzga Castelar. Era entonces añeja fórmula en las investiduras de estos grados que los Doctores que asistian con sus respectivas togas, al acto, al llegar á cierto punto del ceremonial, iban recibiendo y dando un abrazo al nuevo Doctor. El abrazo, como puede comprenderse, era siempre ceremonioso y frio. Aquel dia debió suceder lo contrario. El abrazo, estoy seguro que fué entusiasta y cariñoso.

El discurso sobre el socialismo y el individualismo fué una manifestacion de sus ideas sobre estos extremos. Sabidas son de todo el mundo sus ideas puramente individualistas, ideas en las que hoy mismo persiste, á pesar del trascurso y de la mudanza de los tiempos. La cuestion social es eterna, y él cree, como yo creo, que esta no será resuelta por el decreto de una Asamblea, ni siquiera por el sable de un dictador comunista. Desde el pueblo hebreo hasta nuestros modernos pueblos, ha ido presentándose, un día bajo una forma y otro día bajo otra. ¿Quién se acuerda ya del modo de ser del socialismo del año 48? ¿Quién de los talleres nacionales y de la nueva Icaria? ¿Qué ha quedado de los severos raciocinios de Proudhon? Nada mas que sus negaciones, ni siquiera aquella teoría suya de la exposicion permanente. La cuestion social, en resumen, no es mas que la peticion de pan para aquellos que no le tienen; y la peticion de aquello que es legítimamente necesario al hombre para la satisfaccion de sus necesidades tanto físicas como intelectuales, no será resuelta, á mi entender, mas que por el progreso. Para resolverla de otra manera sería preciso volcar la sociedad de arriba á bajo, y aun esto sería estéril, porque la sociedad, como los líquidos, volvería á tomar su nivel y á proseguir su obra desde el punto en que se le había interrumpido, porque en la historia no son posibles los saltos y si solo las soluciones de continuidad. El error de todas las escuelas socialistas ha sido que han creado una sociedad artificial, frágil como la antigua estatua bíblica, porque todo lo que no descansa sobre las eternas leyes naturales es liviana arcilla cimentada sobre de-

leznable polvo. ¿El progreso no ha matado las aristocracias opresoras? ¿No ha matado los privilegios de las clases y de las industrias? ¿No proclama la libertad absoluta de comercio? ¿No fomenta las Cajas de Ahorros, las sociedades cooperativas, las asociaciones de obreros? ¿No proclama la huelga como un medio de oponerse el obrero á las excesivas exigencias del capital y del fabricante? ¿No está con la cabeza inclinada, como una Sibila que interroga al porvenir, meditando siempre un nuevo medio de traer al banquete social, un puñado mas de desheredados, y si puede ser, á una clase entera proscrita aun en las gemmonías de la miseria? ¿El cuarto estado no ha entrado en el parlamento en nuestros días y una buena parte de él en las comodidades de la vida? ¿Las antiguas clases aristocráticas no duermen hoy en el olvido de sus blasones y de sus deudas, y las clases populares no ocupan hoy los puestos públicos? ¿Las industrias, no hacen, en fin, el trabajo nacional y obtienen por consecuencia sus productos? Paciencia pues. El único medio de que todos tengan pan y bienestar es acelerar el progreso, no retardarle con impacencias perjudiciales. Los mártires de cuarenta mil años, esas razas sobre cuya vida aun pesa el infortunio y sobre cuya memoria pesa, como una losa, la tradicion del martirio de sus mayores, ¿no esperarán un día mas, cuando su victoria es segura y su triunfo definitivo? ¿El plato de lentejas que podrian obtener hoy por una sorpresa revolucionaria y que les sería arrancado al otro día á cañonazos, le codiciarán mejor que el plato de carne humeante y sabrosa que por un día mas de espera le daría el progreso? Estas eran próximamente las ideas de Caste-

lar entonces sobre este asunto y estas son hoy.

El discurso sobre la idea del progreso fué notabilísimo también: *La Discusion* le publicó en una gran hoja y todo el mundo se apresuró á comprarle. El gran orador consideró el progreso como lo han considerado todos los grandes pensadores. Se creía escuchar en unas ocasiones una imagen de Platon, en otras un trozo de Pelletan; en algunas un raciocinio de Hegel. Lo que se notaba al momento en este discurso, mas que en ninguna otra de sus obras, era la influencia que ejercia en sus ideas el panteísmo hegeliano, influencia que ha hecho notar muy detenidamente Luis Vidart en un libro que escribió, hará algunos años, sobre los filósofos españoles. Para Castelar entonces la historia marchaba en serie: el número tres era un número sagrado: una trinidad misteriosa dormia plácidamente en el seno de todo lo humano: la tésis, la antítesis, y la síntesis; es decir, la afirmacion, la contradiccion y la armonía brotaban de todos los sucesos, como una mariposa que tuviera tres alas, y que, al volar, por una combinacion de la naturaleza, las tres se soldaran en una. El tiempo tenia tres términos, la mecánica tres fuerzas, el pensamiento tres formas, la historia tres períodos, la sociedad tres partidos, cada una de sus grandes síntesis históricas tendrá á su vez sus dias de afirmacion serena, de contradiccion tempestuosa, de unidad armónica. No hay que decir que estas ideas eran puramente hegelianas. Este fué el éter que corrió, como una chispa eléctrica, á través de todo este discurso, y el Ateneo se acordó de él por mucho tiempo. Muchos doctrinarios, muchos reaccionarios habian hablado allí, desde Donoso hasta el P. Sanchez:

muchos liberales también: aquellos habian negado la idea del progreso, estos la habian sostenido, pero entre los que la habian sostenido ninguno supo ser un intérprete tan feliz y tan acertado de las últimas ideas históricas y de las últimas ideas filosóficas, emitidas por los mas grandes pensadores, como Castelar. Y aquí se nos ocurre una pregunta: ¿en qué consistia que conociendo y estando influido Castelar por las ideas eminentemente panteístas, anticristianas de Hegel, predicaba aun el cristianismo y aun el catolicismo, pretendiendo armonizarle con la Democracia? Misterio es este que no adivinamos. Quizá queria no asustar á los gobiernos y á las clases conservadoras de entonces, predicándoles una democracia anti-cristiana: quizá, y esto es lo mas probable, no estaba entonces mas que en el principio de la evolucion que hemos indicado en el fin del capítulo anterior.

XXVI.

La vida de Castelar es una vida singular. No hay en ella grandes emociones, grandes tempestades, ni desafíos frecuentes, ni amores siempre renovados. Es un arroyo que se desliza siempre con el mismo murmullo. Ha consagrado todas sus horas y todo su trabajo á las ideas y no ha tenido tiempo de vivir para sí mismo. Este es un sacrificio del cual, en verdad, no son capaces todos. Vivir para todos y no vivir para uno mismo: consagrar todas las horas de la existencia á los demás y no consagrar mas que muy pocas ó

ninguna á sus propios placeres, es un heroísmo casi incomprensible, y doblemente incomprensible, en un grande hombre, porque los grandes hombres suelen tener grandes pasiones.

Castelar se levanta á las seis de la mañana y se acuesta á las once ó á las doce. Trabaja por el día, porque la luz se ha hecho, como él dice, para el trabajo y las tinieblas para el reposo. Le gusta el campo con pasión. «Viviría en él siempre» me decía una mañana en que teníamos en frente de nosotros las crestas coronadas de nieve del Guadarrama, y á nuestros piés una alfombra de amapolas y de flores blancas y amarillas. Esta pasión la comprendo perfectamente. No hay artista que no ame la naturaleza. Yo creo que Castelar llevado de este amor, se fundiría con el universo en un abrazo indisoluble, si le fuera posible. Su alma es una alma eminentemente panteísta. Se suspendería de los brazos de la naturaleza y la daría un beso eterno, cuyo principio le hubieran visto los hombres, pero cuyo fin se perdería en la eternidad.

Hásele acusado de que no tiene pasiones: de que las mujeres no le atraen, de que no ha tenido queridas, de que su juventud se ha pasado sin una mujer que le haya sonreído. Unos han dicho que era un clérigo: otros que se le había secado el alma con la política: aquellos que era una naturaleza virgen, un cuerpo con sangre, pero con sangre sin fuego y sin electricidad. ¿Qué hay de verdad en esto? ¿Es humanamente posible que un gran artista no ame la belleza, y de consiguiente el eterno tipo de ella que es la mujer? No. Castelar ama la belleza y la comprende como

pocos. Lo que hay de cierto en esto es que el gran orador es casto, positivamente casto. La embriaguez le horripila; la prostitucion le hastía; las orgías le marean. Su alma no es á propósito para envolverse entre estas capas de lodos.

Tuvo un amor en su primera juventud. Su alma no había sufrido aun los desengaños políticos que la han amargado despues y amaba en toda su intensidad. ¿Quién era? ¿Quién fue? ¿Quién fue aquella musa que aromó la primavera de su juventud, que roció su corazón con la esencia de sus sentimientos, que compartió con su madre la tarea de modelar su alma? No podemos decirlo. Es un secreto que él quiere conservar. Quizá, cuando la república se haya consolidado: cuando los peligros cesen: cuando su partido no necesite ya ni de sus esfuerzos ni de su genio aquí dentro, y crea oportuno enviarle á la embajada de París ó á la de Roma,—porque las brumas de Londres no convienen á su naturaleza meridional—quizá se decida á escribir, como Lamartine, sus Confidencias, ó como Rousseau, sus Confesiones, y entonces él revelará quien fue aquella mujer, en que transportes vivió con ella, en que idilio se mecieron, que nubes de rosa flotaron sobre sus cabezas juveniles, que alfombra de sueños hollarón sus piés.

«¿Puede concebirse mayor tormento? ha escrito él en una de sus últimas obras. El corazón solitario solo engendra serpientes como el desierto. Nadie se cura de vuestra vida, ni se interesa por vuestra suerte. Los mas bellos sentimientos caen por su propio peso en el abismo del

alma, pues no teneis á quien comunicarlos, y la hieren y la destrozan. Podeis salir cuanto querais de vuestra casa sin que nadie os detenga y volver sin que nadie os aguarde. Como la salud es vuestra solamente, la exponéis al primer peligro, la jugáis á la primera carta. Como la muerte ha de herir un corazon solitario, la aguardais indiferente. No teneis con quien compartir ni penas ni alegrías. El alma que, partida en dos, se agranda hasta lo infinito, en el egoismo se encoge y seca á la manera de esas frutas caidas verdes del árbol. Cuando las fuertes emociones de un corazon varonil, cuando las rudezas de un carácter que ha peleado mucho, no están por la sonrisa de una mujer querida templados, toman algo de salvaje, como los campos abandonados del cultivo. Despues de una tempestad, no hay calma; despues de la noche, no hay aurora; despues de la duda, no hay fé; despues del dolor, no hay consuelo. Una vida sin amor es un cielo sin astros.»

Pero aquella jóven murió y el gran artista cayó en desolación profundísima.

¡Musa del poeta de la oratoria, númen de sus primeros años, Beatrice ignorada de un artista que hace con la palabra lo que Praxiteles con el mármol! Donde quiera que duermas el sueño de los muertos, bien hayas tú! Quizá hiciste tú lo que Teresa con lord Byron, le inspiraste esa virtud austera y ese deseo inquebrantable de trabajar por la humanidad y construirse por su propia mano un panteon immortal en el corazon de los pueblos! Cuando el orador muera y no quede de él mas que su gloria, los pueblos que sabrán

donde duermes, y quien eres, enviarán sus poetas á cantar sobre tu tumba; sus escultores á descubrir el paradero de tu alma y aprisionarla en un pedazo de mármol que palpita como tú palpitaste, que viva como tú viviste. Los que aman las grandes ideas y los grandes sentimientos, irán todas las primaveras, como los discípulos de Rousseau á la tumba de Eloisa, á renovar la corona de siemprevivas puesta sobre tu sepulcro. ¡Duerme en paz entre los muertos hasta que el que te amó quiera que tu nombre vuelva á resonar entre los vivos!

XXVII.

La muerte de su madre y de esta mujer amada lanzáronle con nuevo impulso á la vida de la política. Habia estado alejado un poco de ella: habia escrito en la *Discussion* poco ó nada: habia limitado sus trabajos á las lecciones de su clase y á las lecciones del Ateneo: pero vinieron estos acontecimientos, que le dejaron aislado y solo, sin mas que la memoria de aquellos dos grandes sentimientos á los que habia rendido culto tan fervoroso y extraordinario, y se decidió á reanimar su vida para olvidar tanta muerte. Escribió otra vez; se mezcló en las luchas, se atareó un poco mas y olvidó. Cerró aquellas dos tumbas despues de haber llorado mucho junto á ellas, y dijo á las sombras poéticas de aquellas dos mujeres: «Esperadme: como otros vienen todas las mañanas á depositar una flor sobre la lápida de sus muertos, yo vendré todas las mañanas á col-

gar de vuestro nicho los pensamientos que haya dado á comulgar á mi pueblo el día antes, las ideas nuevas que haya colgado, como la corona de las vírgenes antiguas, á la frente de la humanidad.» Y en efecto, ha cumplido su palabra.

XXVIII.

La expedición de Castelar á Cataluña, acacida por estos días, no debemos pasarla en silencio. En su afán propagandista, los viajes para el orador de la democracia no han sido mas que grandes escesos de trabajo. En todas partes donde se presentaba era preciso hablar. La multitud le seguía con cariño y le llenaba de aclamaciones. Al penetrar en el palco de la ópera en Barcelona, la muchedumbre se puso de pié, como en otro tiempo cuando entraban los reyes, y prorrumpió en entusiastas vítores. Los hermanos Clavé pusieron como una alfombra, á los piés del orador, su popularidad, y durante los treinta y tres días que duró este hermoso viaje, caminó por entre flores, coronas y versos. Aunque no haya tenido Castelar otro premio á sus esfuerzos por propagar las ideas democráticas que este y otros parecidos, está bien pagado. El amor del pueblo es la mejor corona que pueden ostentar los que le han hecho algún bien. De Granollers, de Sabadell, de Arenys de Mar, vinieron comisiones á felicitarle y á rogarle que los visitara. Él visitó muchos puntos y habló en muchas partes. Por fin se trató de tener una gran reunion. El marqués de Miraflores, el

bendito marqués de las insaculaciones era presidente del Consejo de Ministros, y Ministro de la Gobernación Vahamonde. Este ministerio se distinguió por tener las inapreciables prendas de ser, como algunos líquidos, insípido, inodoro é incoloro. Se vaciló mucho antes de dar permiso para la reunion, pero al fin se otorgó con la condicion de que no se habia de pronunciar la palabra «democracia.» Grave aprieto para los oradores. Reuniéronse al fin los que habian de asistir á aquella especie de fiesta de la democracia: hablaron muchos: cada uno como pudo y como supo. Un delegado del gobierno estaba allí, gruñendo, murmurando, mirando á todos. En verdad que debió pasar muy mal rato. Al cabo tocó el turno á Castelar. Habló como de costumbre y entusiasmo como siempre. Hasta al mismo delegado del gobierno llegó aquella nube de electricidad, porque parecía ya menos estatua y mas hombre. Castelar concluyó su discurso de esta manera ó de otra muy parecida, «Y el fin de este estado de cosas, el fin de este reinado del mal tendrá lugar cuando llegue el reinado de la democracia.» Aquello era terrible: aquello era una iniquidad. La palabra maldita habia sido pronunciada y semejante desobediencia no podia quedar sin castigo. El delegado se enfureció y telegrafió á Vahamonde, contándole el caso y preguntándole que convenia hacer con aquel Castelar que se creía invulnerable é hijo de la fortuna. El ministro fué mas racional, y contestó al delegado diciéndole que no fuera inocente y no hiciera nada, que no convenia meterse con ciertos hombres, y que, en fin, dejara aquello quieto y como si tal cosa hubiera acontecido. La democracia venció. El orador re-

gresó á Madrid con grata memoria de aquellos treinta y tres dias felices pasados entre amigos y entre flores.

XXIX.

Por el tiempo que tuvo lugar esta reunion, ya escribia sus correspondencias para América. De allí le pedian de continuo sus consejos é instrucciones. De manera que puede decirse que Castelar popularizaba la idea democrática, no solo en Europa, sino en América tambien. No se diga que allí no hacia falta. Allí donde hay tiranos como Rosas, donde hay motines y guerras civiles tan sangrientas como las de aquellas regiones, la verdadera comprension de la democracia hace falta, y mucha. «Nada sabemos de Europa y de España, solian escribirle, mas que lo que V. nos dice. No vemos los asuntos de los pueblos europeos mas que con los ojos con que V. los mira.»

En esto la revolucion lenta de las ideas proseguia en España su curso: los trabajos de zapa contra la pobre reina que iba á pagar con el destronamiento y la expatriacion sus propios escándalos y los ajenos, adelantaban. Un dia Castelar se acercó á Rivero y le dijo: Señor Rivero: es preciso que esto vaya mas aprisa. Es preciso que nos declaremos anti-dinásticos: es preciso que la «*Discusion* empiece una campaña anti-dinástica.» Rivero se asustó un poco y contestó que no le parecia oportuno; que lloverian las multas y las denuncias sobre el periódico: que la *Discusion* con-

cluiria por morir y que nada se habria adelantado. El periódico *La Democracia* salió de este diálogo.

Castelar tenia algunos miles de duros. Unióse á Carrascon que trajo su óbolo y algunos otros que trajeron tambien el suyo. Jamás ha habido dinero mas honrado y mas legítimamente ganado que el que aportó Castelar á esta empresa. Aquel puñado de oro era el fruto de nueve ó diez años de trabajo continuo y partináz.» Cuando fué necesario, dice él mismo en el prólogo de la *Fórmula del Progreso*, los pequeños ahorros arrancados á un trabajo de doce horas diarias, cayeron en el abismo sin fondo de un periódico que consagrado á destruir una dinastía poderosa, estaba condenado por lo mismo á bien rudas pruebas.» Se preparó todo: se constituyó el depósito: se obtuvo la autorizacion para publicar el periódico y el 1.º de Diciembre de 1863 apareció el prospecto de *La Democracia*. Era una obra maestra: era el ideal de la democracia espuesto en un estilo magnífico: eran las ideas condensadas que esperaba el pueblo, pero en un lenguaje que el pueblo no aguardaba. Acostumbrado todo el mundo á pasear un minuto la vista por los cien prospectos de los cien nuevos periódicos que todos los dias aparecen y á rebujarlos y tirarlos luego, todos se quedaron sorprendidos al ver que aquel era una verdadera obra de arte y de política. Las gentes se le guardaban en el bolsillo para leerle otra vez en casa. «Esto debe guardarse,» decian. Era de Castelar. A los pocos dias en cuanto circuló por España el prospecto y se supo que *el periódico de Castelar* iba á salir á luz el 1.º de año, cuatro mil suscripciones cayeron, como un primer presente

de la fortuna, sobre la administracion, apenas montada, de él. La redaccion de *La Democracia* era de las mas brillantes. Formábanla Salmeron, Una, Saulate, Fernando Gonzalez, Carrascon y otros jóvenes igualmente ardientes é inteligentes, la flor de la democracia, en fin.

Ruda fué la campaña que sostuvo *La Democracia*. Aunque Castelar no tuviera en la historia de su vida mas merecimientos que los que hizo en las continuas peleas que se vió obligado á sostener en su periódico, serian bastantes para que los demócratas españoles le estuvieran agradecidos. Dos fines especiales se propuso en el periódico: combatir sin tregua la dinastía borbónica y las ideas socialistas. Izó la bandera antidinástica y la bandera individualista y, dictador de las ideas, dijo al pueblo: «Ven detrás.» Era el tiempo aquel en que los demócratas luchaban á brazo partido los unos con los otros: el tiempo en que unos decian que no habia periódico en el mundo como *La Discusion* y en que decian otros que no le habia como *La Democracia*: el tiempo en que, en el Fomento de las Artes, sociedad de obreros, andaban poco menos que á la greña socialistas é individualistas: el tiempo en que Pi, Garrido y Guisasa, eran tres dioses de una misma trinidad, y Castelar, Rivero y Orense tres dioses de otra: y el tiempo en que los periódicos ministeriales se reían de la democracia y la decian: «Después que os hayais entendido unos con otros, hablaremos.»

Si Castelar era el ángel del periódico, Carrascon era su diablo. Cada dia se le ocurría una nueva travesura que recogía Castelar, y la exponía en su estilo límpido y magestuoso. Un dia escri-

bia este pidiendo reformas y encomendando la moderacion á los suyos: otro exponía los males de las quintas: otro lloraba las desgracias de la Polonia: cuando, reclamaba una mirada del gobierno sobre Cataluña: cuando, exponía el maquiavelismo de Napoleon en América: el 5 de Marzo, célebre para Zaragoza en los dias de la guerra civil, le arrancaba un recuerdo de admiracion á la ciudad cantada ya por Byron: la postracion de la aristocracia le inspiraba otro artículo: las grandes señales que veía en el horizonte le inspiraban, en fin, el convencimiento de que pronto acabaría todo aquello y escribía otro artículo, la «Redencion social.» Mucho trabajó, mucho escribió. Los artículos de entonces publicados despues, forman tres tomos, y aun faltan en ellos algunos de menos importancia, que le exijian las necesidades diarias del periódico.

Por fin cayó el ministerio Miraflores, aquel ministerio de requeson, especie de tortilla de yerbas sin olor ni sabor, y vino Narvaez, el ferroz Narvaez. Pero aquel Narvaez, segun decian sus amigos, no era el de siempre; era un Narvaez liberal, muy liberal, liberalísimo. No iba á denunciar periódicos, ni á llevar á Filipinas á ningún ciudadano, ni á fusilar á nadie, cosas que parecian imposibles en aquel hombre sangriento como los tigres. Quería sacar del retraimiento al partido progresista, y ese era el secreto de toda aquella política que se inauguraba. Gonzalez Bravo estaba hecho un demócrata y no le faltaba, para parecerlo, mas que el gorro frigio, que por entonces aun no se estilaba. Castelar escribió dos terribles artículos, el 23 y el 24 de setiembre, el primero contra el partido moderado y el

segundo contra la política de astucia y de emboscada que venia á practicar con los partidos liberales. En el primero decia: «¿Nos manda el partido moderado? Cuando nos dirigimos esta pregunta á duras penas nos atrevemos á contestarla..... Extranjeros y apóstatas; eso han sido siempre los moderados. Isturiz, su jefe, por el carácter, apóstata; Galiano, su jefe, por la palabra, apóstata; Gonzalez Bravo, su jefe, por el maquiavelismo, apóstata; Arrazola, su jefe, por la astucia, apóstata; Nocedal, su jefe, por la travesura, apóstata; Narvaez, su jefe, por el sable, apóstata; Donoso Cortés, su jefe, por la idea, apóstata; Toreno, su jefe, por la habilidad, apóstata; todos desleales, todos traidores á la causa del pueblo. El partido doctrinario no es en España mas que un apostolado de Judas. Por eso, porque la conciencia política de ese partido está completamente viciada, completamente corrompida, cuando manda no tiene mas medio que la fuerza, ni mas arte que la corrupcion política, ni mas esperanza que el silencio del pensamiento, ni mas consecuencia, ni mas resultado, que la completa postracion del pais, en una orgía de revistas inútiles, de fiestas ridículas, de elecciones inmorales, de reparticion del presupuesto, de caprichos como los de Calígula, de proscripciones como las de Sila, de escándalos y de tiranías.» En el segundo escribia estas enérgicas palabras: «¿Qué es el ministerio del general Narvaez? Una emboscada contra la libertad. El general en vez de presentarse fuerte, decidido, con la espada de la dictadura en las manos, se presenta artero, taimado, dispuesto á halagarnos hoy para envilecernos mañana. No de otra suerte se esplica esa

série de medidas que en apariencia tiende á satisfacer la opinion, en realidad á fortificar á sus mas feroces é implacables enemigos. Se ha visto que las ideas de libertad corren por todas las inteligencias, iluminándolas y enalteciéndolas; se ha visto que el espíritu del siglo es demasiado viváz para combatirlo de frente, y el enemigo no acomete cara á cara como el leon, sino con rodeos como el tigre. Niños seremos, niños inocentes, si dejádonos llevar de momentáneas impresiones, lo creemos, lo escuchamos y le tratamos con aquella consideracion y con aquellos respetos que solo merecen los leales. No, no; entre el general Narvaez y el partido liberal hay un mar de sangre. Para acercarnos á él, para reconocerle como un hombre dispuesto á transigir con las ideas del siglo, y digno de que con las ideas del siglo le combatiéramos, necesitaríamos hollar los cráneos de nuestros mártires sacrificados á sus plantas. No olvidemos hoy la historia. No seamos tan confiados como fueron nuestros padres. El general Narvaez solo puede representar la reaccion: sus partidarios solo pueden ser los soldados de la tiranía. Si es cierto que se quiere practicar la libertad, no se olvide que la libertad tiene sus defensores, y no se la entregue á la custodia de los que solo han sabido herirla en los campos de batalla ó venderla en los parlamentos.»

La monarquía presentia su ruina cercana y fluctuaba entre dos abismos. Tenia miedo de perder sus goces con el trono y tenia miedo de entregarse á los liberales que era para ella lo mismo que entregar el alma á Satanás. El dia 29 de setiembre era el aniversario de la muerte de Fer-

nando VII. Había que hacer algo alusivo á aquel día y Castelar escribió un artículo que se titulaba «El Reinado de Fernando VII.» Era el resumen de la historia de aquel rey, pero concienzudamente hecho. Se vieron pasar materialmente á través de aquellas líneas las sombras de las víctimas de aquel monarca, yo no sé que mas, si ingrato ó infame. Parecía que pedían justicia á los vivos contra la sombra de Fernando. El artículo terminaba de esta suerte: «Decía un historiador contemporáneo hablando del entierro de Fernando VII; «Al bajar al panteon el féretro, rompieron con él una grada de piedra, para que hasta su muerte causase ruinas; y durante la última ceremonia, era tal el hedor, que la comitiva no podia resistirlo, y algunos individuos se desmayaron. Imágenes vivas del reinado de Fernando VII; porque en el sepulcro, exhalados los aromas de la lisonja, solo queda la verdad, y la verdad de la tiranía es toda corrupcion.»

La corte se indignó: el ministerio lo mismo. Los periódicos ministeriales levantaron el grito al cielo. Aquello era indigno é infame: una verdadera villanía periodística. Hubo uno que llegó hasta decir que «había *tribunos destengados* á los que nada detenía. *La Democracia* contestó al día siguiente que los *tribunos destengados* contarían la historia de las dinastías reaccionarias.» En efecto, el otro día escribió Castelar. «Las dinastías reaccionarias.» Pintó á Carlos I cerrando tres parlamentos: á su mujer Enriqueta perdida entre frailes y entre monjas: á Luis XVI, que contemplaba todos los días el retrato de Carlos I hecho por Vandyk y que sin embargo obró como

él: á Carlos X que habiendo visto caer el derecho divino de los reyes de su raza, obró como si aun le tuviera y se coronó en Reims como un monarca antiguo: á Luis Felipe, que huyó como Carlos X: á Fernando de Austria que abdicó: á Federico de Prusia que se volvió loco: á Fernando de Nápoles, el rey Bomba, que se embarcó sin corona en Gaeta: al rey de Grecia, á los duques de Parma, Módena y Toscana, reyes sin reino, régios emigrados que nada habían aprendido los unos con las desgracias de los otros, y que pretendían obrar en el siglo XIX como habían obrado sus antepasados en la edad de oro del absolutismo. El artículo causó honda sensacion y los periódicos ministeriales volvieron á enfurecerse.

El camino emprendido era bueno y el daño que se hacia á la dinastía mucho. Castelar decidió recorrerle hasta el fin, sin reparar en dificultades y peligros, y se decidió entre los redactores de *La Democracia*, escritores todos que manejaban muy bien la pluma, escribir cada uno de ellos un día la historia de cada uno de los monarcas destronados. Pero antes que esto sucediera, el gobierno que habia visto con iracundos ojos el artículo «Las dinastías reaccionarias,» publicó una real orden sobre enseñanza pública, encaminada especialmente contra Castelar. Era ministro de Fomento Alcalá Galiano, el orador de la Fontana y el que habia llamado tantas veces á Fernando VII tirano y loco, y Ochoa director de instruccion pública. La real orden ponía en perpetua tutela á los catedráticos, los seguía á todas partes, á donde iban á ejercer sus derechos de ciudadanos, á la prensa, á las reuniones, á los comicios y usando

de un rigor saludable los deponia si hablaban ó escribían contra el régimen entonces vigente, por haberse sin duda incapacitado moralmente para ejercer la alta magistratura del profesorado. No hay que decir que la circular fué mal recibida. Al cabo era un nuevo atentado contra la libertad.

Pero antes de proseguir nuestro relato, debemos decir cuanto peleó Castelar en noviembre de este año—el año 1864—en favor del retraimiento y meses despues. Los acontecimientos anteriormente narrados acaecian en octubre. ¿Qué política convenia seguir? Esta era la grave, gravísima cuestion que preocupaba por entonces á los hombres públicos. ¿Convenia á los partidos liberales ir al parlamento y servir, como el coro de la tragedia griega, para hacer resaltar mas las cualidades de los héroes? Convenia á los partidos liberales servir de comparsa, para que el gobierno hiciera lo que le acomodara, y lo hiciera con capa de legalidad? No, en verdad. Cuando el poder público barrena las leyes, viola hipócritamente la constitucion, y, ni las advertencias, ni los consejos, ni aun las amenazas de los enemigos le detienen en el camino que emprende, el retraimiento no solo es justo y lógico sino necesario; así como es un crimen cuando los derechos individuales están reconocidos y respetados y una amplia legalidad abierta á todo el mundo. Narvaez habia dicho cuando le dijeron que el partido progresista optaria por el retraimiento. «Esos señores me van á dar por el gusto de enviarlos á Filipinas.» Pero el partido progresista no habia hecho caso. El 1.º de noviembre escribia Castelar; «El retraimiento es la última razon de los

partidos liberales. Se acerca, sí, se acerca á mas andar el día que se tome una resolucíon suprema. Los ánimos se hallan profundamente conmovidos; el ministerio suspenso y sin aliento, el pueblo ganoso, la reaccion próxima á conjurar con una dictadura violenta, violentísima, la ruina que la amenaza. Esta especie de estupor que sobrecoge á nuestros enemigos prueba la fecundidad que lleva en su seno la política de retraimiento. Renunciemos á ella, vayamos en tropel á los comicios, votemos candidatos destinados á una derrota segura, logremos por la complacencia del gobierno algunos representantes que en buen hora pronuncien académicos discursos, y den efímeros votos, y toda la fuerza que tenemos hoy en la opinion, se habrá perdido, y todo el terror que hoy inspiramos al gobierno, se habrá trocado en risa.»

Los órganos del Gobierno decían con hipócrita astucia que debían venir los progresistas al Parlamento para que tuviera lugar el turno de los partidos. Aquellas palabras, en verdad, no eran mas que un escarnio, porque todo el mundo sabia lo que en palacio se pensaba de los progresistas. ¡El turno de los partidos! ¡Qué mofa! Habían caído los bravo-murillistas y habían venido los polacos: habían caído los polacos y habían venido los vicalvaristas: luego los moderados y otra vez luego los vicalvaristas: los progresistas jamás. ¿El argumento era formal? Se acusaba á los demócratas de querer lanzar por puro egoismo de partido, y no por el bien del país, á los progresistas al retraimiento. Castelar dijo: «Se dice que nosotros tenemos un interés de puro egoismo en

que el partido progresista opte por el retraimiento. ¡Cuán mal nos conocen los que así nos juzgan!... El interés egoísta de la democracia está en que el partido progresista se equivoque, en que cada día pierda una parte mayor de popularidad... Pero sobre nuestro interés egoísta de partido está el interés generoso por la libertad: está la noble impaciencia de ver más pronto estirpado el régimen doctrinario»...

El partido progresista se reunió. Prim, Olózaga, Sagasta, Zorrilla, Asquerino, Miguel de los Santos Alvarez y otros hablaron. Todos estuvieron acordes en predicar el retraimiento. Castelar hizo con viva alegría la reseña de esta gran reunión, escitando al partido progresista á que perseverara en esta gran política que habia de dar el triunfo definitivo á las ideas liberales. «Estémonos, todos los que la reaccion ha maldecido, en el monte Aventino. Allí está nuestra propia honra y la libertad de la patria,» escribía. Hizo otro artículo con el epígrafe: «El día del retraimiento:» tornó á insistir sobre esta cuestión, que era la cuestión vital del día, en otro que tituló: «Mas á favor del retraimiento,» y en el salón de conferencias, entre sus amigos, en innumerables sueltos en su periódico, en los círculos políticos entre sus correligionarios no se dió punto de reposo para difundir y sostener una idea fuera de la cual no habia salvación para España. También fué parte la *Democracia* para destruir con su oposición decidida y enérgica el proyectado anticipo de Barzallana.

La campaña á favor del retraimiento es otro de los laureles de Castelar. Era la piedra, entre otras,

que él ponía, para levantar los cimientos de la futura revolución.

XXX.

Esponíamos, al suspender nuestro relato, para hablar de las luchas que motivó el retraimiento, el mal efecto que produjo la circular neo-católica de Ochoa, sobre la enseñanza. Castelar contestó á este ataque, que á él, en verdad, solo iba encaminado, que él, en efecto, era el solo catedrático que se levantaba contra el Gobierno, y que si desde la cátedra habia sustentado las ideas liberales, desde la cátedra las seguiria sustentando, y que si desde su periódico lanzaba dardos contra el ministerio, desde su periódico los seguiria lanzando. Narvaez se enfureció, Gonzalez Brabo se sonrió sosegadamente. Pero habia que cumplir una palabra. *La Democracia* habia adquirido el compromiso de publicar día por día la historia de cada una de las dinastías destronadas. Si no lo hubiera hecho, hubiérase dicho que Castelar tenia miedo á que le destituyeran de la cátedra. El día 20 de noviembre escribió: «La caída de una dinastía.» Era la historia de Carlos X: la historia de aquel rey esclavo de la corte romana y de los jesuitas, de aquel rey que convocó la nobleza, que pretendió matar la prensa con las Ordenanzas de julio, y que no pudiendo sostener á Polignac nombró á Casimiro Perier, y que no siendo bastante Casimiro Perier, nombró lugar-teniente del reino al Duque de Orleans, y que no bastando el Duque de Orleans tuvo que huir á ver si su au-

que el partido progresista opte por el retraimiento. ¡Cuán mal nos conocen los que así nos juzgan!... El interés egoísta de la democracia está en que el partido progresista se equivoque, en que cada día pierda una parte mayor de popularidad... Pero sobre nuestro interés egoísta de partido está el interés generoso por la libertad: está la noble impaciencia de ver más pronto estirpado el régimen doctrinario»...

El partido progresista se reunió. Prim, Olózaga, Sagasta, Zorrilla, Asquerino, Miguel de los Santos Alvarez y otros hablaron. Todos estuvieron acordes en predicar el retraimiento. Castelar hizo con viva alegría la reseña de esta gran reunión, escitando al partido progresista á que perseverara en esta gran política que habia de dar el triunfo definitivo á las ideas liberales. «Estémonos, todos los que la reaccion ha maldecido, en el monte Aventino. Allí está nuestra propia honra y la libertad de la patria,» escribía. Hizo otro artículo con el epígrafe: «El día del retraimiento:» tornó á insistir sobre esta cuestión, que era la cuestión vital del día, en otro que tituló: «Mas á favor del retraimiento,» y en el salón de conferencias, entre sus amigos, en innumerables sueltos en su periódico, en los círculos políticos entre sus correligionarios no se dió punto de reposo para difundir y sostener una idea fuera de la cual no habia salvación para España. También fué parte la *Democracia* para destruir con su oposición decidida y enérgica el proyectado anticipo de Barzallana.

La campaña á favor del retraimiento es otro de los laureles de Castelar. Era la piedra, entre otras,

que él ponía, para levantar los cimientos de la futura revolución.

XXX.

Esponíamos, al suspender nuestro relato, para hablar de las luchas que motivó el retraimiento, el mal efecto que produjo la circular neo-católica de Ochoa, sobre la enseñanza. Castelar contestó á este ataque, que á él, en verdad, solo iba encaminado, que él, en efecto, era el solo catedrático que se levantaba contra el Gobierno, y que si desde la cátedra habia sustentado las ideas liberales, desde la cátedra las seguiria sustentando, y que si desde su periódico lanzaba dardos contra el ministerio, desde su periódico los seguiria lanzando. Narvaez se enfureció, Gonzalez Brabo se sonrió sosegadamente. Pero habia que cumplir una palabra. *La Democracia* habia adquirido el compromiso de publicar día por día la historia de cada una de las dinastías destronadas. Si no lo hubiera hecho, hubiérase dicho que Castelar tenia miedo á que le destituyeran de la cátedra. El día 20 de noviembre escribió: «La caída de una dinastía.» Era la historia de Carlos X: la historia de aquel rey esclavo de la corte romana y de los jesuitas, de aquel rey que convocó la nobleza, que pretendió matar la prensa con las Ordenanzas de julio, y que no pudiendo sostener á Polignac nombró á Casimiro Perier, y que no siendo bastante Casimiro Perier, nombró lugar-teniente del reino al Duque de Orleans, y que no bastando el Duque de Orleans tuvo que huir á ver si su au-

sencia hacía lo que no habían hecho aquellas concesiones tardías é inútiles. El artículo terminaba así;... «Carlos X se embarcó en Cherburgo, y al poner los piés en la nave que le conducía al destierro, levantó los ojos al cielo sombrío y exclamó: «Triste suerte, en verdad, la de mi raza.» Aquel artículo escitó nuevas cóleras. El catedrático de historia abusaba: ya era intolerable: había que distituirle, porque aquello era demasiado: estaba dando un ejemplo pésimo y había que cortar aquello de raíz. Esto decían los ministeriales. *La Democracia* por toda contestacion, en dias sucesivos, publicó escritos por cada uno de los distintos redactores, la historia hoy de Luis XVI, al otro dia la de Carlos I, y así consecutivamente. Gonzalez Bravo, en vista de esto se dedicó á perseguir á *La Democracia* con un afan digno de mejor causa; y *La Democracia*, como es consiguiente, se dedicó á llenar á Gonzalez Bravo de todas las mas sabrosas picardías periodísticas que encontró á mano. El partido democrático no ayudó en estas persecuciones del Gobierno á la *Democracia* y la *Discusion*, como lo hizo el progresista con la *Iberia*. ¿Por qué? ¿Por falta de abnegacion? No, por falta de dinero.

En estas batallas habia ya espirado el año 64. El horizonte se ponía cada vez mas tempestuoso. El partido progresista estaba poco menos que en armas: el país descontento: el mismo ministerio fatigado. El dia 20 de febrero del 65, el general Narvaez, el héroe de Arlaban, de gran uniforme, subió á la tribuna de las Cortes, y leyó un proyecto de desamortizacion de los bienes de una parte del patrimonio real. Barzanallana cayó: se retiró su anticipo y se dijo que á consecuencia

del rasgo de la Reina el anticipo se retiraba por innecesario. ¡Qué abnegacion la de la Reina! ¡Aquello era maravilloso! Ceder su patrimonio, tener la abnegacion de ceder su patrimonio para aliviar las penurias de la Hacienda! ¿Quién habia hecho cosa parecida hasta entonces? Ni Berenguela, ni la brava María de Molina, ni la Reina Católica podían compararse con Isabel II. ¡Qué se habian de comparar! Los artículos encomiásticos rodaron por las columnas de los periódicos situacioneros: los gacetilleros se entusiasmaron desde sus gacetillas, y Belda, con sus grandes pulmones, gritó que aquello era un prodigio: Narvaez que era casi un milagro: las provincias se entusiasmaron oficialmente por boca de sus gobernadores; las *Noticias*, periódico de Correa, propuso una estatua para la Reina, y un gran poeta ¡lástima dá el decirlo! hizo una bella loa «El laurel de la Zuhia» si mal no recordamos, destinada á ensalzar aquel rasgo de la «mejor de las Reinas,» como decían los ministeriales.

Cuando entró aquella tarde Castelar en el salon de conferencias del Congreso, muchos periodistas y diputados le rodearon. «Quéjese V. ahora, le dijeron, siga V. haciendo una oposicion violenta. Las gentes se reirán de V. ante lo que ha hecho la reina.» Él tuvo una idea y contestó; «Mañana les probaré á VV. en la *Democracia* que el rasgo no es mas que un robo hecho á la nacion.» En efecto, al otro dia la *Democracia* insertaba un largo artículo titulado: «¿De quién es el patrimonio real?» destinado á probar que este patrimonio era de la nacion y que por tanto mal podia darse aquello que no era del que lo daba. El artículo estaba escrito demasiado jurídicamente y no pro-

dujo el efecto que se deseaba. Citaba opiniones de antiguos consejeros de Castilla: artículos de la Constitucion del año 12 y otros de una ley de 22 de marzo de 1814. El párrafo mas sustancial era este; «Es mas: de esa inmensa mole de bienes, la Casa Real se reserva doscientos millones: un 25 por 100, á que en sentir del Consejo de Castilla, de las Córtes de Cádiz y del mismo Fernando VII, no tiene derecho. La Casa Real, de esos doscientos millones empleados en papel de la Deuda pública, recibe un interés que nunca pudo recabar de los bienes patrimoniales.» No habiendo este artículo llegado, quizá por demasiado analítico, al corazón del pueblo, y no habiendo producido, por tanto, el efecto que se esperaba, Castelar escribió á los cuatro dias otro, aquel que produjo tantas tempestades y que se llamó «El rasgo.» Decia: «La reina se reserva los tesoros de nuestras artes, los feraces territorios de Aranjuez, el Pardo, la Casa de Campo, la Moncloa, San Lorenzo, el Retiro, San Ildefonso, mas de cien leguas cuadradas, donde no podrá dar sus frutos el trabajo libre, donde la amortizacion estenderá su lepra cancerosa. El valle de Alcudia, que es la principal riqueza del Patrimonio, compuesto de ciento veinte millares de tierra no podrá ser desamortizado á causa de no pertenecer á la Corona, y segun sentencias últimas, pertenece á los herederos de Godoy. En igual caso se encuentra la riquísima finca de la Albufera, traspasada por Carlos IV á Godoy en cambio de unas dehesas en Aranjuez y unos terrenos en la Moncloa. Si despues de esto se trasmite á la corona el 25 por 100 de cuanto haya que venderse, quisiéramos nos dijeran los periódicos reaccionarios, que resta de tan celebrado

rasgo, que resta sino un grande y terrible desencanto.»

El efecto que este artículo produjo en palacio, en el ministerio, en la prensa amiga del gobierno y en la opinion, fué indescriptible. Las oposiciones tuvieron dos ó tres dias de regocijo. El ministerio llamó al juez Emilio Bravo y le dijo: «Es preciso que ese hombre vaya á la cárcel.» El artículo fué denunciado. Dictóse auto de prision contra Castelar: pero al fin se le admitió fianza. En medio de todo el gobierno temia la popularidad del ilustre catedrático de la Universidad. El dia 20 de Marzo se le pasó una real orden, suspendiéndole de empleo y sueldo por estarsele formando expediente gubernativo con arreglo al artículo 170 de la ley de instruccion pública, y con el fin de que tuviera cumplimiento el artículo 22 del Reglamento Universitario. Estos artículos se referian á aquellos catedráticos que de cualquier modo atacasen ciertas altas instituciones vigentes. Castelar contestó en *La Democracia* con una protesta tan brebe como enérgica, manifestando que no se hallaba comprendido en ninguno de aquellos dos casos y que si se atrevia el gobierno que viniese «á volcar su cátedra y á arrancarle su toga.»

Todo aquel curso la clase de Castelar habia estado concurridísima. Sus discípulos eran treinta ó cuarenta y los oyentes cuatrocientos ó quinientos. No bastaba que se escogiese el aula mas grande: se llenaba y faltaba sitio para muchos mas. Unos no podian entrar: otros se sentaban en la escalerilla: otros se quedaban de pié á la puerta de la clase. Los claustros estaban llenos de hom-

bres: había voces en ocasiones y tumultos. El rector bebía los vientos por aquellos claustros apaciguando, arengando, corrijiendo, y eso que como era sordo no oía bien todos los gritos que se daban. Un día entró en la clase con Castelar, y echó un sermón sobre el orden, la compostura y otras menudencias de este jaez. Todo el mundo, hay que confesarlo, estaba deseando que acabara y se fuera. Los bedeles maldecían la clase de Historia de España, y el gobierno miraba sesgadamente aquellos triunfos del orador, que eran también los triunfos de la democracia. Tres pensamientos guiaban á Castelar en las lecciones de su cátedra: hacer de la antigua historia realista y monárquica una historia popular y democrática; hacer la Filosofía de la Historia de España, no hecha ó poco hecha hasta él, y en fin, infundir el espíritu de libertad en el alma de sus oyentes. Y lo consiguió en gran manera. Cuando hablaba de la aparición del cristianismo parecía que había que escucharle de rodillas: cuando hablaba de la muerte de la libertad en Villalar, «en aquel día lluvioso en que hasta el cielo parecía que lloraba la muerte de nuestras libertades,» como él decía, el corazón se sentía morir de angustia: cuando hablaba de los tres últimos siglos de absolutismo, de nuestra nacionalidad agonizante, de nuestra infantería desecha en Rocroy, de nuestra marina desecha en Trafalgar, de nuestro pensamiento desecho entre las manos de los dominicos, de la honra y de la moralidad española deshecha en los pasillos del Alcázar Real, en los jardines de Aranjuez y en las fiestas del Buen Retiro, el alma se indignaba, y cuando hablaba de la protesta luterana, de sus consecuencias en España y los mar-

tirios que ella produjo, de Guillermo de Oranje, el caballero de la protesta en Flandes como Carlos I lo había sido del catolicismo en Europa, de Luis de Nassau, su Bayardo, de los condes de Egmont y de Horn, sus mártires, la indignación subía á la garganta y parecía apretarla con estrechísimo nudo, semejante al que los verdugos del duque de Alba habían puesto en el cuello de los patriotas mas esclarecidos é ilustres de los Países Bajos. La cátedra de Castelar, en fin, presentaba un magnífico aspecto cuando la orden de su prision vino á caer sobre él.

El gobierno remitió el expediente que se formaba contra el orador al digno rector de la Universidad en aquel entonces, D. Juan Manuel Montalban, y este se negó á aprobarle. Contentóse con notificar al pobre catedrático, blanco de tan inmerecidas iras, lo que el gobierno exigía de él, rogándole se presentase ante el Consejo Universitario á responder de los cargos que se le hacían. El Consejo Universitario le absolvió por un voto de mayoría. Viéndose el gobierno derrotado y desobedecido relevó á Montalban y nombró en su puesto al marqués de Zafra. Los estudiantes quisieron dar una prueba de adhesión y simpatía al rector destituido, y al efecto, una comisión de ellos, al frente de la cual iba el marqués de la Florida, marchó al gobierno civil á pedir al gobernador de la provincia, que lo era el famoso Gutierrez de la Vega, permiso para dar á aquel una serenata. El gobernador concedióle. Sin embargo, llegada la hora de la serenata, el permiso se suspendió. Muchas mujeres, muchos estudiantes asistieron, pero se encontraron con grave asombro, en vez de suaves acordes, líneas de

soldados que ocupaban militarmente la calle de Santa Clara, que era donde habitaba Montalban. Hubo sustos, agitacion, carreras, silbidos.

Esto era el dia 8 de Abril. El dia 10 tomó posesion el nuevo rector. El escándalo que con este motivo se produjo fué mayúsculo. Los estudiantes se burlaron de él de todas las maneras posibles. Cojieron un burro y le metieron en la Universidad; aquel era el marqués de Zafra. Este quiso hacer respetar su nueva y flamante autoridad; peor. Los estudiantes se armaron de pitos, ¡arma formidable! y se fueron á la calle de Santa Clara. Todo Madrid estaba agitado y conmovido: la tropa sobre las armas, la caballería lista, la Guardia civil veterana aprestada, no sé si los cañones tambien. Era que el gobierno en realidad tenia miedo y estaba inquieto, mas que por los estudiantes, por su propia tiranía; tenia la pesadilla de ella, como Hamlet la de la sombra de su padre asesinado. Era de noche. Mas de diez mil estudiantes atronaban los espacios con sus pitos infernales. La Puerta del Sol estaba ocupada militarmente. Gonzalez Bravo, de gran uniforme, se paseaba por ella, y cuando los silbidos arreciaban, gritaba á los soldados: «Disparad, disparad.» Los soldados no le hacian caso. Los oficiales de Estado Mayor recorrian las calles á galope llevando órdenes á los cuarteles; la guardia del Principal no permitia á nadie detenerse en la acera de él; la infantería y la caballería recorrieron las calles, y tomaban las avenidas del Real palacio: Narvaez se habia vuelto jóven aspirando ya con placer el olor de la sangre próxima á verterse; todo respiraba asonada y motin. Dispersos los estu-

diantes por la tropa en la calle de Santa Clara, grandes grupos de ellos, viniendo por la calle del Arenal, iban á entrar en la Puerta del Sol. Venian cantando el himno de Riego, entusiasmados, confiados, creyendo que no se les mataria por amar la libertad y por silbar al gobierno. Se engañaron. Narvaez venia sobre ellos como una catarata. «Cargad, disparad» decia á sus cosacos. La caballería cargaba: la infantería daba culatazos. Los caballos de los guardias se resbalaban sobre las aceras; las herraduras producian chispas; sus grandes sables herian á diestro y siniestro. Parecia aquello una noche de Polonia. En la carrera de San Gerónimo, en la calle del Príncipe, en la de la Montera, sucedia lo propio. Los que se encontraban en la calle se decian: «Cuidado no te maten.» Narvaez habia ganado otra batalla como la de Ardoz. Sus amigos decian: «Es un gran general.»

Hubo ocho muertos; ciento cincuenta y cinco heridos, treinta y siete contusos, ciento cuarenta y tres presos. Protestaron todos los periódicos casi: se recogió mucho dinero para socorro de los heridos, y se probó una vez mas, si hubiera necesitado pruebas, que el partido moderado no sabia gobernar mas que á tiros. Los catedráticos supernumerarios don Nicolás Salmeron y Alonso, don Valeriano Fernandez, Ferraz, don José del Valle y Cárdenas no habiendo sido admitida la protesta de Castelar, hicieron dimision de sus puestos. Otros catedráticos les siguieron dias despues, y el gobierno se vió en la imposibilidad de nombrar nuevos catedráticos, pues no los habia, viéndose en la dura é imprescindible necesidad de tener que suspender las cátedras de Historia de Es-

paña, Geografía, Literatura clásica y metafísica. La Universidad se quedó muda y sombría como una madre á quien le quitan sus hijos. Aquel centro de luz se convirtió en un nido de mochuelos.

Tales fueron los sucesos de aquellas dragonadas que se llamaron la noche de San Daniel. Castelar, enemigo de la sangre, se dolió de haber sido causa inocente de tanto desastre. Pero desde entonces juró no detenerse en su obra revolucionaria hasta echar del poder á aquellos asesinos del pueblo. Este se había ofrecido inermemente á las bayonetas de los sicarios de Isabel II; aquel le debía todas las gotas de su sangre. Héroe y mártires debieron decirse á través del espacio: «Nos vengaremos.»

XXXI.

Volvamos atrás. Era el 15 de Marzo del mismo año. La división en el partido democrático era honda y profunda. Individualistas y socialistas autoritarios dábanse sin cesar crudas batallas. *La Democracia* alzaba la bandera de los primeros; la *Discusión* la de los segundos. Castelar y Pi, amigos siempre, parecían enemigos muchos días. En todos los centros democráticos la cuestión socialista estaba sobre el tapete. «La acción individual libre, lo puede todo» decían unos. «¡Cá! El Estado solo puede hacer ciertas cosas;» contestaban los otros; y la verdad era que los dos grupos tenían razón. Por fin, decidióse dar un rumbo fijo y seguro al partido democrático, y la batalla se

entabló en el seno mismo del Comité central. Hubo discusiones apasionadas; calor y energía por parte de socialistas é individualistas y al fin vencieron estos. La política de Castelar prevaleció. Entonces se le confió la redacción de un manifiesto que resumiera las aspiraciones de la democracia toda. Castelar le hizo y no agradó del todo á los socialistas.

«Su fin social, el de la democracia, decía, es emancipar y redimir al pueblo. Su fin político es, sin negar la sociedad, ni desconocer el Estado, reintegrar al individuo de todas esas preciosas facultades, que se llaman derechos, para que crea, según su conciencia; piense, según su razón; enseñe, según sus conocimientos; trabaje, según fuerzas; comercie y cambie, según sus intereses, y desarrolle en todas direcciones la plenitud de la vida que es la plenitud de la libertad.»

Del problema social solo decía estas palabras harto vagas é incoloras:

«La Democracia vé dos grandes hechos: primero, existencia de un problema social; segundo, necesidad apremiante de resolverlo. Sería inútil, es más, sería cruel negar la existencia del problema social, cuando está escrito á nuestros mismos ojos, en la tierra que pisamos, con las lágrimas de tantos desgraciados, y con la sangre de tantos mártires. Sería indigno de la democracia no atenderlo, no profundizarlo, cuando, ó no tiene la democracia ministerio que cumplir en la sociedad, ó tiene el ministerio de realizar el advenimiento del cuarto estado, del pue-

blo, al goce de los derechos políticos. Pero también sería contradictorio con la democracia, sería la negación completa de todos sus principios el afirmar que necesitaba desconocer la libertad, mutilar algún derecho para elevar á la dignidad las clases proletarias y mejorar sus condiciones sociales. La democracia aspira á resolver el problema social; fija en esta aspiración su pensamiento, convierte á este fin todas sus fuerzas; pero declara que nunca desconocerá ni mutilará los derechos inherentes á la personalidad humana, que son los timbres de su dignidad y de su grandeza.» ¿Se resolvía el problema social con el advenimiento del cuarto estado al goce de sus derechos políticos? No: en nuestros días lo hemos visto. El cuarto estado ha venido al parlamento, al goce de todos sus derechos: y ¿se ha resuelto la cuestión social? Sigue tan dolorosa, tan sombría, tan tremebunda, tanto mas tremebunda y sombría cuanto que el pueblo vé á muchos de los suyos en el poder y él sigue llorando y gimiendo.

Lo mas escelente de este manifiesto fue que hizo conocer á todos los partidos y á todas las gentes el programa completo de las doctrinas de la democracia. «Sufragio universal.—Libertad completa de la prensa, sin depósito ni editor responsable, y penalidad especial.—Unidad de legislación y de fueros.—Abolicion de la pena de muerte y de todas las penas perpétuas é irreparables.—Seguridad individual garantida por el *Habeas Corpus*.—Absoluta inviolabilidad del domicilio y de la correspondencia.—Libertad de enseñanza.—Libertad de reunion y asociacion pacíficas.—Libertad de industria, de tráfico y de crédito.»

Estos eran los principios consignados en él.

Los individualistas aplaudieron el manifiesto en gran manera; los socialistas dijeron que se les espulsaba del partido y que eran mas demócratas que los que lo firmaban. Pi no le suscribió. El único bien práctico de este manifiesto fué recoger del alma humana los principios democráticos, mostrárselos á todos los partidos y decirles: «estas son nuestras ideas; son ideas perfectamente aplicables en la esfera del gobierno y mejores que las vuestras. Ya las realizaremos cuando os echemos.»

XXXII.

En *La Democracia* aparecieron también otros dos bellos trabajos de Castelar; las *Cartas á un obispo* y las *Cartas á los trabajadores de Cataluña sobre la democracia y el socialismo*. Las examinaremos á la ligera.

Las *Cartas á un obispo*—el obispo era el de Tarazona—eran una obra encaminada á probar lo ventajoso que sería á la Iglesia su independencia y su libertad, y su separación completa del Estado. Lo que estas cartas contienen solo pudo ser dicho en aquellos tiempos bajo la forma reverente y mesurada con que están escritas y bajo el amparo de un obispo. Eran el complemento á mas de las ideas emitidas por Castelar en el último curso de sus lecciones en el Ateneo. La causa que motivó estas cartas fué esta que él mismo refiere en el prólogo de ellas.: «Como nuestras leyes de imprenta son tan estrechas, despues de haber pro-

nunciado los discursos que forman la base de este último tomo,—este tomo era el IV de la Civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo,—creía que acaso los fiscales pusieran algún obstáculo á su publicacion. Entonces me decidí á poner sus ideas capitales, y aun párrafos enteros, bajo la salvaguardia de un señor obispo. Así puede decirse que condensé todo el espíritu de mis lecciones, todas sus ideas mas trascendentales en *las cartas á un obispo*. Hice mas; copié de mis discursos párrafos enteros al pié de la letra, para si acaso encontraba algún inconveniente el fiscal, poder convencerle de que habian salido bajo el amparo de las leyes. De estos ardides tenemos que valernos los que no gozamos de libertad de pensar. Los pueblo esclavos padecen de este gravísimo daño, de raquitis intelectual. De él debe padecer España mientras no emancipe su inteligencia.»

La primer carta desenmascaraba á los neocatólicos, acusándolos de desfigurar la historia y la persona de Cristo, de destruir la base de toda moral, de toda ciencia y de la religion misma. La segunda exponia la necesidad de la religion en la vida, y la indiferencia y la supersticion que reinaba en la generalidad de las almas, y decia: «Todo aspira á subir en la escala de la creacion. El agua envía al cielo sus vapores, la flor sus aromas, el mineral su electricidad, la estrella su luz, el ave su cántico: todos los seres tienen alas y todos miran á lo infinito como el polo inmóvil de la móvil vida.» La tercera probaba que no hay derecho para imponer una religion determinada á nadie, y que las coacciones

esternas de los Gobiernos son estériles ó impotentes para levantar la fé religiosa en las almas: la cuarta hablaba de las tres soluciones que podia tener la cuestion religiosa: ó bien el Estado se sometia á la Iglesia, lo que habia engendrado la antigua teocracia, ó bien la Iglesia se sometia al Estado, lo que habia engendrado la autoocracia, ó bien Estado ó Iglesia se declaraban libres é independientes entré sí, solucion por la cual se decidia; en la quinta insistia sobre el mismo asunto aduciendo notables ejemplos históricos de lo funesto de todas las teocracias y autoocracias y pintando el bello cuadro de la Iglesia libre, instruida y mas influyente que en la actualidad, luchando y destruyendo, sin el apoyo gubernamental, á sus mas encarnizados enemigos: y en la sexta hacia algunas consideraciones sobre la libertad y el cristianismo. Fué un bello trabajo que convenció á muchos sacerdotes que no tenian interés en no dejarse persuadir. Los neo-católicos excomulgaron por centésima vez al escritor que se atrevia á decir que la espada de Constantino y de Teodosio habia herido á la Iglesia que la habia empuñado.

Las cartas á los Trabajadores de Cataluña, son un nuevo esfuerzo hecho en favor del individualismo. En ellas se muestra la idea del Estado en la antigüedad, en la que la sociedad lo es todo y el individuo nada, y en que, los derechos del hombre mueren muchas veces á manos de los caprichos ó de las necesidades del Estado.

Por este tiempo escribió tambien un sencillo catecismo democrático para el pueblo, en preguntas y respuestas. Era el resumen de los principios de la democracia. Fué de mucha instruc-

cion para el pueblo y ayudóle en gran manera á comprender esos conceptos demasiado abstractos y filosóficos que son inseparables de toda escuela política.

XXXIII.

Diremos unas pocas palabras sobre otro de sus mas poéticos libros: *La redencion del esclavo*. Así como en cada una de sus obras se ve la influencia de este ó el otro escritor, en esta se vé la influencia de Edgard Quinet. *La Redencion del esclavo* es el canto del oprimido, el suspiro del desgraciado, el poema de las razas encadenadas y envilecidas. Al leerle, se anda entre flores, se pisan gotas de rocío, las estrellas del cielo parece que han bajado á constituir las letras de aquellas páginas; no se pueden leer sin sentirse deslumbrado. Las trasformaciones de la larva-esclavo, ese es el asunto del libro. De suerte que Castelar en él es como el Ovidio del esclavo. Canta sus dolores, sus miserias; siembra imágenes; vierte suspiros; tiene la cólera del historiador, la cólera del filósofo, la cólera del poeta: de las centellas del cielo hace metáforas para arrojarlas á la frente de los tiranos, de las tragedias de la historia rayos para herir á los opresores. *La Redencion del esclavo* es quizá la obra de Castelar en que hay mas fantasía, mas imaginacion. Él dice que cree que es la mejor de las que ha escrito. Yo digo que lo que constituye su belleza es quizá lo que constituye su defecto; yo digo que la fantasía llega en él hasta el delirio, la imaginacion

hasta el desbordamiento. Yo creo en mi ánima que tambien se puede morir en el cielo por pléthora de gloria.

XXXIV.

El Ministerio Narvaez cayó bajo el peso de su propio descrédito. No le valió, para sostenerse, aquel combate que sostuvo solo Gonzalez Bravo contra todas las oposiciones reunidas y que le hizo pronunciar catorce ó quince di cursos; no le valió el apoyo tan poderoso del neo-catolicismo, por el que tanto habia hecho el Ministerio. No le valió nada y cayó maldecido por las víctimas que habia hecho. Vino O'Donnell. Los antiguos periódicos vicalvaristas repicaron, ó poco menos las campanas; hubo alegría y alborozo en las casas de los ministros, y pare V. de contar. Sin embargo faltariamos á la verdad histórica si no dijéramos que hubo, ya que no alegría, satisfaccion pública al menos, al ver lejos del Gobierno á un maestro de tigres, como Narvaez, y á un aprendiz de chacales, como Gonzalez Bravo.

Como Narvaez se propuso ser muy liberal al formar su gabinete, O'Donnell se lo propuso tambien al formar el suyo. Y este, sin embargo, hizo alguna cosa. Reconoció el reino de Italia; rebajó el censo; dió una pequeña expansion á la prensa y en aquellos dias no recogió el «Gil Blas.» Grandes méritos para los partidos liberales. Estos, sin embargo, no se dejaron engañar. Se queria acabar con el retraimiento; resucitar otra vez los tiempos de aquella famosa minoría de los

quince; acabar con aquel fantasma que tenia el trono delante de sí, que enseñaba al mundo un papel en son de protesta, y que concluiria por cambiarle por un fusil, en son de insurrección; volver á la legalidad á los oprimidos, á los engañados, á los perseguidos, á los martirizados. Pero los engañados y los martirizados no se dejaron seducir de nuevo. Desde el banquete progresista de los Campos Eliseos se tramaba algo, que no eran discursos, contra las instituciones. Olózaga habia dicho; «O todo ó nada.» Prim habia consultado á su vieja espada de los Castillejos y ella le habia respondido; «Aun sirvo.» Los progresistas antiguos decian: «Nos engañarian otra vez.» El cólera devastaba á Madrid y se pensaba mas, esto es lo cierto, en los «Amigos de los Pobres,» que en los propósitos del Gobierno.

A poco el cólera empezó á declinar y las ideas como es lógico, á subir. El 5 y 6 de noviembre reunióse en el Teatro del Circo, con autorizacion previa por supuesto, el partido democrático, para nombrar el Comité que habia de dirigir los destinos de la democracia. El partido democrático no recordaba otra reunion como aquella despues de las de 1851 y 1854. Elegido el comité, hablaron muchos oradores; muchos de Madrid y muchos delegados de provincias. Orense, Martos, Salmeron, Soler, Pí y Margall, Luis Blanch, Becerra y otros pronunciaron calorosos discursos. Pero el que embargó como siempre la atencion general fué el de Castelar. «Llevamos once años, esclamaba, desde 1854, sin ninguna interrupcion, once años de decir á los poderes obcecados que hay una democracia viva y pujante apercebida á entrar en la escena pública, y necesitada

de derechos; que hay en las conciencias transformadas por el soplo del siglo una nueva idea científica, una nueva idea filosófica, necesitadas de libertad para espresarse; que hay en el suelo, en este rico suelo devorado antes por la lepra de la amortizacion y de las vinculaciones y hoy apenas emancipado, riquezas que solo pueden brotar al impulso del trabajo libre, de la industria libre, del comercio libre, (aplausos) que hay un pueblo, sí, un pueblo cuyas espaldas son la base de esta sociedad, cuyos brazos son el cincel de nuestros talleres y de nuestros campos, un pueblo á quien se le piden sus hijos para la quinta, su sudor para el insaciable erario, y á quien no se le concede en cambio ningun derecho; un pueblo que reclama asiento en la gran ciudad de los tiempos modernos, para compartir todos los derechos como comparte todos los deberes; reclamaciones de justicia, de dignidad, que si encuentran espacio para desarrollarse y triunfar, se escriben con letras de luz en la prensa y en la tribuna; pero si son ahogadas sin razon y combatidas con crueldad, se escriben con letras de fuego y de sangre en las calles por la mano misteriosa de las revoluciones. (Frenéticos aplausos.)

«¿Cómo se ha contestado á nuestras aspiraciones en once años de paciencia? ¿Cómo se ha tratado el partido que resume todas las nobles reformas de lo porvenir? ¡Dolor inmenso, dolor da decirlo! La mayor parte de los que me estais oyendo, sois demócratas. (Voces: todos, todos.) ¿No recordais el memorial de nuestros agravios? Se nos ha desterrado de todo derecho. Se han calumniado nuestras intenciones, llamándonos enemigos de la propiedad y de la familia. Se han

tratado como conciliábulos nuestras asociaciones, y como criminales nuestros hermanos. (Profunda sensación.) Se han quemado nuestros libros y nuestros folletos. Contra las ideas democráticas, se mantiene con la pitanza de doscientos millones un ejército espiritual; contra los pechos de los demócratas, se afilan para noches como las del 10 de abril bayonetas como las de la guardia veterana. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

«Si Montemolín se subleva en la Rápita, se prende al ilustre Sr. Orense, decano de nuestro partido, en Valencia: vi unos pocos demócratas luchar valerosos en Murviedro para abrir las puertas del Congreso á un gran orador, se asesta al corazón del que los capitanea el puñal de un asesino: (sensación,) si ese grande orador entra por las puertas del Congreso, se le llama faccioso, hiriendo su inviolabilidad parlamentaria: si se escribe un programa de gobierno en un periódico ilustre se denuncia; y aunque por la ley ha prescrito, y por los tribunales se ha absuelto, se vuelve á denunciar: si un perfecto caballero, un ardiente tribuno, Ruiz Pons, en cuyo corazón hierven todos los sentimientos generosos, y en cuya cabeza se anidan todas las ideas nuevas, es dos veces absuelto por dos tribunales distintos y competentes, se violan en contra suya todas las nociones de justicia y hasta las prácticas escritas, y se le envía á morir en la amargura y en el destierro: (aplausos y exclamaciones) si un amigo bueno, leal, se detiene en los tristes campos de Olivenza, bajo los rayos de un sol canicular, á recoger el último suspiro de un gran demócrata, á socorrerle en su agonía, á abrigar su

cadáver, esta acción que merece un premio en los códigos morales, por Dios escritos en nuestra conciencia, merece una horca en el código militar de O'Donnell y en la diáfana conciencia de sus gentes: (estrepitosos aplausos) si uno de vosotros, el mas humilde, yo, por ejemplo, llegó despues de quince años de una penosa carrera, de una carrera de trabajos, de fatigas, de desgracias sin cuento, á poner el pié sobre una cátedra, se vuelca en las calles por la aleve mano de un insensato esa cátedra, y para ahogar la adhesión de la juventud entusiasta que vuelve los ojos á su maestro, se sueltan hordas ébrias, en una noche célebre, por las calles, noche de horror que recuerda las matanzas de San Bartolomé, y que convierte á Madrid, la ciudad de 1808, en la Varsovia del Mediodía. (Aclamaciones: aplausos prolongados).»

De buena gana copiaríamos íntegro el discurso, porque en el habia ya chispas del futuro incendio revolucionario, pero es demasiado extenso. Ocupaba siete columnas en la edicion pequeña de la *Democracia*, de donde le copiaron los demás periódicos. Varios párrafos de él, que la *Democracia* no se atrevió á insertar y que otros periódicos trajeron, fueron denunciados. El juez de instrucción llamó al orador, le tomó declaración y la cosa no pasó adelante. Debemos advertir que á la entrada del nuevo ministerio, Castelar habia sido repuesto en su cátedra, medida aplaudida grandemente, pero que despues debió pesar á O'Donnell. Ello es que se venian encima, á mas andar, los tiempos de la lucha armada.

Sin embargo, todavía hubo algunos ilusos, entre los progresistas y aun entre los demócratas— ¡parece mentira!—y demócratas célebres, que decían que á la dinastía no habia que tocarla; que el retraimiento podia ser fatal; que habiendo una mediana libertad aun se podia luchar, y que era muy aventurado lanzarse á la revolucion, y podia ser aquello la ruina del partido. Castelar sostuvo otra vez con ruda energía la política del retraimiento y por fin venció. Hizo en esta cuestion en el partido democrático lo que Olózaga en el progresista. — ¡Fenómeno singular!—Dos hombres de idea y de pensamiento exclusivamente y de ninguna manera de accion, inclinaron á la lucha armada á dos grandes partidos. La lucha iba á comenzar.

XXXV.

Si Castelar ha trabajado mucho durante su vida toda, este año de 1865 fué de los mas ocupados para él. La *Democracia* robábale todo el tiempo de que podia disponer. Con la mirada fija siempre en América, no le abandonaba nunca el pensamiento de la abolicion de la esclavitud. Dedicó un artículo á este asunto: otro á Juarez y Lincoln: otro á la toma de Richmond. «El Norte ha vencido al Sur, escribia lleno de generoso entusiasmo: la república púnica, la república infame de los mercaderes y de los esclavos se ha hundido, y sobre sus ruinas se ha levantado la república democrática, la república de los libres.» Publicó tambien en la *Democracia* este

año otros dos pequeños trabajos. El Plutarco de los demócratas, en el que hacia una ligera reseña de Sócrates, de Espartaco, de Abelardo, de Savonarola, de Bravo, Padilla, Maldonado, Lantza, Rousseau, Washington, Riego, Torrijos, Lacy, Porlier, Mariana Pineda, Garibaldi y Lincoln; y «Una breve historia de la democracia española» en la que pintaba á grandes rasgos la formacion, vicisitudes y suerte del partido democrático español.

Pero, en esto, si los triunfos políticos que habia obtenido su periódico podian y debian lisonjearle, no así la gestion económica. La *Democracia* empezó á ser una ruina para Castelar. Sus pequeños antiguos ahorros iban desapareciendo, como si una mano misteriosa los sumergiera en profundo abismo. La persecucion del gobierno, por una parte, traia á mal traer al periódico: por otra parte habia en él un desorden administrativo de los mas notables. Las cartas para el administrador las abria todo el mundo. Solia acontecer que de una provincia cualquiera escribian al administrador que por qué no remitia tantas suscripciones ó tantos paquetes: el administrador contestaba que porque no habia recibido el importe de ellas ó de ellos: los otros ponian el grito en el cielo y volvian á escribirle diciéndole que ellos habian mandado el dinero, y al fin se descubria que uno cualquiera habia abierto la carta, habia visto la libranza, la habia cobrado y hé aquí todo el asunto. Castelar y Carrascon concluyeron por regañar; hubo entre ellos una especie de pequeño pleito. Carrascon se llevó el dinero que habia traído á la empresa; otro socio llevóse cincuenta mil reales que habia

puesto en fondos, y Castelar quedó solo, abandonado á sus propias fuerzas, teniendo en frente de sí todas las iras del Gobierno, y á sus piés toda la pobreza de su partido. Atrasóse por entonces en muchos miles de duros. Todavía hoy mismo pesan sobre él las consecuencias de aquel desastre económico. Y debemos decirlo en honra suya, tanto mas cuanto que, la honradez no es la virtud de la mayor parte de nuestros hombres políticos, y en algunas ocasiones ha sido preciso estampar en las esquinas carteles que delataban un nombre y una deuda reclamada cien veces y nunca satisfecha; Castelar ha pagado las deudas que contrajo á causa de la *Democracia* y aun las sigue pagando. Cuando en 1866 tuvo que emigrar, dedicó una parte de lo mucho que ganaba con sus escritos á su familia: otra á sus compañeros los emigrados, y otra á pagar las deudas de la *Democracia*. En la emigracion le hubiera sido fácil, alegando las desdichas que trae consigo todo estrañamiento, suspender este pago; pero él debió recordar no solo que las obligaciones contraídas son exigibles en todas partes del mundo, sino que la honradez debe ser una virtud en todas las naciones en que uno se encuentre. Hoy pudiera ser rico, y es pobre, quizá por culpa de algunos.

XXXVI.

Llegó en esto el 1.º de Enero de 1856, año borrascoso, si los hubo. La noticia corria de boca en boca. Prim se habia sublevado con dos regi-

mientos de Caballería, el de Bailen y el de Calatrava, y yo no sé con cuanta infantería. Los progresistas se decian al oido en la carrera de San Gerónimo noticias de las mas agradables; se sonreian, se apretaban las manos y se iba cada uno por su lado. Por la tarde el gobierno hizo venir de Alcalá algunos escuadrones de coraceros allí acantonados y los hizo atravesar por la Puerta del Sol y por las calles mas céntricas para que todo el mundo los viera. Los coraceros iban erguidos, graves, fieros; parecian de la raza de aquellos otros pintados por Víctor Hugo y sepultados en el barranco de Hougoumont, en Waterloo. Las gentes miraban á su derredor por si les espiaba algun agente de policía, y luego decian al oido del mas próximo: «Estos son los que debieran haberse unido con Prim: han faltado.»

Los periódicos liberales suspendieron su publicacion, hasta ver en qué paraban, como dice el vulgo, aquellas misas. *La Democracia*, como es consiguiente, suspendió tambien sus tareas. Pero aquella insurreccion nació muerta desde el principio. Prim no queria paisanos. El gobierno se limitó á enviar fuerzas que fueran escoltando á los sublevados hasta la frontera. Entráronse estos en Portugal al cabo de muchos dias de marchas y contramarchas, esperando que algun pueblo respondiera á su grito, y así concluyó aquel prólogo de la revolucion. El gobierno se quedó tranquilo, mohinos los liberales y la reina satisfecha.

Reuniéronse los directores de los periódicos de oposicion y discutieron si volverían á salir los periódicos. El acuerdo fué afirmativo: y en Marzo, si no me engaño, volvieron á ver la luz pública. El rigor con la prensa fué extremo entonces. Se sa-

bia que los progresistas conspiraban y no lo ocultaban ellos mismos. El aire olía á pólvora. Si Cárlos Rubio enviaba á la *Iberia* desde la emigración unos versos en que se acordaba de su patria, los mutilaba el fiscal, y los que habian quedado los denunciaba; y si escribía cartas tratando de esplicar los sucesos de Enero, cada una de aquellas cartas era una denuncia segura. Sobre todos estos males había otro: el seráfico general Hoyos, Capitan general de Madrid, á quien iban todos los periódicos y que quería fusilar, por un quitame allá esas pajas, cada día un par de periodistas por lo menos, á ver si acababa de una vez aquella maldita ralea. *La Democracia* solía traer algunos días grandes blancos: otros no siéndola posible publicar nada, copiaba algun que otro sainete de don Ramon de la Cruz. Hoyos se mesaba los cabellos y decia: «Será preciso fusilar á este don Ramon de la Cruz.» El sable era la censura, el estado de sitio la ley, la arbitrariedad la norma, los cañones el derecho.

Aquello no podia durar. Como hay plétora de vida, hay tambien plétora de reaccion. La electricidad fermenta en las nubes y en los corazones. En las reuniones políticas, en los cafés, en los casinos, en todas partes se decian los que se cuidaban de los males de la patria: «Hoy es, mañana es, esta madrugada vá á estallar.» El gobierno tenia la misma zozobra que el último de los ciudadanos: sabia que la mina estaba cargada y pronta á estallar, pero no sabia ni el día ni la hora en que iba á aplicársele la mecha. Era aquella la ansiedad de las ansiedades.

Por fin llegó aquel nefasto día, el tremendo 22 de Junio. Era una mañana tristísima y nebulosa,

menos que la de Villalar, pero tristísima de todas veras. Al amanecer sonaron los cañonazos que indicaban el principio de la insurreccion. En los primeros momentos, Capilla, un gran demócrata, moria al pié del cuartel de Santa Isabel. Los artilleros ébrios de vino y de revolucion, atravesaban algunas calles dando vivas á la libertad y mueras á la dinastía. Iban entusiasmados, locos, con el chacó echado hácia atrás, montados sobre los cañones, delirantes, en completa indisciplina. Parecian sátiros de la guerra. Los paisanos les enloquecian mas y mas. Pierrad apenas podia contenerlos. Fueron á la Puerta del Sol y tuvieron que retroceder. Se colocaron en la calle de San Bernardo y allí se prepararon á morir mas que á vencer. Los sargentos, para animar á los artilleros, les decian: «Vencerémos.» Los que no eran mas que observadores de aquel movimiento desordenado y sin plan, murmuraban: «Moriréis.»

El cañon, en tanto, tronaba lúgubrementé hácia allá abajo, hácia San Gil. Parecian roncós ahullidos de lobos que no hubieran comido en mucho tiempo. Entre medias, se oian descargas de fusilería. O'Donnell, impávido en medio de aquel huracan de balas, Wellington de un día de revolucion, decia á sus ayudantes: «Que toquen á la carga.» La infantería descendía como un alud de los ventisqueros por la calle de Bailen: los artilleros morian heroicamente al pié de las piezas: los cañones, esas bestias feroces de la guerra, cesaban de rugir, de ladrar, y los unos eran clavados, derribados los otros, y prisioneros los mas: por la puerta de atrás del cuartel de San Gil, la infantería del cuartel de la Montaña entraba á la bayoneta: aquella era una

orgía del infierno, una batalla de condenados: las bayonetas chocaban con los machetes, las imprecaciones apenas se oían con los tiros: se pisaban manos, piernas, cráneos, cuerpos que todavía se movían y palpitan: se andaba entre sangre, se pisaban sesos, se metía el pié en entrañas calientes todavía. No conozco otra cosa semejante en la historia de nuestras discordias políticas. Falta á la dinastía un baño postrero, y le tuvo en aquellas termas de sangre abiertas por bayonetas españolas en el cuartel de San Gil.

¿Y qué hacían entretanto los verdaderos motores de la revolución, los hombres civiles? Hicieron lo que pudieron. Carlos Rubio, llegado á Madrid entre mil peligros, pesando sobre él una sentencia de muerte, peleó como un héroe. Martos, Castelar y otros anduvieron hasta que ya no fué materialmente posible, entre una lluvia de balas, recorriendo las barricadas de los barrios del Norte. Sobre la mesa de Pico Dominguez, en su casa, escribió Castelar una proclama dirigida á los españoles. Pero aquello se acababa: los artilleros en retirada se refugiaban en el barrio de Pozas, y allí se disolvía á los últimos: las barricadas de la calle del Pez, de la plazuela de San Ildefonso y de todos aquellos alrededores eran tomadas unas tras otras; ya no se oían gritos á la libertad, sino los mueras de los vencedores, y los ayes de los heridos. O'Donnell, cuando supo que todo estaba concluido en la zona del Norte, se sonrió con alguna mas alegría de la con que solía sonreírse siempre, y dijo, frotándose las manos: «Ahora vamos al Sur.» A la caída de la tarde el Sur estaba vencido. Algunos patriotas dormían sobre las piedras de la calle el último sue-

ño. En una de las esquinas de la plaza de Anton Martín, en la que dá á la entrada de la calle de la Magdalena, habia grandes charcos de sangre. La batalla habia sido allí empenada y ruda. Así concluyó aquel día trágico.

Los jefes mas caracterizados, así civiles como militares, se refugiaron cada uno donde Dios les dió á entender. Pierrad fué acogido en el palacio del duque de Alba. Castelar y algun otro encontraron asilo en la calle del Arenal; de allí á pocos dias pasaron á la calle de Hortaleza en casa de otro amigo; pero como la policía viniera registrando una por una las casas, tuvieron que salir de allí y refugiarse en la embajada de los Estados-Unidos. Allí vinieron á buscarlos Navarro Rodrigo y Abelardo Lopez Ayala, y los escoltaron hasta la frontera para que nadie los detuviera ni se metiese con ellos. Aquel fué el único rasgo de generosidad del gobierno. Despues vinieron las matanzas bárbaras de los sargentos prisioneros, que indicaban que habia una hiena en el trono y un partido-verdugo en el poder. Madrid estaba desolado. En palacio se bailaba por el triunfo obtenido.

XXXVII.

Quando Castelar se vió en Francia, desterrado, léjos de lo que mas amaba en el mundo, su patria, la Hespéride eternamente sonriente, la tierra que tiene por corona un cielo siempre azul y unas estrellas que parecen sirenas silenciosas dormidas en los océanos del éter, desmayó su

orgía del infierno, una batalla de condenados: las bayonetas chocaban con los machetes, las imprecaciones apenas se oían con los tiros: se pisaban manos, piernas, cráneos, cuerpos que todavía se movían y palpitan: se andaba entre sangre, se pisaban sesos, se metía el pié en entrañas calientes todavía. No conozco otra cosa semejante en la historia de nuestras discordias políticas. Falta á la dinastía un baño postrero, y le tuvo en aquellas termas de sangre abiertas por bayonetas españolas en el cuartel de San Gil.

¿Y qué hacían entretanto los verdaderos motores de la revolución, los hombres civiles? Hicieron lo que pudieron. Carlos Rubio, llegado á Madrid entre mil peligros, pesando sobre él una sentencia de muerte, peleó como un héroe. Martos, Castelar y otros anduvieron hasta que ya no fué materialmente posible, entre una lluvia de balas, recorriendo las barricadas de los barrios del Norte. Sobre la mesa de Pico Dominguez, en su casa, escribió Castelar una proclama dirigida á los españoles. Pero aquello se acababa: los artilleros en retirada se refugiaban en el barrio de Pozas, y allí se disolvía á los últimos: las barricadas de la calle del Pez, de la plazuela de San Ildefonso y de todos aquellos alrededores eran tomadas unas tras otras; ya no se oían gritos á la libertad, sino los mueras de los vencedores, y los ayes de los heridos. O'Donnell, cuando supo que todo estaba concluido en la zona del Norte, se sonrió con alguna mas alegría de la con que solía sonreírse siempre, y dijo, frotándose las manos: «Ahora vamos al Sur.» A la caída de la tarde el Sur estaba vencido. Algunos patriotas dormían sobre las piedras de la calle el último sue-

ño. En una de las esquinas de la plaza de Anton Martín, en la que dá á la entrada de la calle de la Magdalena, habia grandes charcos de sangre. La batalla habia sido allí empenada y ruda. Así concluyó aquel día trágico.

Los jefes mas caracterizados, así civiles como militares, se refugiaron cada uno donde Dios les dió á entender. Pierrad fué acogido en el palacio del duque de Alba. Castelar y algun otro encontraron asilo en la calle del Arenal; de allí á pocos dias pasaron á la calle de Hortaleza en casa de otro amigo; pero como la policía viniera registrando una por una las casas, tuvieron que salir de allí y refugiarse en la embajada de los Estados-Unidos. Allí vinieron á buscarlos Navarro Rodrigo y Abelardo Lopez Ayala, y los escoltaron hasta la frontera para que nadie los detuviera ni se metiese con ellos. Aquel fué el único rasgo de generosidad del gobierno. Despues vinieron las matanzas bárbaras de los sargentos prisioneros, que indicaban que habia una hiena en el trono y un partido-verdugo en el poder. Madrid estaba desolado. En palacio se bailaba por el triunfo obtenido.

XXXVII.

Quando Castelar se vió en Francia, desterrado, léjos de lo que mas amaba en el mundo, su patria, la Hespéride eternamente sonriente, la tierra que tiene por corona un cielo siempre azul y unas estrellas que parecen sirenas silenciosas dormidas en los océanos del éter, desmayó su

ánimo y honda tristeza asaltóle. Ya no vería á Valencia, la ciudad de las torres árabes y góticas, la ciudad de las palmas y de los naranjales: ya no vería á Cádiz, la sultana del mar, la musa de las hondas: ya no vería á Sevilla, la tierra de las selvas de rosales, el nido de los perfumes, el suelo de las noches paradisaicas, en que el aire arrastra por todas partes acordes melancólicos, los suaves quejidos de las canciones andaluzas que parecen acentos de hadas que lloran en la hora sagrada de la noche, que es la hora sagrada de la poesía, su destierro acá en la tierra: ya no vería á Granada, ni su Alhambra, ni su Generalife, ni su Albaicín; donde todavía parecen que suenan, en las altas horas en que los pueblos del Norte colocan las danzas vertiginosas de sus wilis, los acordes de las guzlas de las Noemas, de las Aixas, de las Zulemas, y de las Malicatulzarachs; ya no vería siquiera las crestas del Guardarrama con su diadema de copos de nieve, con su faja de nubes blanquecinas sobre su diadema. ¡Oh, la patria, la patria! Yo creo que todos los emigrados han debido repetir la amarga frase de Danton: «Donde quiera que yo vaya llevaré la patria bajo la suela de mis zapatos.» No ver aquel sol que nos calentó, ni aquel cielo que nos cobijó, ni aquellos campos sobre que nos tendimos, ni aquella yerba que pisamos, ni los árboles que nos dieron sombra, soñar en todo esto y decirse. «Una sentencia de muerte me cierra las puertas de mi país,» es morir como Moisés sin ver la tierra prometida, ó mejor aun, penar en un calabozo, como Colón, después de haberla visto.

Castelar fijó el centro de su residencia en París. Á poco el gobierno de Madrid le condenó á

muerte en garrote vil. En París prosiguió el curso de sus interrumpidos trabajos literarios. Continuó sus correspondencias, sus crónicas, sus revistas, sus artículos políticos para los periódicos americanos. Algunas repúblicas del Sur de América le ofrecieron hogar, patria y ciudadanía, pero él no quiso aceptarla. Guardaba la viudez de España con el empeño con que todos hemos guardado, en nuestra primera juventud, la trenza rubia ó el capullo de rosa, seco después, que nos dió la mujer amada. Ya hemos dicho antes, que él, uno de los emigrados mas ricos, repartía entre sus hermanos de infortunio una de las tres partes de lo que ganaba.

La emigración ha sido de gran provecho para Castelar. Ha adquirido nuevos conocimientos, ha tratado á nuevos é ilustres hombres; ha enriquecido su fantasía, de suyo pintoresca y oriental, con los rayos de sol de otros países, con las tintas de luz de otras regiones. Visitó á Mazzini que aun vivía, que era como el pensamiento de Italia hecho hombre: vió la sombra de Cavour agitando la bandera italiana; de Cavour que habia sido el pensamiento de Mazzini infiltrándose en la diplomacia y en la política práctica, y fué á ver por fin, ó mas bien á postrarse, á los piés del marino del Plata, del dictador que tuvo entre sus manos la corona de Nápoles, del herido en un pié en un Aspromonte, bala que penetraba al mismo tiempo en el pié de Italia, y la dejaba coja para que no pudiese llegar á Roma en mucho tiempo, fué á postrarse, repito, á las plantas de Garibaldi, el Cincinato de nuestros dias. Como Mazzini habia sido la idea, el sueño, y Cavour la política, la diplomacia, Garibaldi

fué la tempestad, la espada centelleante con la luz de aquellas dos estrellas, la política del uno y la idea del otro. Así se completan en la historia los hombres, frágiles instrumentos del progreso. Castelar admiró al ilustre general y habló con él de los sucesos de España y de las esperanzas que tenía para el porvenir.

No vamos á referir minuciosamente los viajes de Castelar á Inglaterra, á Suiza, á Italia. En ellos adquirió nuevas ideas: comparó los monumentos de unos y otros países: educó mas y mas su espíritu, eminentemente artístico, con la contemplación de los edificios del Norte, que parecen lanzados hacia lo alto para que busquen un poco de aire y luz, y los de los países del Sur mas bien bajos que altos, y que parecen contruidos así para que el sol venga á buscarlos en sus nidos, como la paloma á su hijuelo, y á traerlos luz, brisas, colores, nubes que se cierran sobre ellos como gasas, y reflejos que se detengan sobre sus cúpulas, como estensos arco-iris que cantan la eterna fiesta del sol y del aire, del crepúsculo y de la aurora en los países meridionales.

Tenia gana de ver á la Suiza, la tierra clásica de la república en Europa, y fué á visitarla. Cuando entró en los cantones suizos no se abalanzó sobre él frenética turba de aduaneros para registrarle, ni de esbirros para mirar su fisonomía y pedirle su pasaporte. Vió aquellas montañas coronadas de eterna nieve que parecen gigantescos y ancianos titanes sentados sobre el suelo al borde de los precipicios desde el día primero de la creación; vió el S. Gotardo, que un día el vencedor de Novi, Souwarow, forzó triun-

falmente para huir despues por los Grisones, donde está fresca todavía la sangre de los soldados rusos soterrados, despeñados, aplastados; vió á Zurich y recordó que Massena, en los tiempos de las coaliciones europeas contra la república francesa, la habia tomado, destrozando el ejército de Korsakow y cogiéndole seis mil prisioneros: vió sus bosques verde-oscuros donde parece que, como en los antiguos bosques de las Galias, va á encontrarse uno el druida de las selvas con el cuchillo levantado y la víctima al pié del ara: vió los lagos azules tenidos con todos los reflejos del cielo, dormir como hadas en la hora de la siesta, al pié de las colinas; vió rios caudalósísimos precipitarse con solemne rumor desde las mas elevadas alturas: vió aquellas casas blancas, cada una de ellas con su pequeño jardín á la puerta, mezcla de naturaleza y de sociedad, que tan en armonía está con el espíritu de los tiempos modernos; admiró aquella raza de hombres que han sabido fundir en un abrazo verdaderamente eterno á la libertad y el orden, esa eterna antimonia de los pueblos latinos: vió los cantores católicos y los protestantes: se admiró de la sencillez de costumbres de aquel país: preguntó á la sombra de Guillermo Tell, errante aun por aquellas montañas y por aquellos valles, el secreto de la grandeza de aquel pueblo, y la sombra se detuvo y le repitió la frase de Montesquieu: «Si el honor constituye la base de las monarquías, la virtud es la fuerza de las repúblicas:» y al ver todo esto y al comparar este pueblo con aquel otro que acababa de dejar, la Francia, la Atenas de todos los placeres, la Babilonia en todas las concupiscencias, la Corinto

de todas las frivolidades, la Alejandría de todas las ideas, se llevó las manos á la frente y mirando á aquellos desfiladeros y aquellas gargantas, por las que no puede penetrar el aire de la servidumbre, se dijo con dolor: «Francia, Francia, la nación humana, el tribuno de los pueblos, el Verbo de las naciones, tú eres como los pantanos de Holanda que retratan el cielo en su superficie y tienen en sus entrañas todos los cienos.»

Después de haber visitado el Lido de Venecia, y la bahía de Nápoles, viajes de que hablaremos después, porque el viaje á Italia ha producido un libro bellissimo, recientemente publicado, que se llama *Recuerdos de Italia*, Castelar encaminóse á Londres. Tenia ganas de observar de cerca esa admirable raza británica, tan pertináz, tan individualista, tan trabajadora, tan interesada, tan púnica á veces. Paseando por los jardines de Hyde-Park, tan espaciosos, tan inmensos, recordó que aquella raza era la que con Wilberforce habia librado tremendas y tenaces batallas contra la esclavitud de los negros: la que con Roberto Peel habia abierto por la ley de cereales los graneros del mundo al pueblo inglés, que comia antes el negro mendrugo caido de la mesa del Lord: la que con O'Connell primero y con Gladstone hoy ha luchado sin tregua por la emancipacion de la Iglesia; la que con Fox y Pitt habia enseñado al mundo lo que puede la perseverancia y la tenacidad de un pueblo que se empeña en vencer á un gran coloso, y que aquella era, por último, la raza que al aventar á un puñado de sus hijos á una playa de América, habia hecho caer sobre ella un núcleo de hom-

bres que con el hacha del plantador en una mano y la Biblia en la otra, derribando con la primera la encina secular que caia al suelo como en triunfo, despidiendo á los aires una bandada de pájaros que lloraban la muerte de sus nidos, y poniendo la segunda sobre el tronco gigantesco derribado en toda su gloria, y postrándose sobre aquel libro é interrogando á Dios que ellos veian moverse entre sus letras y entre sus hojas; habia hecho caer sobre ella un núcleo de hombres, que habian de sembrar de ciudades aquellas regiones inexploradas antes, de puentes aquellos rios, de buques aquellos mares, de ferro-carriles aquellas soledades, de vida, en fin, aquellos bosques habitados hasta aquellos instantes por serpientes y por indios.

Observó muchas cosas: que en Francia habia mas igualdad, pero que en Inglaterra habia mas libertad; que en Francia las ideas nuevas se arrojan á los cuatro vientos para que todo el mundo las utilice, y que en Inglaterra se guardan, se utilizan sigilosamente, se conservan por el esclusivo provecho nacional, hasta que las corrientes del progreso las lanzan á los mercados del Universo; que en Inglaterra el progreso es mas tardo para llegar, pero mas seguro cuando ha llegado, y lo contrario en Francia; que aquella cuando llegue á la república sabrá consolidarla de una manera definitiva y será eterna en aquel suelo; y que esta la conquistará un dia y la perderá al siguiente y volverá á reconquistarla y á perderla, sin encontrar nunca el hilo que la guie por el intrincado laberinto de sus propios errores y desvanecimientos.

Admiró sobre todo los milagros de esa prodi-

giosa industria inglesa, que llena con sus productos los mercados del mundo entero: aquellos ferro-carriles de circunvalacion, aquellos ferro-carriles subterráneos: el Támesis no pudiendo contener los buques, las barcas, los botes que le llenan, que cruzan, que le atraviesan: las mil chimeneas que vomitan humo, como fuego los caballos alados de las leyendas: las calderas de vapor que rugen como caballos marinos: el carbon de piedra que llena el aire: aquel cielo nebuloso, opaco, triste como una leyenda del Norte: las torres góticas del Parlamento y las ojivas de la abadía de Wesminster: aquellos domingos en que no hay otros como ellos en el mundo, silenciosos, tristes, en que todo comercio para, en que toda industria cesa, en que todo ruido calla: aquellas calles sin fin, aquellos barrios sin término, aquella poblacion verdaderamente incommensurable y aquellos policeman que parecen estatuas de la ley puestas en las esquinas, policeman que protegen, que guían, que observan, que conducen, que intervienen. Advirtió que el pueblo inglés le gusta mas lo útil que lo bello, el goce que la impresion, el confort que la naturaleza, el método que las pasiones, y así sus libros son, mas que bien escritos, bien pensados: sus grabados mas bien acabados que bellos, y en sus pinturas hay mas correccion de dibujo y estudio anatómico de las formas, que genio, arte, inspiracion. El pueblo inglés puesto en un suelo esponjoso, húmedo, árido, ha sido el Prometeo de sí mismo: ha encendido la luz de su industria y de su florecimiento sin robársela á nadie y no quiere perderla por exceso de pasion y de dissipacion. Es una Cartago cristiana.

En Lóndres empezó á escribir Castelar la vida de Lord Byron. Aconsejamos su lectura á todo el mundo: es bellissima. Sin embargo, en mi sentir hay algo en ella del cielo que retrata, del carácter que pinta. Un libro escrito bajo un cielo que tiene por estrellas partículas de carbon de piedra, no puede ser lo mismo que el escrito en la bahía de Nápoles, ó en presencia del golfo de Bayas. El escritor no puede menos, y doblemente si es poeta, de dejarse influir por todo aquello que le rodea. En la vida de Lord Byron hay trozos deliciosos: observaciones delicadísimas y esa erudicion que con todos los motivos y con todos los pretestos aparece en las obras de Castelar: pero no hay esos trozos de poesia etérea que hay en los Recuerdos de Italia, esas miriades de estrellas que salpican el alma del lector con las chispas de sus rayos, esas especies de párrafos de ángel que derraman sobre el corazon el hachis de todos los trasportes del espíritu. Yo encuentro algo práctico en la vida de Lord Byron: el estilo es generalmente cortado: los párrafos pequeños. No parece sino que el autor ha querido hacerse inglés con Lord Byron, como italiano, é italiano del renacimiento, al pintar la capilla Sixtina. De todas maneras la vida de Lord Byron ha obtenido inmensa ovacion, en América sobre todo. La segunda edicion está agotándose y no hace mucho que se tiró la primera. Este es el poder del genio. Es sensible que Castelar haya sido ministro. Figuraos á Jehová con su barba larga y su frente tachonada de estrellas, viniendo á sentarse en el banco del Sanhedrin de los fariseos y poniéndose á discutir con ellos, y decidme si esto sería racional y justo. Algo de esto sucede con Castelar. Si

él no es el Jehová de los artistas, de seguro que es su Apolo.

XXXVIII.

Hablemos algo del viaje á Italia. En el relato de estos viajes no seguimos un orden rigurosamente cronológico. No pretendemos hacer la biografía de Castelar día por día: nuestro trabajo, si tiene mucho de biografía, tiene mas de semblanza.

Cuando desembarcó en Civita-Vechia, puede decirse que besó aquella tierra, como Colón la América, al pisarla. Era en los primeros meses del año de 1868. Todavía estaban allí los soldados del cesarismo francés, sosteniendo los viejos restos del arruinado cesarismo papal. Los aduaneros le registraron, le saquearon, le molestaron. Al tender la vista por aquellas tierras creyó que iba á ver todavía junto á una floresta algun fauno con el pié hundido y los cuernos de oro entretegidos de guirnaldas; pero no vió nada de esto. Subió en el tren y el tren partió para Roma. Entonces si que vió aquel *agro* romano tan desierto, tan esquilado, tan solo. Se acordó de los caballeros romanos que le habian puesto en aquel estado, y se acordó de Cincinato, que le cultivaba él mismo. ¡Qué diferencia entre unos tiempos y otros! La *malaria* le asola hoy, los pueblos son pocos, las lagunas exhalan ponzoñosos miasmas. Cuando llegó á Roma sintió esa emocion que sienten todos los artistas al penetrar en ella. Roma es el mundo de la historia antigua y de la historia

moderna: es, mejor dicho, la historia entera soterrada á veces bajo aquellas ruinas, pintada otras en aquellos techos y en aquellas paredes, cantada muchas mas en monumentos maravillosos, con versos que son piedras, y con piedras que son poemas. Roma, cuando la visitó Castelar, aun gemia bajo la tiranía del Papa: por la noche las puertas se cerraban, centinelas ocupaban las bocas-calles, diluvio de esbirros lo poblaba todo. Y esto no impedía, sin embargo,—que la tiranía es impotente hasta para la represión—que un número considerable de garibaldinos habitasen dentro del recinto de la Ciudad Eterna. Aquella misma tiranía hacia mas lúgubre la gran ciudad. Ruinas del tiempo, ruinas de grandes civilizaciones, la prostracion del espíritu romano envilecido por tremendos años de servidumbre, este era el primer espectáculo que se ofrecía.

Castelar, en Roma, se dedicó por entero á la meditacion solitaria y al arte. Vió á Pio IX, ese gran pontífice pagano, traído el Domingo de Ramos en andas, sobre dorada silla, con manto de terciopelo carmesí, mitra blanca y el báculo de oro en la mano izquierda: vió los cortesanos del Papa: vió los guardias nobles que parecen caballeros del tiempo de Felipe IV: los suizos, que parecen estatuas: oyó el Miserere de Palestina y le pareció mal cantado: las grandes figuras y las grandes estatuas de Miguel Angel le parecieron como heridas tambien por el rayo de la tiranía: la Via-sacra, que atravesaban los triunfadores: el Foro, donde los oradores hablaban: el Capitolio, que era el doble altar de la razon y de la religion del mundo entero: el Aventino, que era el Sinaí de la democracia romana: el Coliseo, que era el

teatro de la sangre, la orgía de la matanza, la gigantesca y mas alegre estancia de aquel pueblo-fiera, le parecieron dormidos, mudos, muertos, y pasando por todas partes no encontró mas que el silencio de los serrillos de Oriente interrumpido tan solo alguna vez que otra por los gritos de las amantes de los cardenales, que las tienen sin duda por especial permission del Espíritu-Santo.

Yendo á estudiar lo ideal, se encontró con lo real; y un dia pudo ver por sí mismo la extracción de los números de la lotería romana. En modesta plaza celebrábase este acto, que, todavia allá por el año 1868, era una especie de fiesta religiosa para el buen pueblo romano. Fuertemente asido á un balcón, colgado con resplandeciente colgadura de damasco carmesí, hay un gran globo de cristal, del que sale dorado manubrio. A las doce en punto suena un cañonazo. Las campanas todas de Roma repican alegre y arduosamente. Un monago sale al balcón en cuanto resuena el cañonazo que es la señal de los conjuros: algunos sacerdotes aparecen despues; inmediatamente se presenta todo un cardenal de la Iglesia, con su sobrevesta y su solideo morado, especie de divino cangrejo. El cardenal mueve el manubrio: el globo da vueltas y el monago saca un número. ¡Qué trasportes, qué deliquios en aquel pueblo envilecido! Los unos besan los relicarios que llevan al cuello: las mujeres estampas mugrientas de buenas y venerables *Madonas*: los chiquillos se abrazan á sus madres: todos rezan y se arrepienten un tanto, para que Dios les mande un poco de dinero por medio de la lotería pontificia. Perdóneme el Espíritu-Santo; pero yo creo que él no ha podido prever el caso de que nada menos

que un celeste cardenal se pusiese á sacar números de un bombo lotérico, porque si lo hubiera previsto, tengo para mí que no hubiera permitido la creacion del Santo y Sacro colegio de cardenales. A esta Roma que ha vestido su lodo con púrpura por espacio de tantas centurias de siglos, se la han podido aplicar muy bien muchos de los cuentos picarescos y graciosísimos de Bocacio.

Cuando Castelar vió el Coliseo quedóse como petrificado. No pudo menos de acordarse de aquel verso tan sabido de un epigrama de Marcial;

«Omnis Cæsareo cedit labor Amphitheatro.»

Está construido sobre los jardines del divino Nerón. Hoy gran parte de él está en ruinas. Los murciélagos y todas las alimañas del aire, anidan entre aquellos escombros que parece que vibran aun con los gritos y las exclamaciones de los que se sentaron sobre sus asientos. El coliseo no era un edificio griego, sonriente; era un simulacro de aquellas moles talladas de Elefantina: era la representacion de un pueblo adusto, ceñudo, educado en la guerra, maestro en las fórmulas duras del derecho; el espíritu extraordinario de Roma encarnándose en un monumento colosal: lo *monstruum* encarnándose en lo *monstruum*.

Otro dia el pobre condenado á muerte descendió á las Catacumbas. Allí se habian reunido los que, como él, condenados á muerte también, no podian decir la verdad del porvenir á los tiranos del mundo y á los esclavos de los tiranos. Visitó las catacumbas de San Sebastian: las de San Calixto. Las del siglo I son mas hermosas que las del siglo III. El siglo I es el principio de la edad heroica del cristianismo: el III es el fin. En

el I persigue Neron, en el III abraza Constantino. Los abrazos en la historia suelen ser funestos. Leyó inscripciones: se detuvo ante bellos sarcófagos; admiró bajo-relieves hermosísimos: se paró ante figuras que parecían pintadas de rodillas, como las de Fra Angélico, y vió la paloma blanca pintada en las paredes, llenas las alas de toda la serenidad del cristianismo, menos hermosa si se quiere que la paloma griega, oculta entre los lentiscos, pero mas resplandeciente que ella y brotando de cada una de sus plumas el relámpago de la nueva idea espiritualista. Allí durmieron los creadores de un nuevo mundo: allí levantaron con la oracion y el martirio la protesta contra el viejo materialismo pagano: allí se retorcieron las vírgenes: allí espiraron los viejos: allí lanzaron las bocas abiertas de las heridas hechas en el potro su maldicion postrera contra el paganismo, adorador en el dia de todos sus deleites, de la forma plástica humana y verdugo en aquella hora de ella.

En otra ocasion visitó la capilla Sixtina, despues de haber visitado la Via-Appia, que es como la via de los sepulcros. La sombra de los cipreses que habia visto, llevábala aun sobre su alma. Se inclinó, ó poco menos, ante las estatuas de Miguel Angel; ante el sepulcro de Julio II: ante aquel Moisés que parece un Jehová: ante aquellos arcos hechos por Bramante que parecen las puertas de un paraiso encontrado en sueños por la imaginacion de un artista: ante las figuras de la bóveda pintadas por el mismo Miguel Angel, en que despues de hechas, decia que cuando estaba en la capilla, no podia tener fijos los ojos en el suelo, porque se le llenaban de oscuridad, y ne-

cesitaba elevarlos al cielo de ella, cielo verdaderamente creado por el gran artista: ante Eva despertando y sonriendo al ver la naturaleza, reclinada sobre sí misma y bella como el éxtasis de amor en que ella misma vá á caer á su contemplacion; ante los profetas que parecen titanes, ante las Sibilas, ante aquellas sublimes Sibilas que han causado la desesperacion de todos los grandes pintores del mundo. No puedo resistir á la tentacion de copiar la hermosísima invocacion que Castelar las dedica en sus *Recuerdos de Italia*: «Tú, Pérsica, en la vejez que te agobia, se conoce como el mundo en su cuna te ha confiado sus secretos y te ha dicho sus vagidos, y como antes de morir te inclinas, abrumada por el trabajo y por los años, á escribir un poema cósmico en las hojas de tu libro de bronce. Tú, Libia, vienes corriendo como si la arena del desierto encendido te quemara los piés, á traernos una idea recogida en el espacio donde todas las ideas se han trasformado como larvas misteriosas. Tú, Eritrea, eres jóven como Grecia, bella como una de las sirenas de tu archipiélago, cantora como la tierra de los poetas, ondulante como los mares de que nacieron los dioses, y amiga de la luz, atizas la inmortal lámpara que está á tu lado, y á cuyo resplandor vendrá, como una mariposa, la conciencia humana. Tú, Delfica, eres vírgen como Ifigenia inmogada por los reyes; tú llevas el beso de Apolo en los labios, la sombra del laurel en la frente, la inmortalidad del genio en el pecho, alzado como para entonar un cántico armonioso, que se oirá hasta el fin de los siglos. Tú, Sibila de Cumas, dejas tu caverna, y allí donde las montañas se cincelan mas escultóricamente, donde los

aires se cargan de aroma, donde el mar Tirreno mas se embellece, en el golfo de Bayas, mirando la griega Parthenope, hermosísima y ébria como una bacante reclinada sobre su mullido cojin de pámpanos, modulas dulcemente la melodía de la esperanza. ¿Sois de carne, sois mujeres, habeis sentido la voluntuosidad, el amor, ó sois los arquetipos de las cosas, los ideales del arte, las sombras de esas musas que todos los poetas invocan y que ninguno ha visto sino á través de sueños irrealizables, las formas varias de la eterna Eva, que ya se llama Safo, ya Beatrice, ya Laura, ya Victoria Colonna, ya Eloisa, y que está de pié en la cuna y en el sepulcro de todas las edades, sonriéndonos con la esperanza, despertándonos al deseo y huyendo de nuestros brazos como una ilusion que se desvanece en lo infinito?»

El cementerio de Pisa tambien obtuvo una visita de Castelar. Le ha pintado maravillosamente. Cuando apareció el artículo que le describia, en el Boletin de la Universidad, los que le leyeron se admiraron. Era una obra de arte consumada. No se podia subir mas en la escala de lo etéreo y de lo artístico. Las pinturas que en él habia parecian vírgenes de Rafael, ángeles de Piesoli perdiéndose entre los arreboles del éter, los párrafos estrofas cantadas por Safo al borde de un Leucades sin fondo.

Hallándose en Roma completamente entregado al arte, un dia, el camarero de la fonda de Minerva, donde se hospedaba, entró repentinamente en su cuarto, y entabló con él el siguiente diálogo, narrado por el mismo Castelar:

- «—¿Por qué me ha ocultado usted su valer?
 —¿Mi valer? nada tengo que ocultar, porque nada valgo en el mundo.
 —¿Su importancia?
 —No importo nada.
 —Usted es un hombre célebre.
 —¡Yo célebre! ¡Bah! ¿tiene usted ganas de mofarse de mí? le pregunté.
 —Hé impedido que la policia llegara hasta su cuarto.
 —¿La policia!
 —Sí, la policia se hubiera ya encarado con usted, si yo no le digo que comunicaria á usted sus órdenes.
 —¿Qué órdenes?
 —La orden de dejar inmediatamente Roma.
 —¿Por qué causa?
 —Han dado muchas.
 —Pero ¿no puedo saber cuales?
 —Dicen que los libros escritos y publicados por usted se hallan en el Índice.
 —Es verdad; pero si todos los autores cuyos libros se hallan en el Índice no pueden habitar esta literaria Roma, en verdad os digo que sereis visitados por pocos literatos contemporáneos.
 —Dicen que usted es amigo de Garibaldi, de Mazzini.
 —Es verdad.
 —Tiene usted mucho valor.
 —¿Por qué?
 —Por venir á Roma con tales antecedentes.
 —Pero debo aseguraros que ninguna idea política me ha traído á Roma. Usted pudo observar que ni he hecho, ni he recibido ninguna visita.
 —Pues aun dicen mas.

—¿Qué dicen?

—Que está usted condenado á muerte.

—Y en garrote vil.

—Por revolucionario.

—Por liberal, por demócrata.

—Ya sabe usted, me dijo con misterio, las relaciones cordialísimas que hay entre el gobierno de los cardenales de Roma y el gobierno de los Borbones de España. Es de temer que estando usted condenado á muerte en España, esta policía romana le coja, le aprese, le lleve á Civita-Vechia, le entregue á la fragata militar anclada en el puerto y lo ahorcarán á usted.

—¿Qué idea tiene usted de este cristiano gobierno! le dije con extrañeza. Es bien imaginario ese peligro.

—Pero el peligro real, efectivo, es el que usted corre de dar con su cuerpo en la cárcel si no sale de Roma en el primer tren.

¡La cárcel! todavía le hubiera sufrido con resignacion en mi patria. La idea de que estaba entre los míos, la idea de que la merecía como conspirador, acaso dulcificarían mis dolores. Pero la cárcel aquí me aterra.—¿A qué hora sale el primer tren?

—A las diez.

—¿Y qué hora es?

—Las nueve y media.

—¿Para dónde sale?

—Para el Mediodía.

—No estoy apercibido ni preparado, pero no importa.»

En efecto, partió y encaminóse á Nápoles. Como Roma es la ciudad de la muerte, Nápoles

es la de la vida. En Lóndres hallareis tres millones de habitantes; pero estos habitantes no producirán el ruido, el bullicio, el estrépito que las seiscientas mil almas de Nápoles. Es una ciudad infernal, que parece que ha tomado del Vesubio sus ruidos, sus estremecimientos, su eterna fiebre. Vereis al napolitano que parece un griego: al cicerone que parece uno de esos árabes que duermen al pié de las Pirámides y os suben á ellas destrozándoos el alma y el cuerpo: la Cartuja que domina la ciudad y el Mediterráneo y desde donde se escucha el rumor de la gran poblacion: el teatro de San Carlos, en el que se oye el barullo de un pueblo que rie, que llora, que aplaude, que anatematiza, que siente con los personajes y que representa con los actores, y os marchareis de aquella ciudad diciendo: «El genio del ruido se ha anidado aquí. Huyamos.» Sin embargo, salidas del sol como las de la bahía de Nápoles, creo que no las hay en ninguna parte del mundo, ni en Andalucía.

Venecia recibió una visita tambien del ilustre orador. ¡Qué lagunas aquellas! que edificios de mármol besados por las aguas y que graderías para subir á ellos! que plaza de San Márcos tan asombrosa, con su palacio de los Dux, con su Campanile que se parece á la Giralda de Sevilla, con su Basílica, con su leon de San Márcos y su cocodrilo de San Teodoro sobre dos magníficas columnas de granito! Hoy Venecia ha recobrado su libertad, pero no su poderío; no le recobrará nunca tampoco. El descubrimiento de América la perdió para siempre. En la historia de los grandes artistas se cuenta, y Castelar lo ha repetido, que un dia Miguel Angel, viendo

muerta la libertad de su patria, tomó un pedazo de mármol, lo cinceló, cargó de sueño los ojos de la estatua, la dió la perfeccion que daban los griegos á las suyas, y la tendió blandamente sobre la losa de un sepulcro. Esa estatua es hoy Venecia. Ni la libertad siquiera ha podido despertarla.

Si quereis conocer los viajes de Castelar por estas regiones, leed sus *Recuerdos de Italia*. Si quereis pasar unas pocas horas de éxtasis: si quereis saber por qué Roma es la ciudad de los recuerdos, y Pisa la ciudad muerta, y Venecia la ciudad romántica, y Florencia la ciudad artística y Nápoles la ciudad mas española de Italia: si quereis respirar la brisa del golfo de Bayas, ver la isla de Capri, el promontorio de Sorrento, la bahía de Nápoles: si quereis oír cantar aun, junto al cabo Miseno, el coro de las antiguas sirenas, que parece la voz reunida de todos los poetas que le celebraron: si quereis escuchar en la callada noche, cuando las ondas del Tirreno enmudecen y la luna las platea, y las estrellas, como un coro de musas celestes, cantan el melancólico himno de las tristezas de la naturaleza dormida: si quereis escuchar, digo, el cadencioso eco de los acentos de Virgilio que parecen salir de su tumba, en la gruta de Pausilipo donde duerme, tumba delante de la que se han arrodillado todos los grandes genios, desde San Jerónimo hasta Chateaubriand: si quereis aspirar el perfume de todas las flores, oír el cántico de todos los pájaros, saber lo que dicen las olas cuando murmuran, el viento cuando gime: de donde ha salido la vida que circula por entre las carnes de las estatuas antiguas: quien es la di-

vina Parthenope, la griega Corinto, leed ese libro y vereis que no exagero y direis vosotros mismos que el que le ha escrito, si sabe ser Demóstenes ante el pueblo, sabe ser Teócrito ante la naturaleza.

XXXIX.

Hemos dicho en otro lugar que las ideas católicas de Castelar algo resentidas ya por sus lecturas filosóficas y por su continuo trato con cierto catedrático de la Universidad, no renido con las dardividades de los gobiernos moderados, segun dice un moderno biógrafo de nuestro orador, acabaron de morir en sus viajes. Aquel empeño constante de la primera época de su juventud de armonizar la libertad con el catolicismo, ya no existe en él. Y en verdad, que lo que vió en Roma no era lo mas á propósito para volverle á la fé abandonada. Un papa llevado en andas, bajo palio, y adorado y besuqueado como un ídolo chino: cardenales que tienen mas hijos que virtudes y que lo mismo mandan una batería de artillería que una legion de jesuitas: estas cosas y otras mil no son las mas idóneas para hacer fervorosos católicos. ¡Cuántos sarcasmos se les ocurririan, que chistes tan epigramáticos acudirian á sus labios, que cuentos tan graciosos contarían Bocacio y Rabelais si vivieran hoy!

Un dia hallábase Castelar en Venecia, á la puerta del convento de los armenios, sobre la isla de San Lázaro, y enfrente de la desembocadura

del gran canal de Venecia. Pensaba tristemente en las crisis religiosas porque hoy pasan las almas. «El antiguo dia de las almas, son sus propias palabras, se avecina á su ocaso, y no estamos seguros de que aparezca otro nuevo dia. La campana que ahora toca la oracion, el órgano que ahora acompaña el cántico de los monjes, la imágen que ahora veneran los marineros del Adriático, van pasando á ser como los himnos griegos, como los bajos relieves del Parthenon, objetos de culto artístico, pero no objetos de culto religioso. Aquí tambien se oye alzarse de las aguas un lamento elegíaco, solo comparable al lamento lanzado por las antiguas sirenas, cuando oyeron de los labios de los nazarenos que el mundo era llamado á una nueva fé en la maceracion y en la penitencia. El Dios-espíritu vé condensarse contra su poder y contra su Verbo en las nubes de ideas tan amenazadoras, como las que destronaron y destruyeron al Dios-naturaleza. ¿Qué luz interior tiene el espíritu en esta suprema crisis? Cuando pensaba en estas cosas acercósele un monje que venia á decirle políticamente que iba ya siendo la hora de cerrar las puertas del convento. Castelar valiése de un pretexto y entabló larga conversacion con él. Era el monje un jóven turco católico, de rito armenio. De frase en frase fueron insensiblemente á parar á la cuestion religiosa. Castelar le decia: «¿Es posible que subsista por mucho tiempo una fé muerta ya en las conciencias?» El monje replicaba: «¿Y cómo va á renovarse esa fé? ¿Cómo vais á crear una religion nueva? ¿Dónde están los apóstoles, los mártires? Los pueblos me parecen hoy atletas llenos de energía física, pero faltos de

alma.» «Mirad, repuso el orador español, las mas inferiores de nuestras facultades, la sensibilidad, la fantasía, se conmoverán al tañido de la campana y á la armonía del órgano; pero por poeta que seáis, en cuanto la razon profundice esas armonías y esos ensueños, los hallará vacíos.» «La lucha que sostiene nuestro siglo, será terminada por la fé, exclamó el monje.» «Pero la fé, replicó Castelar, no puede contrariar verdades probadas y evidentes. Las religiones han servido para educar progresivamente á la humanidad. Sus esperanzas infinitas, sus terrores saludables, despertaron al hombre del seno de la naturaleza en que dormia para alzarle á una vida interior mucho mas pura y mucho mas elevada. El frágil espíritu humano obtuvo así la idea de lo infinito, y sintió así el soplo de lo divino, como creándole de nuevo y en *cierto sentido* redimiéndole. Pero no hay que dudarle; si la religion de la naturaleza fué un progreso respecto al fetichismo, la religion del espíritu un progreso respecto á la religion de la naturaleza, ¿por qué, por qué imaginar, por qué creer que se ha parado ó que ha retrocedido esta permanente revelacion?»—Como se ve, esto es puro racionalismo. Las religiones positivas no admiten el progreso religioso, no pueden admitirle, porque, aceptado una vez, resultaria, que las mejores de ellas no eran mas que formas transitorias del desenvolvimiento de la permanente revelacion de Dios en el hombre. La razon sustituida á la fé; la ciencia al milagro: la revelacion eterna hecha al hombre por Dios por medio del progreso, sustituida á la revelacion directa y personal de las religiones semíticas; estas son hoy las ideas de nuestro orador. El diálogo entre este y el monje

terminó por un apretón de manos. Las aguas del gran canal brillaban: el soplo de la primavera besaba los paños negros de la góndola que le estaba esperando: el cielo estaba sereno como el corazón de una virgen y todo parecía inclinar el ánimo á meditar sobre la inmovilidad de la naturaleza y el eterno desasosiego del hombre derribando hoy los altares que levantó ayer, y mañana los que levanta hoy.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

XI.

En todos sus viajes jamás se olvidó de España. La situación política de ella le preocupaba vivísimamente. La dinastía borbónica estaba ya al borde del abismo. No se necesitaba mas que una mano medianamente fuerte que la empujase. Su caída era inevitable. Un día era Morriónes el que se sublevaba. Otro Baldrich. Los generales de la antigua union liberal eran enviados á Canarias; Ríos Rosas también; Montpensier desterrado. Habia poco menos que un esbirro para cada español: Gonzalez Bravo soñaba una conspiracion diaria y no se equivocaba: en el extranjero se escribian los mas denigrantes artículos contra la reina Isabel: en palacio habia una inquietud permanente y sorda. Por fin, el grito de la revolucion se lanzó en Cádiz: se ganó la batalla de Alcolea y la reina de la víspera, ex-reina ya, huyó. Se habia opuesto al movimiento de los tiempos: habia tejido anillos de cadenas en vez de tejer coronas de ideas: habia perseguido á los hombres del progreso en vez de ponerse á su ca-

beza: habia querido parecerse mas á Isabel de Inglaterra que á Isabel la Católica: se habia hecho cómplice de todos los verdugos, desde los de los ministerios hasta el del patíbulo: se habia bañado en sangre, envuelto en lodo: se habia hecho milagrera, beata, hipócrita, y cruel y despiadada como todas las beatas y milagreras. No podia menos de ser así. Los pueblos son jueces, y al fin y al cabo juzgan y condenan. El progreso barrió á sus sicarios con sus cañones, y á ella con su escoba. Sin duda no merecia mas.

Los emigrados empezaron á volver á la patria. Vino Olózaga, vino Martos, vino Orense. La entrada de Prim en Madrid fué una ovacion de las mas grandes que se han conocido. Habia sido el héroe legendario de aquellos tiempos y el pueblo que ante todo se paga de ídolos venia á postrarse ante él. A poco empezaron las grandes reuniones políticas. Estaban algo obscuras las ideas: los unos decian que lo mejor de todo era una *monarquía democrática*: los otros que la monarquía y la democracia eran inconciliables. Habida una reunion en el Circo de Price, Martos dijo; que la forma era lo de menos y que lo que convenia era la monarquía democrática, cuyas excelencias se proclamaban. Salmeron dijo cosas demasiado metafísicas acerca de la forma y del fondo, que el pueblo no entendió bien, lo que hacia que unos á otros se preguntasen; «Y bien ¿qué ha dicho?» Orense deslindó los campos y exclamó interrumpiendo á Martos, creo; «La peor de las repúblicas vale mas que la mejor de las monarquías.»

La revolución sorprendió á Castelar en Passy de Montmorency, cerca de Paris, donde habitaba y escribia sus libros para la Propaganda literaria

terminó por un apretón de manos. Las aguas del gran canal brillaban: el soplo de la primavera besaba los paños negros de la góndola que le estaba esperando: el cielo estaba sereno como el corazón de una virgen y todo parecía inclinar el ánimo á meditar sobre la inmovilidad de la naturaleza y el eterno desasosiego del hombre derribando hoy los altares que levantó ayer, y mañana los que levanta hoy.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

XI.

En todos sus viajes jamás se olvidó de España. La situación política de ella le preocupaba vivísimamente. La dinastía borbónica estaba ya al borde del abismo. No se necesitaba mas que una mano medianamente fuerte que la empujase. Su caída era inevitable. Un día era Morriónes el que se sublevaba. Otro Baldrich. Los generales de la antigua union liberal eran enviados á Canarias; Ríos Rosas también; Montpensier desterrado. Habia poco menos que un esbirro para cada español: Gonzalez Bravo soñaba una conspiracion diaria y no se equivocaba: en el extranjero se escribian los mas denigrantes artículos contra la reina Isabel: en palacio habia una inquietud permanente y sorda. Por fin, el grito de la revolucion se lanzó en Cádiz: se ganó la batalla de Alcolea y la reina de la víspera, ex-reina ya, huyó. Se habia opuesto al movimiento de los tiempos: habia tejido anillos de cadenas en vez de tejer coronas de ideas: habia perseguido á los hombres del progreso en vez de ponerse á su ca-

beza: habia querido parecerse mas á Isabel de Inglaterra que á Isabel la Católica: se habia hecho cómplice de todos los verdugos, desde los de los ministerios hasta el del patíbulo: se habia bañado en sangre, envuelto en lodo: se habia hecho milagrera, beata, hipócrita, y cruel y despiadada como todas las beatas y milagreras. No podia menos de ser así. Los pueblos son jueces, y al fin y al cabo juzgan y condenan. El progreso barrió á sus sicarios con sus cañones, y á ella con su escoba. Sin duda no merecia mas.

Los emigrados empezaron á volver á la patria. Vino Olózaga, vino Martos, vino Orense. La entrada de Prim en Madrid fué una ovacion de las mas grandes que se han conocido. Habia sido el héroe legendario de aquellos tiempos y el pueblo que ante todo se paga de ídolos venia á postrarse ante él. A poco empezaron las grandes reuniones políticas. Estaban algo obscuras las ideas: los unos decian que lo mejor de todo era una *monarquía democrática*: los otros que la monarquía y la democracia eran inconciliables. Habida una reunion en el Circo de Price, Martos dijo; que la forma era lo de menos y que lo que convenia era la monarquía democrática, cuyas excelencias se proclamaban. Salmeron dijo cosas demasiado metafísicas acerca de la forma y del fondo, que el pueblo no entendió bien, lo que hacia que unos á otros se preguntasen; «Y bien ¿qué ha dicho?» Orense deslindó los campos y exclamó interrumpiendo á Martos, creo; «La peor de las repúblicas vale mas que la mejor de las monarquías.»

La revolución sorprendió á Castelar en Passy de Montmorency, cerca de Paris, donde habitaba y escribia sus libros para la Propaganda literaria

de la Habana, de que mas tarde hablaremos, sus correspondencias y sus revistas para los periódicos americanos. A los que dicen que cuando la revolucion se proclamó, Castelar flotaba entre mil dudas y no sabía decidirse ó por la república, como Orense, ó por la llamada monarquía democrática, como Martos, les contestaremos haciendo el extracto de una carta que dirigió á los republicanos del Nuevo-Mundo, carta inserta en varios periódicos de América y Europa. Estaba fechada en Julio, es decir, dos meses antes de la revolucion. Examinaba el futuro ministro de Estado la situacion política del país y deducia que la revolucion tenia que ser pronta é inmediata. Los Borbones habian establecido un divorcio completo entre el trono y el pueblo: tenian que morir á manos del pueblo. Sentada esta idea ¿qué iba á sustituir á los Borbones? «En cuanto se trata de la sustitucion al régimen actual, decia, la mayoría de las gentes se pronuncia por la continuacion de la forma monárquica, dando dos razones en apariencia poderosas: el prestigio de la monarquía sobre los pueblos y el hábito de los pueblos á obedecerla.» Negaba ese prestigio aduciendo considerable número de citas históricas, y añadía estas palabras que no dejan género alguno de duda; «En verdad no es oposicion de ahora. Siempre hubo en España tierras donde la autoridad real llegaba muy difícilmente. Siempre hubo municipios que guardaron la levadura de nuestra vida esencialmente democrática. Siempre hubo allá en el Norte, en los desfiladeros del Pirineo, republicanos cuyas comarcas se conservan «libres» como decia uno de nuestros mejores poetas «libres por siempre de tiranos reyes.»

Cuando las guerras de las comunidades, la idea de fundar una república cruzó mil veces por las almas de los comuneros esencialmente democráticas. Cuando la guerra de Aragon, aconsejaba Antonio Perez á este fortísimo reino fundar un gobierno como el de Holanda. Durante la guerra de la Independencia, sin reyes convertimos España al espíritu democrático, nos aliamos á Inglaterra y desafiamos á Napoleon, y en cuantas ocasiones el país ha sido dueño de sus destinos, la idea de Junta central ha brotado, como por encanto, idea que ahogada en sangre, retoña cien veces, en demostracion de la vitalidad del sentimiento republicano en nuestra patria.

«¿Qué necesita este gran sentimiento? Necesita convertirse en idea, llegar hasta la conciencia del país.

«Para eso existe el partido democrático que ha sido siempre en toda nuestra historia, en todas nuestras asambleas, en toda nuestra prensa, cuyos servicios recojerán las edades futuras con veneracion, ha sido siempre *esencialmente republicano*. Por la república se decidieron los primeros órganos de nuestro partido en todas las épocas constitucionales. Por la república votaron nuestros representantes en la Asamblea de 1854, ante la faz del trono, todavía omnipotente. Por la república hemos trabajado en la nueva época de la prensa. Republicanos, y republicanos radicales, intransigentes, nos hemos llamado todos en aquellas gloriosas juntas, en que por medio de enseñanzas diarias, difundíamos nuestras ideas, y por medio de poderosas organizaciones, las implantábamos vigorosamente hasta en los mas humildes pueblos de España.

«Sobre este punto no cabe vacilacion alguna...»

Si aun se quisiesen mas pruebas de que Castelar no ha vacilado nunca en sus ideas políticas: si se quiere una última demostracion que acabe de patentizar que el gran tribuno no ha abandonado nunca, ni en los momentos del triunfo, cuando el poder se ve llegar, su ideal por las ideas inmediatas, que hubieran podido proporcionarle puestos y honores, podemos darla copiando párrafos de otra carta dirigida también á los republicanos del Nuevo-Mundo, y fechada en 15 de octubre, es decir, 17 días despues de la expulsion de los Borbones. Cuando aquí fluctuaban los unos, pidiendo la monarquía, la república los otros, Castelar escribia estas palabras: «La revolucion tiene dos períodos, el negativo y el afirmativo. El período negativo todos hemos estado unánimemente acordes en la necesidad suprema de expulsar la dinastía. En el período afirmativo, en el período de reorganizacion, las diversas ideas han de brotar como una consecuencia necesaria de la variedad y de la riqueza de vida en los partidos. Que nadie tema ver en peligro el nuestro porque haya sinceros y honrados disentimientos en la cuestion de forma de gobierno. Todos somos republicanos, absolutamente todos, sin excepcion.

«Pero hay ilustres patriotas, que han sido nuestros guias y maestros; oradores insignes que han compartido con nosotros el pan del destierro, y cuya elevacion de carácter solo se puede comparar con la elevacion de su elocuencia; jóvenes de gran talento, y de preclaros servicios; antiguos republicanos de méritos sobresalientes

en la prensa que se apartan de mi opinion, así en la oportunidad de proclamar inmediatamente la forma republicana, como en el carácter que deba revestir la República. Yo espero que estos honrados y patrióticos disentimientos, cuyos móviles nobilísimos todos conocemos, no han de romper, ni de quebrantar siquiera la unidad de nuestro partido consagrada en el manifiesto último que todos hemos firmado. Yo espero, pues, que como siempre, salvaremos esa cohesion que nos ha dado tan poderoso influjo sobre el país. Las mutuas excomuniones son ridiculas y dan á escuelas que deben ser muy universales el carácter de estrechas sectas. Las purificaciones se quedan para los realistas. Si en el momento presente no hubiera grandes disidencias sometidas á la armonía superior de nuestras ideas, no seríamos el partido que, por una série de principios encadenados como puntos matemáticos, arranca de lo presente para perderse en lo porvenir. No somos, no, una escuela nueva, ó una nueva secta: somos sobre todo y antes que todo, la nueva sociedad, y por eso tenemos la variedad de su vida, la riqueza de sus ideas.

«Pero yo siempre creí que la forma republicana era la única forma en rigurosa armonía con nuestros principios. Yo creí siempre todas las monarquías malas, pero las monarquías democráticas, pésimas. Yo siempre creí, que así como el organismo humano es esencialísimo al espíritu, la forma republicana es esencialísima á la democracia. Yo he visto la monarquía belga nacer muy liberal, y quedarse estacionaria, sin sufragio universal, sin libertad completa de imprenta, mientras la república suiza, que nació muy aris-

toocrática, es hoy el modelo que mas se acerca en la tierra á nuestro ideal democrático. Yo he dicho siempre en el seno de la confianza, al oído de mis amigos mas íntimos, entre mis compañeros de redacción, y luego á la faz de Europa y de América, que en cuantas ocasiones me encontrara á influir sobre mi país, influiría por todos los medios á favor de la República. Impórtame muy poco que todo el país esté por la monarquía. El país es muy dueño de escoger la forma de gobierno que le convenga. Pero yo jamás dejaré de trabajar por todos los medios legítimos á favor de la única forma de gobierno que creo justa, á favor de la república.

»Reconociendo las razones de patriotismo y de alta política alegadas por aquellos de mis amigos que se inclinan á la república unitaria, yo prefiero la república federal. La prefiero porque deseo que las provincias nombren sus gobernadores por sufragio universal. La prefiero porque reduce al Estado á sus funciones primordiales de garantizar todos los derechos, de concertar todas las autonomías, y de defender la nacionalidad. La prefiero porque tenemos de ella ejemplo en regiones como Navarra y las Provincias Vascongadas, gérmenes un día de la patria, gérmenes aun de la libertad. La prefiero porque deseo acabar con ese enorme presupuesto central, que solo sirve para sostener una aristocracia burocrática, primera causa del menoscabo en que han caído la industria y el trabajo. La prefiero porque he visto que las repúblicas unitarias mueren todas por apoplejía de poder, mientras las repúblicas federales se salvan por la distribución de la vida al cuerpo social. La prefiero porque gusto de las re-

formas prácticas y veo que solo hay repúblicas federales en el mundo. Quiero la república de los girondinos, la república de los helvéticos, la república que engendró los dos primeros magistrados del mundo moderno, Washington y Lincoln.»

Mientras que muchos repúblicos, por muchos títulos ilustres, al ver que la hora de la distribución de las dádivas se acercaba á mas andar, se inclinaban del lado de la monarquía, Castelar escribía lo que hemos transcrito. A cada uno lo suyo. Por tres períodos críticos ha pasado el partido republicano: el primero, su deslinde y su separación completa del antiguo partido progresista, deslinde á que nuestro orador contribuyó algo, por la clara disposición de la doctrina democrática en su discurso del Teatro Real y sus trabajos posteriores; el segundo, la terrible lucha entre socialistas é individualistas, no terminada por el manifiesto de 15 de Marzo, y en la que tan viva parte tomó nuestro orador; y el último, que todos hemos presenciado, en el que los republicanos mas probados se monarquizaron de pronto y otros permanecieron fieles á sus antiguos principios. En este último período el tribuno de las Constituyentes no es de los que menos han trabajado tambien, como veremos.

Pocos dias despues regresó á España al cabo de dos años de amarga espatriación. En las ciudades principales por que pasó, los liberales salieron á victorearle, á festejarle y á hacerle pronunciar discursos. No se puede ser gran orador impunemente. El número de los que pronunció

hasta llegar á Madrid, fué crecidísimo. En Madrid le esperaba otra ovacion. Sabido que llegaba por la mañana, gran número de gentes fué á recibirle. La estacion del Norte estaba llena. La naciente milicia se armó de sus fusiles y fué á esperarle en la misma apostura que si el que viniera fuera Napoleon, ó Espartero cuando menos. Muchas sociedades mandaron comisiones; la mañana estaba placentera.

Cuando llegó el tren y el orador se asomó por una ventanilla del coche en que venia, la muchedumbre se avalanzó á él con verdadero frenesí. Pasó sus trabajos y sus apuros antes de instalarse en la carretela en que habian ido á buscarle Rivero y otros amigos. Todos querian darle la mano. No se oia mas que un grito: «¡Viva Castelar!» Las músicas tocaban, las banderas se desplegaban al viento, y el pueblo solo dejaba de dar vivas á Castelar para dárselos á la libertad. Así logró la comitiva ponerse en marcha. Lo primero que hicieron los estudiantes que habian ido á la recepcion de su antiguo catedrático, fué llevarle á la Universidad. Aquello era lógico: le reponian ellos en su cátedra, antes que el gobierno lo hiciera. Hiciéronle que hablara y pronunció, desde el mismo coche, si no recuerdo mal, un pequeño discurso.

La comitiva se puso otra vez en marcha y recorrió calles y calles. Las gentes se asomaban á los balcones. Los estudiantes gritaban desafortunadamente y los obreros lo mismo. Al pasar por una calle, me parece que la del Arenal, una joven saludó ardientemente al orador con el pañuelo, y lloró. El pueblo que se apasiona por los que aman á los suyos, la victoreó frenéticamente. Al

cabo llegó la muchedumbre con su ídolo á las Casas Consistoriales. Allí nuevo discurso, nuevos vivas, nuevas aclamaciones. Acabada la oracion, todavía escoltado por mucha jente, fué llevado el futuro ministro de la república á la casa en que venia á aposentarse en la calle de San Agustin, y aun allí pidieron algunos que hablara otra vez: Rivero salió al balcon y dijo que le dejaran descansar, porque tenia necesidad de cobrar fuerzas para los trabajos que habia forzosamente que emprender y no de perderlas con continuos y perpetuos discursos. El pueblo, que es dócil, obedeció y le dejó en paz.

Tal fué la entrada en Madrid, despues de dos años de destierro, del orador mas ilustre de la antigua democracia.

XL.

Al poco tiempo fué repuesto en su antigua cátedra de Historia de España, de la propia forma que los demás catedráticos que habian sufrido suerte igual á la suya.

Se abria una nueva época. Habia ya libertad de asociacion, libertad de imprenta, libertad de conciencia. El escritor, el pensador, el orador podian decir lo que les acomodase, en la seguridad de que nadie les molestaría. Los periódicos, las hojas sueltas, los folletos, aparecieron por todas partes. Era una verdadera inundacion de sabiduría, de luz que lo llenaba todo.

A los pocos dias de su llegada, Castelar quiso reunir al pueblo para hablarle de lo que pensaba

sobre la situación política, presentarle las soluciones que él creía mas aceptables en cada una de las cuestiones que le agitaban entonces, é ir discutiendo y rechazando todos los monarcas que la opinion pública señalaba como mas ó menos probables para reemplazar á los Borbones espulsados. Con motivo ó con pretexto de la instalacion del Comité central del partido republicano, convocó al pueblo en el Circo de Price la noche del 13 de Noviembre de 1868. Una hora antes estaba todo lleno. ¡Qué discurso aquel! Nada habia perdido el orador de sus antiguas reconocidas facultades. Por el contrario, habia ganado algo. Tenia mas sobriedad, mas concentracion. Se veia que podia ser orador parlamentario mejor que en otros tiempos.

¿Sabeis cómo empezó su discurso? Del modo siguiente: «Por fin llegamos á esta tribuna como naufragos á playas amigas.» Este principio tan sereno y tan magestuoso al mismo tiempo, escitó vivísimas aclamaciones. Hubo algunos momentos en que el orador tuvo que callarse: los aplausos no le dejaban proseguir. ¿Qué dijo? Que no queria hablar de lo pasado ni llevar ni una gota mas de amargura al cáliz de la dinastía destronada: que las revoluciones hoy ya no son revoluciones oficiales, como la de Italia apoyada en el Piamonte y la de Alemania apoyada en Prusia, sino revoluciones populares, y que nuestra política extranjera debia ser una política de neutralidad. Al llegar aquí exclamó: «Nada de alianza de Francia contra Prusia. ¿Qué nos importa el César francés? ¿Qué vale hoy el César francés?» Inmenso tumulto promovióse entonces. Muchos se levantaron de sus asientos; los mas gritaban: «Nada, nada.» «Teneis

razon, continuó el orador, le hemos tomado el pulso... y sabemos que está muy débil: le hemos tomado el pulso y sabemos que está muy enfermo.» Aquí Castelar fué otra vez interrumpido: las muestras de entusiasmo, las aclamaciones y los vivas ahogaron otra vez su voz. Habló despues de nuestra política en América. «El mas ilustre de los diplomáticos anglo-americanos, exclamó, no ha dicho al mundo, España será eternamente, aunque no tuviera una pulgada de tierra en América, España será una potencia americana.» Abolicion de la esclavitud; autonomia de Puerto-Rico y Cuba con gobierno propio y administracion propia; paz con las repúblicas del Pacífico; reconocimiento de la república mejicana; reconocimiento de la independencia de todos los países hispano-americanos que no se hubiera hecho aun, y apoyo moral en lo porvenir á una federacion de repúblicas en América. Hé aquí la política que propuso para con el Nuevo-Mundo. Habló despues de la cuestion religiosa; dijo que puesto por el neo-catolicismo en el caso de obter por la libertad ó la fé, obtaba por la primera; que clases enteras en España hacian de la religion asunto de policía y tomaban los sacerdotes, no como guardadores de las verdades eternas, sino como guardias civiles que aseguran la paz pública, y que el único remedio de todo esto era la separacion de la Iglesia y del Estado. Del ejército, dijo: «Yo daria la siguiente ley: Artículo primero: Se licencia todo el ejército. Artículo segundo. Todo español desde veintiun años hasta cuarenta es soldado. Artículo tercero. Todo soldado permanecerá en su casa, salvo el día en que la independencia nacional peligré. Artículo cuar-

to. Todo español debe cinco dias de ejercicio al año á su país. Artículo quinto. Se reconoce á toda la plana mayor sus grados, sus honores, se les conservan sus escalas como si estuvieran en activo servicio, y se les destina para dirigir y guardar los cuadros de la reserva nacional. Artículo sexto. Las diputaciones provinciales y los ayuntamientos ocurrirán á la seguridad de los caminos, á la inviolabilidad del derecho, de la vida, del hogar, de la propiedad de los ciudadanos con la organizacion de una guardia cívica sostenida á sus espensas. Así tendríamos un grande ahorro, porque lo caro es la subsistencia del soldado, y tendríamos un grande ejército, porque lo indispensable es subvenir á la defensa de la independencia nacional.» Abogó por la mas completa descentralizacion; por la descentralizacion de todo lo amortizado; por el desestanco de todo lo estancado; por la creacion de sociedades cooperativas, y afirmó que así se facilitaria la solucion del problema social. Al llegar á este punto exclamó: «La única forma de gobierno en que el pueblo es dueño de sus destinos es la forma republicana.» Nuevas aclamaciones, nueva interrupcion. Muchas voces gritaban: «Viva la república.» En esto un repartidor del cuerpo de telégrafos entregó al orador un parte en que le decian que en Vejer de la Frontera se habia proclamado á tiros la república. Se lo manifestó al público y propuso que se dirigiera á aquellos republicanos un telegrama en que se les dijera que no apelaran á la violencia y sí á los votos. Aceptóse la idea y el telegrama fué remitido. Analizó despues la forma de gobierno que convenia á España y dijo que, entre todas, la república era la

mas saludable, la mas conveniente y la mas patriótica. Fulminó rayos despues contra la monarquía. A Montpensier le pulverizó; á Don Fernando de Coburgo le llamó Fernando el Imposible y de Amadeo de Saboya dijo: «El príncipe Amadeo ha vertido su sangre por su patria como un héroe. Pero la monarquía obliga á ejercicios tales para grangearse partidarios que, cuando yo le he visto, señores, le he visto haciendo títeres en Florencia.»

Fué un gran discurso. Duró horas. Cuando dejó la tribuna no tenia voz, ni fuerzas, ni aliento. El orador parlamentario se reveló aquel dia. Sobriedad, madurez, un gran punto de vista práctico, no gran profusion de imágenes, fueron los caracteres relevantes de él. Los que buscaban solamente al antiguo orador se encontraron tambien con un hombre de Estado. «Ha ganado en el destierro,» decian todos.

XLI.

A fines de este mismo mes de Noviembre tuvo lugar en Madrid la mas grande manifestacion que desde la espulsion de los Borbones hasta nuestros dias ha tenido lugar. Nuestro pueblo se diferenciencia muy mucho del inglés. El entusiasmo en nosotros es efimero y dura poco; mejor dicho, es como todos los entusiasmos, una nube que arroja algunas gotas de agua y se vá. El pueblo inglés si cien veces necesita ejercer un mismo derecho, cien veces le ejerce; y todos los ciudadanos asisten convencidos, no de que van á una

fiesta, sino de que van á ejercer su soberanía protestando contra un abuso, contra una ley, contra una institucion. Aquí no hay eso. Cuando hay entusiasmo hay mucha gente. Cuando las horas revolucionarias están léjos los espíritus desmayan y las manifestaciones son exiguas y raquílicas. Sentir es mucho, pero pensar es mas. Y el pueblo que mas piensa, es el que mas vive conforme á derecho; y el que mas vive conforme á derecho, tiene que ser forzosamente mas feliz. En España se dejan de ejercer los derechos del hombre por indiferencia y por cansancio. En Inglaterra nunca. El inglés dice siempre parodiando la frase romana: «Cives britannicus sum.»

Iban á venir las Constituyentes, y se queria alentar á la nacion para que á lo menos viniesen á ellas muchos diputados republicanos. Se iba á hacer una manifestacion en favor de la república federal. A las once empezó á acudir el pueblo al Dos de Mayo, que era el punto de la cita. Los comités de cada barrio con sus banderas y sus músicas iban llegando unos tras otros. El himno de Riego y el de Garibaldi llenaban los aires. Una música colocada bajo los árboles, junto al Dos de Mayo, entonaba de cuando en cuando la Marsellesa. Tenia algo de solemne y grave aquel himno que parecia salir de la tumba de los mártires ilustres de la libertad. A las doce y media la comitiva se puso en marcha despues de una palabra de Orense. Vista desde la carrera de San Jerónimo aquella multitud parecia un inmenso pólipo que se retorcia, que se enderezaba, que ondulaba, que se ensanchaba, que se comprimia. En el centro de la manifestacion un grupo de estudiantes alegres, entusiastas, iba

entonando el himno que desde entonces puede decirse que es el himno oficial del partido republicano.

No mas reyes, no mas tiranías,
Basta ya de irritante opresion:
Luzca al fin, para tí, noble España,
De la libre república el Sol.

Al pasar por delante del ministerio de la Gobernacion, Milans del Bosch que estaba de uniforme á la puerta con sus ayudantes y que fué siempre un militar muy eucó, se quitó el sombrero delante de la bandera del comité central y gritó: «¡Viva la Soberanía Nacional! Viva el pueblo-rey!» El pueblo que se paga siempre de las pequeñas cosas, que á veces no suelen ser mas que astucias y habilidades, le victoreó. En la plaza de Armas del Palacio Real habia García Lopez. Las sombras de los reyes que habitaron aquel palacio, nido de tantas traiciones contra la nacion y contra el pueblo, debian protestar contra la invasion de aquellas turbas de hombres que pedian, no que un hombre solo sino todos llevasen en la frente una corona inmarcesible, la de los derechos individuales. Al volver á pasar por la Puerta del Sol la inmensa comitiva vióse ondear en un balcon una bandera. Era la de los Estados-Unidos. El pueblo aplaudió. Entonces el embajador de aquel pais apareció en el mismo balcon con otra en la mano. La gran república aplaudia ya á la futura república. Al llegar al Ministerio de la Guerra, el antiguo palacio de Godoy, un comandante del regimiento de la Constitucion intimó á todos los oficiales que iban en la manifestacion que se separasen de ella, de

orden superior; la sensatez del pueblo impidió que hubiera una colisión. Otra vez ya la comitiva en el Dos de Mayo, aderezóse una mesa y subióse sobre ella «la perla de la democracia,» como había dicho Orense al partir la manifestación. Castelar hizo un discurso terrible contra la monarquía. Copiaremos de él dos ó tres párrafos, porque extractarle sería destruirle: «Ciudadanos, comencé, os hemos convocado y os despedimos en el monumento del Dos de Mayo, como si dijéramos, á la sombra del árbol secular de nuestra nacionalidad. En este recinto de los héroes y de los mártires: en este recinto que evoca la imagen de las traiciones de los reyes y de la abnegación de los pueblos: en este recinto donde se halla con sangre trazado el recuerdo del esfuerzo titánico, mereced al cual se desvaneció en la Europa de aquellos días el cesarismo y se salvó la independencia de las naciones: en este recinto que es un templo, consagremos de nuevo el grande sentimiento que á todos nos confunde sobre este suelo sagrado: el horror á la dominación extranjera, á las dinastías extranjeras, y el amor sublime á la libertad y á la patria.»

Después de hacer algunas consideraciones, dijo:

«Ciudadanos españoles; la República federal viene á reanudar nuestra historia patria cortada, interrumpida por dinastías extranjeras; la República federal viene á consagrar la unidad de España. Cuando sosteníamos durante la Edad media una fuerza épica, existían en la forma de privilegio, propia de aquellos remotos tiempos, in-

capaces de comprender el gran principio de igualdad, existían cortes, existían jurados, existían magistraturas populares, existían sobre todo esos históricos municipios, como escollos eminentes, á cuyos piés se estrellaba el oleaje de las erupciones extranjeras y en cuya cima ardía eternamente como faro inextinguible la luz de la libertad española.

«Pero vino la monarquía absoluta con las dinastías extranjeras: vino la monarquía absoluta, y sin fundar la unidad de España, que todavía esta inacabada, incompleta, mató la rica variedad de nuestra vida. Mirad esa larga cordillera de cadalsos que se extiende desde Villalar hasta Zaragoza, desde Zaragoza hasta Valencia, desde Valencia hasta Mallorca: mirad esas magistraturas muertas, el diputado de Castilla, el Justicia de Aragon, el Conceller de Cataluña: mirad las cenizas de Medina del Campo, quemada por el fundador de la dinastía de los Austrias y las cenizas de Játiva quemada por el fundador de la dinastía epicúrea de los Borbones: comparad lo que érais después de seis siglos de libertad con lo que sois después de tres siglos de absolutismo: y levantando los brazos á este cielo que nos sonríe, y que parece asociarse con sus resplandores á la victoria moral de este gran día, jurad por los manes de nuestros padres, jurad por la sombra de nuestros mártires que no consentireis jamás la restauración de la monarquía.»

La muchedumbre se agitó y gritó y prometió lo que el orador quería. Ignoraba que la república iba á venir traída por la sola fuerza de los acontecimientos y que cuando se la intentara

traer á tiros, como poco despues iba á suceder, á tiros sería rechazada.

XLII.

Sentimos fastidiar á nuestros lectores hablándoles siempre de lo mismo. Ahora un discurso, luego un libro, despues otro discurso. Esta es la vida de Castelar. Los que aman las grandes emociones que constituyen la rica variedad de la vida, no se satisfarán con este libro. ¡Pero que le hemos de hacer! Las estrellas son tambien monótonas, porque dan siempre la misma luz; y sin embargo son estrellas.

Desde la revolucion de setiembre acá, están frescos en la memoria de todos los sucesos en que Castelar ha intervenido. En tres periodos puede dividirse esta época de su vida. Primero: sus discursos y su influencia en las Constituyentes; segundo: su oposicion á D. Amadeo de Saboya en la Asamblea legislativa, y tercero, sus actos despues de la caída de este como ministro de la República.

Solo en las Constituyentes, contados por nosotros mismos, pronunció el brillante orador treinta y dos discursos, todos de grande estension y un número inmenso de rectificaciones, muchas de las cuales son verdaderos discursos. Llegada la época de las elecciones, Lérida y Zaragoza enviáronle á la Cámara como su representante. Había una duda en muchos... ¿Valdrá para el Parlamento? se decia entre periodistas y diputados. ¿Podrá alcanzar la sobriedad, la concision, esa

especie de elocuencia de los hechos prácticos, que es la verdadera elocuencia parlamentaria? Muchos dudaban que pudiera alcanzarla. «Ya vereis, fracasará, decian, y tendrá que volver á sus academias y á su clase. No sirve para las Cortes.»

Cuando habló por vez primera en ellas, la nube se desvaneció: los mismos enemigos de sus ideas le aplaudieron y hasta los mismos enemigos de su palabra, que los tiene. Su lenguaje, sin dejar de ser brillante, fué parco y sóbrio. Tuvo ironia, cuando hizo falta: elevacion; cuando fué preciso: apóstrofes, cuando hubo que pulverizar á algun adversario ó á alguna institucion inícuca: intencion, cuando hubo que herir á algun enemigo. Imágenes no faltaron en sus discursos, como en el Océano no puede faltar agua; pero á través de ellas, vióse siempre la idea, el pensamiento capital del discurso. Poco le han estudiado los que han dicho que en sus oraciones no hay mas que galas y flores. El que no ve las ideas que las anima, el pensamiento que las hace fosforecer, es lo mismo que el que no ve á Atenas tras la Minerva de Fidias; el que no vé á Roma tras las Doce Tablas; el que no ve á D. Alfonso el Sabio tras las Partidas. Son gentes de poco criterio: artistas malos que no ven en la estatua mas que la forma plástica. Uno de sus biógrafos dice que en el Parlamento «no solo ha logrado esceder á lo que sus propios amigos esperaban de él, sino que ha conseguido los triunfos mas completos que la historia de la elocuencia consigna en sus páginas.»

¿Cuáles son sus mejores discursos en las Constituyentes? Todos. Si la réplica contra Manterola es inimitable, el pronunciado sobre la libertad religiosa y la separacion de la Iglesia y del Es-

tado contra Olózaga es admirable: si el discurso contra la candidatura del Duque de Saboya es magnífico, el pronunciado contra Montpensier es terrible: si en la oracion contra la política general del Ministerio del conde de Reus estuvo á una altura indescriptible, en la de la abolicion inmediata de la esclavitud llegó al ideal de lo sublime. Hablando de las quintas, supo ser soldado, él, que es tan lego en materias militares; hablando del presupuesto del clero, supo ser hacendista, él, que tan poco propósito es para los números y para las cábalas rentísticas: incapacitó moralmente á los Borbones, con su discurso de 24 de enero de 1870, para ejercer la dignidad de jefes del Estado; y los derechos individuales, ora por dárseles estrecha y mezquina interpretacion, ora por querer suspenderse las garantías constitucionales, tuvieron en él un ardiente y enérgico tribuno.

Quisiera dar á mis lectores una idea de tres ó cuatro de los mas importantes y grandilocuentes de estos discursos, pero me hallo en gran aprieto. Figuraos que una mañana, el sultan de Turquía, el de Marruecos ó el que vosotros querais, se levanta de mal humor, dirige una mirada despreciativa á las mujeres de su harem, envia á buscar á uno de esos favoritos del momento que hay en esta clase de córtés, y le dice; «Me hace falta una mujer hermosa.» El valido se echa por esos mundos de Dios á buscar, no una mujer hermosa, sino hermosísima, como conviene á un sultan; y como entra en lo posible que la mujer que á él se lo parezca, no se lo parezca al sultán, se dice, «le llevaré media docena, así podrá elegir.» Busca una circasiana, de esas que di-

cen que son mas hermosas que los ángeles; una árabe, de esas cuyas miradas queman como las ráfagas del desierto: una italiana, de esas de rostro escultórico, que parecen estatuas antiguas resucitadas al calor de los besos de un artista: una alemana, de esas que parecen la vírgen de una leyenda ó una wiliis sorprendida en sus danzas y lanzada al mundo de los mortales: una francesa, de esas de contornos lujuriosos, bacante de todos los deleites y sacerdotisa de todas las formas del amor, y una gaditana, de esas que tienen el cielo en los ojos, nidos de gracias en su talle, megillas como la corola de la rosa, labios como la flor del granado y alma tormentosa como el simoun del Sahara. Váse con ellas á su tierra y se las presenta al sultan. Este se queda petrificado. ¿Cuál elegirá? ¿cual desechará? Vaya, por fin, se decide: se dirige al favorito y le dice; «Oye, lo mejor me parece quedarme con todas.»

Lo mismo haría yo con los discursos de Castelar. Pero el editor me ha dicho, como Dios á las aguas; «De ahí no pasareis» y tengo por lo tanto que circunscribirme á los estrechos límites de este libro.

XLIII.

¿Os acordais de los dias en que se habló en las famosas Constituyentes del año 69, de la libertad religiosa? Olózaga, aquel viejo dios, ya sin culto, del antiguo partido progresista, estaba solo por la tolerancia, lo mismo que los dispersos restos que habia en aquella Asamblea de la antigua

tado contra Olózaga es admirable: si el discurso contra la candidatura del Duque de Saboya es magnífico, el pronunciado contra Montpensier es terrible: si en la oracion contra la política general del Ministerio del conde de Reus estuvo á una altura indescriptible, en la de la abolicion inmediata de la esclavitud llegó al ideal de lo sublime. Hablando de las quintas, supo ser soldado, él, que es tan lego en materias militares; hablando del presupuesto del clero, supo ser hacendista, él, que tan poco propósito es para los números y para las cábalas rentísticas: incapacitó moralmente á los Borbones, con su discurso de 24 de enero de 1870, para ejercer la dignidad de jefes del Estado; y los derechos individuales, ora por dárseles estrecha y mezquina interpretacion, ora por querer suspenderse las garantías constitucionales, tuvieron en él un ardiente y enérgico tribuno.

Quisiera dar á mis lectores una idea de tres ó cuatro de los mas importantes y grandilocuentes de estos discursos, pero me hallo en gran aprieto. Figuraos que una mañana, el sultan de Turquía, el de Marruecos ó el que vosotros querais, se levanta de mal humor, dirige una mirada despreciativa á las mujeres de su harem, envia á buscar á uno de esos favoritos del momento que hay en esta clase de córtés, y le dice; «Me hace falta una mujer hermosa.» El valido se echa por esos mundos de Dios á buscar, no una mujer hermosa, sino hermosísima, como conviene á un sultan; y como entra en lo posible que la mujer que á él se lo parezca, no se lo parezca al sultán, se dice, «le llevaré media docena, así podrá elegir.» Busca una circasiana, de esas que di-

cen que son mas hermosas que los ángeles; una árabe, de esas cuyas miradas queman como las ráfagas del desierto: una italiana, de esas de rostro escultórico, que parecen estatuas antiguas resucitadas al calor de los besos de un artista: una alemana, de esas que parecen la vírgen de una leyenda ó una wiliis sorprendida en sus danzas y lanzada al mundo de los mortales: una francesa, de esas de contornos lujuriosos, bacante de todos los deleites y sacerdotisa de todas las formas del amor, y una gaditana, de esas que tienen el cielo en los ojos, nidos de gracias en su talle, megillas como la corola de la rosa, labios como la flor del granado y alma tormentosa como el simoun del Sahara. Váse con ellas á su tierra y se las presenta al sultan. Este se queda petrificado. ¿Cuál elegirá? ¿cual desechará? Vaya, por fin, se decide: se dirige al favorito y le dice; «Oye, lo mejor me parece quedarme con todas.»

Lo mismo haría yo con los discursos de Castelar. Pero el editor me ha dicho, como Dios á las aguas; «De ahí no pasareis» y tengo por lo tanto que circunscribirme á los estrechos límites de este libro.

XLIII.

¿Os acordais de los dias en que se habló en las famosas Constituyentes del año 69, de la libertad religiosa? Olózaga, aquel viejo dios, ya sin culto, del antiguo partido progresista, estaba solo por la tolerancia, lo mismo que los dispersos restos que habia en aquella Asamblea de la antigua

Union liberal. En aquella Cámara habia tres sacerdotes mas ó menos ilustres; el Cardenal de Santiago, el obispo de Jaen y el canónigo Manterola. Por su mala ventura, este último, cuando discutíase sobre la libertad religiosa, levantóse á impugnarla. ¿Qué dijo? Lo que puede decir un absolutista. Poco menos que no se pudiera ser español si no se era católico, y que si no se era católico no se pudiera aspirar á ninguna de las altas magistraturas del país. Aludió á Castelar, y Castelar se levantó á rectificar. ¡Qué discurso tan maravilloso pronunció! ¡Qué entusiasmo produjo! ¡Qué ovacion tan inmensa le procuró! Decia el gran orador:

«Pero, señores, digo mas: hago una concesion mayor todavía á los señores que se sientan en aquel banco (*señalando á los prelados*): les hago una concesion que no me duele hacerles, que debo hacerles, porque es verdad. A medida que crece la libertad, se aflojan los lazos materiales; á medida que los lazos materiales se aflojan, se aprietan los lazos morales. Así es necesario: para que una sociedad libre pueda vivir, es indispensable que tenga grandes lazos de idea, que reconozca deberes, deberes impuestos, no por la autoridad civil, no por los ejércitos, sino por su propia razon, por su propia conciencia. Por eso, señores, yo no he visto, cuando he ido á los pueblos esclavos, no he visto nunca observada la fiesta del domingo: yo no la he visto observada en España, yo no la he visto observada jamás en Paris.

«El domingo en los pueblos esclavos es una saturnal. En cambio, yo he visto el domingo celebrado con una severidad extraordinaria, con una

severidad de costumbres que asombra, en los dos únicos pueblos libres que he visitado en mi larga peregrinacion por Europa: en Suiza y en Inglaterra. ¿Y de qué depende esto? Yo sé de lo que depende: depende de que allí hay lazos de costumbres y de inteligencia que no existen donde la religion se impone por la fuerza á la voluntad, á la conciencia, por medio de leyes artificiales y mecánicas. Así me decia un príncipe ruso en Ginebra que habia mas libertad en San Petersburgo que en Nueva-York; y preguntándole yo por qué, me contestaba: «Por una razon muy sencilla, porque yo soy muy aficionado á la música, y en San Petersburgo puedo tocar el violin en domingo, mientras que no puedo tocarlo en Nueva-York» Hé aquí como la separacion de la Iglesia y el Estado, como la libertad de cultos, como la libertad religiosa engendra este gran principio, la aceptacion voluntaria de la religion ó de la metafísica, ó de la moral que es como la sal de la vida, que conserva sana la conciencia.»

«Y sin embargo, decia el orador de la democracia, en la conciencia humana ha concluido para siempre el dogma de la proteccion de las iglesias por el Estado. El Estado no tiene religion ni la puede tener, ni la debe tener. El Estado no confiesa, el Estado no comulga, el Estado no se muere. Yo quisiera que el señor Manterola tubiese la bondad de decirme en qué sitio del valle de Josafat va á estar el dia del juicio el alma del Estado que se llama España.»

Una inmensa salva de aplausos acogió estas palabras. El orador continuó despues:

«Suponia un gran poeta aleman hallarse allí en el polo. Era una de esas inmensas noches polares en que las auroras de color de rosa se reflejan sobre el hielo. El espectáculo era magnífico, era indescriptible. Hallábase á su lado un misionero, y como una ballena se moviese, le decía el misionero al poeta: «Mirad, ante este grande y extraordinario espectáculo hasta la ballena se conmueve y alaba á Dios.» Un poco mas léjos hallábase un naturalista, y el aleman le dijo: «Vosotros los naturalistas soleis suprimir la accion divina en vuestra ciencia; pues hé aquí que este misionero me ha dicho que cuando ese gran espectáculo se ofreció á nuestra vista, hasta la ballena se movía y alababa á Dios.» El naturalista contestó al poeta aleman: «No es eso; es que hay ciertas ratas azules que se meten en el cuerpo de la ballena, y al fijarse en ciertos puntos del sistema nervioso, la molestan y la obligan á que se conmueva, porque ese animal tan grande, y que tiene tantas arrobas de aceite, no tiene, sin embargo, ni un átomo de sentimiento religioso.» Pues bien: exactamente lo mismo puede decirse del Estado. Ese animal tan grande no tiene ni siquiera un átomo de sentimiento religioso.»

Una carcajada general resonó en todos los ángulos de la Cámara. Efectivamente, el alma del Estado nadie ha podido encontrarla y de consiguiente nadie ha podido inspirarla ninguna clase de sentimientos religiosos. Insistiendo en que la Iglesia y el Estado deben vivir independientes, añadió:

«Pues bien, señores diputados, Barnave, que

comprendia mejor que otros de los suyos la revolucion francesa, decía: «Pido en nombre de la libertad, pido en nombre de la conciencia, que se revoque el edicto de los reyes que arrojaba á los jesuitas.» La Cámara no quiso acceder, y aquella hubiera sido medida mucho mas prudente, mas sábia, mas progresiva, que la medida de exigir al clero el juramento civil, lo cual trajo tantas complicaciones y tantas desgracias sobre la revolucion francesa. En nombre del principio que el señor Manterola ha sostenido esta tarde de que el Estado puede y debe imponer una religion, Enrique VIII pudo un dia cambiar la religion católica por la protestante; como Teodorico por una especie de golpe de Estado semejante al de 18 de Brumario, pudo cambiar en el Senado romano la religion pagana por la religion católica; como la Convencion francesa tuvo la debilidad de aceptar por un momento el culto de la diosa Razon; como Robespierre proclamó el dogma del Sér Supremo, diciendo que todos debian creer en Dios para ser ciudadanos franceses, lo cual era una reaccion inmensa, reaccion tan grande como la que realizó Napoleon I, cuando despues de haber dudado si restauraria el catolicismo, se decidió por restaurarle solamente porque era una religion autoritaria, solamente porque hacia esclavos á los hombres, solamente porque hacia del antiguo Papa y del nuevo Cárlo-Magno una especie de dioses.

«Por consecuencia, el señor Manterola no tenia razon, absolutamente ninguna, al exigir en el catolicismo, en nombre del cristianismo, en nombre de una idea moral, en nombre de una idea religiosa, fuerza coercitiva, apoyo coercitivo al

Estado. Esto sería un gran retroceso, porque, señores, ó creemos en la religion porque así nos lo dicta nuestra conciencia, ó no creemos en la religion porque tambien la conciencia nos lo dicta así. Si creemos en la religion porque nos lo dicta nuestra conciencia, es inútil, completamente inútil la proteccion del Estado; si no creemos en la religion porque nuestra conciencia nos lo dicta, en vano es que el Estado nos imponga la creencia; no llegará hasta el fondo de nuestro ser, no llegará al fondo de nuestro espíritu: y como la religion, despues de todo, no es tanto una relacion social como una relacion del hombre con Dios, podreis engañar con la religion impuesta por el Estado á los demás hombres, pero no engañareis jamás á Dios, á Dios que escudriña con su mirada el abismo de la conciencia. *(Grandes aplausos.)*»

Habia dicho Manterola que el catolicismo aumentaba en Inglaterra y en los Estados-Unidos. Castelar le probó que lo único que en Inglaterra sucedia era que se reconocia el derecho del pobre irlandés á no pagar de su bolsillo una religion que detestaba; y que en los Estados-Unidos de 34 ó 35 millones de habitantes, 31 son protestantes y 4 escasamente católicos, y eso porque aquella nacion ha anexionado la Luisiana, Nueva-Tejas, la California y algunos territorios cuyos habitantes descenden de católicos.

Manterola se atrevió á decir ¡Santo Dios! que en qué tiempos la Iglesia católica habia tratado mal á los judios. Si hubiera dicho que en qué tiempos los habia tratado bien, hubiera estado mas en lo cierto.

Hé aquí la contestacion del orador del partido republicano:

«La intolerancia religiosa comenzó en el siglo XIV, continuó en el siglo XV. Por el predominio que quisieron tomar los reyes sobre la Iglesia, se inauguró, digo, una gran persecucion contra los judios; y cuando esta persecucion se inauguró, fué cuando San Vicente Ferrer predicó contra los judios, atribuyéndolos una fábula que nos ha citado el Sr. Manterola y que ya el P. Feijóo refutó hace mucho tiempo: la dichosa fábula del niño, que se atribuye á todas las religiones perseguidas, segun lo atestigüa Tácito y los antiguos historiadores paganos. Se dijo que un niño habia sido asesinado y que habia sido bebida su sangre, atribuyéndose este hecho á los judios, y entonces fué cuando, despues de haber oido á San Vicente Ferrer, degollaron los fanáticos á muchos judios de Toledo, que habian hecho de la judería de la gran ciudad el bazar mas hermoso de toda la Europa occidental. Y para esto no ha tenido una sola palabra de condenacion, sino antes bien de escusa, el Sr. Manterola, en nombre de Aquel que habia dicho: «Perdónalos, porque no saben lo que se hacen.»

«Lo detestaba, ha dicho el Sr. Manterola, y lo detesto; pues entonces debe S. S. detestar toda la historia de la intolerancia religiosa, en que, siquier sea duro decirlo, tanta parte, tan principal parte le cabe á la iglesia. Porque sabe muy bien el Sr. Manterola, y esta tarde lo he indicado, que la Iglesia se defendia de esta gran mancha de sangre, que debia olerle tan mal como le olia

aquella célebre olla de sangre á lady Macbeth, diciendo: «Nosotros no matábamos al reo; lo entregábamos al brazo civil.» Pues es lo mismo que si el asesino dijera. «Yo no he matado, quien ha matado es el puñal.» ¡La Inquisicion, señores, la Inquisicion era el puñal de la Iglesia.»

«Me preguntaba el señor Manterola si yo habia estado en Roma. Sí, he estado en Roma, he visto sus ruinas, he contemplado sus trescientas cúpulas, he asistido á las ceremonias de la Semana Santa, he mirado las grandes sibilas de Miguel Angel, que parecen repetir, no ya bendiciones, sino eternas maldiciones sobre aquella ciudad; he visto la puesta del sol tras la basilica de San Pedro, me he arrobado en el éxtasis que inspiran las artes con su eterna irradiacion, he querido encontrar en aquellas cenizas un átomo de fé religiosa, y solo he encontrado el desengaño y la duda.»

¿Sabeis como concluyó el discurso? De esta manera tan admirable;

«Grande es Dios en el Sinaí; el trueno le precede; el rayo le acompaña; la luz le envuelve, la tierra tiembla, los montes se desgajan; pero hay un Dios mas grande, mas grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario, clavado en una cruz, herido, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios, y sin embargo, diciendo: «Padre mio, perdónalos, perdona á mis verdugos, perdona á mis perseguidores, porque no saben lo que se hacen!» Grande es la religion del poder, pero es

mas grande la religion del amor; grande es la religion de la justicia implacable, pero es mas grande la religion del perdon misericordioso; y yo, en nombre de esta religion: yo, en nombre del Evangelio, vengo aquí á pedirós que escribais al frente de vuestro código fundamental la libertad religiosa, es decir, libertad, fraternidad, igualdad entre todos los hombres.»

Casi todos los diputados, incluso los ministros, se levantaron de sus asientos para ir á felicitar, á estrechar la mano, á abrazar al ilustre tribuno. En la historia del Parlamento español no se registra una victoria mas completa, y lo que sucedió en el Parlamento, sucedió al otro dia en la prensa, y al siguiente en España, y al otro en Europa. *El Imparcial* prorumpió en un himno de elogios. *El Universal* dijo: «que el triunfo alcanzado por el orador republicano no tenía ejemplo en la historia del Parlamento español y que dudaba pudiera tenerle en lo futuro.» *La Igualdad* escribió: «¡Qué memoria tan prodigiosa! ¡qué talento tan profundo! ¡Qué juicios tan exactos! ¡qué ideas tan puras! Qué sentimientos tan elevados! ¡qué oratoria tan sublime! ¡Qué figuras tan delicadas! ¡Qué bellas descripciones! ¡qué instruccion! ¡qué elocuencia! ¡qué filosofía!... ¡Ah! ¿Por qué, por qué no habia de ser hoy votada la libertad é igualdad de todos los cultos?...» *El Pensamiento Español* mismo, si bien detestando los que él llamaba los errores del orador, afirmó que no podia menos de confesarse que era el *rey de la palabra*. El Congreso determinó que se hiciera una edicion especial del discurso del tribuno republicano. Manterola quedó

aniquilado para siempre, como dias antes lo habia quedado el orador invencible, el Aquiles de la elocuencia, el famoso D. Salustiano, unicultista por aquellos dias: cobarde en las ideas como fué egoísta toda su vida en los hechos. Por espacio de muchos dias los periódicos republicanos recibieron á cientos los telégramas de corporaciones, comunes y particulares felicitando á Castelar. Muchos republicanos quisieron darle una prueba de admiracion y afecto; y el comité central y el nacional tomaron á su cargo este asunto. Fué un triunfo, en fin, como no volverá á contarse otro.

El 5 de mayo pronunció su gran discurso sobre la libertad religiosa y la separacion de la Iglesia y del Estado. Estractamos de él algunos párrafos, mas elocuentes que cuanto pudieramos decir nosotros en elogio de tan magnífica peroracion.

Decía Castelar.

«Yo no quiero hacer grandes elucubraciones filosóficas para definiros lo que es el bien; ni lo que es la conformidad entre el objeto y el sugeto de la vida. Yo os daré la sencilla definicion de la doctrina cristiana que aprendí de los labios de mi madre. El bien es que cada ser cumpla en la escala de la creacion con el destino para que ha sido creado. Este es el bien, señores diputados; pero si el bien es el fin de la vida, ¿cuál es el medio? ¿Qué medio teneis? ¿Qué medio hay? ¿Cuál es el medio moral? No hay otro, no tenemos otro, ni conocemos otro mas que la libertad.

«Quitadla del arte, y el arte se convierte en

mas instintivo y menos bello que el cántico del ave; quitadla del trabajo, y el trabajo se convierte en el movimiento ciego de la máquina; quitadla de los afectos, y los afectos, esos grandes desórdenes morales, se convierten en algo menos que el ayuntamiento de las fieras; quitadla de la política, y los pueblos caen en esa triste indiferencia, en esa eterna soñolencia de los pueblos orientales; quitadla de la moral, y no hay acciones imputables; quitadla de la religion, y convertís ese código sublime para la vida y para la muerte en una ordenanza de policia, y haceis agente de órden público á Dios, que ha dado la ley de atraccion á los mundos para que cumplan su eterna armonía, y la luz de la libertad á las almas para que cumplan otra armonía todavía mas sublime, la armonía de la justicia. (*Aplausos.*)

«Poned tres ejemplos: una excomunion en el siglo XI, una excomunion en el siglo XIII y una excomunion en el siglo XIX. Es una excomunion en el siglo XI: el mundo acaba de salir de los terrores del siglo X, del funesto espanto que ejercia el recuerdo de que iba á venir el juicio final y se acercaba á las cruzadas. Pues entonces el papa lanza una excomunion contra un emperador de Alemania, y este emperador no tendrá reposo, no encontrará abrigo, no podrá entrar en una cabaña, le perseguirán hasta los perros, é irá de rodillas en pós del papa al castillo de Canosa, donde caerá sobre él la escarcha de los cielos y las maldiciones de Dios. Pero dais esta misma excomunion en el siglo XIII, se la dais á Pedro III de Aragon por haberse apoderado de un semi-feudo de la Iglesia, y entonces vereis que el papa

lanza el mismo anatema; pero como el espíritu humano ha crecido, como la razón aumenta, como la heregía de Abelardo ha encontrado eco, y ha llegado á las estrellas, Pedro III se burlará de las excomuniones del papa, y como nos decía perfectamente el Sr. Balaguer la otra tarde en este sitio, logrará que los santos hagan milagros contra los soldados pontificios.

«Viene el siglo XIX y el papa excomulga á Víctor Manuel. Quiero decir lo que un periódico italiano decía con este motivo. El pueblo cree en Roma que el papa, y todos los que han estado en Roma saben esto, el pueblo cree en Roma que el papa es *jetatore*, y no se acerca á la basilica de San Pedro un campesino sin llevar los cuernos que conjuran las maldiciones. Pues bien: un periódico italiano decía: «El papa bendijo á Carlos Alberto y sucumbió en Novara; el papa bendijo al rey de Nápoles y fué destronado; el papa bendijo el ferro-carril primero que se hizo en Roma y en la primera carrera descarriló; el papa fué á bendecir un convento de monjas y el convento se hundió sobre todos los que estaban en él,» y concluía diciendo: «*Per Dio, Sancto Padre, non benedica l' Italia.*» (Risas.)

«Por consecuencia, señores Diputados, lo que necesita la religion es mejorar, lo que deben hacer los señores sacerdotes es inspirar los grandes sentimientos, las grandes ideas, y esto lo sabe muy bien el Sr. Manterola, y lo saben muy bien todos los sacerdotes que se sientan en esta Cámara. ¿Os atreveríais á pedir hoy castigo porque la iglesia se viera desamparada de los fieles el domingo. ¿Os atreveríais á pedirle hoy al brazo secular auxilio para que condujera á los fieles á

comulgar por Pascua florida? Pues yo le anuncio al Sr. Manterola, siento anunciarlo, que la mitad, mas de la mitad, casi la totalidad de los que aqui se escandalizan de las palabras del Sr. Snyer, no han comulgado esta Pascua florida. (Risas.)

«Pues qué, ¿no sabe el señor Manterola que uno de los hombres que mas han hecho en el sentimiento humano por la restauracion del catolicismo fué Chateaubriand? Pues Chateaubriand se encontró un dia muy apurado con un malicioso volteriano que le preguntó: «Decidme, Mr. Chateaubriand, ¿con quién os confesais?» No sabia decirlo; no se confesaba nunca.

«¿Y pediríais al Estado su auxilio para conducir á la comunión á los diputados constituyentes? Pues bien, cuando no os atreveis á hacer esto, dejad caer de la mano medios coercitivos que para nada sirven. Yo concibo, yo comprendo que vosotros pidiérais el auxilio del Estado cuando la religion no fuese mas que un medio coercitivo, unido á otros medios coercitivos para sostener la sociedad; pero cuando creéis que la vida es un suspiro, que el pensamiento es un relámpago, que el hombre pasa un momento por la tierra y hace meramente de su hogar una tienda de campaña; cuando creéis que el género humano es como una sombra que se dibuja pálidamente en el espejo del espacio; cuando creéis que la muerte no es mas que un paso necesario para subir á otras esferas mas altas con el fin de adorar á Dios, dejad libres y abiertas para volar á Dios las dos alas de la conciencia humana: la libertad y la razón. (Aplausos).»

«El paganismo, señores diputados, no es esa mera colección de fábulas que se llama mitología y que aprenden los niños en la escuela. El paganismo es una religión con su dogma, con su moral, con sus principios, con sus grandes alternativas, con su gran teocracia, con su desarrollo muy semejante al desarrollo del catolicismo. También él tuvo su edad sencilla y evangélica en los dioses primitivos al pasar del Oriente á Grecia. También él tuvo su edad media, su edad teocrática en la grande aristocracia dórica, y en el culto de Apolo, que eclipsaba á todos los demás cultos. También tuvo su luteranismo, su protesta, en la Iliada de Homero, que humanizó á los dioses. También tuvo su cielo filosófico como nuestro cielo en los siglos xvii y xviii, cielo filosófico que comenzó en la escuela jónica y concluyó en la escuela académica y peripatética. También tuvo su tendencia positivista en la escuela epicúrea que era una escuela de moral, y en la escuela estoica, que era una escuela para la vida y para la política. También tuvo, en fin, el derecho romano que era el gran testamento del mundo antiguo.

«Pero cuando todos estos fines se cumplieron, el antiguo paganismo se moria, mas que por los discursos de los apologistas católicos, á los golpes de la crítica de los filósofos, á los golpes de las carcajadas de Luciano. Entonces echaron de ver los césares y los pontífices que con el paganismo moria también la antigua sociedad, y quisieron á toda costa salvarla exagerando los movimientos de la reacción que habia en el seno del paganismo contra la filosofía; reacción que comenzó como ha principiado aquí, desde el momento en que

hubo principiado la filosofía. Pero en vano se persiguió á Tales, porque al momento surge Pitágoras como por encanto del seno de la humanidad; en vano se impuso á Pitágoras un misterioso silencio, porque ese silencio se convirtió en la elocuencia de Genófanes. En vano se desterró á Genófanes porque vino Sócrates. En vano se dió á beber á Sócrates la cicuta, porque aparecieron al momento en el horizonte histórico Platon y Aristóteles, las dos fases del espíritu humano. Entonces, cuando el paganismo moria, se pensó en restaurarlo por la escuela neo-pagana, muy semejante á nuestra escuela neo-católica, y por un emperador apóstata, como hoy otro emperador apóstata, que no quiero nombrar, apóstata de la revolución, el César de la plebe; que se cree un nuevo Carlo-Magno, sostiene con sus bayonetas el Sumo Pontífice en el poder temporal maldecido de todos los pueblos.

«Juliano abria los templos de mármol, pero no pudo abrir los templos de la conciencia humana. Fué al gran templo de Dafne; el oráculo estaba mudo, la pitonisa fria, el ara sin víctimas, el altar sin fuego, la iglesia sin fieles. Entonces se retiró, cayó sobre su escudo, y dijo: «Venciste Galileo,» y al mismo tiempo que esto decia, se retiró el dios de la naturaleza con su cortejo de dioses, y salieron de las catacumbas, del polvo, de las cenizas, las sombras de los perseguidos, de los asesinados, de los mártires, con sus albas de lino y sus palmas verdes en la mano, repitiendo el canto de la victoria para demostrar la eterna impotencia del Estado y el eterno poder de la inspiración y de la fé. (*Aplausos.*)

«La agitacion de las escuelas sofisticas produjo la filosofia de Sócrates, la eterna raiz de la filosofia moderna. La agitacion de Judea, de los fariseos, de los exenios, de los judíos alejandrinos y filónicos, produjo y engendró el gran movimiento de donde nació Jesucristo, la eterna ley de la conciencia religiosa en el mundo moderno. Pues qué, ¿habeis vosotros nunca alcanzado en vuestra iglesia la supresion entera del error? ¿La habeis conseguido?»

«¿No decía uno de vuestros mas grandes pensadores que conviene que haya herejes? ¿No nacieron los herejes al mismo tiempo que nacia Jesucristo, y se extendieron en los cinco grandes siglos del cristianismo con Tertuliano y Origenes? ¿No siguieron en la edad media con Marsilio de Pádua, con Abelardo? ¿No continuaron en el renacimiento con Giordano Bruno y otros pensadores? ¿No existieron en los siglos XVI y XVII con los jansenistas, con los galicanos y con los regalistas? ¿No existen aun hoy en estos mismos tiempos? ¿No teneis otra heregia, la heregia de la escuela liberal dentro del catolicismo, que representa el conde de Montalembert, la heregia de Fallous, la heregia de Huet, la heregia de Bordas de Moulin, la heregia de todos los grandes pensadores? De consiguiente, si vosotros no teneis, no podeis alcanzar dentro de vosotros mismos esa unidad, ¿por qué imponerla á los demás?»

«Además, señores Diputados, no os forjeis ilusiones, no os las forjeis de ninguna clase. No hablo de los tiempos antiguos, hablo de los tiempos modernos: la historia del mundo moderno, la historia de la civilizacion moderna es una historia

de lucha completa y eterna de la Iglesia con todos los poderes civiles. Luchó con Austria por las leyes josefinas; luchó con Toscana por las leyes leopoldinas; luchó con Napoleon I por la interpretacion del Concordato; luchó con Napoleon III por la revolucion de las Marcas y de la Umbria, y por los consejos de reformas políticas; luchó con la antigua Cerdeña por las leyes de Sicardi, que suprimian la jurisdiccion eclesiástica; luchó con la nueva Cerdeña por la política del conde de Cavour; luchó con Suiza, con aquellos Cantones católicos que estuvieron en la guerra de Sunderbum á punto de romper la confederacion por no separarse de la Iglesia; luchó con el Canton de Friburgo por cuestion de disciplina, por el pase; luchó con el Canton del Tesino, por el matrimonio civil; luchó con Bélgica, con esa hija criada á sus pechos, por la enseñanza dada en las Universidades, y especialmente por la que se daba en la universidad de Gante; luchó mas tarde con España que se habia arrojado al abismo tan solo para salvar el poder político y espiritual de los papas, luchó con España en sus dias de grandes angustias y de grandes dolores, en tiempos de la última guerra civil; luchó con el Nuevo Mundo, con aquel mundo que le dió Colon para indemnizarla de la pérdida de la unidad católica en Europa; luchó con nueva Granada por cuestion del presupuesto del clero; luchó con Méjico por la desamortizacion eclesiástica; luchó con la Confederacion Argentina por la libertad religiosa, y con vosotros que vais á establecer el registro civil, con vosotros que vais á establecer el matrimonio civil y la libertad religiosa, luchará y tendrá dinero arrancado de vuestras manos, para sos-

tener esta lucha tremenda, bajo las alas de vuestra Constitución y dentro de vuestra misma autoridad.

«La razón humana protesta contra el emperador de Rusia cuando quiere ahogar el pensamiento de los polacos; protesta contra el rey de la Rumania cuando quiere expulsar á los judíos. Ahora viven juntos á orillas del Rhin el luterano y el católico; á orillas del lago Lemán los hijos de Calvino y los lansquenetes que el duque de Saboya ponía á las puertas de la ciudad protestante, convertida hoy en un faro de la libertad religiosa. Los hugonotes y los católicos se sientan hoy á legislar en la orillas del mismo río que ensangrentaron en sus grandes luchas. El celta y el sajón se confunden hoy en el mismo Parlamento.

«¿Cómo es posible que España sea una excepción en el momento en que rompe la losa que le puso el siglo xv sobre la frente, la intolerancia religiosa, y sale España como Lázaro del sepulcro!

«Si vosotros pedis la libertad de la Iglesia, aun podeis tener esperanza de que contra el positivismo del mundo moderno nazca un gran espiritualismo, un gran espiritualismo promovido por la fé. No de otra suerte se planteó el cristianismo en la sociedad antigua contra el derecho romano positivista, contra una moral positivista, contra los césares y los pretores: contra todo aquel mundo positivista opuso el cristianismo la libertad de conciencia.

«Pues haced ahora lo mismo; quizás se renueven aquellos tiempos en que la pitonisa descendió de su trípode olvidando al dios Natura-

leza, y en la tribuna religiosa brillaran Gregorios, Naciancenos ó Crisóstomos, aquellos grandes modelos á cuya elocuente voz se deshacían los antiguos errores como la nieve al sol; aquellos tiempos en que las hordas del Norte venían sobre caballos negros como la noche, dejando tras sí una estela de destrucción como los ángeles exterminadores del Apocalipsis, y la mano del sacerdote, la mano de san Gregorio, la mano de san Leon, llovían sobre ellos el agua del bautismo, les hacían cristianos y bautizaban la cuna de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, la cuna del mundo moderno.

«Yo me adelanto y digo al Sr. Manterola: antes de irse de aquí, nos debe á todos una oración á Dios. Si yo fuera sacerdote, si yo fuera como S. S. clérigo, si yo representase aquí con algún título al cristianismo, como en algunos momentos esta cámara, que por las cuestiones que trata se convierte en un templo, y por su ministerio en un sacerdocio, levantaría mis manos á Dios y le diría: bendice á estos legisladores que establecen la libertad religiosa, que es parte de tu amor; bendice á estos legisladores que reconcilian á todas las clases, á todas las gentes; bendice á estos legisladores porque delante de ellos no hay, como no hay delante de tu poder, judíos ni paganos, sino hombres; bendice á estos legisladores porque al realizar las grandes ideas se acercan á tí, realizando sobre la faz de la tierra los dos principios esenciales de tu ser, incomunicable y perfecto: tu amor y tu justicia. (*Grandes aplausos.*)»

XLIV.

El 11 de Diciembre de 1869 pronunció otro brillante discurso sobre la política general del gabinete. Prim era ministro de la Guerra, y Sagasta de Gobernación. La insurrección carlista había sido vencida: la republicana también. Zaragoza, Valencia y otras ciudades lloraban silenciosamente la derrota que habían sufrido, y se vendaban las heridas que aun brotaban sangre. El ministerio había obrado demasiado dictatorialmente. Había roto las leyes hechas poco ha. Había disuelto milicias: había depuesto á tiros ayuntamientos: deportado á la Carraca republicanos: prohibido los gritos y lemas en que apareciera la palabra república: falseado las garantías constitucionales: publicado circulares sofísticas como las de Sagasta y dicho por boca de este mismo que los derechos individuales le pesaban *como una losa de plomo*. Se trataba de preparar el advenimiento de Amadeo de Saboya, y el ministro de la Guerra pedía 80,000 hombres, como si las bayonetas y los reyes tuviesen por precisión que ir juntos siempre.

Dijo sobre la milicia:

«Los anales gloriosos de la independencia, y los no menos gloriosos de la guerra civil, llenos están de sacrificios hechos por la Milicia Nacional en aras de la libertad; y los nombres de Lucena, de Ceniceros y de Gandesa se mezclan en la memoria agradecida de los pueblos con los

nombres del Bruch, de Zaragoza y de Gerona. Ha separado siempre, ha distinguido siempre al partido progresista del partido moderado la institución de la Milicia nacional. Mientras duró la guerra civil quisieronla todos, los moderados por egoísmo, y los progresistas por entusiasmo. Pero vino la paz, y el partido moderado aspiró al desarme, mientras el partido progresista á la conservación de la Milicia. Mantuvo á esta armada desde 1840 á 1843. En cuanto la reina entró en la mayor edad, y Narvaez y Gonzalez Bravo en el poder, la Milicia fué disuelta. Trascurrieron los once años de martirio. Agotada la paciencia pública, los generales de Vicálvaro se insurreccionaron. Todos sabéis lo que á la sazón sucedió. Prometieron en su primer programa moralidad administrativa, restauración del régimen parlamentario: nadie los oyó. Prometieron mas tarde Milicia nacional, y la Nación entera respondió á su grito. En cuanto vinieron allá por 1856 condiciones contrarias á nuestras condiciones políticas, la Milicia nacional, por una fatalidad ineludible, quedó disuelta. En cuanto desapareció la reina de España, reapareció en nuestros campos y en nuestras ciudades la Milicia nacional.

«Lo mismo ha sucedido en Francia. La Milicia nacional derribó la Bastilla. La Milicia nacional combatió en Valmy al son de la Marsellesa, el *Te-Deum* de la libertad. La Milicia nacional expulsó al rey de las Tullerías en la noche del 10 de agosto, noche de tempestad sublime, en que murieron quince siglos de errores. La Milicia nacional desapareció en cuanto dió su golpe de Estado el despotismo militar. La Milicia nacional renació en 1814 cuando el despotismo militar se

declaró impotente para salvar á Francia de las garras del extranjero. La Milicia nacional cayó de nuevo en cuanto subieron otra vez al trono los Borbones, esos eternos extranjeros á la civilización y al progreso del mundo. La Milicia nacional renació con la revolucion de julio, llevando á su cabeza á Lafayette. La Milicia nacional se fortificó en febrero con la república, y volvió á caer en la oscuridad cuando cayeron las libertades democráticas, asesinadas con el mismo puñal que la república. Y ahora, en el momento que aparece una fracción radical en la Asamblea francesa, su primer grito ha sido: «Para guardar la representación y el voto de los pueblos, que venga aquí á nuestras puertas la Milicia Nacional.»

«Algún dia la desgracia vendrá; y por el camino que vamos la tendremos todos muy merecida. Entonces invocareis la Milicia nacional; entonces no la encontrareis, y yo fio en Dios que entonces habeis de oír el grito del primer fratricida: «Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?»

La izquierda, al pronunciar estas palabras, estalló en una salva de nutridos aplausos.

No escaseó elogios á la monarquía. Como historiador imparcial, viendo los beneficios que en pasados tiempos trajo á la nacionalidad española, no pudo menos de esclamar:

«La monarquía, Sres. Diputados, os lo dice un republicano, la monarquía ha tenido una gran razon de ser en la historia.

«La monarquía ha peleado en Covadonga, en la

Peñas de San Juan, en las Navas de Tolosa, por la tierra que pisamos; la monarquía ha combatido en el Fuero Real, en las Partidas, en el ordenamiento de Alcalá, en todas sus grandes leyes; ha combatido y ha encadenado el feudalismo. Lo que sucede es que, concluido su ministerio en el mundo, perece: le sucede lo que á los grandes cuerpos: de ella no queda mas que un cadáver insepulto, que es corruptor, porque está muy corrompido. Pero, Sres. Diputados, mientras vivía, mientras respiraba, animábase en las grandes corrientes de ideas que hay siempre en la mente de un siglo, y todos la respetaban, porque todos creían deberle algo. El monje recordaba que bajo el manto real nacieron sus monasterios, y que bajo la advocacion real se consagraron sus concilios: el noble recordaba que su pendon y su caldera habian seguido al pendon real, y de las pródidas manos del rey habia recibido el botin de la victoria: las Cortes recordaban que sus privilegios se habian constituido en forma de humildes peticiones elevadas al solio: los pecheros recordaban que del troton real, todavía espumante y sudoroso de la batalla, habian caído las cartaspueblas, el bautismo de las libertades populares: las familias adormecian á sus pequenuelos con el romance de la Conquista de Toledo, ó de la Vega de Granada: los pintores trazaban la imágen del rey al lado de la imágen de los Santos: los poetas escribian *El mejor Alcalde el Rey ó El Rico-hombre de Alcalá á los pies del rey Don Pedro*: el guerrero que luchaba en lejanos climas, y el navegante que descubria nuevos mundos, al dirigir al cielo su primer oracion matinal sobre las tablas de sus carabelas, ó sobre las piedras de su

campamento, confundian con el nombre del rey el nombre de Dios y de la patria.»

Pero viendo despues que el prestigio monárquico habia desaparecido, y que la familia que legitimamente le habia representado era ya impotente para hacerlo por el envilecimiento en que habia caído por sus vicios y por sus crímenes, añadió:

...«Y vosotros habeis empleado todas esas circulares, todas esas guerras, todos esos desarmes; lo habeis salpicado todo de sangre; y todo ¿por qué? Por restaurar el prestigio monárquico que ha muerto; ¿y á quién quereis nombrar para restaurarlo? Al Duque de Génova. ¡El Duque de Génova! Apenas puedo creer en tal demencia.»

«Cuando lo traigais; cuando le hagais recorrer el suelo de la patria, llevadle á Cádiz, llevadle allí, el antiguo suelo de nuestra libertad, donde empezó la revolucion de setiembre, y enseñadle los huesos de los liberales que todavía blanquean en el Trocadero; enseñadle las bombas que todavía están clavadas en las patrias playas, y decidle; «Estas bombas las ha arrojado tu abuelo sobre Cádiz, para restaurar la infame autoridad de Fernando VII, y el poder horrible de la monarquía absoluta.»

En 23 de Marzo de 1870 pronunció un discurso contra las quintas del cual extractamos los siguientes párrafos:

«Señores, la verdad es que los pueblos tienen

mucha razon en este asunto, inmensísima razon. Empecemos porque el primer domingo de Abril, es un dia nefasto en todas partes: continuemos por esta triste iniquidad de la lotería fúnebre, por la cual se arranca el corazon á unos mientras que á otros se les llena de alegría, y los que se alegran tienen que alegrarse de la desgracia de sus hermanos: sigamos porque salen de su casa los jóvenes, en la edad en que son mas necesarios á sus padres y en que las primeras pasiones se arraigan en la tierra, por lo cual sufren mas tarde una nostalgia que suele matar á muchos soldados en toda España: continuemos por la injusticia irrisantísima que hay aquí, en esa contribucion anti-democrática, en esa contribucion anti-humanitaria, (y por eso decimos que es una contribucion inicua), la injusticia de que la paga el pobre y no la paga el rico, cuando el pobre necesita mas de sus hijos que el rico, porque los ha criado para que empañen con el sudor de su frente el campo, y le dé sus frutos, para que trabajen en el taller y le den su sustento en el momento mismo en que las fuerzas de su alma, como las de su cuerpo decaen.»

«Por lo tanto, señores diputados, la quinta tiene una porcion de inconvenientes que no podreis salvar sino ahogando la opinion; y cuando ahogéis la opinion, habeis ahogado con ella la revolucion de Setiembre.»

«No hablaré, señores, del sistema prusiano: Prusia es una nacion que ha debido sus grandes progresos á los hechos capitales de la civilizacion moderna, sobre todo á la paz de Westfalia,

á la reforma religiosa y á la gran guerra de las nacionalidades. ¿Cómo ha conseguido este progreso? Improvisándose en el siglo pasado como una gran potencia militar: el mundo apenas tenia noticia de lo que era aquella potencia, cuando apareció desconcertando los ejércitos de los reyes y de los emperadores. Yo, señores, tengo aquí un libro que he buscado en la biblioteca, que es un informe sobre el ejército prusiano, en el cual se dice que el secreto de todas las victorias de la Prusia consiste en que aquel ejército es un ejército de ciudadanos. Yo sé muy bien que hay una parte de ejército permanente; pero sé muy bien que el núcleo del grande ejército prusiano, es el soldado ciudadano, es el catedrático, el diputado, el abogado, el médico, que cuando la patria peligra van al campo de batalla, se encuentran frente á frente con los soldados mecánicos de Bendeck, con los soldados del Austria, perfectos modelos de disciplina, y aquellas milicias ciudadanas ganan la batalla de Sadowa.

«Napoleon jamás habia ideado una batalla como la de Waterlloo: en aquel gran dia en que él creyó que iba á renovarse el sol de Austerlitz, buscaba en los límites del horizonte á los generales, al general Crouchy, y se encontró con el general Blücher; y entre Blücher, general del ejército prusiano, y Wellington, general de voluntarios, destruyeron al coloso, al Prometeo, que fué á espirar en la isla de Santa Elena.»

¿Y sabéis lo que Napoleon decia en aquellos momentos terribles en que toda Europa se abalanzaba sobre Francia? Decia á los franceses: ¡Oh! ¡Si hubiera aquí, si hubiera aquí, en Fran-

cia aquellos ejércitos de voluntarios, aquellas partidas que habia en España y que vencieron en España!»

«¿Y por qué no habia eso en Francia? Por la misma razon, señor general Prim, de que un dia no hubo en Roma defensores contra los germanos al espirar el imperio, porque César, su fundador, creó un ejército completamente de pretorianos, un ejército de galos, que mas tarde fué de varias naciones; y este no era un ejército de ciudadanos, estaba completamente separado de la ciudad: era el ejército de César, de Antonio, de los últimos emperadores; no era ciertamente el ejército de Roma, y como no era el ejército de Roma, la dejó morir infame prostituta, porque habia envilecido á sus padres.»

«Pues bien; lo mismo, exactamente lo mismo sucedió en Francia cuando la grande invasion. ¿Qué diferencia entre los ejércitos voluntarios y los ejércitos de la quinta! Los ejércitos de voluntarios han vencido en Valmy y en Jemmapes al son de la Marsellesa; muchos de ellos no llevaban ni siquiera uniforme. Los alemanes cuentan todavía el terror que les inspiraban aquellos ejércitos de voluntarios franceses, los cuales llevaban hasta gorros de señora, porque no tenian otra cosa con que cubrirse; y sin embargo, al son de la Marsellesa vencieron á los ejércitos de los principales reyes de Europa.»

«¡Las quintas! No hay reflexion, no hay reflexion que baste á medir todos sus males, á calcular todas sus deletéreas consecuencias. La quinta interrumpe la vida del trabajador; la

quinta le aparta de la familia; la quinta le priva de desarrollar los sentimientos mas caros del corazon, los sentimientos de la patria y de la familia; la quinta le desarraiga del pueblo y del hogar. El dia de la quinta es un dia funesto para todas las ciudades y todas las campiñas.

«El dia de la partida de los quintos es un dia de luto para miles de corazones que desde aquel dia dejan de considerar á la patria como madre y la toman como madrastra.»

ALERE FLAMMAM
VERITATIS
XLV.
El discurso que pronunció el 24 de enero de 1870 pidiendo la inhabilitacion de los Borbones para ejercer la dignidad de jefe del Estado, bien merece que copiemos de él algunos párrafos para que los conozcan nuestros lectores. Hélos aquí;

«Señores Diputados, ó la Asamblea Constituyente no significa nada, no representa nada, no es nada, ó significa ó representa ó es la Revolucion de setiembre. Y la revolucion de setiembre se preparó, la Revolucion de setiembre se condensó, la Revolucion de setiembre se consumó al grito universal, que solo parecia negativo poder de una familia, y que, en realidad, era afirmativo de todas nuestras libertades: al grito de ¡Abajo los Borbones!

«Los partidos populares que tantas veces habian manifestado la urgencia de reformar esta sociedad, casi teocrática en su pensamiento, casi absolutista en su gobierno, casi oligár-

quica en su administracion, jamás fueron oídos con tanto entusiasmo, ni secundados con tanto ardor, como el dia en que se unieron todos para poner su mano sobre la clave histórica de nuestra servidumbre, sobre la corona de los Borbones. Para hacer prevalecer esta política fué necesaria de nuestra parte gran fé, gran abnegacion; pero tambien demente espíritu reaccionario, ceguera implacable de parte de nuestros eternos enemigos, los Borbones. Vosotros, los que me escuchais, heridos unos en vuestra dignidad de diputados, atropellados otros en vuestros derechos de ciudadanos, y conducidos á los remotos climas del Africa en la estacion de las tormentas: ora presos sin formacion de causa: ora, por haber sido audaces á decir la verdad ante un poder que se creia omnipotente é infalible, sepultados en los horribrosos presidios-españoles: errantes los mas, sin familia, ni hogar, sin esperanza de morir bajo el cielo natal, contemplad todas las heridas, aun no cicatrizadas, que llevais en el cuerpo y en el alma, y medid por ellas los esfuerzos que fueron necesarios, esfuerzos supremos, esfuerzos titánicos, para plantear en la tribuna, y sobre todo en la prensa, la idea de destronar á los Borbones y realizar esta idea en una revolucion, que, sean cualesquiera sus errores, sus dudas, sus desmayos, sus perturbaciones, males congénitos á toda renovacion social, está destinada, tan solo por haber lanzado de aquí un poder viejo y canceroso, está destinada á ser el principio de una nueva era de libertad y por consecuencia de progreso para nuestra hermosa y desgraciada patria.»

Explicando las causas de la revolucion de setiembre, decia:

«No busqueis las causas de la revolucion de setiembre en los hechos materiales que la han ocasionado: buscadlas en las ideas impalpables que de antiguo han surcado la conciencia humana. Este movimiento, resultado lógico del intenso movimiento de esa revolución social, en la cual van embarcadas las sociedades humanas desde hace cuatro siglos.

«La revolución comenzó por prepararse un teatro en el globo: comenzó por los descubrimientos, por el descubrimiento de la pólvora, que venció resistencias de la tierra: por el descubrimiento de la brújula que venció resistencias en los mares: por el descubrimiento de América que redondeó el planeta: por el descubrimiento de la imprenta, que dominó el tiempo, y el descubrimiento del telescopio que ensanchó los espacios.

«Inmediatamente la revolución comenzó en la segunda esfera de la vida, en el sentimiento, y por consecuencia, en el producto mas inmediato del sentimiento, en el arte. Los titanes del renacimiento, al crear una nueva forma, lo que en realidad han creado ha sido una humanidad nueva, libre de las maceraciones de la edad media, y en cuyo organismo poderoso, atlético, no se descubre ni la sombra del pecado original, ni el terror al infierno.

«Mas tarde la idea revolucionaria subió un grado, subió por su propia impulsión á la esfera religiosa, y vino la reforma. La voz de los pontífices fué reemplazada por la voz de la conciencia.

«Mas tarde, la revolución subió otro grado y llegó á la filosofía, lo mismo á la trascendental que á la inmanente, lo mismo á la inspirada en las ideas puras que á la inspirada en la experiencia, y las antiguas leyes teológicas desaparecieron ante las eternas leyes de la razón emancipada. ¿Cómo se tradujo, señores Diputados, todo ese movimiento en la sociedad humana, que al fin y al cabo no es mas que una grande condensación de ideas? Se tradujo por la universal revolucion política.

«En efecto, la revolución, que estaba hecha en la tierra ó en la industria, en el sentimiento ó en el arte, en la religion ó en la conciencia, en la filosofía ó en la razón, se hizo en la sociedad: y entonces, señores, fué necesario echar mas ó menos pronto de todas las naciones europeas á todas las dinastías tradicionales é históricas que representaban la antigua y ya imposible concepcion del poder.

«En cuanto estas históricas familias reales vieron y consideraron que la filosofía atacaba al derecho divino, se convirtieron todas, absolutamente todas, en amigas del sacerdocio, que predicaba la sumision á su autoridad indiscutible. En cuanto consideraron que los pueblos deseaban mermar su autoridad absoluta, se convirtieron todas, absolutamente todas las dinastías históricas en enemigos de sus pueblos y amigas de los reyes extranjeros. Así es que todas las dinastías de derecho divino, todas las dinastías históricas, todas las dinastías tradicionales, que no han entrado sino para combatir en el período de la gran revolucion democrática, to-

das, lo mismo las inglesas que las francesas, lo mismo las francesas que las italianas, lo mismo las italianas que las españolas, todas son enemigas de estas dos grandes ideas, de la idea de libertad y de la idea de patria.

«¿Por qué cayó el primer Estuardo? Por su complacencia con los poderes teocráticos. ¿Qué buscó en su desgracia Carlos I? Las naves que debían conducirle á Francia. ¿Qué buscó Jacobo II en su destierro? La intervencion francesa. ¿Qué buscaron sus descendientes? Los ejércitos de Luis XIV ó las escuadras de Felipe V. Y lo mismo, exactamente lo mismo, sucedió en Francia. ¿Por qué rompió Luis XVI la armonía entre el trono y el pueblo? La rompió, señores Diputados, por su resistencia á la ley de los clérigos no juramentados. Y luego ¿qué buscó en su fuga á Varennes? Buscó, señores Diputados, al extranjero, buscó las bayonetas extranjeras, aunque estas bayonetas hubieran de clavarse en el corazón de Francia. Así es que cuando los Borbones volvieron, volvieron por la intervencion extranjera: así es que la presencia de los Borbones en las Tullerías significaba el caballo del Don, del Pruth, del Danubio, abrevándose en el Sena, en el rio de las revoluciones. Mientras los Borbones mandaron, ondeó sobre las torres de Nuestra Señora la bandera blanca, el sudario de la independencia francesa: y el dia en que los Borbones se fueron, reapareció la bandera tricolor, la gran bandera de las nacionalidades y de la democracia.»

El dia 3 de noviembre de 1870 pronunció el gran orador otro de sus mas magestuosos discursos. Ya no se trataba en hipótesis de D. Fernando

el Coburgo, ni del Duque de Montpensier, ni del príncipe Hohenzollern. El Ministerio habia presentado resueltamente la candidatura del Duque de Aosta, cuando ya no podia impedirlo Napoleón, por haber bajado ya del Capitolio de las Tullerías. Castelar presentó un voto de censura contra el ministerio por haber presentado este candidato al trono. No habia candidato español: el general Espartero no quiso aceptar una corona que hubiera pesado sobre él lo mismo que los derechos individuales sobre Sagasta. Este discurso puede ponerse al lado del pronunciado contra Manterola.

A Prim le dijo que sobre su conciencia pesaba la sangre derramada en la guerra franco-prusiana, porque él habia dado á aquellas dos naciones el pretexto para batirse: la candidatura de Hohenzollern. A los monárquicos de circunstancias que poblaban el Congreso, que tenían el corazón rebozando ira contra los reyes. Al país, que la nueva monarquía sería efímera y duraría poco. Pintó los diversos viajes de Prim en busca de un rey, primero á D. Fernando, que le desdenó por parecerle mas llevaderas las caricias de las bailarinas que los peligros del trono; luego al gentil niño, al colegial de Harroun, á Amadeo, que le desdenó, porque su tutor Napoleón no se lo consentía: despues á Alemania, mas tarde á Espartero: otra vez, por último, al hijo de Víctor Manuel.

«Yo he visto, decia, á la mayoría de esta cámara, indiferente á un rey del Norte ó del Sur, de las regiones boreales ó de las regiones tropicales, germano ó latino, mayor ó menor de edad;

dispuestos por el sultan de Constantinopla ó por el emperador de Marruecos, á correr los azares de una guerra civil, de una guerra extranjera, con tal que no se exigiese ninguna creencia á su espíritu vacío, ningun sacrificio á su empedernido egoismo.»

Prim decía que las Córtes le empujaban á buscar un rey, fuera quien fuera, y lo cierto del caso era que él quería traer un rey para sí y para su partido. Quería vincularse en el poder, como los moderados en otro tiempo. Castelar le señalaba el suelo patrio, el espíritu aventurero é inquieto de nuestros nacionales y exclamaba:

«Recorred nuestro suelo, y no encontrareis piedra que no lleve una señal de esta idea, que es como el fuego creador de la nacionalidad española. Recorred nuestras provincias, y no encontrareis ninguna que no haya aportado algo á la independencia nacional. Los vascos se creen brotados como las plantas en aquel suelo: dan á su lengua la ancianidad del hombre y á sus repúblicas la ancianidad de la tierra, y se jactan de no haber mezclado jamás su sangre con extranjera sangre: los cántabros y los asturianos recuerdan que ellos fueron los últimos en postrarse ante los antiguos Césares, y los primeros en declarar la guerra á los Césares modernos: los gallegos saben que con sus hondas dispersaron á los normandos, y con sus chuzos contribuyeron á rescatar á Portugal: Castilla cree que el mas grande entre sus hijos es el guerrillero que mató mas soldados conquistadores: y Navarra que es Mina el primero de sus hijos: Madrid solo celebra

el dos de Mayo: Andalucía no enseña sus preseas artísticas, sino en los montes, las Navas; al comienzo de las llanuras, Bailén; y allá, mas lejos, en los límites del horizonte, Cádiz: Valencia guarda su Sagunto, Aragon su Zaragoza, Cataluña su Gerona; y por eso cuando los pueblos padecen, cuando los conquistadores vienen, cuando la independencia de las nacionalidades se eclipsa, cuando Fichte quiere despertar á los alemanes contra Napoleon, ó Victor Hugo á los franceses contra el rey Guillermo, cuando Byron toma en una mano la lira de Tirteo y en la otra la espada de Leonidas para salvar la independencia de Grecia, todos los hombres, todos los pueblos, lo mismo los cosacos de Moscow que los atenienses de París, todos vuelven hácia esta tierra los ojos, y todos enseñan, mostrando á los suyos nuestras ruinas humeantes, cómo se pelea contra los invasores, y cómo se muere por la libertad y por la patria.»

Honda sensacion produjo este discurso. Pero como quiera que las mas grandilocuentes oraciones sirven solo para espresar las quejas de un partido ó las aspiraciones de la opinion, Prim y Ruiz Zorrilla dijeron tácitamente á los republicanos lo que Gonzalez Bravo habia dicho con su soberbia reaccionaria á las oposiciones; «¿Vosotros decís que sí? Pues yo digo que no. Ahí está la mayoría.» La contestacion á este discurso fué la venida de Amadeo de Saboya.

XLVI.

Castelar ha solido dedicar muchos veranos á recorrer las provincias, haciendo en ellas notable y extraordinaria propaganda. No es este uno de sus menores méritos. A costa de incomodidades, y de grandes gastos á veces, suele recorrer en el estío estas ó las otras capitales de provincia. Pronuncia discursos; escita á los republicanos antiguos y crea otros nuevos; impulsa la creacion de centros del partido y derrama la vida y la fé democrática allí donde se presenta. Esto hizo el verano anterior á la insurreccion republicana.

El partido en general, queria luchar. Un poco ideal, y soñador, creia que, por efecto de la activa propaganda hecha desde el 29 de setiembre, no habia un español que no fuera republicano, y que lo mismo sería lanzar el grito de rebelion que vencer en toda la línea; sueño que costó mucha sangre. La minoría republicana se veia hostigada, acosada, impelida á la lucha. Las sociedades y los clubs ejercian sobre ella una presion constante y obstinada. Habia algunos diputados, Joaristi, entre ellos, el gran Joaristi, que tenia algo de Juarez en la energía de su carácter, y que aun cuando se equivocara, no podemos menos de reconocer sus escelentes prendas; habia algunos diputados, digo, que querian la lucha, pero una buena parte de la minoría la creia fatal, inútil para el presente, pues que no daría los resultados apetecidos, y para el porvenir de mala enseñanza para los demás partidos, pues que era en-

señarles el camino de la violencia cuando los derechos naturales estaban amparados, si no del todo, en gran parte por lo menos, y usando de ellos y no de los fusiles, debia aspirarse al triunfo de la idea republicana. Sea de esto lo que quiera, la lucha se decidió.

Para avivar el sentimiento republicano: para caldear las almas de los que le oyeran: para encender en los pechos el volcan de la ira contra la institucion monárquica y contra el extranjero que viniera á sentarse en el podrido trono de los Borbones, marchó Castelar á las provincias aquel verano. Estuvo en varios puntos y recogió en todas partes extraordinaria cosecha de laureles. Estuvo tambien en Zaragoza. ¡Qué entrada! ¡qué ovacion! ¡qué entusiasmo! ¡qué alegría! ¡qué júbilo! ¡Qué discurso pronunció tan maravilloso! Hizo á los zaragozanos prometer y jurar que morirían antes que consentir un rey extranjero, y él les prometió estar con ellos el dia de la lucha.

La insurreccion tuvo lugar, pero tan mal dirigida como mal organizada. Miles de hombres se levantaron al grito de «viva la república.» Joaristi, enfermo y todo, se puso al frente de numerosa legion. Suñer y Capdevila aunque deplorando el movimiento, hizo lo mismo y otros muchos lo propio. La hora del compromiso habia llegado: era preciso olvidarse un momento de las ideas é ir á dejarse matar, si otra cosa no podia ser, al pié de una barricada. Las principales ciudades iban levantándose y cayendo una á una bajo el filo de la espada de Prim. Zaragoza se insurreccionó. ¡Qué lucha hubo! Yo no conozco, para luchar, en el mundo, otra ciudad tan heroica como Zaragoza. Hubo momentos en que los zara-

gozanos tomaron algun cañon navaja en mano solamente. Fué aquello un delirio, como se han visto pocos. Segun la rabia con que atacaban los zaragozanos, parecian los mismos de la guerra de la Independencia; y segun el encono que les animaba contra los soldados españoles, parecian estos soldados franceses. Durante la lucha se decian unos á otros: «Está ahí Castelar? ¿Ha llegado ya Castelar? No puede faltar, pues que nos ha prometido venir á morir con nosotros.» Sin embargo, Castelar no fué: no se movió de Madrid. Vencida ya Zaragoza; muertos los mejores republicanos; convertida la ciudad en una Varsovia; desmenuzado el ideal republicano por las herraduras de los caballos; muerta la ciudad inmortal, se dijo que algunos zaragozanos habian venido á Madrid para matar al gran orador donde quiera que le encontrasen, y que este habia estado encerrado en su casa, y sin dejarse ver de nadie, por unos cuantos dias.

¿Faltó Castelar? Yo, que tanto le admiro y que no le he escaseado los elogios; yo, que creo que genio oratorio como el suyo no hay otro en el mundo, yo no puedo menos de decir; «Faltó:» comprometer á un pueblo de heroes para una batalla y luego faltar á ella, es criminal. Castelar no es hombre de lucha, esto está probado, y él mismo no lo niega. Los hombres de pensamiento no suelen serlo de accion. Pí al frente de una barricada sería un sér soberanamente inútil, y al frente del gobierno es un hombre tan enérgico como apto. El valor material se tiene cuando se tiene, y no se tiene por quererle tener. En mi sentir es cuestion de nervios, de organismo y de sangre. Castelar debió tener esto en cuenta y no

comprometerse á una cosa que no podía cumplir. Castelar se dejará matar, como los senadores romanos por los galos, sobre un escaño del Congreso el dia que le invada una turba enfurecida: Castelar se hubiera dejado atenecear, descuartizar sobre su cátedra, cuando Narvaez le arrancó de ella: Castelar corrió la terrible noche del 23 de abril último, por salvar á los diputados radicales, verdaderos peligros, y sin embargo, Castelar no será capaz nunca de ponerse al frente de cuatro hombres que lleven fusiles. Tiene el valor cívico, el valor moral como nadie, y no tiene el activo. Y si le tuviera, es probable que no fuera el Castelar orador, tribuno, literato, que el mundo admira, sino un vulgar guerrillero, de esos que en España brotan de cada mata de los campos y de cada piedra de las calles. La verdad es que no se tienen unas facultades en la vida sino á espensas de las otras. El mismo lo ha dicho en la vida de Lord Byron: «Indudablemente los hombres no saben que es imposible tener grandes cualidades sin tener tambien grandes defectos. No saben que toda virtud extraordinaria, que todo mérito sobresaliente nacen de un desequilibrio entre las facultades humanas. No saben que la perfeccion del oido se relaciona con la imperfeccion de la vista, y á veces la perfeccion de la fantasía con la imperfeccion de la conciencia.»

Quédese cada uno en su lugar; ocúpese cada uno en su trabajo; cultive cada uno sus facultades especiales. Nada de inmiscuirse en la obra de los otros. Nada de intrusarse en el trabajo de los demás. Las grandes catástrofes históricas provienen muchas veces de esto. El ridículo nace de la desproporcion entre el objeto que se quiere

realizar y la falta de medios para realizarle. Los oradores en el Parlamento: los hombres de acción en las barricadas. Si Castelar hubiera tenido esto en cuenta no habría prometido ir á pelear á Zaragoza; pero sin duda, en los momentos que lo prometió, no fué él el que habló, sino su fantasía, y la fantasía es sirena engañadora y falaz. Si Castelar hubiera hecho lo que Pí, callarse y no prometer nada, hasta este capítulo de nuestro libro sería innecesario.

De todas suertes esta es la única falta grave que hallamos en la vida del mas puro é intachable de nuestros hombres públicos. ¿No serán parte á desvanecerla sus méritos, sus trabajos, sus sufrimientos por la causa de la democracia? Creemos que sí.

XLVII.

Después de la venida de Amadeo de Saboya empezó otra época de lucha. Prim, que en medio de sus afanes monárquicos y sus esplendores orientales, tenía grandes cualidades, había sido infamemente asesinado. El partido progresista se quedó sin jefe. La unión liberal se aprovechó del asesinato y escaló el poder. Cayó, y Ruiz Zorrilla subió al ministerio. En el poco tiempo que en él estuvo, creóse grandes simpatías: parecía que el antiguo partido progresista resucitaba é iba á hacer cosas extraordinarias. Pero un día, por una sorpresa, de esas á que son tan aficionados los conservadores, como que al fin y al cabo la Cámara era de estos, un día, el primer ministerio

Zorrilla, cayó. Perdida una votación, presentaron en masa sus dimisiones los ministros. Hubo una gran manifestación en favor de estos, pero no sirvió mas que para hacer constar las simpatías de la clase media en favor de los radicales. Vinieron otra vez los conservadores. Sagasta era el ángel malo de todas estas situaciones: el Gonzalez Bravo de los conservadores de la revolución. Ya, en tiempos de Prim, había sostenido en el periódico *La Iberia* la candidatura Montpensier y á él le atribuyó siempre la opinión aquella famosa transferencia de los dos millones, los dos apóstoles, como los llamaron los periódicos, sacados de la Caja de Ultramar y gastados en hacer unas elecciones. Subiendo la marea de la opinión, escandalizado todo el mundo de aquel espíritu de reacción que jamás, para su desgracia y la del país, jamás ha abandonado al partido conservador: amenazados los derechos individuales: presente el convenio de Amorevieta, tan inútil: seguidos los antiguos procedimientos rentísticos, tan perjudiciales: Amadeo de Saboya mudó de criterio y llamó á los radicales otra vez. Pero los radicales defraudaron en parte las esperanzas que su primera entrada en el ministerio había hecho concebir. Y sin embargo, hicieron mucho. El establecimiento del jurado y la abolición de la esclavitud en Puerto-Rico, serán los dos grandes títulos de gloria de este partido. Pero Amadeo de Saboya estaba hastiado de los odios y de las recriminaciones de los partidos: la reina violenta por tener que sufrir la presencia de los radicales, á quienes había llamado *canalla*: Dragonnetti, disgustado con su propio disgusto y el de sus señores. La abdicación cayó como una bomba sobre el ministerio,

realizar y la falta de medios para realizarle. Los oradores en el Parlamento: los hombres de acción en las barricadas. Si Castelar hubiera tenido esto en cuenta no habría prometido ir á pelear á Zaragoza; pero sin duda, en los momentos que lo prometió, no fué él el que habló, sino su fantasía, y la fantasía es sirena engañadora y falaz. Si Castelar hubiera hecho lo que Pí, callarse y no prometer nada, hasta este capítulo de nuestro libro sería innecesario.

De todas suertes esta es la única falta grave que hallamos en la vida del mas puro é intachable de nuestros hombres públicos. ¿No serán parte á desvanecerla sus méritos, sus trabajos, sus sufrimientos por la causa de la democracia? Creemos que sí.

XLVII.

Después de la venida de Amadeo de Saboya empezó otra época de lucha. Prim, que en medio de sus afanes monárquicos y sus esplendores orientales, tenía grandes cualidades, había sido infamemente asesinado. El partido progresista se quedó sin jefe. La unión liberal se aprovechó del asesinato y escaló el poder. Cayó, y Ruiz Zorrilla subió al ministerio. En el poco tiempo que en él estuvo, creóse grandes simpatías: parecía que el antiguo partido progresista resucitaba é iba á hacer cosas extraordinarias. Pero un día, por una sorpresa, de esas á que son tan aficionados los conservadores, como que al fin y al cabo la Cámara era de estos, un día, el primer ministerio

Zorrilla, cayó. Perdida una votación, presentaron en masa sus dimisiones los ministros. Hubo una gran manifestación en favor de estos, pero no sirvió mas que para hacer constar las simpatías de la clase media en favor de los radicales. Vinieron otra vez los conservadores. Sagasta era el ángel malo de todas estas situaciones: el Gonzalez Bravo de los conservadores de la revolución. Ya, en tiempos de Prim, había sostenido en el periódico *La Iberia* la candidatura Montpensier y á él le atribuyó siempre la opinión aquella famosa transferencia de los dos millones, los dos apóstoles, como los llamaron los periódicos, sacados de la Caja de Ultramar y gastados en hacer unas elecciones. Subiendo la marea de la opinión, escandalizado todo el mundo de aquel espíritu de reacción que jamás, para su desgracia y la del país, jamás ha abandonado al partido conservador: amenazados los derechos individuales: presente el convenio de Amorevieta, tan inútil: seguidos los antiguos procedimientos rentísticos, tan perjudiciales: Amadeo de Saboya mudó de criterio y llamó á los radicales otra vez. Pero los radicales defraudaron en parte las esperanzas que su primera entrada en el ministerio había hecho concebir. Y sin embargo, hicieron mucho. El establecimiento del jurado y la abolición de la esclavitud en Puerto-Rico, serán los dos grandes títulos de gloria de este partido. Pero Amadeo de Saboya estaba hastiado de los odios y de las recriminaciones de los partidos: la reina violenta por tener que sufrir la presencia de los radicales, á quienes había llamado *canalla*: Dragonetti, disgustado con su propio disgusto y el de sus señores. La abdicación cayó como una bomba sobre el ministerio,

sobre las Cortes y sobre la Nación. Los conservadores quisieron prevalerse de la cuestion de los artilleros y aconsejaron al rey un golpe de Estado; pero Martos que es sagaz como Maquiavelo, conjuró el peligro llevando la cuestion á las Cortes y envolviendo en su veredicto, como en un manto, al ministerio.

¿Qué hizo Castelar en este período tan crítico? Siguió el rumbo que le marcaba la minoría republicana. Cuando gobernaban al país ministerios conservadores, su oposicion arreciaba: cuando ministerios radicales decrecía. Hizo muchos discursos en estos dos años, discursos que están en la memoria de todos. Cuando los ministerios conservadores mistificaban el sufragio, corrompian los comicios y pretendian ir secando una por una las fuentes de la libertad, Castelar decia que seria preciso acabar con aquello por la insurreccion; pero cuando los radicales iban dando, aunque despacio y con mil cortapisas, leyes reformadoras, decia que la insurreccion era un crimen y que aquel era el camino para llegar derechos y pronto á la república. Esto último no agradaba mucho á los intransigentes, á quienes agradaba oír hablar á todas horas de pólvora y de batallas, de barricadas y de combates.

Cuando tuvo lugar aquella famosa coalicion en que se unieron todos los partidos para derribar á Sagasta que hacia las elecciones, Castelar pronunció en Sevilla un magnífico discurso. No pudo pronunciarle antes de las elecciones por la interpretacion dada á la ley por el gobernador de aquella provincia. Como hemos hecho con otros, vamos á dar de este discurso á nuestros lectores los mejores párrafos.

«Ciudadanos: nunca me he visto tan perplejo como me encuentro esta tarde; yo pensaba haberos hablado antes de las elecciones, cuando mis palabras hubieran podido tener algun resultado práctico y alguna eficacia con relacion á este suceso; hoy, que las elecciones se han verificado, y gracias á la conducta brutal que aquí se sigue, solo ha sido posible el retraimiento, tan parecido al suicidio, mi discurso ha de variar de rumbo y de objeto: aunque fatigado, yo hubiera querido, yo hubiera podido hablaros el domingo anterior; pero las farisáicas interpretaciones dadas á la ley por un gobernador que va pareciéndose mucho á los procónsules romanos, (*Bien, bien*), hizo imposible el que os dirigiese la palabra.

«Hoy solo me queda un recurso, y habré de llenarlo con la lealtad sincera con que siempre he cumplido, conque siempre cumplo todos mis deberes; solo me queda al recurso de ir á las Cortes, donde la mayoría del número ahogó tantas veces la verdadera voluntad de la patria; solo me queda el recurso de ir á las Cortes para decir que en esta provincia no hay leyes, como no hay Constitucion; que se la trata como á pais conquistado: que el sufragio universal es una completa y repugnante mentira, porque el gobierno y sus agentes lo falsean y corrompen; para decir por último, que cuando todo esto pasa, cuando todo esto sucede, viene la terrible, la inevitable plaga de las revoluciones. (*Repetidos aplausos.*)

«Yo, ciudadanos, he dicho muchas veces con mi palabra, y he referido muchas veces con mi plu-

ma, lo que se siente en los largos días de la emigración; pensando allá en nuestra querida España, exclamaba: Todo el planeta es tierra, pero no es la tierra cuyo jugo tenemos en nuestra sangre; todo el aire es respirable, pero no es el aire donde oímos el primer suspiro de nuestros mayores y el primer suspiro de nuestro amor; todas las ciudades tienen hogares, pero no son los hogares donde viven y palpitan nuestros recuerdos; todos los hombres son nuestros hermanos, pero no todos hablan la armoniosa lengua española; y por eso después de haber contemplado la libertad realizándose en Suiza, la idea centelleando en Alemania, el espíritu moderno condensado en Francia, los milagros del trabajo en Inglaterra y los milagros del arte en Italia, nuestros ojos se volvían tristes hacia la tierra donde el sol se pone, y concentrábamos todos nuestros deseos en la esperanza de que nuestros huesos reposaran aquí, aunque no tuvieran más epitafio que la yerba de los campos; porque no hay, ciudadanos, un amor más grande, más sublime que el amor a la patria. Y yo debo decirlo, sin que sea lisonja: para mí, hijo del mediodía, la región de mi nostalgia era la región andaluza.

«Cuando contemplo este Océano de éter extendido sobre nuestras cabezas; cuando veo esta mágica luz que pinta, esculpe, borda y esmalta vuestros maravillosos monumentos; cuando respiro este aire lleno de armonías inefables y de embriagadores aromas, porque aquí cada planta es una floresta y cada flor un pebetero; cuando oigo esos cantos melancólicos como el rumor de la ola que blandamente muere en la playa, se-

mejante al lloro de las razas proscritas repetido por sus profetas; cuando considero tantas maravillas, dígame: yo amo esta tierra, no porque fuese la tierra del vellocino de oro de los fenicios; no porque fuera el Eliseo de los griegos y el Eden de los árabes; no porque parezca la renovación del paraíso, sino porque hay, como ya dije, una estrecha armonía entre su naturaleza y mi espíritu, y hé aquí por que quiero que así como en ella ví por primera vez la luz, en ella también reposen mis ignoradas cenizas. (*Repetidos y prolongados aplausos.*)

«Si, ciudadanos; cada época tiene su pensamiento, y aquel pueblo que acariacia y sigue una idea, ese es el predestinado á dominar moralmente á los demás. Ved, si no, cómo el ideal vá pasando de tiempo en tiempo, variando siempre, y cómo viven solo aquellos que lo siguen, y mueren los que lo abandonan. (En comprobación de esta tesis, el orador hizo una brillantísima excursión histórica, para concluir afirmando «que hoy, al ver que los tronos engañan á la democracia, la personalidad humana se levanta para decir: nosotros crearemos los Estados-Unidos de Europa, y con ellos la república universal.» (*Aplausos.*)

«Y teniendo tal carácter, hubiera sido necesario que la revolución de Setiembre hubiese realizado la idea republicana. ¿Y sabéis por qué? ¿Qué era lo que esa revolución proclamaba? Proclamó la democracia. Sus mayores enemigos, los que la persiguieron con implacable saña, los que la llevaron al destierro, á las cárceles, al

presidio y al cadalso, se sintieron súbitamente iluminados despues de la victoria de Alcolea, adoraron todo lo que habian quemado, quemaron todo lo que habian adorado y se llamaron demócratas, cuando no eran otra cosa más que los falsificadores de la democracia, los judas de la libertad. (*Aplausos.*)

«Y en prueba de ello, ¿qué tenemos despues de la revolucion?

«Si leemos toda la Constitucion del 69, si nos fijamos en el título primero, se nos dirá que es una Constitucion democrática. ¿Conque estamos en una democracia? ¿Conque vivimos en una democracia? Fuera de los derechos individuales que solo se respetan en algun pueblo privilegiado, fuera de esos derechos, cuyo ejercicio solo se consiente en favor de algunos individuos tambien privilegiados, ¿en qué se conoce? ¿dónde está esa democracia?

«¡Democracia! ¡y por encima de la sociedad se levantan todavía los poderes irresponsables! ¡Democracia! y se escarnecen las leyes, y se rasga la Constitucion, y se falsifica el sufragio, y los sazones del poder detienen en las calles públicas á los ciudadanos que pretenden hacer uso racional y pacífico de su derecho; democracia, y aun siguen siendo amovibles los tribunales para convertirlos en agentes electorales, y los gobernadores civiles en vez de ser elegidos por el voto del ciudadano, son nombrados en Madrid para oprimir y vejar á las provincias: democracia, y donde quiera hay un municipio contrario al gobierno es perseguido, es depuesto y encausado, porque ya, ciudadanos, volvemos al tiempo de los Césares, en que todas las vías se hallaban llenas de

lápidas, en que los ciudadanos daban gracias por no dejarles ejercer los cargos públicos; porque aquí, ciudadanos, los ayuntamientos vienen á ser el vestibulo de los presidios; democracia, cuando el reclutamiento de las quintas que ha de tener lugar el domingo próximo está desgarrando el corazon de las madres. (*Sensacion, bravos, aplausos.*)

«Y todo esto sin contar con que se han restablecido los consumos, que no son otra cosa que el impuesto gradual sobre la miseria, y que arrancan al pobre de la boca el pan que necesita para su sustento. (*Aplausos.*) Y todo esto sin contar con que en América, aquella tierra que descubrimos para templo de la libertad, hay todavía séres racionales, hermanos nuestros que arrastran la cadena del esclavo; todavía el negrero sacude su látigo sobre las espaldas del hombre redimido por la religion y declarado libre por el derecho. (*Aplausos.*) Yo, ciudadanos, no llamo á esto la democracia de los tres principios regeneradores, libertad, igualdad y fraternidad; yo la llamo la democracia de las tres blasfemias que reclama un castigo del cielo y la reprobacion de la conciencia humana. (*Frenéticos aplausos.*)

«¿Y sabeis por qué sucede todo esto? Porque los mansos y beatíficos progresistas y mis antiguos y olvidadizos amigos los demócratas, se olvidaron de que importaba muy poco el sufragio universal y los derechos individuales, si no se les revestía de la forma de gobierno que á ellos es armónica, de la forma republicana.

«Decían ellos; es que todo lo haceis consistir en una cuestion de palabras. Lo accidental es la cuestion de forma. Yo digo, ciudadanos, que en

este mundo, despues de todo, la cuestion esencial consiste en las formas, porque no puede separarse la forma y la esencia, como no se separan la vida animada y el organismo. Y si la cuestion de forma es secundaria, entregad un pedazo de mármol de Paros á un boticario y os hará un gran mortero para triturar sus drogas; entregad ese mismo pedazo de mármol á un estatuario y os hará la Venus de Milo, á cuyos castos pechos se alimentaron durante tantos siglos, tantas generaciones de artistas. ¿Y direis que ambas obras son lo mismo?

«No; no es cuestion accidental sino de esencia la cuestion de la forma republicana. Por eso los conservadores de la revolucion, que son el peor género de conservadores que conozco, porque son perturbadores por excelencia dijeron; todo, sufragio universal, derechos individuales, todo lo concedemos con tal de que se nos conceda á nosotros la monarquía; y en efecto: la monarquía vino y con ella vinieron fatal, necesariamente la restriccion de los derechos individuales y la falsificacion de la democracia.

«Asi los conservadores guiados por un instinto de conservacion dijeron; venga la monarquía aunque sea democrática; venga un rey sea quien fuere y llámese como se llame. Y fueron á Portugal, y se postraron ante los duques de Génova; y recorrieron Alemania produciendo un horroroso cataclismo, y si no lo hubieran encontrado en otra parte van á Marruecos, traen á Muley-el-Abbas, lo colocan en el sόlio y exclaman: ¿qué prueba mayor quereis de la buena fé con que aceptamos los principios democráticos, qué prueba mayor podemos daros de nuestra tolerancia religiosa, si

teneis un moro sentado en el trono de san Fernando? Un rey á toda costa y á toda prisa; esa era la fórmula de los conservadores. La verdad es que la forma de gobierno era esencial, y teneis la prueba en que mientras los otros artículos de la Constitucion tenian en completa indiferencia á las naciones de Europa, la creacion de la monarquía ha originado la guerra mas terrible de los tiempos modernos, que ha sembrado de ruinas la Francia, que ha corrompido la atmósfera y que ha fundado un imperio cesáreo en medio de la federal Alemania.

«Y si todo esto sucede, si un millon de madres lloran la pérdida de un millon de hijos sobre cuyos cadáveres aletean los cuervos en los desiertos campos de la desdichada Francia, todo se debe á la maldita cuestion monárquica en España.

«El año 8 salva á Fernando VII, y este le responde con la persecucion y el cadalso; el año 20 detiene la revolucion ante las puertas de palacio y palacio le responde trayendo poco despues la intervencion extranjera; el año 30 salva á la Regencia y la Regencia le proscrib; el año 43 declara la mayor edad de la reina y la reina le expulsa; el año 54 detiene á la revolucion otra vez delante del real palacio y el 56 el real palacio vuelve á pisotear la libertad y á proscribir liberales.

«Despues, cuando ya el rey no era necesario, los liberales dicen: no hay rey, somos libres, somos dueños de nosotros mismos, pero queremos rey, queremos cadenas, queremos bozal y albarda, y traen un rey, y el rey los espolea como á un caballo, y cuando lo cree domado, expulsa por quin-

ta vez al partido progresista, que cae bajo el peso de sus instintos de suicidio.

«Esto, ciudadanos, no se puede curar, no se debe curar sino con un gran arrepentimiento de parte suya y un gran olvido, una gran absolución de nuestra parte. (*Sensación.*)

«Porque despues de todo, debo decirlo y os ruego os fijéis bien en esto; yo amo sobre todas las cosas la república; á ella he consagrado toda mi vida, todo cuanto soy, todo cuanto puedo; pero debo recordaros que no quiero una república de perseguidores y perseguidos, de opresores y oprimidos, de castigos, incendios y matanzas; sino una república que sea como el espacio donde todos caben; como un templo donde haya lugar para todos los hombres redimidos. (*Aplausos.*)

«La república, quiéranlo ó no lo quieran, es la forma de gobierno de nuestras ideas, la forma de gobierno de nuestros sentimientos; el organismo, por consiguiente, natural de nuestra civilización.

«Antes, los oradores más elocuentes, Bossuet, Massillon, se ponían de rodillas para elevar hasta el cielo el nombre de los reyes: ahora Mirabeau, Vergniaud, Víctor Hugo, y tantos otros hacen de sus lenguas badajos para llamar á la revolución que ha lanzado y ha de lanzar de su trono á todos los reyes. (*Vivas y aplausos.*)

«La monarquía, ciudadanos, muere, y en cambio renace la república, á la cual debe todas sus ventajas la civilización moderna. Una república, Grecia, inventa las artes; otra república, Roma, crea el derecho; Venecia descubre la brújula; Pi-

sa la grua; Génova la letra de cambio y educa al inmortal Colon; en Strasburgo ó en Maguncia, diferencia que importa poco, pues ambas ciudades eran libres, nace la imprenta; las ciudades fenicias forman el alfabeto; Cártago abre al comercio las anchurosas vías del Mediterráneo; en Florencia se verifica la resurrección del espíritu con el renacimiento de las artes; Holanda echa los cimientos de la libertad religiosa y comercial; los Estados-Unidos proclaman los derechos individuales, y por último, la primer república francesa derrite todas las cadenas y redime todas las conciencias; de modo que cuando decimos, ¡viva la república! decimos ¡viva la libertad! ¡viva el progreso! ¡viva la civilización moderna!

(*Vivas entusiastas y aplausos prolongados.*)

«Ciudadanos; nosotros queremos la república, pero además, y debemos advertirlo para que nadie se equivoque; la república que queremos es la república federal, que es como si dijéramos, miel sobre ojuelas. (*Risas.*)

«Pues bien; queremos que sea federal, porque ésta, ante todo, y me retoza en los labios este dicho, lo primero que ha de hacer es librarnos de la plaga de los gobernadores de provincias. (*Ruidosos aplausos y muestras de general asentimiento.*)

«Ha habido en el mundo una gran república unitaria que ahora no se muere, (*risas*) Francia; y otra gran república federal, los Estados-Unidos. Dios ha puesto estas dos columnas de fuego en el camino de la humanidad para enseñanza perdurable de los pueblos.

«Yo ciudadanos, no conozco movimiento más grande que el movimiento de la revolución fran-

cesa; pero tampoco he conocido ninguno mas humilde que el de la revolucion americana; aquella fué preparada por los filósofos más ilustres de los siglos xvii y xviii, esta por humildes predicadores, desterrados por un rey reaccionario, que despues de haber aprendido en Suiza á sentir la libertad fueron sin otro ausiliar que un libro, la Biblia, á implantar aquella en las comarcas vírgenes del nuevo mundo.

«La república francesa contó con todos los grandes oradores; la de América fué creada por hombres modestos de casi vulgar inteligencia; aquella tuvo héroes como Dumouriez y el mismo Napoleón, mientras que esta recuerda solo en sus brillantes páginas á un gran ciudadano, Washington, cuyo nombre no retumba en los campos de batalla, pero lo veneran con cariñoso respeto todas las ciudades.

«Y, sin embargo, aquella pasó fugaz como una tremenda orgía, como una embriaguez del espíritu humano, y esta permanece allí firme é inquebrantable. Dios, que premia las grandes causas, hace que el rayo vaya á besar sus plantas, que la prosperidad premie sus esfuerzos y que la libertad brille siempre en su frente como para demostrar que los pueblos que el sér Supremo elige y sostiene, son aquellos que se fundan sobre las bases inmutables de la justicia y del derecho. (*Ruidosos aplausos.*)

«Uno de los mayores males que pueden caer sobre los pueblos es el gobierno de partido; y tenemos, ó mejor dicho, tienen los monárquicos una desgracia, que para nosotros es una fortuna; y aquí debo advertir que yo no trato de ofender á nadie, sino de exponer los fenómenos que pasan

á nuestra vista para que estudiéis y aprendáis. Esa desgracia de ellos, esa fortuna nuestra, consiste en que los reyes han pasado de jefes de nacion á ser jefes de partido.

«Por ejemplo, y hablaré con el respeto que guardo á las ideas ajenas; ¿qué es don Carlos sino el jefe del partido tradicional histórico? Mientras los tradicionales se enternecen leyendo la reseña del nacimiento de un príncipe sin principado, otros monárquicos se rien de tales leyendas y de semejante título. D. Alfonso, que sigue al anterior en el orden cronológico de los pretendientes, es el jefe del partido moderado; pero los tradicionalistas no le quieren por demasiado liberal, mientras que los progresistas lo rechazan por reaccionario, aunque no tienen muy léjos algunos modelos que pueda asimilarse. (*Muestras de asentimiento.*) Todos son jefes de partido, y no quiero decir de qué partido, no partido, de qué fraccion es jefe uno á quien me he propuesto no nombrar. (*Ruidosos aplausos.*) Ejemplo: manda Don Alfonso, y con él solo pueden gobernar los moderados; impera otro, y tampoco puede gobernar con él mas que un partido; los otros que se ven alejados por la ingratitud, si le encuentran en la calle, no le saludan, y si son convidados á comer no acuden al banquete, aunque poco antes eran amigos del monarca. (*Risas.*) Y no quiero decir nada de un rey que hay en la Luna, (*risas estrepitosas*) y por cuya corte no parece ni un aristócrata rancio, ni un obispo, ni es favorecido mas que por algunos individuos de las clases medias que ya le van abandonando.

«¿Y qué sucede con esto?

«Sucede que gran número de inteligencias y

voluntades se pierden para la causa nacional y para la patria.

«En cambio, ¿qué es la república? Un organismo en el cual todas las instituciones tienen un origen electivo. Y yo pregunto: ¿cual de los carlistas, de los moderados, de los progresistas ó de los radicales se cree rebajado ni deprimido admitiendo un cargo de eleccion popular? ¿No van todos á los municipios? ¿No van todos á las diputaciones y á las Cortes? Y si mañana se estableciese el jurado, ¿no irian á él obedeciendo al mismo principio, al mismo procedimiento y al mismo criterio? Pues haced con los altos poderes otro tanto, y todos tendrán abiertas sus puertas, y todos los partidos turnarán en ellos; porque, no serán entonces un don de los reyes, sino que habrán de ejercerse por designacion de los pueblos.

«Diráseme que semejante sistema despertará un semillero de ambiciones; pero esto tiene un remedio infalible: que el poder central tenga poco que hacer, poco que cobrar, poco que pagar, pocos soldados que mandar, poco presupuesto, poco turrón que distribuir. (*Risas y aplausos.*) ¿Quién quiere ser presidente de la república en Suiza? Nadie; porque allí, para todo género de representaciones y gastos, aquel magistrado no tiene mas recurso que la exigua retribucion de cuatro mil reales mensuales.

«Antes, el más noble, el más digno era el que trabajaba menos ó enseñaba en su escudo algunas cabezas de moros ó cristianos para demostrar la pujanza de su brazo. Hoy no son los más dignos ni los más nobles los que más vagan ó los que más matan, sino los que más trabajan.

«Ya no importa descender de reyes; ya hemos cambiado de cuartel; lo que hoy enaltece es el descender de los esclavos, de los ilotas, de los oprimidos, porque los oprimidos, los ilotas y los esclavos son los únicos ascendientes del único rey que va á quedar sobre la tierra; del pueblo soberano. (*Aplausos.*)

«Ved, pues, con cuanta razon debe decirse que el trabajador es el gran sacerdote del Eterno, el continuador de la naturaleza, el verdadero rey de la creacion; porque santificado con él nuestro planeta se levanta radiante en el infinito espacio como una hostia consagrada; porque el trabajo, por último, enaltece y sublima el espíritu que es lo que hay más grande, mas augusto en la naturaleza humana. (*Repetidas y prolongadas salvas de aplausos.*)

«Aquí, el hijo del pueblo, cuando va á llegar á la plenitud de su madurez se ve compelido á dejar á sus padres, separado de la mujer que escogiera y obligado quizá contra su conciencia á sostener con las bayonetas una dominacion extranjera. Esto es horrible, ciudadanos, y para ponerle término es para lo que queremos organizar el ejército de la patria.

«Examinad vuestra vida, vuestros afectos: todo lo que en ellos haya de rudo es vuestro; pero si hay un sentimiento dulce en vuestro pecho; si vuestro corazon se agita con los inefables arrobamientos del amor; si llorais, si sois humanos y caritativos; si sentís misericordia, todo eso lo debeis á la que ha puesto en vuestras ma-

nós la lira del sentimiento, á vuestras madres, á la mujer, en fin, porque si es cierto, como dijo el poeta, que el hombre es un mundo abreviado, la mujer es el cielo de ese mundo.

«Así es, que desde el principio de los tiempos, el ideal científico, el ideal artístico, el ideal humano tuvieron su encarnacion en una mujer.

«En la cuna del mundo brilla Eva; en la línea misteriosa que separa el Oriente de Grecia, Elena; á la aparicion de la república romana, Lucrecia; á la democratizacion de esa república, Virginia; al pié de la cruz, Magdalena; en el sepulcro de los antiguos, Hipatia; en el renacimiento de la naturaleza bajo las sombras de la Edad Media, Eloisa; en las maravillosas trasfiguraciones del siglo décimo-tercio, Beatrice, esparciendo las luminosas estrellas recogidas en el cielo sobre el alma del poeta; en el siglo décimo cuarto, Laura, trayendo la miel de la inspiracion en sus labios; entre los arreboles del renacimiento, Victoria Colonna; entre las tempestades de la revolucion, la severa esposa de Rolland: coro de ángeles que iluminan todas nuestras tempestades y endulzan todos nuestros dolores con el aroma de sus consoladoras esperanzas. (*Ruidosos aplausos.*)

«Es indispensable que la mujer eduque sus hijos para que sean ciudadanos libres y no esclavos; les dé el sentimiento de la dignidad juntamente con la conciencia del derecho; y cuando esto haga, la mujer, como la Virgen de Murillo, será la que ponga su planta sobre la serpiente de la tiranía. (*Aplausos.*)

«He apoyado la coalicion porque se funda en un sentimiento nacional. Así como lo primero que somos es hombre, y lo primero que sentimos son sentimientos humanos, nosotros nos hemos reunido en la ley para destruir camarillas extranjeras que han creido hacer lo mismo que hacian las camarillas de Carlos V, contra las cuales protestaron las comunidades de Castilla en Villalar, aquel dia que fué lluvioso, sin duda, en señal de luto por la muerte de las libertades patrias.

«Nosotros fuimos los últimos en caer bajo los Césares romanos y los primeros en destruir los Césares modernos; nuestros padres hicieron de nuestras montañas otras tantas Termópilas y abrigaron en sus corazones las singulares virtudes de Leónidas; nuestras ciudades como Gerona y Zaragoza prefirieron morir suicidas, morir de la muerte de Caton y de Bruto á doblegarse bajo el yugo extranjero, y ante tan altos ejemplos todos los extranjeros dicen en sus dias de prueba á los oprimidos: «id á España para ver como se pelea por el hogar y cómo se muere por la patria.» (*Aplausos. Vivas á Castelar y vivas á España.*)

XLVIII.

Cada situacion política se distingue en nuestros dias por dar vida á un nuevo matiz de partido, á una nueva agrupacion de personas. Desde que la vida constitucional, sobre todo, empieza á

nós la lira del sentimiento, á vuestras madres, á la mujer, en fin, porque si es cierto, como dijo el poeta, que el hombre es un mundo abreviado, la mujer es el cielo de ese mundo.

«Así es, que desde el principio de los tiempos, el ideal científico, el ideal artístico, el ideal humano tuvieron su encarnacion en una mujer.

«En la cuna del mundo brilla Eva; en la línea misteriosa que separa el Oriente de Grecia, Elena; á la aparicion de la república romana, Lucrecia; á la democratizacion de esa república, Virginia; al pié de la cruz, Magdalena; en el sepulcro de los antiguos, Hipatia; en el renacimiento de la naturaleza bajo las sombras de la Edad Media, Eloisa; en las maravillosas trasfiguraciones del siglo décimo-tercio, Beatrice, esparciendo las luminosas estrellas recogidas en el cielo sobre el alma del poeta; en el siglo décimo cuarto, Laura, trayendo la miel de la inspiracion en sus labios; entre los arreboles del renacimiento, Victoria Colonna; entre las tempestades de la revolucion, la severa esposa de Rolland: coro de ángeles que iluminan todas nuestras tempestades y endulzan todos nuestros dolores con el aroma de sus consoladoras esperanzas. (*Ruidosos aplausos.*)

«Es indispensable que la mujer eduque sus hijos para que sean ciudadanos libres y no esclavos; les dé el sentimiento de la dignidad juntamente con la conciencia del derecho; y cuando esto haga, la mujer, como la Virgen de Murillo, será la que ponga su planta sobre la serpiente de la tiranía. (*Aplausos.*)

«He apoyado la coalicion porque se funda en un sentimiento nacional. Así como lo primero que somos es hombre, y lo primero que sentimos son sentimientos humanos, nosotros nos hemos reunido en la ley para destruir camarillas extranjeras que han creido hacer lo mismo que hacian las camarillas de Carlos V, contra las cuales protestaron las comunidades de Castilla en Villalar, aquel dia que fué lluvioso, sin duda, en señal de luto por la muerte de las libertades patrias.

«Nosotros fuimos los últimos en caer bajo los Césares romanos y los primeros en destruir los Césares modernos; nuestros padres hicieron de nuestras montañas otras tantas Termópilas y abrigaron en sus corazones las singulares virtudes de Leónidas; nuestras ciudades como Gerona y Zaragoza prefirieron morir suicidas, morir de la muerte de Caton y de Bruto á doblegarse bajo el yugo extranjero, y ante tan altos ejemplos todos los extranjeros dicen en sus dias de prueba á los oprimidos: «id á España para ver como se pelea por el hogar y cómo se muere por la patria.» (*Aplausos. Vivas á Castelar y vivas á España.*)

XLVIII.

Cada situacion política se distingue en nuestros dias por dar vida á un nuevo matiz de partido, á una nueva agrupacion de personas. Desde que la vida constitucional, sobre todo, empieza á

practicarse mas ó menos hipócritamente en España, se observa esto. Doceañistas, realistas, negros, hojalateros, apostólicos, puritanos, polacos, unionistas, progresistas, moderados, monárquico-democráticos, republicanos, intransigentes; esta es la série: algunos demócratas apostatan y se declaran monárquicos, esto sirve para que se destaque claramente el partido republicano. El partido republicano se hace poder y queda vacío el banco de la oposicion: del seno mismo de este partido salen, ó ambiciosos que se van al Aventino porque creen que tienen demasiados méritos para figurar en segunda fila ú hombres rectos que creen que el poder es siempre conservador y que es preciso aguijonearle y pincharle para que no se detenga. Hasta aquí perfectamente. ¿Pero qué condiciones debe cumplir el partido nacido para empujar siempre hácia adelante al que está en el poder? Ajustarse á la ley y no quebrantarla: sostener el orden y no alterarle: reclamar la abolicion de la mayor parte de los destinos y no pedirlos para sí: evitar las alarmas y no promoverlas: exaltar la soberanía de las Constituyentes que es la soberanía de todos y no deprimirla, porque deprimirla es exaltar la soberanía de unos pocos: pedir reformas, pero razonándolas y fundándolas: estas son, á mi parecer, entre otras, algunas de las cosas que debe procurar hacer el partido naciente que quiera hacer una benéfica y saludable oposicion al gobierno. ¿Hacen esto los intransigentes?

No debo juzgarles: no es este sitio apropiado para hacer ni su censura ni su apoteosis. Si han indisciplinado el ejército, ha sido porque temían que fuera un obstáculo al establecimiento de la

federal: si han promovido alarmas en ocasiones ha sido porque, escarmentados por la esperiencia, recelaban alguna traicion: si han procurado pedir mas bien reformas que hacer gobierno, es porque estaban hartos de gobierno y ávidos de reformas. Sin embargo, no debo disculparlos en esto: pedir libertad y no autoridad: hacer caso omiso del orden y no hablar mas que de reformas: acordarse solo de fomentar el espíritu revolucionario y dejar á un lado las leyes conservadoras que presiden á toda sociedad, es olvidar uno de los dos términos de la ecuacion, uno de los componentes del progreso, una de las dos fórmulas de la libertad misma, porque la libertad, en tanto lo es, en cuanto al mismo tiempo es orden, autoridad, gobierno, y si no es sencillamente licencia, desenfreno, anarquía, y en la anarquía y en la licencia vive un pueblo, pero no vive mucho tiempo.

Dejando esto á un lado, lo cierto del caso es que la minoría republicana estuvo sumamente blanda y benévola durante el último ministerio Zorrilla. Veía acercarse el fin de la monarquía de Saboya y esperaba. Hasta tal punto estuvo benévola, que despues se ha dicho que entre ella y el ministerio, ó algunos de sus miembros por lo menos, habia un complot para acabar con la monarquía. Castelar casi no habló nada en aquel período. Los intransigentes, que querian las cosas mas aprisa y que ya habian olvidado la terrible ruina de la pasada insurreccion republicana, asediaban á los diputados y los llamaban conservadores, y á Castelar muy especialmente. Pero llegó el dia en que se discutió el proyecto de abolicion de la esclavitud en Puerto-Rico. El gran orador pronunció uno de los discursos mas con-

movedores de su vida. Se quejó dolorosa é intencionadamente de que no se tenían en cuenta los servicios prestados y los sacrificios hechos y dijo que habia republicanos de tercera y cuarta fila que querian asaltar la primera: hizo una patética y bellissima invocacion á la libertad, *que tantos desconocian*, y añadió que el dia en que se proclamara aquella ley seria uno de los mas venturosos de España. Este discurso, poder sobrenatural del genio! calmó algun tanto, si no estinguió, los rencores que contra él se habian levantado en los pechos de algunos intransigentes. Diéronsele algunos banquetes: la prensa uno, y otro los republicanos benévolos y muchos intransigentes tambien. Quedó hecha otra vez la amistad, aunque no fuera mas que por encima, entre estos y el tribuno. El genio del orador los venció por una hora. Hay cosas á las que nadie puede resistir, ni los intransigentes, porque al cabo los intransigentes tienen espíritu, y una de ellas es el poder de la grandiosidad y de la belleza.

Hé aquí algunos párrafos de este gran discurso:

«La primera vez que el cable unió las costas de América y de Inglaterra, los jefes de los dos estados dirigieron una oracion á Dios. ¿Qué mejor oracion podíamos nosotros haberle dirigido que mandar por el cable el fin del régimen colonial y el fin del régimen servil? No lo hicimos; nos arrepentiremos bien tarde. Yo lo siento, no tanto por mí: yo lo siento, no tanto por los esclavos, lo siento principalmente por mi patria.

«Y, señores, ¡que pensar, cuando despues de haber hecho esto, se levanta todavía una voz de los blancos conservadores, voz elocuentísima, que

nos dice detengamos esta reforma, esa reforma, señores, que yo llamo débil y doctrinaria, qué esperemos á que vengan los representantes de Cuba!

«¡Como! ¡Los representantes de Cuba! ¡y lo decís vosotros los conservadores! ¡vosotros que en veinte años no habeis suspendido su régimen excepcional!

«¡Sometisteis Cuba al despotismo militar; nuestros reyes que eran aquí constitucionales, eran allí absolutos; nuestros ministros, que eran aquí responsables, eran allí arbitrarios; teniais su prensa bajo la censura, y su opinion con mordazas; disponiais de sus derechos sin oírlos; y de sus tributos sin consultarlos; la tierra de la libertad concluía en las islas Canarias, y cuando comenzaba el Nuevo Mundo español, comenzaban los dominios del absolutismo que ningun pueblo puede soportar sin gangrenarse; jamás reconocisteis el derecho de verse aquí representados á nuestros colonos; y cuando nosotros pedimos que se reconozca en los mas desgraciados de todos ellos un derecho que no deben á nadie, que recibieron de la misma naturaleza, proclamais nuestra incompetencia, y pedís que vengan los blancos á decidir la suerte de los negros, que vengan los amos á decidir la suerte de los esclavos, ¡ah! de los esclavos, libres sin ellos y sin nosotros; libres á pesar de ellos y á pesar de nosotros; libres contra ellos y contra nosotros, libres por hijos de Dios, por soberanos en la naturaleza, por miembros de la humanidad; y todo poder que desconozca esos derechos primordiales, sea cualquiera la ley ó el pretesto que invoque, comete un asesinato de las conciencias, asesinato de las

almas; crimen que castiga la cólera celeste, y que se purga con una eterna infamia en el eterno infierno de la historia.» (*Aplausos.*)

«Si la libertad, si la personalidad del hombre depende solo de las circunstancias, nadie puede asegurarnos que no cambiarán las circunstancias. Espanta considerar el ascenso y descenso de las razas, no solo por externos accidentes, sino también por la interna descomposición de los pueblos. El chino de nuestros ingenios ha sido el hombre más civilizado de la tierra. El ascendiente del cipayo de hoy ha visto nacer los progenitores de los dioses griegos y romanos en aquel oriente de la conciencia universal. Los rusos han sido esclavos de los polacos. El negro de la Nubia ha azotado á los fundadores de nuestra religión, á los israelitas cuando cocian ladrillo, con la cadena al pié, para los faraones de Egipto. Nínive, Babilonia, Roma se han levantado sobre la servidumbre de cien pueblos. No hay raza que no haya arrastrado alguna cadena sobre la faz de la tierra erizada de ignominias. Todo ha dependido de las circunstancias en que las diversas razas se han hallado.

«Y cambiando las circunstancias, el medio que nos rodea; temblad todos, temblad sobre todo vosotros los que vivís en las Antillas rodeados de razas negras, de colonias negras, de imperios negros, teniendo muy cerca el Africa, Jamaica, Santo Domingo, y cuatro millones de negros en los Estados-Únidos; temblad, no sea que llegué uno de esos momentos en que la cólera divina rebosa y suseita guerras sociales, tras las que vienen las grandes irrupciones: temblad, no sea

que entonces los negros busquen vuestras palabras y con esas mismas palabras justifiquen la esclavitud de vuestros hijos.

«No quiero hacer elegías, no quiero conmover vuestros corazones; yo sé muy bien que los corazones de los legisladores suelen ser corazones de piedra. La esclavitud antigua tenía una fuente, al fin heroica, que era la guerra. La esclavitud moderna, la esclavitud contemporánea, tiene una fuente cenagosa, que se llama la trata. ¿Comprendeis un crimen mayor? ¿Creeis que hay algo más horrible, algo más espantoso, más abominable que el negrero? El monstruo marino que pasa bajo la quilla de su barco; el tiburón que le sigue husmeando la carne, tienen más conciencia que aquel hombre. Llega á la costa, coje un alijo, lo encierra aglomerándolo, embutiéndolo en aquel horroroso barco, ataud flotante de gentes vivas. Cuando un crucero le persigue, aligera su carga, arrojando la mitad al océano. Allí los pobres negros no comen ni beben bastante, porque el sustento y la bebida es cara, y su infame raptor necesita ganancia, mucha ganancia. Bajo los chasquidos del látigo se unen los ayes de las almas con las inmundicias de los cuerpos. El negrero les muerde las carnes con la fusta, y el recuerdo de la patria ausente, la nostalgia les muerde con el dolor los corazones.

«El año 1866 un buque negrero iba perseguido por un buque crucero. Llegó á un islote, cerca de las playas cubanas, y arrojó ciento setenta negros. El buque negrero y el crucero dejaron la isla. ¿Sabeis que sucedió? Los pobres negros no podían poner los piés en la tierra esponjosa, no

podían siquiera extenderse para descansar: aquella era una verdadera cruz de espinas. Todos murieron de hambre.

«¿Cuál sería el espanto, señores diputados, cuál sería el horror de su agonía? No tenían qué comer, y para beber no tenían más que el agua del mar, no tan amarga como la cólera de los hombres. Murieron unos sobre otros. Imaginaos el dolor de los supervivientes. Quizá un hermano vió morir á su hermano: quizá un hijo á su padre: quizá, ¡que horror! un padre á su hijo. Quizá alguno mordió por hambre carne de su carne; bebió sangre de su sangre, buscando en las venas algún líquido con que apagar su sed. Y, Sres. Diputados, aun temereis que nuestras leyes perturben las digestiones de los negreros, cuando tantos crímenes no han perturbado sus conciencias? (*Aplausos.*)

«Seguid, seguid ese calvario. Buscad el negro en la sociedad. ¿Puede haber sociedad donde se publican y se leen estos anuncios? ¿Les daría á leer estos periódicos de Cuba el señor ministro de Ultramar á sus hijos? No puedo creerlo, no se los daría. Dicen: «Se venden dos yeguas de tiro, dos yeguas de Canadá; dos negras, hija y madre: las yeguas, juntas ó separadas; las negras, la madre y la hija, separadas ó juntas.» (*Sensación.*) La pobre negra, que ha engendrado á su hijo en el dolor moral, que lo ha parido en el dolor físico, cuando ese hijo puede consolarla, una carta de juego, una bola de billar deciden de su suerte. Se juegan las negras, y muchas veces gana uno la madre y el otro la hija, y el juego separa lo que ha unido Dios y la naturaleza. Cuando vemos esto, buscamos sin encontrarlas ¡ay! la jus-

ticia humana y la justicia divina. El cielo y la conciencia nos parecen vacíos. El negro nace con la marca en la espalda, crece como las bestias para el servicio y el regalo de otro; trabaja sin recoger el fruto de su trabajo; engendra esclavos: solo es feliz cuando duerme, si sueña que es libre, y solo es libre en el día de su muerte.

«El suicidio es hoy, como en tiempos de Espartaco, el refugio de los esclavos. Hay años que se suicidan en Cuba 400 esclavos. ¡Sres. Diputados! ¡qué horror!

«Era, Sres. Diputados, contando por nuestro Calendario republicano, que también nosotros tenemos Calendario; era el 16 Pluvioso del año segundo de la República francesa. La Convención se hallaba reunida; aquella cúspide de la conciencia humana, donde todo era grande, el odio y el amor, como en las altas montañas son grandes las alturas, grandes los abismos. Un hombre, un esclavo, un negro, se había arrastrado desde el fondo de su ergástula hasta la cima de la Convención francesa. Era diputado, y encarándose á la Asamblea le dijo: «Yo pertenezco á una raza sin conciencia, sin patria, sin hogar, sin dignidad, sin familia, y vengo á refugiarme, vengo á traer esa raza á la sombra de los derechos por vosotros tan admirablemente proclamados. Vuestros derechos humanos (como se llamaba entonces á los derechos individuales), vuestros derechos humanos son mentira, vuestra libertad es mentira, vuestra igualdad es mentira, mientras consentais la esclavitud de los negros.» Levasseur se levantó á apoyar aquella petición del esclavo. La Asamblea vaciló, como vacilan todos esos grandes cuerpos colectivos

cuando van á pasar una de las líneas misteriosas que dividen los hemisferios del tiempo.

«Lacroix dijo: «Es verdad: declarando la libertad de los franceses, nos hemos olvidado de la libertad de los negros; olvido que no por involuntario deja de ser criminal. Sólo podemos repararlo declarando ahora mismo la libertad de los negros.» La Asamblea volvió á vacilar, y entonces Lacroix gritó: «Pido á la Convencion que no se deshonoré prolongando este incomprensible debate.» Y se levantó Danton, el hijo de la Enciclopedia; la personificación mas genuina de su tiempo; el gigante de la idea y de la acción; la energía revolucionaria; la vida de un siglo condensada en una conciencia; el hombre que, como el Etna, llevaba en su frente el fuego que salía de las entrañas de su corazón, y el fuego que en aquella época tormentosa bajaba de las tempestades del cielo. Danton dijo: «Vuestra libertad es una libertad egoísta mientras no la extendais á todos los hombres. Extendedla y entonces será humana. Pido, pues, que anunciemos al mundo la emancipación de todos los esclavos.» Los Diputados, magnetizados con estos pensamientos, se levantaron como un solo hombre, y extendiendo los brazos al cielo como si quisieran tomar á Dios por testigo de su resolución, abolieron unánimes la esclavitud de los negros. Un grito jubiloso resonó en las tribunas. Este grito se comunicó á los alrededores de la Asamblea. Parecía que la conciencia humana respiraba al descargarse de un gran remordimiento, de un gran peso. Las puertas de la Convencion se abrieron como si las agitara misteriosa mano. Los negros residentes en París invadieron el recinto y abrazaron llorando á sus redentores. Aun-

que la Convencion hubiera cometido mas crímenes, las lágrimas del pária redimido, del eterno Espartaco emancipado, del siervo hecho hombre; aquellas lágrimas que condensaban la gratitud de todas las generaciones venideras, y la bendición de todas las generaciones muertas traspasadas por el clavo vil de la servidumbre, aquellas lágrimas bastaban á borrar todas las manchas de sangre. (*Aplausos.*)

«Cuando la historia de la Edad media concluía; cuando el mar comenzaba á ser nuestro por la brújula, y el tiempo nuestro por la imprenta, y el cielo nuestro por el telescopio, un hombre sublime, poeta, artista, sacerdote, Colon, desde una carabela, y mas que desde una carabela desde la nave de su fé, miraba los celajes del mundo con que soñaba su mente y veía una luz incierta descubriéndole la tierra. Aquella luz que temblaba delante de Colon, era la estrella de un nuevo mundo, el cual se levantaba en los mares, como una segunda creación, para el hombre regenerado por la libertad y por el crecimiento de su conciencia, necesitada de nuevos y más dilatados espacios.

«Pero, señores, ¡cuán grande, cuán terrible sería la esclavitud cuando á pesar de los horrores que encierra, se quedó como una raíz venenosa en América, en la tierra de la democracia! Los puritanos son los pretorianos de la libertad; ellos abren un nuevo mundo en la tierra: ellos abren un nuevo surco en la conciencia; ellos crean una nueva sociedad. Y sin embargo, cuando la Inglaterra quiso dominarlos y vencieron, triunfó la república, pero quedó perenne la esclavitud.

Washington no pudo hacer mas que emancipar á sus negros. Franklin decia que los ingleses de Virginia no podian invocar el nombre de Dios, mientras tuvieran la esclavitud. Jay decia que todas las plegarias que enviaba al cielo América, pidiendo la conservacion de la libertad, eran, mientras existiese la esclavitud, verdaderas blasfemias. Mason se entristecia y lloraba al contemplar como pagarian sus hijos este gran crimen de la patria. Jefferson trazó la línea donde debia estrellarse la negra ola de la servidumbre.

«Sin embargo, señores diputados, crecia, crecia y crecia la esclavitud. Yo quiero que os pareis un momento á considerar al hombre que lavó esa gran mancha, en la cual se perdian las estrellas del pabellon americano. Yo quiero que os detengais un momento, porque aquí se ha invocado su nombre, su nombre inmortal para perpetuar la esclavitud. ¡Ah! no tiene el siglo pasado, ni tendrá el siglo del porvenir una figura tan grande, una figura igual, porque á medida que el mal se acaba, se acaba tambien el heroísmo. Yo he contemplado y he descrito su vida muchas veces. Engendrado en una cabaña de Kentucky por padres que apenas sabian leer: nació, nuevo Moisés, en la soledad del desierto, donde se forjan todos los grandes y tenaces pensamientos, como el desierto monótonos y sublimes como el desierto; criado entre esas selvas seculares, que con sus aromas envian una nube de incienso, y con sus ruidos otra nube de oraciones al cielo; navegante á los ocho años en las impetuosas corrientes del Ohio, y á los diez y siete en las estensas y tranquilas agnas del Mississipi; leñador mas tarde, con su hacha y su

brazo derribaba los árboles inmortales, para abrir paso por regiones inexploradas á su tribu de trabajadores errantes; sin haber leído otro libro que la Biblia, el libro de los grandes dolores y de las grandes esperanzas, dictado muchas veces por los profetas al son de las cadenas arrastradas en Nínive y Babilonia; hijo, en fin, de la naturaleza; por uno de esos milagros solo comprensibles de los pueblos libres, peleó por la patria, y sus compañeros lo elevaron al congreso del Illinois; habló en el congreso del Illinois, y sus comitentes lo elevaron al congreso de Washington; habló en el congreso de Washington, y su nacion lo elevó á la presidencia de la república; y cuando el mal se enconaba; cuando aquellos Estados se descomponian; cuando los esclavistas lanzaban sus hurras de guerra y los esclavos el estertor de su desesperacion, el leñador, el navegante, el hijo del gran Oeste, el descendiente de los kuákeros, humilde entre los humildes ante su conciencia, grande entre los grandes ante la historia, asciende al Capitolio, que es la mayor altura moral de nuestro tiempo: y sereno, fuerte con su idea, con su conciencia; teniendo enfrente los ejércitos mas agueridos de América; á la espalda Europa, enemiga; Inglaterra inclinándose al Sur; Francia aperciéndose á la reaccion de Méjico, y en sus manos la patria deshecha, arma, 2.000,000 de hombres; reúne 525,000 caballos; hace andar á su artillería 1200 millas en siete dias, desde las orillas del Potomac hasta las orillas del Tennessee, empeña mas de seiscientas batallas; renueva en Richmond las hazañas de Alejandro, de César, y despues de haber emancipado 3.000,000 de esclavos,

para que nada le faltase, muere en el momento mismo de su victoria; como Cristo, como Sócrates, como todos los redentores al pié de su obra. ¡Su obra! ¡Obra sublime sobre la cual derramará eternamente la humanidad sus lágrimas, y Dios sus bendiciones. (*Aplausos.*)

«¡Ah, señores diputados! Acordaos de que la esclavitud moderna; acordaos de que la esclavitud contemporánea es mucho mas horrible que la esclavitud antigua. Al cabo, los antiguos la fundaban en una razon metafísica, en la inferioridad de ciertas clases.

«Para Aristóteles los hijos eran una línea, los padres otra línea y los esclavos otra línea del triángulo que se llamaba familia. Platon, mas humano, y mas conocedor de las ideas universales, admitía, sin embargo, ciertas clases condenadas á eterna esclavitud. Allí, especialmente en Roma, la esclavitud tenia una parte horrible, la parte de aquellos esclavos cazados en los bosques, conducidos á Roma, comprados en la puerta de los templos y alimentados para que luego fueran á derramar su sangre en la arena del circo. Pero el esclavo era escultor, pintor, arquitecto, músico, maestro, y de esta manera influian en Roma. Puede decirse que en tiempo de Tácito, Roma era una ciudad de esclavos. Yo os pregunto: ¿qué esclavo de los nuestros se llama Terencio; qué esclavo de los nuestros se llama Horacio, hijo de un liberto; qué esclavo de los nuestros se llama Epicteto el cual educó el alma mas grande y mas noble de la Roma cesárea, el alma de Marco Aurelio? Vuestros esclavos son todo indignidad, todo brutalidad, como la piedra del molino, como el

mulo, como el burro, un instrumento de riqueza, un instrumento de vil trabajo.

«¡Oh! el mundo antiguo podria presentar su esclavitud frente á la nuestra con solo recordar á Espartaco. Nómida de raza, tracio de nacimiento reunia en sus venas la sangre de los dos pueblos que mas habia martirizado Roma. Llevado á la ciudad eterna y alimentado para que tuviera mucha, mucha sangre que verter en el circo, adquirió la idea de libertar á sus compañeros, á sus hermanos. Treinta mil reunió: doce mil de los suyos murieron, y cayó entre ellos cubierto de heridas mártir de su fé, mas grande que Yugurta y que Anníbal. El mundo antiguo se creia libre de sus esclavos, cuando Craso, vencedor de Espartaco, volvía entre 10,000 cruces donde espiraban 10,000 esclavos crucificados. Pues bien: cuando sonó la última hora del antiguo mundo, cuando los compatriotas de Espartaco llegaron á Roma con los ejércitos de Alarico, en la última noche del antiguo mundo, Roma vencida, destrozada, debió levantar los ojos al cielo y ver los compañeros de Espartaco, cual otros tantos ángeles esterminadores descendiendo de sus cruces y dispersando á los cuatro puntos del horizonte sus ensangrentadas cenizas. ¿Y os extrañais que sobre nosotros caigan tantos males, cuando hemos cometido tambien, prolongando la esclavitud, tantos crímenes? «Yo observo que hay en esta Cámara, lo digo para concluir, algunos sacerdotes. Yo creo, señores diputados, que los sacerdotes han venido aquí para algo mas, por mucho mas que pedir la resurreccion de la monarquía y la continuacion de la intolerancia religiosa. Yo no disputaré, no quiero entrar en eso, ni es de este sitio,

ni es de esta ocasion: yo no disputaré sobre si el cristianismo abolió ó no abolió la esclavitud. Si diré solamente que llevamos diez y nueve siglos de cristianismo, diez y nueve siglos de predicar la libertad, la igualdad, la fraternidad evangélica, y todavía existen esclavos; y solo existen, señores diputadas, en los pueblos católicos, solo existen en el Brasil y en España. Yo sé mas, señores diputadas, yo sé mas, yo sé que apenas llevamos un siglo de revolucion, y en todos los pueblos revolucionarios, en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos, ya no hay esclavos. ¡Diez y nueve siglos de cristianismo y aun hay esclavos en los pueblos católicos! ¡Un siglo de revolucion y no hay esclavos en los pueblos revolucionarios!

«Yo dejo esto á vuestra consideracion, á vuestro pensamiento. Sin embargo, el cristianismo, ó no es nada, ó es la religion del esclavo. El mesianismo fué la esperanza de un pueblo criado en la servidumbre; Moisés nació bajo el látigo de los Faraones en Egipto; Cristo es un vencido de Roma, hijo de un artesano pobre, que no tiene patria, ni donde reclinar su cabeza: sus primeros discípulos fueron vencidos como él; los primeros mártires fueron esclavos, y su doctrina llevó el consuelo á las almas oprimidas, prometiéndoles cambiar las argollas de la tierra por una corona de estrellas en el cielo. La cruz, la cúspide de la sociedad moderna, fué lo más abyecto: el patíbulo del esclavo en la sociedad antigua. Pero, señores Diputados, yo soy libre pensador, yo no participo, no puedo, la conciencia nos impone las ideas, y no somos libres para evadirnos de ellas; yo no participo de toda la fe, de todas las creen-

cias, de todas las ideas que tienen los sacerdotes de esta Cámara. Sin embargo, si yo fuera sacerdote, si yo tuviera la alta honra de pertenecer á esa elevada clase, yo en el más sublime de los misterios religiosos, teniendo vuestra fé, me diría: El Criador se redujo á nosotros: aquellas manos que cincelaron los mundos, fueron taladradas por el clavo vil de la servidumbre; aquellos labios que infundieron la vida, fueron helados por el soplo de la muerte: él que condensó las aguas, tuvo sed; él que creó la luz, sintió las tinieblas sobre sus ojos; su redencion fué por este gusano, por este vil gusano de la tierra que se llama hombre, y sin embargo, la sangre de sus llagas ha sido infecunda, porque todavía en esta tierra donde yo levanto la hostia, hay hombres sin familia, sin conciencia, sin dignidad, instrumentos más que seres responsables, cosas más que personas; levantaos, esclavos, porque teneis patria, porque habeis hallado vuestra redencion, porque allende los cielos hay algo mas que el abismo; hay Dios; y vosotros, huid negreros, dehuid la cólera celeste, porque vosotros, al reducir el hombre á servidumbre, herís la libertad, herís la igualdad, herís la fraternidad, borrais las promesas evangélicas selladas con la sangre divina del Calvario. (*Aplausos.*)

«El Sr. Plaja nos decia la otra tarde: «¡Bien se conoce que los señores de enfrente no tienen esclavos,» no los tenemos, no; lo hemos sido nosotros: nosotros hemos sido esclavos, y por eso reivindicamos la libertad de nuestros hermanos. Nosotros pertenecemos á la clase servil, nosotros pertenecemos á la clase plebeya, á la clase emancipada que ha de emancipar

á los suyos. Si; los plebeyos hemos sido párias en la India, nos han arrastrado á la cola del caballo persa, nos han ofrecido en sacrificios á dioses implacables, hemos derramado nuestra sangre en el circo, hemos sido azotados sobre el terruño; una parte de nuestra alma, de nuestro ser, padece en el Nuevo-Mundo con los negros, sombra de nuestros dolores, y queremos redimirlos nosotros, los redimidos por la revolucion.

«Hijos de este siglo, este siglo os reclama que lo hagais mas grande que el siglo XV, el primero de la historia moderna con sus descubrimientos, y mas grande que el siglo XVIII, el último de la historia moderna con sus revoluciones. Levantaos legisladores españoles, y haced del siglo XIX, vosotros que podeis poner su cúspide, el siglo de la redención definitiva y total de todos los esclavos. He dicho. (*Aplausos.*)»

II.

Abdicó Amadeo de Saboya, que nunca debió venir á España, acordándose que uno de su raza vino á combatir contra los patriotas del Trocadero, y se proclamó á toda prisa la república. Los antiguos cimbrios, gente lista y un si es no es maquiavélica, creyeron ganar así la partida é ingerirse en el futuro poder con Martos á la cabeza, como se habian inscrito en la revolucion de Setiembre los conservadores, llevando al frente al duque de la Torre. Pero los republicanos fueron mas listos que ellos y no se metieron en el pecho la serpiente que al revivir habia fatalmente de

morderles en él. Las Córtes radicales, permítaseme la frase, caracolearon mucho delante de la nueva situacion; alardearon de valientes y quisieron ¡insensatas! ellas, Córtes monárquicas, convertirse en Convencion republicana. Se dió el caso de muchos diputados que se acostaron monárquicos como Malesherbes, y se despertaron convencionalistas como Sieyes, los que no como Robespierre. Hubo zozobras, agitacion, alarmas perpétuas provocadas por aquella Cámara facciosa, que hubiera vendido la república como acababa de abandonar la monarquía tan cobardemente. En esto habíase nombrado el poder ejecutivo de la naciente república española. Despues de otros ministerios, Pi, el talento gubernamental, Figueras, el talento diplomático, Castelar, el talento oratorio, Salmeron, el talento filosófico, con Tutau, Chao, y otros, fueron llamados á formarle despues de largos dias de angustia y de crisis, porque los radicales querian y pedian participacion en él. Se constituyó, por fin, contra la Cámara, que todavía creíase fuerte, un ministerio enteramente republicano. Hubiérase dicho de Figueras, Castelar, Salmeron y Pi, al ser presentados para el gobierno por el partido republicano, si no hubieran sido cuatro, que eran las tres gracias de aquel. En un discurso que habia pronunciado Castelar en Sevilla el año 1872, poco despues de las elecciones que presidió Ruiz Zorrilla, habia dicho al terminar: «Y como creo que basta, no para mi gloria, porque no tengo la soberbia de aspirar á ella, sino para tranquilidad de mi conciencia, haber contribuido á la emancipacion del pueblo: yo, que desearia que todo el mundo fuera una vasta federacion, que la ley de la frater-

á los suyos. Si; los plebeyos hemos sido párias en la India, nos han arrastrado á la cola del caballo persa, nos han ofrecido en sacrificios á dioses implacables, hemos derramado nuestra sangre en el circo, hemos sido azotados sobre el terruño; una parte de nuestra alma, de nuestro ser, padece en el Nuevo-Mundo con los negros, sombra de nuestros dolores, y queremos redimirlos nosotros, los redimidos por la revolución.

«Hijos de este siglo, este siglo os reclama que lo hagais mas grande que el siglo XV, el primero de la historia moderna con sus descubrimientos, y mas grande que el siglo XVIII, el último de la historia moderna con sus revoluciones. Levantaos legisladores españoles, y haced del siglo XIX, vosotros que podeis poner su cúspide, el siglo de la redención definitiva y total de todos los esclavos. He dicho. (*Aplausos.*)»

II.

Abdicó Amadeo de Saboya, que nunca debió venir á España, acordándose que uno de su raza vino á combatir contra los patriotas del Trocadero, y se proclamó á toda prisa la república. Los antiguos cimbrios, gente lista y un si es no es maquiavélica, creyeron ganar así la partida é ingerirse en el futuro poder con Martos á la cabeza, como se habian inscrito en la revolución de Setiembre los conservadores, llevando al frente al duque de la Torre. Pero los republicanos fueron mas listos que ellos y no se metieron en el pecho la serpiente que al revivir habia fatalmente de

morderles en él. Las Córtes radicales, permítaseme la frase, caracolearon mucho delante de la nueva situación; alardearon de valientes y quisieron ¡insensatas! ellas, Córtes monárquicas, convertirse en Convencion republicana. Se dió el caso de muchos diputados que se acostaron monárquicos como Malesherbes, y se despertaron convencionalistas como Sieyes, los que no como Robespierre. Hubo zozobras, agitacion, alarmas perpétuas provocadas por aquella Cámara facciosa, que hubiera vendido la república como acababa de abandonar la monarquía tan cobardemente. En esto habíase nombrado el poder ejecutivo de la naciente república española. Despues de otros ministerios, Pi, el talento gubernamental, Figueras, el talento diplomático, Castelar, el talento oratorio, Salmeron, el talento filosófico, con Tutau, Chao, y otros, fueron llamados á formarle despues de largos dias de angustia y de crisis, porque los radicales querian y pedian participacion en él. Se constituyó, por fin, contra la Cámara, que todavía creíase fuerte, un ministerio enteramente republicano. Hubiérase dicho de Figueras, Castelar, Salmeron y Pi, al ser presentados para el gobierno por el partido republicano, si no hubieran sido cuatro, que eran las tres gracias de aquel. En un discurso que habia pronunciado Castelar en Sevilla el año 1872, poco despues de las elecciones que presidió Ruiz Zorrilla, habia dicho al terminar: «Y como creo que basta, no para mi gloria, porque no tengo la soberbia de aspirar á ella, sino para tranquilidad de mi conciencia, haber contribuido á la emancipacion del pueblo: yo, que desearia que todo el mundo fuera una vasta federacion, que la ley de la frater-

nidad sustituyera á la bárbara ley de la fuerza, que todos los hombres fueran hermanos, yo mi daré por contento y satisfecho, con unir mi humilde nombre á la fundacion de la República española.» Pudo pues darse por satisfecho. Fué nombrado ministro, y ministro de Estado. Este ministerio era el mas apropiado para sus facultades. Querido en Europa y adorado en América, su nombre era como una garantía de que la república española sería una república verdadera, pacífica, tranquila. A los pocos dias de instalarse en su ministerio dirigió un memorandum á las potencias extranjeras, razonado, mesurado, y digno. Tambien dirigió otro documento destinado á disipar las renieillas que nos separan de ellas, á las repúblicas españolas del Sur de América. Los dos fueron perfectamente acogidos. Desde el momento que entró en el ministerio y vió el estado del país, sus tendencias conservadoras dentro del ideal republicano, se estremaron mas. El hubiera querido la conciliacion con los antiguos elementos del partido radical: hubiera querido que no se divorciasen de la república sino que la ayudaron á consolidarse: hubiera querido con ellos una transacion y no una ruptura, una avenencia y no un divorcio. Pero, gracias á la buena estrella de la idea republicana, estos pensamientos no tuvieron realizacion. De suerte que la estancia de Castelar en el ministerio fué un perpétuo combate y un perpétuo disgusto. Se hubiera alejado de él mil veces, á no haber sido por no causar una perturbacion inútil en el seno de aquel gabinete que queria deponer, como lo hizo, el poder en las manos de las Constituyentes. Aquellos soldados que se indisciplinaban hoy aquí, mañana allá; las

facciones carlistas tomando vuelo; los correos detenidos, los trenes descarrilados y robados; la propiedad asaltada en Badajoz, las dehesas repartidas, los propietarios amedrentados y puestos en fuga muchos de ellos; Barcelona presa de una agitacion diaria, Cádiz en efervescencia, Málaga espulsando y desarmando á los soldados que habia en ella y llamándose Málaga la independiente, eran espectáculos que el gran orador no podia sufrir y que le crispaban los nervios y le atenaceaban las carnes. «Les voy á dejar pronto, decia un dia en una conversacion privada, refiriéndose á sus compañeros de gabinete, no han querido hacer nada de lo que les he dicho.»

Pero mientras estuvo en el gobierno, fué la pluma de él. Habia que escribir esto ó lo otro, Castelar lo escribiria; se trataba de una alocucion al ejército, Castelar, aunque no era militar, podia escribirla; se trataba de una circular de esta ó de la otra clase, allí estaba Castelar para redactarla; se trató del discurso-programa que habia de leerse en la apertura de las Constituyentes, Castelar se encargaria de él. Como antes Castelar habia sido la lengua de la minoría republicana, en el gobierno puede decirse que fue su pluma. Otros llevaron la entereza, la energía, la decision nunca desmentida, la confianza en medio de los mayores peligros; él llevó su pluma de literato y su talento de orador.

Pero no debemos pasar en silencio la parte activa que tomó en la noche famosísima del 23 de abril. Los conservadores y los radicales tenian fraguada su conspiracion, mezquina á la verdad, como ellos. Desde por la mañana los milicianos de los antiguos batallones monárquicos estaban

reunidos, por orden del alcalde primero, en la plaza de Toros, para apoyar los acuerdos de la Asamblea. Es sabido que, ésta al suspenderse, había dejado una comisión permanente para velar por los intereses de la nación. Al menos así lo decían sus órganos en la prensa. Lo cierto es que esta comisión, compuesta de radicales en su mayor parte, hostigaba al gobierno sin cesar. Le pedía cuentas continuas y el gabinete tenía que enviar á uno de sus miembros para dárselas. Á Castelar le tocó un día ir á batallar con aquellos cimbrios que habían defendido una monarquía sin ser monárquicos, y que querían mistificar una república, habiéndoseles ya olvidado que en otro tiempo habían sido republicanos de veras. Este día, la comisión había pedido que fuera el gobierno en masa á darla cuenta del estado del país. Madrid estaba agitado é indignado; las tropas encerradas en los cuarteles por la mañana y enviadas á paseo por la tarde; la Carrera de San Gerónimo llena de curiosos; los voluntarios republicanos reunidos, retenes en todas partes, hasta en las iglesias. Parecía inminente la batalla. Se veía claramente que el único móvil que animaba á los antiguos monárquicos de la Asamblea, era la ambición. No querían soltar el poder de ninguna manera y este era todo el nudo gordiano que había que desatar; Pierrad fué á la plaza de Toros y en la puerta de Alcalá recibió una descarga. La casa de Serrano, próxima á la plaza de Toros, estuvo todo el día convertida en un cuartel general. Iban y venían los partes, las noticias, las alarmas: generales en traje de campaña entraban y salían; el marqués de Sardoal llegaba á la plaza y los milicianos le victorearon. Parecía

la colición inminente. Pero al fin todo se acabó pacíficamente. Llegó la artillería á la plaza: rodeola, y al ver esto los milicianos se rindieron. Pero con esto la agitación no había concluido. Los diputados permanecían en la Asamblea y no querían abandonarla. Decían que querían morir en sus puestos. El pueblo rugía. La noche había llegado y Madrid estaba envuelto entre mil terrores. No se sabía lo que podría suceder y se temían cosas pavorosas. En los alrededores del Congreso no se veían mas que gorros encarnados. A las puertas de él, agrupábase multitud de hombres. Estaban irritados, furiosos: querían entrar y matar á los diputados. El peligro arreciaba por momentos. Las bayonetas relucían en la obscuridad. La media noche se acercaba.

Cuando la noticia llegó al ministerio de la Gobernación donde estaban reunidos los ministros: cuando se supo evidentemente que el Congreso iba á ser invadido por los republicanos mas impacientes, y que corrían graves riesgos los diputados que en él estaban, Castelar tuvo un impulso generoso, y lanzóse al socorro de aquellos hombres, diciendo que la república se deshonraria si los diputados monárquicos eran asesinados: Salmeron y Sorní le siguieron. Penetraron en el Congreso con dificultad. Cada uno de ellos tomó bajo su égida á dos ó tres diputados y los acompañaron hasta dejarlos en salvo. Hasta llegar al Casino, Castelar corrió peligros con los diputados cuyo ángel custodio era. Nada es tan fácil para el pueblo en estos momentos como desconocer á las autoridades mas legítimas, á los hombres del partido mas probados. Así terminó aquella noche que hubiera podido ser sangrienta entre las mas san-

grientas si la obstinacion y la tenacidad de los unos no hubiera estado contrastada por el tacto y la prudencia de los otros. En ella demostró Castelar una vez mas ese valor moral que no teme arrostrar la propia muerte por evitar la de otros, que no teme la impopularidad que sobre él pueda caer, con tal que esto evite la deshonra de su partido.

L.

Castelar no es ambicioso. Ese afan de ocupar puestos oficiales, que es la gangrena de todos los partidos españoles, no llega hasta él. En el banco azul no se encuentra bien sentado. Su gran elocuencia no es propósito para contestar á todas las preguntas, para refutar todos los cargos, para descender á todos los detalles prácticos á que tiene que descender un ministro. Cuando se dijo que entre él y Pi habia disidencias, él mismo manifestó que apoyaria al gabinete que formara Pi: cuando se dijo que él era el llamado á presidir un gabinete republicano conservador, manifestó que preferia no hacerlo y que le dejaran apoyar y aconsejar al gobierno que se constituyera. Le gusta mas influir que gobernar; ser orador que ser ministro. Como gana mas, ó tanto por lo menos, siendo literato como siendo miembro del gabinete, prefiere á lo último lo primero. Si todos los hombres publicos se encontraran en idéntico caso, no habria que deplorar el que todos quisieran ser ministros, ó directores, ó gobernadores por lo menos. Vienen hambrientos y tienen

necesidad de hartarse; la conciencia se ahoga entre los vapores del estómago. El pueblo al ver que los que llegan son como los que se han ido, se desespera y dice: «Habrá que echar á estos como á los otros» y el dia de la paz, de la armonía y del trabajo no llega jamás.

Hoy á Castelar se le tiene por conservador, el mas conservador de los republicanos de la Asamblea. Los diputados intransigentes noveles se encogen de hombros al oír hablar del gran tribuno. Aquel encogimiento de hombros quiere decir: «Este hombre no sirve ya.» Verdad es que para muchos de ellos no sirvió nunca. Ellos que resuelven á tiros, ó poco menos, todas las cuestiones, no gustan de su elocuencia flúida, retórica, elegante. Y sin embargo, él ha sido el que ha puesto en sus manos esa masa que ellos mueven y remueven hoy: él ha sido el que ha creado esa democracia que ellos agitan, que ellos perturban, y que ellos, quiero decirlo, que ellos destruyen.

Hoy, Castelar, no es mas que un diputado conservador: hoy no es mas que un obscuro federal que nada vale puesto al lado de las eminencias intransigentes. Y sin embargo, Estévanez, el ilustre, el hombre de carácter, el rayo de la guerra, el hijo de los astros y el nieto de la fortuna, está un dia en el ministerio, y si á él subió entre algunas esperanzas, de él baja sin que nadie ya se acuerde de él, sin que una mirada se le dirija. Y cuenta que no pretendemos menoscabar los méritos de nadie. Pero al ver que los mejores servicios se desconocen: que los sacrificios de todo linaje se olvidan: que se llama reaccionario y conservador á todo el que no grita mucho, á todo

el que no vocifera y escandaliza: que es casi un crimen hablar bien, un atentado contra la república pedir orden, y un delito de lesa-patria desear que haya gobierno, en la plena acepción de esta palabra; cuando se considera esto, y cosas mas graves aun, el ánimo desmaya, desfallece el corazón y se piensa tristemente en la especie de fatalidad que pesa sobre los pueblos latinos, que cuando viven en la tiranía suspiran y gimen y mueren por alcanzar la libertad, y que cuando la han alcanzado hacen todo lo posible por perderla.

No ha muchos días Castelar, cuando la Cámara estaba mas agitada, pronunció un discurso, el primero de este período en su vida en que empieza á luchar contra el desorden y el desgobierno. La Asamblea le aplaudió, y cuando dijo que la campaña que ha hecho desinteresadamente por la libertad y la democracia, la va á hacer ahora por la estabilidad, por la autoridad, por el gobierno, aplaudió mas. Y sin embargo, los días pasan y el horizonte se cierra mas y mas. El Norte arde en guerra; el Mediodía en efervescencia; las partidas carlistas se convierten en divisiones; los guerrilleros en generales; la indecision en la Asamblea y en el gobierno se marca mas; el crédito baja; los negocios mueren; los partidos liberales odian al gobernante, no porque haga la dicha ó la desdicha de la patria, sino porque está en el poder y ellos no lo están, y hay una Asamblea destinada á hacer mucho y esa Asamblea pasa semanas y meses, cuando los turcos están al pié de Bizancio, en puerilidades cuando no en insensateces. Ah! tan cierto es que los pueblos hacen lo contrario de lo que les acon-

sejan aquellos que les aman! El día siguiente á aquel en que Lamartine pronunció uno de sus discursos mas patéticos y conmovedores, hubo necesidad de ametrallar á los socialistas en las calles de Paris.

Un periódico decia estos últimos días: «Dícese que en la comisión constitucional llama la atención la circunstancia de que el Sr. Castelar, á quien algunos tienen por conservador, es de los mas acérrimos mantenedores de las ideas y principios federales.» Esta es su mejor vindicación. El que ha consagrado toda su vida á la defensa de la idea republicana, no ha de querer á última hora limitarla y ponerla cortapisas. Una de las maneras de defender tambien la democracia, es combatir la anarquía.

De todas maneras no puede quejarse Castelar de su patria. Ha sido catedrático de su mejor Universidad; académico de su mejor academia; orador de su mejor Ateneo; tribuno de las mejores Constituyentes; escritor de sus mejores periódicos; ministro de su república y hoy ponente de la comisión que redacta la futura Constitución federal. Y lo mejor de todo esto es que lo ha ganado con sus propios esfuerzos. ¡Loor al genio y al trabajo!

LI.

No debemos cerrar las páginas de este libro sin dedicar algunas palabras á una de las mejores obras de nuestro escritor, á las *Semblanzas contemporáneas*. Publíquense en la Habana por la so-

ciudad editorial *la Propaganda literaria*: suelen aparecer en cuadernos mayores ó menores, y precedidas de un retrato magistralmente grabado en acero. A veces vienen dos en un cuaderno, á veces una en dos ó tres de aquellos. Favre y Bismark, Thiers y Dumas, Manin y Girardin, Figueras y Víctor Hugo, Monroy y Prim, Delfina Gay y Gambetta, Napoleon, Rossini y el escritor ruso Hertzen, Mazzini, el doctor Veron, la marquesa de Orvault, el obispo de Orleans, Ollivier, Michelet, Ferrari, la actriz Georges, el pintor Ingres y el filósofo Cousin llenan con sus figuras ya sombrías, ya resplandecientes, las hojas de los doce tomos de *Semblanzas* que conocemos.

Lamartine ha dicho que andando los tiempos la poesía no será mas que la razon cantada. Si esto quiere decir, como parece indicarlo en otro lugar, que las formas métricas están llamadas á desaparecer, no estamos conformes. Pero si quiere decir solamente que la prosa poetizada hasta lo infinito, se apoderará de las abstracciones del pensamiento: si esto quiere decir que el asunto de la poesía, hoy que la humanidad ha llegado á su mayor edad, será cantar la filosofía de las cosas, de los sucesos, estamos de acuerdo. Y si alguien ha realizado ya esto en vasta escala en nuestra patria, ha sido Castelar. ¿Que son sus discursos, sus escritos de todos linajes, sino la razon cantada? ¿Que son sus obras todas sino la manifestacion del pensamiento moderno exaltado y sublimado por la poesía? Diremos mas: Castelar ha hecho con la prosa castellana lo que el inmortal filósofo de Ginebra hizo con la francesa: ha dado nuevos giros á la lengua; ha inventado neologismos perfectamente propios y modismos muy exactos. No

es de esos académicos, serviles imitadores de nuestros clásicos del siglo XVI, que hablan un lenguaje arcaico y muerto, por querer hablar á la manera de Cervantes, de Calderon, de Fray Luis de Leon ó de Granada. A los que esto hacen, á fuerza de imitar á sus autores queridos, les sucede lo que á muchos escritores del renacimiento. Estos, enamorados perdidamente de Ciceron, de Virgilio, de Plauto, formaban sus libros, tomando, para espresar el pensamiento que querian, ya una frase de Plauto, ya otra de Terencio, ya otra de Propercio; de suerte que escribian obras parecidas en un todo á los trajes de los arlequines. El lenguaje de Castelar es nuevo: tiene algo del movimiento del siglo, algo de su grandeza y mas de su esplendidez.

Todo esto se nota en cuanto se leen algunas páginas de las *Semblanzas*. Si quereis conocer la mas brillante apologia de la oratoria que se ha escrito, leed la semblanza de Julio Favre: si quereis conocer al hombre que ha realizado la unidad alemana, al Cavour de Alemania, y al que ha hecho esclava de esta á Francia, al orador en el Parlamento, al hombre de mundo en los salones, al diplomático en los Consejos de Europa, al ministro hábil al frente del gobierno, leed la de Bismark. De Thiers dice Castelar: «Thiers no es filósofo. Talento esencialmente analítico, las grandes leyes generales de la historia y de la vida estan muy altas y no las alcanza su mirada. Thiers siente la trepidacion de la tierra, el sacudimiento de las sociedades, pero no ha visto ni conoce el fuego central de las ideas.» Estas solas palabras son un retrato completo. La biografía de Dumas es de las mas cortas y está escrita á la li-

gera, lo cual no impide que fotografíe exactamente al gran novelista. La de Emilio Girardin, mas que otra cosa, es la apoteosis del periodismo. Hijo de la prensa, educado en ella, sabiendo mejor que nadie los servicios que presta, Castelar la adora. La biografía de Girardin no es mas que un pretesto para cantarla. ¿Sabeis lo que son las plumas de los periodistas? El biógrafo del director de la *Liberté* lo ha dicho; «Son los hilos eléctricos que unen las regiones del planeta.» ¿Y sus ideas? «Son los átomos del aire que respiran nuestras almas, son como la atmósfera moral del globo.» La figura de Daniel Manin está trazada de mano maestra. Aquel hombre, severo como Sócrates, enérgico como Danton y dictador como Garibaldi, sabe hacer lo que el solitario de Caprera. Dictador en Venecia, despues de haber asombrado al mundo resistiendo al extranjero por espacio de seis meses, se retira á vivir en el ostracismo, dando lecciones de su lengua nativa. Víctor Hugo viene despues. Trae en la frente el ceño de su época. Ha resucitado con nueva forma el romanticismo de la edad media; ha sido, legítimamente si se quiere, bonapartista, romántico, doctrinario, creyente, racionalista, libre-pensador y demócrata; ha llevado en su alma todas las dudas de la conciencia moderna, todas sus esperanzas y todas sus tempestades; ha sido el Byron de nuestros dias, la condensacion en un hombre de todos los martirios y de todas las fluctuaciones de una sociedad que va en busca de mejores tiempos. De Figueras ha escrito; «Sus discursos son sóbrios, correctos, vivos, intencionados, corteses, razonados, serenos, extraordinariamente hábiles y por lo tanto persuasivos. Pero cuando ne-

cesita lo sublime, toca en lo sublime. Acordaos de aquella noche en que pronunció su «Creo en Dios,» el cual convirtió por un momento la Asamblea en templo. Y cuando necesita cólera, sabe ser colérico. Acordaos de las célebres últimas imprecaciones contra Montpensier. Pero su calidad esencial es aquella fria sonrisa que mata á los contrarios como un veneno sutil. ¡Que certera vista para herir el punto flaco de la fortaleza enemiga! ¡Qué táctica para sembrar la discordia! ¡Que prodigiosa memoria para traer los recuerdos históricos que mas pueden molestar al gobierno que tiene en frente! Y sobre todo. ¡Qué oportunidad! El conocí todas las trigüñuelas reglamentarias. El sabe como se empeñan las batallas, cuando sus enemigos no pueden pelear. El hace tempestades en los bancos adversarios con la misma facilidad conque las deshace en los bancos de sus amigos.»

El retrato de Prim y de Monroy vienen en el mismo cuaderno. El uno es un carácter aventurero; el otro una vida tranquila: el primero es un hijo de los héroes de la edad media, el segundo un hijo de la vida social moderna: el uno es una tempestad del estío, el otro una mañana de primavera: el guerrero muere acribillado á balazos en la esquina de una estrecha calle, el poeta espira, pareciéndose, como dice Castelar, á una tarde de estío estinguéndose en calma. Yo no conozco del uno hazaña mas grande que la de los Castillejos, y del otro hazaña mas grande que esta estrofa:

El águila gigante
Que en las alturas remontada un dia
Por cielos y por mares esparcia

Su precioso cambiante
 De blanca luz y de colores rojos:
 La que adornó á la Europa con sus galas
 Y derramó por la apartada zona
 De América las plumas de sus alas:
 La que fijó en Italia su corona,
 En Grecia sus despojos,
 Y allá en la inmóvil oriental ruina
 El áureo rayo de sus negros ojos;
 El águila latina
 Clava en Marruecos su terrible garra,
 Y venciendo las sombras del ultraje,
 En girones al África desgarrá
 Para ornar su fantástico plumaje.

Gambeta y Delfina Gay llenan el tomo sexto. Gambeta, el terrible agitador, el espíritu revolucionario, en el que aun se fijan las miradas de muchos al ver condensarse cada dia mas sobre Francia la tempestad monárquica, iniciada débilmente por Thiers y poco menos que anunciada por Mac-Mahon, no es mas que el pretesto que Castelar toma para hablar de la guerra franco-prusiana, de la Commune, de sus horrores, del sitio de Paris y de la convocatoria de aquella asamblea que no llegó á reunirse. A Delfina Gay, primera esposa de Girardin y dulce poetisa, la consagra unas pocas páginas. Ella fué la cantora de las hermanas de la Caridad: ella fué la autora de *Cleopatra*, tragedia que hizo concebir esperanzas de que la escena francesa, inundada de vaudevilles y cancanes mas ó menos inmorales, aun podia ver reaparecer sobre sus tablas la buena tragedia clásica.

Napoleón III llama después la atención del lector. El es: se le conoce en sus ademanes, en su silencio, en su inmovilidad. En la frente trae una tempestad, pero es la de su ambición: en sus labios trae el silencio, pero es el de sus indecisiones;

en su alma trae el caos, pero es el de sus dudas. Viene manchado de sangre. Caballero andante del cesarismo moderno, como los caballeros de la Edad media, lleva motes. El 2 de Diciembre y Sedan son los principales. Lleva asociada á su vergüenza una española, heroína digna de otro héroe. Es socialista liberal antes de ser presidente de la república y es socialista reaccionario después de ser César. Vende á los obreros la libertad por trabajo: derriba la mitad de Paris para pasar en el trono la mitad de su vida y compromete á la municipalidad por consolidar su dinastía. Aventurero imperial, como otros van á buscar oro á California, él lo fué á buscar al trono y lo encontró. Es César sin ser magestuoso: escritor sin ser ilustre: socialista sin ser liberal: pérfido sin ser Maquiavelo: César Borgia en el 2 de Diciembre. Tres tomos ocupa esta semblanza y en verdad que son pocos.

Rossini y Herten, escritor ruso, están dibujados en el tomo décimo. Rossini se parece á Goethe, y los dos, en verdad, yo no sé á quien se parecen. Recuerdo haber visto, no se dónde, una estatua. Tenia la frente serena, el pecho quieto, la mirada fija en lo alto, los labios trémulos como agitados por una oración, las manos cruzadas como en presencia de lo invisible. No era aquella la inmovilidad egipcia, parecida á su desierto, ni la inmovilidad asiática, parecida al sueño de sus religiones. Era la inmovilidad del éxtasis, la serenidad contemplativa de lo ideal, la materia y el espíritu perdidos en lo que no muere ni pasa. Rossini tiene algo de esta estatua. Parece haber conquistado ya la inmortalidad y estar satisfecho. Creía tener derecho á alcanzar en vida aquella gloria

con que la posteridad solo cubre las tumbas de los muertos ilustres: la ha conquistado y está tranquilo. Vive en la apoteosis: sereno como Júpiter despues de haber obtenido á Leda. Herten es el emigrado de Lóndres: el emigrado de Ginebra: el que llamaba á los esclavos á que se levantaran, con estilo tan vivísimo, que parecia la trompeta del juicio final llamando á los muertos á la resurreccion: el que contaba á Castelar sus conspiraciones audaces, el que le manifestaba sus empeños revolucionarios, el que le hacia sus confianzas mas íntimas.

¿Para qué he de analizar las semblanzas que restan? Si no las leéis por lo que haya dicho y por lo que pueda decir, no tendreis idea de ellas. Las noticias que dá, los períodos que pinta, las descripciones que hace, las bellezas de pensamiento y de estilo que en ellas hay, necesitan verse, leerse, examinarse por uno mismo. Aunque distraido con otras obras, yo creo que Castelar no abandonará esta. ¡Hay todavía en Europa tantos personajes que retratar! Empezadas estas semblanzas en los dias de la emigracion y de la tristeza no es justo que las detenga en los tiempos de la prosperidad y de la bienandanza. Afortunadamente ya, ni siquiera es ministro, y puede proseguirlas.

LII.

Los artistas deben á su estancia en el ministerio la creacion de la escuela de Bellas Artes en Roma. La noche que reunió á aquellos en los sa-

lones del ministerio de Estado, manifestó que sabia la historia del arte mejor que muchos de los artistas allí presentes. Hoy, sin abandonar la política, porque seria como haber pedido á Garrits y á Talma que hubiesen abandonado la escena, se dedica á sus trabajos literarios.

Decir que los editores buscan sus libros y se los pagan al mas alto precio á que en España, donde tan poco se lee, pueden pagárselos, es decir lo que todo el mundo sabe: recordar que por una publicacion recibió de los Estados-Unidos doble cantidad de la que se habia pactado, ¡tan bien le pareció al editor!, es repetir lo que por entonces dijeron los periódicos: añadir que su imaginacion con el tiempo parece hacerse cada dia mas brillante: la esfera de sus conocimientos agrandarse, su estilo embellecerse mas, su diction hacerse cada dia mas correcta, es cosa que lo vé todo aquel que quiere leer sus últimas producciones. Él quisiera terminar varios trabajos. La filosofia de la historia de España, á lo menos, ya que no la de la historia universal, llama extraordinariamente su atencion, tanto mas cuanto que nadie, ó casi nadie, se ha ocupado de esto aun en nuestro país. Nuestras historias son relatos de hechos; cronicones pesados que aglomeran sucesos sobre sucesos y que no manifiestan el espíritu á que obedecen, la ley que los preside. Lafuente ha tomado mejor camino y ha intentado algo en este sentido. A Castelar le toca completar la obra. Si Lafuente ha escrito la Historia de España con mas ideas filosóficas que todos sus antecesores, á Castelar le pertenece de derecho hacer la filosofia de la historia de España. Y creemos que la hará para su gloria y para la de su patria.

con que la posteridad solo cubre las tumbas de los muertos ilustres: la ha conquistado y está tranquilo. Vive en la apoteosis: sereno como Júpiter despues de haber obtenido á Leda. Herten es el emigrado de Lóndres: el emigrado de Ginebra: el que llamaba á los esclavos á que se levantaran, con estilo tan vivísimo, que parecia la trompeta del juicio final llamando á los muertos á la resurreccion: el que contaba á Castelar sus conspiraciones audaces, el que le manifestaba sus empeños revolucionarios, el que le hacia sus confianzas mas íntimas.

¿Para qué he de analizar las semblanzas que restan? Si no las leéis por lo que haya dicho y por lo que pueda decir, no tendreis idea de ellas. Las noticias que dá, los períodos que pinta, las descripciones que hace, las bellezas de pensamiento y de estilo que en ellas hay, necesitan verse, leerse, examinarse por uno mismo. Aunque distraido con otras obras, yo creo que Castelar no abandonará esta. ¡Hay todavía en Europa tantos personajes que retratar! Empezadas estas semblanzas en los dias de la emigracion y de la tristeza no es justo que las detenga en los tiempos de la prosperidad y de la bienandanza. Afortunadamente ya, ni siquiera es ministro, y puede proseguirlas.

LII.

Los artistas deben á su estancia en el ministerio la creacion de la escuela de Bellas Artes en Roma. La noche que reunió á aquellos en los sa-

lones del ministerio de Estado, manifestó que sabia la historia del arte mejor que muchos de los artistas allí presentes. Hoy, sin abandonar la política, porque seria como haber pedido á Garrits y á Talma que hubiesen abandonado la escena, se dedica á sus trabajos literarios.

Decir que los editores buscan sus libros y se los pagan al mas alto precio á que en España, donde tan poco se lee, pueden pagárselos, es decir lo que todo el mundo sabe: recordar que por una publicacion recibió de los Estados-Unidos doble cantidad de la que se habia pactado, ¡tan bien le pareció al editor!, es repetir lo que por entonces dijeron los periódicos: añadir que su imaginacion con el tiempo parece hacerse cada dia mas brillante: la esfera de sus conocimientos agrandarse, su estilo embellecerse mas, su diction hacerse cada dia mas correcta, es cosa que lo vé todo aquel que quiere leer sus últimas producciones. Él quisiera terminar varios trabajos. La filosofia de la historia de España, á lo menos, ya que no la de la historia universal, llama extraordinariamente su atencion, tanto mas cuanto que nadie, ó casi nadie, se ha ocupado de esto aun en nuestro país. Nuestras historias son relatos de hechos; cronicones pesados que aglomeran sucesos sobre sucesos y que no manifiestan el espíritu á que obedecen, la ley que los preside. Lafuente ha tomado mejor camino y ha intentado algo en este sentido. A Castelar le toca completar la obra. Si Lafuente ha escrito la Historia de España con mas ideas filosóficas que todos sus antecesores, á Castelar le pertenece de derecho hacer la filosofia de la historia de España. Y creemos que la hará para su gloria y para la de su patria.

A mas de este trabajo, concluye otro para el editor de esta poblacion don Manuel Rodriguez, que se titulará: *Historia del movimiento republicano en Europa*. Creemos que formarán parte de esta obra los estudios hechos por el ilustre historiador sobre este mismo asunto para una revista norte-americana. De todas suertes el libro en promesa parece ser digno de la reputacion del que le escribe. Se hacen de él grandes elogios sin haberle leído, y los que han sido bastante afortunados para haber obtenido oír un trozo de él, cuentan maravillas. De antemano nos atrevemos á decir que estas maravillas serán mayores aun de lo que se cuenta.

Trabajador era Castelar al principio de su carrera, trabajador es hoy: activo era, activo es: era artista, cada día lo es mas: orador académico era y hoy es orador parlamentario. Sus facultades se han engrandecido con los años y con el uso de ellas. Nació en humildísimos pañales, y, válgame la metáfora, hoy ha sido considerado por los dioses inmortales digno de morar con ellos en el Olimpo. Hoy es la gloria de España.

Cuando sus tareas le dejan algun rato de ocio, ó cuando tiene que buscar un rato de descanso, porque son excesivas sus tareas, se va á pasar unos dias á Cienpозuelos, pueblecillo próximo á Madrid. Allí descansa y se fortifica: allí se embriaga con los amores de la naturaleza que él idolatra; allí observa los matices del Campo, los colores de las nubes cuando el sol sale y cuando espira: aprende los cantares de los pájaros, estudia los ruidos misteriosos de las hojas, bebe como un néctar divino la luz de las estrellas cuando anochece, y todo esto lo traslada despues

á sus libros en párrafos que parecen estrofas y en capítulos que parecen idilios. La naturaleza es la mejor de las musas de Castelar.

Diremos una última palabra sobre un asunto que preocupa á muchos curiosos: «¿Se casará Castelar?» preguntan. Yo no lo sé si se casará; lo que si sé, es, que si se casa, lo hará con una señorita... (cometeré la indiscrecion de decirlo ya que se dice por círculos y cafés,) se casará con una prima suya. Yo lo he oído de sus propios labios. No hace mucho oí á un ferviente admirador suyo, que hablaba con ática gracia, decir: «Me alegraría ser mujer, para poder casarme con él.» Yo no diré tanto. Me alegraré verle casado con la mujer que él ha creído digna de él, porque ella añadirá poesía á su poesía, sentimiento á su sentimiento, y siendo su esposa, sabrá ser tambien su musa.

LIII.

Dispuesto á acabar este libro en el capítulo anterior, un nuevo acto político que marca una nueva tendencia del gran tribuno, me obliga á escribir algunas páginas mas.

El 8 de julio ha pronunciado un discurso, elocuente como todos los suyos, pero conservador de todas veras. Creíase por muchos que seria algun gran acto político este discurso, y no era mas que una esposicion de la manera que él tiene de considerar la situacion. Las tendencias conservadoras que venian observándose en el gran orador, se destacan en él de una manera evidéntisima.

ma. No hay que decir que los rojos le anatematizan duramente.

Castelar habló aquel día con cierto embarazo, no hay por qué negarlo. La actitud de las Cortes era dudosa aun. Fué aplaudido; pero menos que otras veces. Para el pueblo que sabe poco y que no vive mas que en los clubs y en ciertos casinos de bajo republicanismo, Castelar se deshonró aquel día y acabó de perder su consecuencia. Para otros republicanos mas pensadores, Castelar se sacrificó aquel día. Como Ifigenia se sacrificó por los reyes, el antiguo catedrático de historia creyó sacrificarse aquel día por la patria y por la república. Sacrificó su consecuencia, su reputacion, su popularidad en aras de uno de los dos términos de esa creacion que se llama república, en aras del orden. El tribuno pidió aquel orden y reformas, porque si las clases populares estaban ávidas de reformas, las conservadoras lo estaban de orden. Abogó en favor de la conciliacion con todos los elementos liberales, su eterno tema desde el nacimiento de la república. Hemos censurado en otra página esta idea, á lo menos en la forma en que Castelar la entiende. ¿Quieren los elementos liberales aceptar la conciliacion, aceptando la república federal? Si es así, acepto la conciliacion. Pero como los elementos liberales, si se unen en todo caso á la república, no lo harán nunca á la republica federal, de ahí resulta que ellos no se unen á Castelar sino Castelar á ellos, lo cual es muy diferente. Y luego el tribuno disparó con notable falta de lógica terribles dardos contra la república unitaria, cuando no á otra cosa puede llevarnos la conciliacion, y gracias que se detenga ahí. La conciliacion es bue-

na, porque robustecería la situacion; pero muy mala, porque jamás dará de sí una república federal. Es de sentir que el partido republicano se haya dividido en dos parcialidades, porque cada una de ellas ha buscado apoyo en los elementos que le eran afines: la presidida por Castelar en los conservadores de todos matices: la presidida por Orense en los internacionalistas de todos géneros. Castelar mas conservador cada día, es el resultado de Orense mas intransigente cada hora.

Castelar desde hoy en adelante tendrá triunfos parlamentarios, triunfos académicos; pero ya no tendrá triunfos populares. Aquella magia que tenia para con el pueblo, ya no la tendrá. El pueblo, que piensa poco y que se impresiona mucho, y que no ve los obstáculos que hay que superar en toda revolucion, ha dicho que Castelar era un apóstata mas.

Malos son todos los extremos, malas todas las intransigencias. Los mejores sistemas de gobierno llegan á hacerse imposibles cuando la ambicion de cada partido quiere suplantarse su idea, mas que por labrar el bien del pais, por apoderarse de la fortuna pública y disponer de ella á sus anchas.

En la historia hay á veces parecidos singulares. Escuchad uno. En el primer período de la segunda época constitucional en 1820, el nuevo cambio político se celebró con regocijo, tanto por los liberales, como por los indiferentes y positivistas, que creian cerrada ya la era de los trastornos: al advenimiento de la república sucedió lo propio. En aquel entonces se puso un furioso empeño por parte de los constitucionales en volver las cosas al estado de 1812, lo que produjo

una tirantez violenta entre el rey y ellos: hoy los intransigentes han querido extremar de tal modo las ideas republicanas, que han atraído sobre la república los recelos y las desconfianzas de los partidos conservadores, que hoy lo son todos, menos el republicano. Los ministros estaban entonces satisfechos porque se habían impuesto al rey y traído al gobierno sus ideas políticas, siendo al mismo tiempo difícilísima su situación, por las dificultades de gobernar que hallaban; ministros republicanos ven satisfecha la aspiración de toda su vida, pero apenas pueden gobernar. Aquella situación era mirada con malísimos ojos por parte de los gobiernos europeos; la república actual no es mirada con mejores. El masonismo de entonces, siendo una salvaguardia contra proyectos realistas, era al mismo tiempo una conjuración permanente contra el gobierno; la intransigencia de hoy, sin servir de nada contra los carlistas, es el embarazo eterno de los ministerios. Los ministros anónimos del café Lorencini se imponían al gobierno: los del centro reformista han hecho hoy lo propio. Masones, anilleros, comuneros y carbonarios se dividen y se subdividen, se combaten y se destrozan, se desgarran y se asesinan, entonces, en tanto que los realistas á su imitación iban formando, para exterminarlos en su día, asociaciones, como la Junta Apostólica, la Concepción, el Ángel exterminador; hoy, el Centro reformista desconoce al gobierno, el Centro de Capellanes al gobierno y á la Asamblea, y los clubs al gobierno, á la Asamblea y creo que hasta la nación. Una ley llegó hasta señalar entonces los casos en que el soldado debía rebelarse contra sus jefes: hoy se

ha llamado á la rebelion del ejército *santa indisciplina*. La ciudadela de Valencia sublevada, Cádiz y Sevilla en rebelion, todo desquiciado, todo trastornado entonces: hoy Málaga y Sevilla y Andalucía entera trastornada. Alcoy asaltado por hordas de caníbales, Barcelona conteniéndose difícilmente, y Cartagena constituyéndose en canton independiente. ¿Y cuál fué el resultado de todo aquello? la mas espantosa de las reacciones, la del 23. ¿Y cuál será el resultado de todo esto? Si no hay un poco de patriotismo, si no se cortan á tiempo las querellas entre los republicanos, la mas vergonzosa y espantosa de las reacciones: la de Carlos VII.

Todos tienen la culpa de lo que pasa: el gobierno por no haber iniciado las reformas mas precisas; los intransigentes por haber fomentado rebeliones; la Asamblea por no haber hecho nada. Ah! El castigo será tambien para todos, y quiera Dios que no llegue un día en que la nación, para no caer en la vergüenza y en la barbarie del absolutismo, se postre delante de un general cualquiera, de Serrano por ejemplo, y le diga: «Atame ó haz de mí lo que quieras, pero libértame de los que me oprimen y de los que me oprimirán: de republicanos que no han sabido serlo y de carlistas que serán los de 1814 y los de 1823.»

LIV.

De todos modos no debemos juzgar á Castelar demasiado severamente por la actitud que ha tomado en vista de las circunstancias que nos ro-

dean. Los hombres mas grandes se empequeñecen algo en medio de las contingencias de la política, en medio de los dolores y de las perturbaciones sociales.

Sea lo que sea, y suceda lo que suceda, Castelar tiene un nombre universal y pertenece á esa raza de titanes del pensamiento, que abundan tan poco en la historia. Cuando estuvo en Suiza y vió, cerca de Ginebra, á las orillas del lago Lemán, la casita misteriosa donde Byron pensó y soñó maravillas tan espléndidas: los árboles que dieron sombra al inmortal filósofo de Ginebra, á Rousseau: las piedras que pisó Voltaire cuando se reía con aquella risa, mas fuerte para derribar instituciones que los pensamientos mas poderosos: los arroyos delante de los cuales se sentó Mad. Stael, la enemiga de Napoleon: el suelo sobre el que Gibbon colocó muchas veces las hojas de su historia de la decadencia de Roma, cuando vió esto, debió dirigirse á las sombras de todos aquellos grandes hombres, errantes aun de seguro por las orillas del lago, y decirles: «Soy de los vuestros.» Castelar se parece mas que á Calderon, Shakespeare, Miguel Angel y Platon, á Rafael y Murillo. De aquellos tiene el amor á la soledad, cierta especie de cenobitismo artístico, sin tener su carácter gigantesco y extraordinario; de estos su amor hácia la gracia y hácia la belleza, sin tener su adoracion hácia el tipo eterno de toda hermosura, la mujer. Castelar no tendrá nunca una Fornarina.

Y si merece ser colocado entre los mas grandes génius, merece ser puesto al lado de nuestros mas grandes políticos. Oliveros, Muñoz Torrero, Villanueva, Bernabeu y el mismo Nicasio Gallego,

que tanto sufrieron por la libertad, le tenderian la mano y le dirian; «Ven con nosotros.» Canga Arguelles, Feiú, García Herreros, Calatrava, Mendizabal y el divino Arguelles, encerrados un dia en los presidios y castillos de Peñíscola, de Benasque, de Alhucemas y de Melilla, le tenderian los brazos y le dirian: inmortal, ven con los inmortales.»

Yo le reconozco muchos títulos; yo sé todos los merecimientos que tiene á la gratitud de España. Sin embargo, cuando sus ojos se apaguen, y quiera Dios que viva muchos años aun para dicha del país que le ha engendrado; cuando su corazon que tanto ha latido por la causa de los oprimidos y de los desheredados, calle y se duerma eternamente, arrullado por el coro de los sentimientos que le han vivificado siempre; cuando su razon ya no vierta esa cascada de centellas con la que ha quemado tantos errores, y caiga en el océano de las cosas inanimadas y muertas, cuando el polvo de oro de sus pensamientos ya no brote de su titánico cerebro y no pueda perderse, como hoy, en el éter, y salpicar con su gloria las estrellas, inmóviles en su meditacion de lo absoluto; cuando muera, en fin, sobre el nicho del Panteon Nacional donde repose, yo no pondria otra inscripcion que esta: «Aquí yace el propagador de la democracia española.» Despues cogeria la estatua de Miguel Angel, la Noche, cargada con todos los sueños y todos los pensamientos que la iluminan y que la adormecen, la pondria sobre el sepulero y diria á los dos, al hombre y á la estatua: «Dormid en vuestra lienaventuranza.»

POST-SCRIPTUM.

Habiendo mediado algunos meses desde que este libro se escribió hasta hoy que se publica, han ocurrido en el país sucesos gravísimos, de los que hemos de decir algunas palabras y en los que ha intervenido Castelar de una manera principalísima.

Abiertas las Cortes, para cuya apertura escribió Castelar aquel discurso memoria, de que hemos hablado, hizo renuncia del Ministerio de Estado. Entonces empezó una política que nos ha traído muchas complicaciones y que, justo es decirlo, ha dado existencia á la actual república conservadora en que vivimos. En los momentos revolucionarios es cuando mas se necesitan la prudencia y el tacto, y por desgracia, es cuando menos se tienen. Se necesita un equilibrio de fuerzas que es muy difícil de sostener, y que me atrevo á decirlo, jamás se ha logrado en ninguna etapa revolucionaria. En la primera hora de una revolución, el pueblo espera con impaciencia las reformas que se le han ofrecido, y el nuevo gobierno pesa con cuidado los intereses y los obstáculos que se oponen á ellas. De los primeros actos del pueblo y del gobierno depende toda la prosperidad ó desventura del régimen que se implante. Si el pueblo pide mucho; si el afán de las reformas llega hasta el punto de reclamar aquellas que teóricamente son justas, que científicamente son exactas, pero para la realización de las cuales no ha llegado el momento histórico oportuno, por la falta de condiciones, de costumbres ó de cultura de inteligencia en que se halla el país que las exige, el gobierno,

arrastrado por esa marea conservadora que es propia de las regiones oficiales, temerosas siempre de las censuras de las clases conservadoras, que son las que tienen el dinero, y el poder por consiguiente, el gobierno puede negarle mas de lo que le negaría, si no pidiera tanto, porque un extremo siempre conduce á otro extremo. Si por el contrario, el gobierno, cobarde y asustadizo, tiene demasiado miedo: si se preocupa demasiado con el respeto á lo establecido, si quiere encauzar la revolución en la vieja legalidad pasada, entonces es seguro que las reformas no se harán jamás y que la revolución quedará reducida á un cambio de personas en el poder, ó á un ministerio mas en la larga lista de los ministerios en los pueblos constitucionales; y estas son las dos maneras que tienen las revoluciones modernas de agotarse y de esterilizarse. O el pueblo pide mas reformas que las que racionalmente son oportunas y deben hacerse, ó el gobierno niega por timidez ó cobardía las que tenía prometidas, pasa algunos meses en el marasmo y despues entra en una reaccion mas ó menos pronunciada. En España todas las revoluciones han fracasado, mas que por pedir mucho el pueblo, por no conceder nada los gobiernos el dia que se apoderaban de la revolución.

Dicho esto, ¿qué sucedió entre nosotros apenas el primer ministerio de la república resignó su cargo en manos de las Cortes? Sucedieron muchas cosas. Cataluña se trasladó á Madrid, ó en otros términos, las regiones oficiales se llenaron de catalanes; Rubau Donadeu fué una potencia, ó mejor dicho, la potencia de otra potencia; por temor á la reaccion, de accion muy problemática entonces, se indisciplinó el ejército, cuando tan nece-

sario era contra el carlismo; por cumplir en parte los compromisos republicanos, aboliendo las quintas, se crearon los batallones de francos, que se convirtieron en cuerpos de merodeo y de escándalo; Figueras se escapó; Estébanez duró dos días en el ministerio de la Guerra; las Cortes devoraron no sé cuantos ministros y todos los diputados quisieron serlo. Pi no atreviéndose categóricamente á hacer la federacion, conspiró desde el poder con los cantonales; el desórden creció; el carlismo aumentó como nunca; algunos mas ignorantes que mal intencionados, acosados por la miseria y creyendo que república y comunismo era una misma cosa, cuando república significa civilizacion y comunismo barbarie, empezaron á repartirse dehesas en Badajoz: el socialismo dió su batalla en Alcoy; el internacionalismo en Sevilla; el federalismo intransigente en Valencia, el cantonalismo pirático en Cartagena; los fondos públicos bajaron mas que en Méjico y mas que en Grecia, naciones en donde mas bajos se cotizan, y todo el mundo se encerró en su casa tendiendo los brazos á aquella estatua marmórea del ministerio que se llama Pi y que permanecia helado y frío en medio de las desgracias nacionales, como si estas nada le importaran y nada tuvieran que ver con él.

Todos estos sucesos, no hay por qué ocultarlo, habian causado en los ánimos una reaccion profundísima. Las clases conservadoras se habian retirado en absoluto del lado del gobierno, y á toda prisa, como el que huye de un apestado. Las potencias extranjeras decian señalando á España con el dedo: «Esa es la bacante de Europa.» Se murmuraba la palabra intervencion. Los radicales conspiraban desde Francia. Nuestras tropas

sufrían una derrota diaria. Aquí no habia Bastillas que derribar, ni 10 de Agostos que repetir, ni siquiera un mal rey que guillotinar. Los clubistas mas rojos no podían sufrir aquella situacion, y se daban á todos los diablos porque en medio de tanto desórden, habia aun mas órden del que ellos necesitaban. Habia tambien pomposas nulidades que se llamaban generales intransigentes; diputados hechos de pronto; políticos necesitados de un mendrugo de pan; rabiosos ciudadanos que necesitaban encontrar una buena alma que les propusiera venderse por un par de pesetas, y todos estos chillaban, se enfadaban, ambicionaban mandos, y llenaban el cielo, ranas al derredor de un estanque de podredumbre, con sus dieterios y con sus denuestos.

Enfrente de toda esta barahunda de hombres, de gritos y de pensamientos, habia otra idea. Era la eterna idea de órden, viva siempre en el seno de toda sociedad. Esta idea habia escogido por custodio de ella al que en otro tiempo habia sido el alma de la democracia, el poeta de ella, el bardo de la república. Este hombre, que no era otro que Castelar, venia siendo, tiempo hacia ya, anatematizado por los mas intransigentes de los republicanos; iba cargado, como con un fardo, con la maldicion conservadora; decian que vacilaba; llamábanle apóstata, acojíanle algunas veces en la puerta del Congreso con sordos murmullos, señalábanle con el dedo y decian: «Al fin hizo la traicion.» Y para otros era el ángel de la última esperanza. Escapado Figueras, Pi enterrado por Prefumo, quedaba él. Era el jefe de la mayoria. Vino sin embargo Salmeron. Pero Salmeron representaba la justicia seca, el ideal intacto, el principio que no se doblega á las exigencias de

la práctica, y cayó. Fué magnífico aquello, hay que confesarlo. Se retiró tan augusto y tan resplandeciente como había venido al poder, cosa que tan pocas veces es dado hacer á los políticos. «El enfermo está grave, dijo, yo lo reconozco, y quizá hay que amputarle un miembro; pero yo no sirvo para esas operaciones. Que venga otro cirujano.» Y se retiró del ministerio sin haber autorizado la pena de muerte. Se llamó al último cirujano que quedaba por llamar, Castelar, y en efecto, este se encargó del poder.

Una buena parte de la Cámara, asustada ante los carlistas y ante los intransigentes; ante Alcoy y Sevilla ardiendo, suscribió á todo lo que Castelar quiso. Le colmo de autorizaciones y de fuerza. Aquí donde hasta ahora no había habido mas que dictaduras militares, Espartero, O'Donnell, Narvaez, quedó establecida la dictadura civil, y Castelar, es decir, quien menos pudiera imaginarse, quedó constituido en dictador. Empezó el período de fuerza y se encauzó un poco la situación.

¿Y las ideas? ¿Tienen razón los que afirman que la libertad está perdida y que la república federal no se planteará? Hoy es imposible afirmar nada. Estamos en medio de ese *despotismo temporal* que la Cámara ha juzgado necesario para restablecer el orden y para asegurar los fundamentos de la sociedad española, un poco quebrantados. Hay que tener paciencia y aguardar. Hasta que llegue el 2 de enero estaremos angustiados pero tranquilos; tiranizados pero resignados. En la historia ha habido dictaduras salvadoras, hay que confesarlo. La fuerza ha salvado muchas veces á la idea, aunque haya habido otras en que la ha perdido. Si Castelar sabe ser Washing-

ton, será mas que Washington. Juarez hizo tambien grandes cosas: Lincoln milagros. Se restablece la pena de muerte: se amordaza la prensa: se suspenden los derechos individuales. Bueno, todo lo soportamos. Dadnos dentro de dos meses la república federal sobre las bases de una sociedad tranquilizada y hasta bendeciremos vuestra tiranía.

Y sin embargo, yo no hubiera querido para la gloria histórica de Castelar esta situacion. Sea como sea, su nombre ha desmerecido en la consideracion del pueblo, y el pueblo será ignorante, estúpido muchas veces, se dejará arrastrar en muchas ocasiones por un loco ó por un malvado, pero no pierde nunca la rara paciencia que posee, jamás le abandona ese sentido íntimo que le da una vision tan clara de lo porvenir, que le presta una adivinacion tan completa de lo futuro. El pueblo ha dicho que los conservadores vencerán: que la república federal no se hará: que los principios mas puros de la democracia quedarán en ideas, y quiera Dios que esto no salga verdad.

¡Oh! la tiranía, aunque sea temporal, siempre es mala. Aunque se ejerza con prudencia, siempre es nociva y perjudica algo al que la ejerce. Se parece al oro de Vespasiano en que recuerda la corrupcion de donde procede. Yo hubiera querido para Castelar la gloria con que se ha cubierto Salmeron. Tambien hay su grandeza relativa, es cierto, en aminorar la gloria de su nombre: en dejar obscurecer el brillo de su fama por restablecer la paz de un pueblo. Pero esto está compensado por las dulzuras del poder, y el pueblo no cree nunca que el que le ocupa sea un mártir, sino un sibarita. Las blandas poltronas de los ministerios no son muy á propósito para

ningun martirio. El pueblo cree que todo ministro, que fué en otro tiempo gran panegirista de la libertad, dice en el poder, lo que Napoleon calentándose ante una estufa de las Tullerías: «Mejor se está aquí que en las orillas del Beresina.»

Adelante, no obstante. Sigamos echando en los cimientos de nuestra futura sociedad la cal de la libertad y de la moralidad: el rey Dagoberto, al reedificar el templo de San Dionisio arrojó á sus cimientos sus joyas mas preciosas. Yo fio en que Castelar no abandonará la causa del pueblo: yo fio en el amor que ha demostrado en los mejores veinte años de su vida á la causa de la humanidad y del progreso; pero si la abandona, aquí estamos los pequeños, los humildes, los insignificantes, los que no tenemos nombre ni gloria, dispuestos á recoger la vieja bandera republicana y á gritar con Pelletan: «¡Marchemos! ¿No respiráis ya los perfumes de la tierra prometida? Allí están las palmas, allí las recompensas en medio de las abundancias y de las alegrías de la democracia. Un paso mas, un nuevo esfuerzo y vuestros ojos verán en toda Europa la libertad sagrada, madre de toda virtud. Vergüenza sobre aquel que tema la inspiracion, porque puede ser un peligro. En cuanto á aquel á quien el Dios del progreso ha tocado con el dedo, cuando piense en las grandes cosas que resta hacer á nuestra generacion, elegida entre todas y templada en llamas y lágrimas, no tema profetizar la redencion de la Europa y levante la mano para dar la primer señal de partida. ¡Adelante!»

ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

1.º de noviembre de 1873.

